



Matías Donoso

SILENCIO con SENTIDO

10 RELATOS SOBRE
EXPERIENCIAS DE INCLUSIÓN



VERSALITA
EDICIONES



MATÍAS “Mata” DONOSO

Emprendedor, consultor en proyectos de negocios con impacto y speaker internacional.

Chileno, sordo de nacimiento y usuariodel implante coclear.

Fundador de Coclus, comunidad digital para personas con discapacidad auditiva.

Ha dictado charlas sobre innovación, liderazgo, tecnología, diversidad e inclusión en Estados Unidos, México, Paraguay y Argentina.

Ha sido reconocido con diversos premios. Seleccionado por CEMEX-TEC y Universidad Tecnológica de Monterrey como uno de los 15 emprendedores sociales destacados de la actualidad. En 2022 fue invitado como becario del prestigioso programa International Visitor Leadership Program (IVLP).

Actualmente, se encuentra participando de manera activa en varios proyectos con enfoque de impacto social y sostenibilidad.

www.linkedin.com/in/matadonoso

www.matadonoso.com

Silencio *con* Sentido

»»»»««««

*Para mis padres, Mauricio y Sandra.
Mi hermana Coty.
Mis abuelos, Memo, Gaby, Tata y Ñaña.
Una familia que me empujó a seguir adelante y convertirme
en la persona que soy el día de hoy.*

*Para Fernanda, mi compañera de vida,
por siempre creer en mí.*

*Para Nuno y Cinzia, por acompañarme en el duro
camino del emprendedor.*

*Para las queridas Paula y Gabriela de Versalita Ediciones,
por tener paciencia conmigo en este proyecto.*

*Para las diez personas que decidieron
participar en este proyecto.*

»»»»««««

MATÍAS DONOSO

SILENCIO *con* SENTIDO. 10 Relatos sobre Experiencias de Inclusión © 2023

www.matadonoso.com

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada, impresa o utilizada en formato digital, web, video o impreso sin autorización escrita del autor. Escriba a versalitaedicones@gmail.com

Se terminó de imprimir esta
PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL
en los talleres de Equipo Gráfico
en diciembre de 2023

ISBN edición impresa: 978-956-6342-00-7

ISBN edición digital formato ePub: 978-956-6342-01-4

EQUIPO EDITORIAL

Matías Donoso, Paula Díaz R., Gabriela Corral D., Carolina Triviño

DISEÑO Y PRODUCCIÓN

Versalita Ediciones

ILUSTRACIONES DE PORTADA Y PÁGINAS INTERIORES

Fernanda “Phel” Mellado

Este texto fue compuesto con tipografía Elido Font Family diseñada por la tipógrafa Sibylle Hagmann en 2013 en Suiza. Cuerpo de texto tamaño 11 / interlineado 13 / justificado a la izquierda. Títulos Elido Light tamaño 30 / interlineado 13. Libro impreso a 1/1 colores / papel bond ahuesado / costura hilo.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

SILENCIO *con* **SENTIDO**

10 RELATOS SOBRE
EXPERIENCIAS DE INCLUSIÓN

del autor
Matías Donoso



Pampa Norte | BHP

En un mundo que a menudo se enfoca en las diferencias y en las limitaciones, es fundamental recordar que cada individuo tiene un valor intrínseco y una capacidad única para contribuir a la sociedad.

En BHP vemos la inclusión de personas con discapacidad como algo valioso para la cultura de nuestra fuerza laboral, porque entendemos que la diversidad de talento contribuye a que tengamos operaciones más seguras y productivas, logremos mayor igualdad de oportunidades y contribuyamos a ser el fiel reflejo de la sociedad donde operamos, pero sobre todo, porque tengo la convicción de que es lo correcto de hacer para dejar un legado a las futuras generaciones.

En Pampa Norte | BHP, trabajamos con pasión, disciplina y respeto para producir el cobre sustentable que el planeta necesita, y como parte de ese propósito crear espacios de trabajo en donde las personas con discapacidades visibles o invisibles puedan ser parte de la compañía y desarrollar su máximo potencial, por lo que contamos con infraestructura universal en Minera Spence y realizamos diversas acciones para apalancar el cambio cultural.

Es por eso que nos enorgullece participar y colaborar en la difusión de este libro, que busca dar voz a través de relatos emotivos e inspiradores a personas con discapacidad sensorial en Chile, que con mucho esfuerzo y perseverancia hoy son parte fundamental de nuestros equipos de trabajo. Los invito a sorprenderse, emocionarse y a ser parte de nuestro propósito en BHP de “reunir personas y recursos para construir un mundo mejor”.

CRISTIAN SANDOVAL
Presidente
Pampa Norte | BHP

¿Por qué este libro?

Antes de comenzar este camino de emprendedor, uno de mis objetivos era lanzar un libro, pero con el tiempo se fueron perdiendo las ganas de hacerlo. De hecho, hasta el día de hoy he estado diciéndome que debería abrir un blog sobre tecnología, diversidad, inclusión y responsabilidad social, pero aún no lo hago.

Entonces, ¿cómo empecé y terminé escribiendo un libro? De lo más inesperado. Es más, no estaba en mis planes, mi plan era lanzar un *podcast* donde yo iba a entrevistar a diez personas sordas para que me compartieran sus experiencias sobre educación, inclusión laboral y obstáculos que la gran mayoría de las personas sordas hemos tenido que vivir.

Este proyecto es gracias al programa International Visitor Leadership Program (IVLP) o en español, Programa para Líderes Internacionales, al que fui invitado junto con siete líderes de distintos países de Latinoamérica, entre ellos, Venezuela (un saludo para Lucelys, que hasta el día de hoy me insiste en que mis chistes son malísimos pero igual los disfruta), Honduras (un abrazo enorme a Rely), Nicaragua y Paraguay (sos una grande, Alejandra).

Qué decir del programa IVLP, un programa increíble, con el que puedes recorrer distintas ciudades de Estados Unidos para conocer su cultura, reunirte con empresas para formar alianzas. En mi caso, mi programa fue sobre voluntariado y el rol de

las ONG; una oportunidad para conectarse con organizaciones y empresas con compromiso, conocer cuáles son sus metodologías y estrategias para mantener el compromiso social de las empresas con el ciudadano. Además de aprovechar de conocer lindos lugares como Iowa y Pittsburgh.

Pero, ¿cómo terminé escribiendo este libro? Resulta que después del programa IVLP, la Oficina de Asuntos Culturales y Educativos del Departamento de Estado de Estados Unidos, junto con Meridian International Center como socio ejecutor, entrega financiamiento a exbecarios del mismo programa. Yo fui uno de los seleccionados. Y pensé, ¿qué tipo de proyecto debería hacer? Lo que aprendí de mi viaje en Estados Unidos fue la importancia de recolectar experiencias, historias y compartirlas por el mundo. Es muy importante transmitir, comunicar y representar para generar conciencia.

Entonces, decidí hacer un *podcast* en el que iba a entrevistar a diez personas sordas de Chile, la idea es que me compartieran cómo pudieron superar sus obstáculos en el colegio, universidad y cómo vivieron la inclusión laboral; porque cada día, cada familia, cada joven necesita conocer experiencias para poder sentirnos inspirados, saber que no estamos solos y que podemos seguir.

Postulé con un *podcast*, pero la misma organización, al final, me pidió que fuera un libro, así que, sin rodeos, decidí avanzar con esta idea. Inmediatamente invité a Paula Díaz de Versalita Ediciones, con quien viajamos juntos en un programa de innovación en Silicon Valley. Aunque no lo crean, Paula en San Francisco me había dicho que en cualquier momento íbamos a lanzar un libro mío, ¡y al final eso está sucediendo!

Estoy demasiado orgulloso de contar con las diez historias siguientes, todas fueron seleccionadas a través de un proceso de búsqueda. Mi objetivo es que fueran historias bien diversas, que no todo se enfocara solamente en el uso de implante coclear, sino también en lengua de señas.

Las ilustraciones fueron hechas con mucho amor, dedicación y pasión por Phel, artista sorda de nacimiento y con un tremendo talento en el arte. ¿Qué mejor que las representaciones gráficas las haya hecho una persona que vive también en el silencio?

Todas las entrevistas fueron realizadas *online*. Como estuve viviendo por un tiempo en Asunción, Paraguay, las entrevistas las hicimos a través de Google Meet, grabadas, ya que para mí es la herramienta con la transcripción más acertada en español. Una vez grabadas, los audios fueron transcritos a través de un *software*; con eso tuvimos el primer borrador de las historias. Luego pasaron a las manos de las editoras, con su *expertise*, teniendo a la RAE a su lado, revisando y corrigiendo los errores gramaticales y ortográficos.

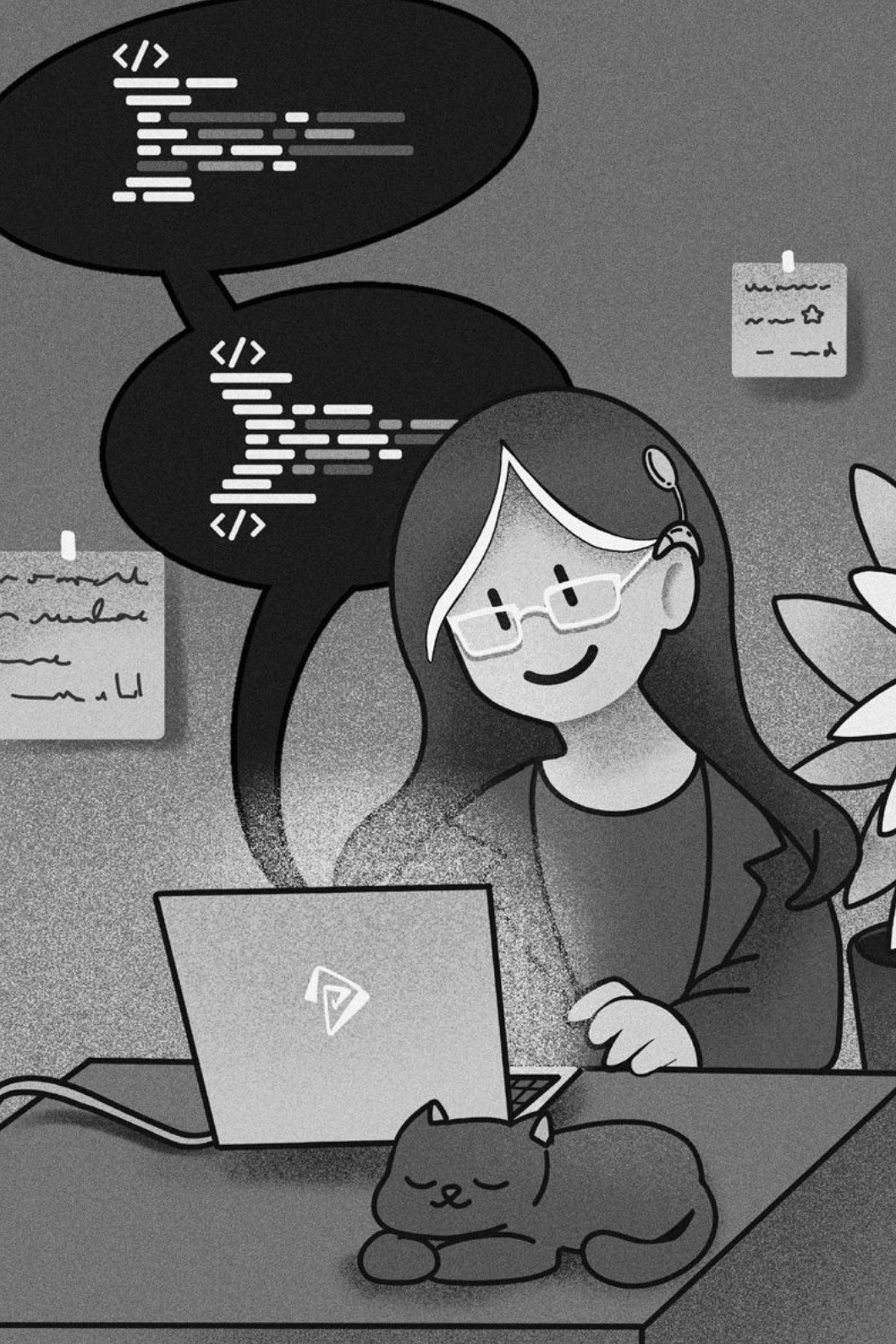
Entonces, con mucho orgullo te puedo decir que ¡las entrevistas son tal cual como conversé con los brillantes entrevistados!

Espero que te guste este libro, estoy seguro de que te va a servir de inspiración.

Feliz de recibir tus comentarios en matias@coclus.com

¡Saludos!
MATÍAS DONOSO

10 RELATOS SOBRE **EXPERIENCIAS DE INCLUSIÓN**



Antonella Caroca

Desarrolladora web en Entel



En 2015 me contactaron de una organización que ofrece *bootcamps* de programación enfocados para mujeres. Una persona me cuenta que unas de sus estudiantes tenía una discapacidad auditiva y que pronto se iba a graduar, por eso me pidió ayuda para ver cómo facilitarle la búsqueda laboral ya que coincidía que en ese tiempo era el primer año de inclusión laboral aplicado en Chile, donde las empresas que cuentan con 100 o más trabajadores deben incluir al menos un 1% de personas con discapacidad.

Me habló de Antonella, me pasó su número para invitarla a un café, conocer su talento y ver cómo podía apoyarla con su búsqueda laboral. Al escribirle por Whatsapp, Antonella me respondió de inmediato y quedamos en reunirnos para un café en Plaza Ñuñoa. Desde ese momento supe de su historia, el hecho de haber perdido su audición con el tiempo.

Primero que todo, para mí es súper importante dejar clara la situación de cada persona entrevistada; todas las historias son un caso diferente sobre la discapacidad auditiva. Ese es uno de los objetivos de este libro: demostrar la variedad de tipos de discapacidad auditiva que existen, ya que hay personas que nacen con la discapacidad, hay otras que pierden la audición progresivamente, hay personas que optan por utilizar la lengua de señas, hay quienes deciden ocupar aparatos auditivos como el implante coclear y audífonos. Además, la discapacidad auditiva también puede variar según el porcentaje de pérdida de la audición.

La entrevista con Antonella la hicimos a través de Microsoft Teams. Sinceramente la experiencia no fue muy buena porque la transcripción no funcionaba correctamente y Zoom no era la mejor opción. La mejor alternativa era Google Meet, pero no se podía grabar el video, así que no tuve más opción que ocupar Microsoft Teams.

En la videollamada, Antonella no ocupaba audífonos de música para las reuniones *online*, como en mi caso, que además de usar el implante coclear utilizo los típicos audífonos de música que cubren completamente mi implante coclear. Ella usó un aparato que le permite conectar vía Bluetooth su implante coclear; qué increíble es la tecnología.

Anto me cuenta que con ese aparato puede hablar por teléfono o ver una película directamente a su implante, que le permite escuchar mejor; también que en el 99% de las reuniones *online* utiliza Teams y que siempre utiliza subtítulos aunque esta plataforma no transcribe 100% pero la ha ayudado muchísimo.

»»»»««««

Hola, Anto. ¿Cómo estás? Muchas gracias por aceptar la invitación de compartir tu historia.

Gracias por la consideración también, por esta invitación. Para mí es como un honor que me consideres, entonces estoy muy contenta.

Yo también estoy súper contento. Oye, Anto, primero cuéntame, ¿cómo te manejas en las reuniones *online*?

Tengo dos dispositivos; uno de una marca de audífonos para personas sordas, que permite conectar mi implante coclear por Bluetooth con el celular o computadora, el sonido me llega directamente a mi implante. Pero para las reuniones *online* ocupo un parlante cerca de mi implante coclear, encuentro que tiene mejor calidad de sonido, es como más natural también.

Además, siempre utilizo subtítulos. Yo diría que el 99% de las reuniones son a través de Microsoft Teams. Entonces, eso me ayuda mucho porque yo voy leyendo los subtítulos y no me pierdo casi nada, voy entendiendo prácticamente todo. De repente hay una que otra palabra que no se transcribe bien, pero esta tecnología me ha ayudado muchísimo.

Es impresionante cómo la tecnología nos facilita la vida, ahora me gustaría que te presentes.

Mi nombre es Antonella Caroca, tengo 33 años, vivo en Santiago de Chile, soy desarrolladora web y trabajo en Entel, compañía de telecomunicaciones, unas de las más importantes del país y me gusta mucho mi trabajo. Es bien desafiante, es difícil a veces, pero me gusta, estoy contenta.

Tengo discapacidad auditiva, tengo sordera bilateral, aunque el nombre específico es sordera neurosensorial bilateral profunda. Es decir, no escucho nada. Tiene que ser un ruido muy fuerte, así como un camión de bomberos o algo así, pero en realidad no lo puedo escuchar. Tengo un implante coclear en mi oído derecho y en el otro oído no tengo ningún dispositivo.

¿En serio? ¿No ocupas audífono en el oído izquierdo?

No, no me sirve.

¿Cómo surgió tu discapacidad? ¿Fue de nacimiento o con el tiempo?

Voy a comenzar diciendo que yo nací sin ningún tipo de discapacidad. Fui una niña sana, de adolescente también, sin ningún problema. Estaba estudiando en la universidad. Era mi último año en Pedagogía en Inglés y empecé a sentir tinnitus, que es como sentir unos pitidos en los oídos; esto era muy fuerte. Recuerdo que la primera vez que sentí tinnitus iba escuchando música con audífonos y yo pensé: “Ay, se echó a perder este aparato”. Y me saqué los audífonos y seguí escuchando un pito muy fuerte.

¿A los cuántos años?

Como a los 24 años. Y desde ahí me empecé a dar cuenta de que me costaba escuchar la televisión. Entonces, ya le tenía que subir el volumen al televisor y después me costaba escuchar cuando me hablaban y todos los sonidos en general. Luego fui al médico, tenía pérdida leve. Al principio me dijeron: “No califica para audífono, es una pérdida leve, entonces no califica”. Pero después, al poco tiempo, volví a ir y ya tenía más pérdida, entonces ya me recetaron audífonos. Los utilicé hasta que ya no me servían.

Luego seguía perdiendo y perdiendo la audición. Mis padres me compraron otro audífono, el más potente, hasta que ya no me sirvió tampoco. No podía escuchar, entender nada. Entonces, la única alternativa médica era el implante coclear, pero en esa época, en esos años, estamos hablando más o menos entre 2015 y 2016, no había ninguna política pública que cubriera el implante. Era carísimo, tenía que pagar todo yo. Y en esos años, costaban, creo que como unos 25 o 30 millones un solo implante, un solo aparato. Entonces era imposible, económicamente no podía.

Pero me pude operar en el año 2018 gracias a la Ley Ricarte Soto, que da protección financiera a esta discapacidad, a esta patología. Así, pude acceder al dispositivo del implante de forma gratuita y solo tuve que costear la operación. Gracias a esa ley, me pude operar. Luego pasé un tiempo en rehabilitación, porque pensé que iba a escuchar inmediatamente. O sea, me operan y, después de un tiempo, un tiempo como que cicatriza la herida, y cuando encienden el implante yo me imaginaba “voy a escuchar ahora mismo”, es súper emocionante y todo, pero no fue así, porque cuando encendieron el implante, yo escuchaba muy poquito, así como un susurro muy, muy bajito. Todo fue un proceso muy lento, como aprender a escuchar de nuevo. Tuve que tener mucha paciencia, yo quería escuchar todo rápido y de inmediato, pero me tuve que calmar, ir de a poco.

Bueno, también en este proceso, mientras yo estaba perdiendo la audición, empecé a aprender lengua de señas chilena. Entonces, creo que hice unos tres cursos en la Fundación Sordos

Chilenos y ahí fue la primera vez que conocí en persona a profesores sordos. Conocí también compañeros que no tenían discapacidad auditiva, pero querían aprender sobre la cultura sorda, querían aprender a comunicarse con personas sordas. Ahí me acerqué a la comunidad sorda y descubrí que las personas sordas y oyentes tienen las mismas capacidades, pueden hacer lo mismo. Ahí entendí que yo, a pesar de tener discapacidad, podía hacer de todo, no me tenía que limitar. Entonces fue un proceso lento, pero aprendí muchas cosas en el proceso.

Y también, en todo este proceso, tomé clases para aprender a leer los labios. Fui donde una fonoaudióloga que atendía a nuestros niños chicos. Primero le preguntaron a ella si es que me podía atender a mí, yo era una persona adulta que quería aprender lectura labial. Ahí tuve unas clases; me enseñó, pero esto es práctica. Entonces, como ya perdí la práctica, ahora me cuesta leer los labios, me ayuda, sí. Encuentro que es súper útil poder ver los labios, pero no logro captar el 100% de las palabras, solo algunas. Y bueno, este fue el proceso, aprender lengua de señas, aprender lectura labial, usar audífonos, después el implante coclear, rehabilitación con una fonoaudióloga y después también insertarme en el mundo laboral.

O sea, desde los 24 años empezaste a tener pérdida auditiva.

Sí.

Y de ahí, desde 2018, empezaste a tener implante coclear. Me sorprende la paciencia que tuviste, perseverancia también. ¿Cuáles fueron las claves que te permitieron seguir adelante?

Bueno, primero fue como asumir la discapacidad. Es comprender que se perdió la audición, se perdió, no se puede recuperar y aunque tenga audífono o implante voy a seguir siendo una persona sorda y aceptar la discapacidad y aprender a vivir con ella. Creo que ese fue el primer paso.

Pero después también comprendí que yo debía luchar. A lo mejor me va a costar el doble que una persona oyente. Pero es

necesario luchar, no victimizarse y no quedarse sentado esperando que lleguen cosas de regalo, sino luchar, luchar por un trabajo, luchar por tener un hogar, luchar por mis sueños.

También eso fue gracias a mi familia, específicamente a mi padre, que él siempre me ha apoyado desde el comienzo. Él me llevaba a médicos, siempre me ha acompañado a todas mis citas médicas con la fonoaudióloga, me ha acompañado en todos los trámites importantes también.

Ahora me acordé de algo. También hubo un proceso judicial con la isapre. Bueno, no sé si sea importante mencionarlo, pero como antes no existía la Ley Ricarte Soto, empecé a averiguar que podía demandar a la isapre para que me diera cobertura al implante coclear. Bueno, al final no se logró esa cobertura, porque justo salió la ley mientras estaba todo este proceso legal. Entonces, al final me hicieron una convalidación para la cirugía y me salió un poco más barata.

En todo ese proceso siempre ha estado él, mi papá, en el médico, en lo que sea que yo necesite ha estado él. Entonces, esas han sido las cosas claves, el apoyo de mi padre, el entender que hay que aceptar esta discapacidad y aprender a vivir con ella. Y luchar, luchar, o sea, no hay que quedarse derrotado, hay que salir adelante.

¿Eres hija única?

No, somos dos. Tengo una hermana mayor.

Me encantaría conocer más de tu familia.

Tengo una hermana que es un año y medio mayor que yo. Mis padres están separados. Bueno, de chica. Mis padres se separaron cuando yo tenía unos 10 años. Yo me fui a vivir con mi mamá, mi hermana también se fue con mi mamá, pero a los pocos años ella se fue con mi papá.

Luego, seguimos estudiando. Mi hermana entró a estudiar Pedagogía en Inglés. Después entré yo a estudiar también lo mismo, Pedagogía en Inglés. Y casi al terminar la carrera, ahí me fui

a vivir con mi papá. Actualmente también vivo con él. Y bueno, algo interesante es que somos como una familia de profesores. Mi madre era profesora de inglés, mi padre es profesor de enseñanza básica y yo también estudié pedagogía, mi hermana también, así que somos puros profesores.

¿Por qué decidiste estudiar Pedagogía en Inglés?

Sí, mira, cuando yo tenía más o menos como 17 o 18 años, en la edad que uno tiene que decidir qué estudiar, yo estaba muy indecisa. En realidad no sabía qué quería estudiar, pero yo sabía que me gustaba mucho el inglés. También quería entrar a la Escuela de Carabineros y postulé, pero no quedé. Después estaba muy confundida con qué hacer, no sabía. Pero como me gustaba el inglés, decidí estudiar Pedagogía en Inglés por el idioma. Entonces, estudié eso. Estudié en Valparaíso y me fui a vivir allá. Estuve arrendando una pieza durante 5 años y viajaba todos los fines de semana a ver a mi familia.

Cuando estaba estudiando esa carrera y en el último año fue que empecé con los problemas de audición y fue muy complicado porque recuerdo que yo tenía que hacer la práctica, tenía la tesis y estaba tomando la Licenciatura en Inglés, que también al final hay que defender esa licenciatura con una especie de... Es como una tesis también. Entonces, tenía dos tesis y la práctica final y yo estaba ya muy complicada con la audición. Y, sí, fue súper complejo.

Y también ahí mi papá estuvo conmigo apoyándome. Él fue a hablar con la jefa de carrera para presentarle todos mis antecedentes médicos, porque él no quería que yo hiciera la práctica en un colegio normal. Bueno, yo sí quería hacerla, yo quería que me evaluaran como a todos mis compañeros. Pero en realidad iba a ser súper complicado para mí estar en un colegio, no sé, como con 40 niños y sin escuchar. Entonces, a él se le ocurrió esa idea de ir a hablar con ella y al final me hicieron hacer la práctica a mí en un curso chiquitito en la misma universidad. Entonces, ahí fue un ambiente mucho más óptimo para que yo pudiera sacar esa práctica.

Oye, espectacular que tu papá te apoyó. Eso lo encuentro increíble. O sea, por ahora tu papá fue como el mayor pilar que te apoyó a seguir adelante.

Sí, yo terminé la carrera, tengo mi título, y luego empecé a buscar trabajo, pero no encontraba. Tiraba currículum... Incluso cuando empecé a estudiar lengua de señas fue después de titularme. Y también traté de hacer contactos con personas sordas para ver si podía trabajar en un colegio de niños sordos, pero tampoco se dio la oportunidad. Entonces, yo no hallaba qué hacer, qué estudiar o en qué trabajar, porque yo sabía que era capaz de hacer todas las cosas.

¿Por qué decidiste aprender lengua de señas?

Sí, porque, bueno, esa también fue idea de mi papá. Sí, él me dio la idea, él me dijo: “¿Y por qué no buscas un curso para que aprendas lengua de señas?”. Él me dio la idea, y yo dije “buena idea”. Entonces, empecé a buscar por internet dónde podía aprender y así llegué a la Fundación Sordos Chilenos; no sé si tú la conoces. Entonces, ahí llegué, me matriculé y después tomé como tres cursos ahí. Me pareció muy buen curso, se aprende harto.

¿Tu papá también aprendió contigo?

Yo le enseñaba, pero en realidad es complejo, porque él trabaja, entonces llega súper cansado. Entonces, lo que yo le podía enseñar era poco. Le enseñaba, por ejemplo, no sé, perro o gato. Pero después esas cosas necesitan mucha práctica, porque se van olvidando, se olvida. Yo también ahora me acuerdo de muy poquitas señas, muy pocas.

Claro, porque todo depende de la práctica.

Se necesita práctica, sí.

¿Por qué decidiste aprender a estudiar desarrollo web y cómo te atreviste?

Sí, porque como te iba diciendo, yo me titulé y no encontraba trabajo. Y en ese tiempo de cesantía, bueno, aprendí lengua de

señas, hice otro tipo de cosas, pero no lograba encontrar trabajo. Entonces, empecé a averiguar qué podía hacer. Y ahí yo dije “voy a estudiar algo”. Me metí al computador y en ese tiempo vi un anuncio, no logro recordar si fue en Facebook o en qué página, vi sobre un curso de desarrollo web. Era gratuito, era una convocatoria bien grande que se llamaba “Mil programadores” de Corfo. Y ahí yo postulé, había que llenar varios pasos, incluso tuve que ir de forma presencial a dar una prueba de conocimiento lógico-matemático. También me acompañó mi papá a dar esa prueba. Él se quedó afuera en la sala esperando, él me acompañó.

Al final de esa postulación yo no quedé, pero empezó a correr la lista de espera y me seleccionaron. Y ahí fue que estuve creo que unos cuatro meses. Creo que fueron cuatro meses de clases presenciales de lunes a viernes, todas las mañanas. Más o menos desde las nueve hasta las dos de la tarde. Y ahí aprendí, me enseñaron Java, el lenguaje de programación.

Pero en realidad el curso no fue tan bueno. De hecho, empezamos como veinte alumnos y terminamos como cinco. Hubo muchos problemas también de organización, nos cambiaron al profesor. Y al final, en realidad el curso no fue tan bueno, pero sí me quedó el interés de aprender programación. Aprendí cosas muy básicas de Java. Pero ya eso como que me despertó el interés de seguir aprendiendo. Y fue así como después seguí buscando en internet cosas sobre programación, informática y también llegué a un *bootcamp* solo para mujeres. Y ahí también hay toda una postulación, es todo un proceso, también hay que dar pruebas.

Yo postulé en el año 2018 y quedé seleccionada. También tuve que ir a clases presenciales de lunes a viernes. Creo que fueron clases por la tarde, como desde las dos de la tarde hasta las seis, algo así. Después me cambiaron a la mañana, toda la mañana en clases. Y ahí sí que aprendí. Ese fue un *bootcamp* muy bueno, muchísimo mejor y solo para mujeres. También conocí muchas personas, todas queríamos aprender, conocí muchas realidades distintas. Todas mis compañeras eran oyentes, yo soy la única con discapacidad auditiva. Entonces fue todo un desafío aprender, porque yo no escuchaba nada.

Yo me tenía que relacionar con mis compañeras porque había muchos trabajos grupales, muchísimos. Y la forma en que yo me comunicaba era con mi celular. En mi celular descargué una aplicación que transcribe la voz a texto. Entonces, cuando una compañera me tenía que hablar, yo ponía el celular, mi compañera le hablaba al celular y después yo leía lo que me habían dicho. Esa fue una forma. Y también para las clases yo utilizaba una interfaz USB conectada a un micrófono. El sonido del micrófono llegaba directo a la interfaz y de la interfaz al computador, y utilizaba la transcripción de voz a texto. De esa forma yo iba leyendo todas las clases en mi computador.

De esa forma yo pude estudiar, me relacionaba siempre con mi celular o con el micrófono, porque ya no me servían los audífonos, no tenía implante y la única manera de comunicarse era leyendo, no podía usar lengua de señas. Alcancé a usar audífonos; yo creo que como un año y medio me sirvieron los audífonos, que realmente me ayudaban. Pero después de ese tiempo no me ayudaban, no me servían para nada.

¿Cómo te atreviste a tomar estas clases? ¿Cómo no te preocupaste de que no ibas a entender al profesor, de que te ibas a frustrar demasiado? ¿Cómo lo hiciste?

Qué buena pregunta, porque he recordado cosas que son súper importantes. Bueno, resulta que yo y mi familia somos cristianos y vamos a la iglesia. Como empecé a perder la audición, hubo un tiempo en que yo ya no quería ir porque no podía escuchar nada en la iglesia, ni las predicaciones, ni las alabanzas, nada. Entonces ahí, después, para no dejar de ir, se me ocurrió que un familiar, ya sea mi papá o mi hermana, me anotara en un cuaderno un resumen de la predicación. Estuve hartoo tiempo yendo a la iglesia y me iban anotando un resumen en un cuaderno. De esa forma yo podía saber qué estaban hablando, qué estaba pasando en la reunión. Fue hartoo tiempo así, que me anotaban con la mano en un cuaderno.

Después a una persona de la iglesia se le ocurrió que podía conectar esta interfaz USB a un computador para que el sonido le llegara al computador. El computador utilizaba un programa para transcribir la voz a texto. Entonces, después de esa forma, yo usaba mi computadora en la iglesia e iba leyendo todo lo que hablaban por el micrófono. Estuve harto tiempo con este sistema y después, cuando yo entré a estudiar, dije: “Voy a ocupar este mismo sistema que ocupó en la iglesia, pero en mis clases”. Yo ya tenía la experiencia, sabía conectarlo, sabía cómo funcionaba. Eso me dio la confianza para decir: “Yo me la puedo, yo voy a estudiar con esto, me voy a comunicar con esto”, y me dio resultado. Así fue cómo yo me atreví a estudiar, porque ya sabía que me iba a resultar.

¿Y te acuerdas cómo se llama el programa?

El programa que yo utilizaba es simplemente Google Docs, tiene una función que es dictado de voz. Al *bootcamp* siempre tenía que llegar un poquito antes para conectar estos equipos. Si las clases empezaban a las ocho, yo tenía que estar un cuarto para las ocho, para llegar a conectar, a enchufar la interfaz USB.

Recuerdo que tenía que conectar unos cables largos, entonces siempre andaba con un *scotch* y pegaba el *scotch* en el suelo para que nadie se fuera a tropezar, porque todas andábamos con computadores y siempre había muchos enchufes en el suelo, yo siempre me preocupaba de eso. Entonces llegaba siempre un poquito antes, conectaba mi equipo, pegaba *scotch* en el suelo y cuando conectaba el micrófono siempre había como un chillido. Recuerdo que siempre todas se tapaban los oídos mientras yo conectaba el micrófono porque sonaba muy fuerte.

Eso en cuanto a la tecnología... y fue un *bootcamp* muy intenso, porque se avanza muy rápido. Recuerdo que nos daban tareas y que para alguien que no tiene tanta experiencia era muy difícil de lograr. Recuerdo que al principio todo parecía como chino, era como un idioma así imposible de aprender y era tan difícil todo, porque yo no tenía tanta experiencia. Yo había aprendido

un poco sobre Java, pero ahora estaba aprendiendo JavaScript, que es otro lenguaje de programación. Adicional a eso, había que aprender HTML, CSS y otras tecnologías también relacionadas hacia el *front end*.

Recuerdo que fue muy, muy intenso, porque yo no tenía conocimientos previos sobre eso específicamente y daban tareas. Recuerdo que me esforzaba mucho, trasnochaba mucho estudiando. Para los proyectos también trataba siempre de dar el máximo. Y al principio creo que fue un poco más fácil porque muchas tareas eran grupales. Entonces, si había algo que yo no sabía, teníamos un grupo y había siempre alguna u otra compañera que sabía un poco más, y ella ayudaba al resto. Después, poco a poco, las tareas iban siendo cada vez más solitarias. Primero un grupo grande, unas cinco o seis personas, después de dos o tres, y después tareas individuales.

Recuerdo también que en el último día del *bootcamp* había una “hackatón”, que es una especie de fiesta de programación donde se resuelve un desafío y ahí generalmente se trabaja en grupos y hay un grupo ganador. Recuerdo que se realizó esta hackatón y fueron de distintas empresas. Estaba Entel y así muchas, muchas empresas. A mí me tocó desarrollar un asistente virtual que ayudara en el proceso de contratación de personal para las empresas. Esto viene como a apoyar el área de reclutamiento de las empresas para entrevistar candidatos, organizar los documentos, los correos, los currículum vitae, para seleccionar siempre el mejor candidato. Esa fue la idea, desarrollar un prototipo de este asistente virtual. Fueron 36 horas que duró la hackatón. Fue un evento durísimo, tanto física como psicológicamente, por el cansancio de tener que estar 36 horas sin dormir, sin comodidades. Pero había que sacar este desafío adelante.

Para mi sorpresa, mi equipo fue el equipo ganador en el primer lugar de la hackatón. Yo me enteré de que sacamos el primer lugar cuando me hicieron pasar al escenario y me dieron un diploma y lo leí: “Primer lugar de la hackatón”. Y así me enteré de que ganamos. Fue realmente una sorpresa, porque como yo no podía escuchar nada... y me hicieron subir al escenario junto a mi equipo.

Durante esta hackatón, como dije, fueron de muchas empresas y nos entrevistaron. A todas nos entrevistaron alrededor de tres o cuatro empresas. Y ahí me entrevistaron de Entel. Yo salí con muy buena sensación de esa entrevista y pensé que tenía hartas posibilidades de quedarme, pero no me llamaron. Pero sí me llamaron de otra empresa. A las tres semanas ya estaba trabajando en una de las empresas de consultorías más importantes y estaba recién operada de mi implante coclear. De hecho, fui al hackatón y a la siguiente semana me operaron. A las tres semanas ya estaba trabajando y sin escuchar nada, porque el implante no estaba encendido. Ese fue mi primer trabajo como desarrolladora web. Duré como dos meses, porque después me llamaron de Entel.

Se demoraron mucho en llamarme, pero me llamaron gracias a esa hackatón, en diciembre, muy cerca de la Navidad. Me hicieron una oferta mejor que las condiciones que yo tenía en mi trabajo anterior, por eso me cambié y ahora llevo 5 años en Entel.

¿Qué tal ha sido para ti la adaptación en el trabajo con tu equipo?

Buena pregunta, creo que ha sido muy difícil. Creo que nadie está preparado para relacionarse con una persona con discapacidad, porque es la realidad de nuestro país. Las personas con discapacidad, la mayoría no tienen trabajo, creo que nadie está preparado para llegar de la noche a la mañana y formar un equipo. Entonces, ha sido un proceso lento de adaptación, muy lento. Recuerdo que yo entré a trabajar en la empresa de consultoría y recién estaba operada hace muy poco, incluso todavía tenía corchetes detrás del oído, porque la herida todavía no cicatrizaba en un 100%.

Yo ya estaba trabajando, pero sin escuchar nada y al poco tiempo ya me sacaron los corchetes, encendieron mi implante coclear, pero yo no escuchaba bien. Sentía pequeños susurros, entonces no me podía comunicar, no podía escuchar. A pesar de que tenía mi implante, todavía usaba mi celular, incluso en la oficina, para que me transcribiera la voz a texto. La verdad, con el acceso a mi celular estuve como dos meses así y realmente no lo-

gré encajar bien en el equipo, porque siempre era un equipo muy ocupado. En el tiempo que estuve ahí, estuve solo estudiando. Me pagaban para estudiar, como que nunca llegué a meter las manos en la masa, sino que solo estudiaba, sin mandarme ninguna embarrada.

Pero después me cambié a Entel y ahí sí que fue distinto porque me permitieron llegar a aportar al equipo. Pero también fue muy difícil al comienzo, porque yo era la única persona con discapacidad en la empresa, o sea, en el área donde me tocó. Era la única persona con discapacidad auditiva. Entonces, el relacionarme con mi equipo fue al principio muy difícil, porque yo trataba de escuchar siempre, pero no podía porque yo estaba operada hace muy poco y estaba en rehabilitación auditiva todavía.

A pesar de que hablaban lento y me tenían harta paciencia, me costaba. Recuerdo que todos los días pensaba: “Me van a despedir, mañana me van a despedir, ahora sí que me van a despedir”. Tenía ese pensamiento muy frecuente porque era una lucha muy grande. No podía comunicarme bien, o sea yo no entendía bien a mis compañeros, me confundía con mis tareas. Entonces, ahí yo iba donde una compañera y le pedía que me explicara, por ejemplo, qué dijo el líder, qué dijeron en la reunión, qué dijeron ellas, siempre tenía que preguntarle a alguien que me explicara de forma más individual.

Estuve así harto tiempo, porque la rehabilitación auditiva es lenta, no es de una semana a otra, son meses. Gracias a Dios no me despidieron. Yo pensé que me iban a despedir, la verdad, pero seguí ahí. Fue todo muy lento y me comprendieron también en la empresa, me empezaron a dar primero tareas más fáciles, de a poquitito, nada complejo, de poco se ha ido aumentando la complejidad.

Ahora yo ya considero que estoy mucho más adaptada al ambiente de trabajo, al equipo. También compré el dispositivo que te conté al principio, que es un micrófono que tiene forma de lápiz y se cuelga en el cuello. Entonces, una persona, por ejemplo, un profesor, puede estar dictando una clase y yo estoy sentada como a diez metros atrás y el sonido de su voz me llega directo

al implante. Gracias a Entel también, porque me apoyaron con el 50% del valor del dispositivo porque cuesta como dos millones, súper caro, yo pedí si me podían ayudar a financiar este implemento para las reuniones, para poder comunicarme, para poder entender bien, y me apoyaron. Entonces, para reuniones presenciales utilizo el micrófono.

Ahora estoy en modo híbrido, porque antes de la pandemia era 100% presencial. Entonces, yo necesitaba realmente esta ayuda técnica. Ahora, como estamos con modo híbrido, utilizo Teams, que proporciona los subtítulos. Más o menos esa ha sido mi experiencia. Creo que ya estoy mucho más adaptada; la tecnología es fundamental. O sea, tener subtítulos para estas reuniones es un mundo de diferencia, porque aún me cuesta mucho escuchar. Sigo siendo una persona sorda que usa un implante coclear, pero el sonido no es tan bueno por ahora.

Es cierto, el implante coclear requiere de dedicación, con el tiempo vas escuchando cada vez mejor. Oye, súper interesante lo que dijiste que todos los días pensabas que te iban a despedir. Creo que nos pasa a todas las personas con discapacidad, incluso a mí me pasa que a veces me invade el síndrome del impostor, te entiendo perfecto. ¿Cómo fue que empezaste a tener más confianza para empezar a olvidar eso que creías, que te iban a despedir?

Lo que pasa es que yo estudié programación con JavaScript y *front end*, en el trabajo se utilizaba otra tecnología, Python y Django. Entonces, llegué a este equipo y yo no tenía idea cómo funcionaban Python y Django, tuve que aprender de cero. El hecho de no conocer el lenguaje de programación, el hecho de estar en rehabilitación auditiva, no entender las instrucciones cuando te dicen “hay que hacer esta tarea” y que yo quedara así: “Ay, pucha, no entendí lo que hay que hacer”... eso fue lo que me llevó a pensar: “Me van a despedir, ahora sí que me van a despedir”. Todos los días pensaba lo mismo. Entonces, cómo logré salir de eso, fue aprendiendo.

Al pasar el tiempo, iba avanzando en mi terapia auditiva, me iban dando cada vez más sonido, de a poquitito me iban dando más y más volumen al implante. También yo iba aprendiendo todos los días un poquito. Y así, yo diría que me demoré más o menos un año en que se me pasara este miedo de que me iban a despedir.

Entel tiene hartos beneficios, pero creo que el beneficio más importante es la calidad humana del equipo. Más que apoyo económico, más que cosas materiales, fue el haber estado en un equipo que fue súper bueno en la parte humana. Porque a lo mejor cualquier persona, como corto de paciencia, me hubiera dicho: “¿Sabes?, hasta aquí no más llegamos porque hay que sacar este proyecto adelante y tú no sabes programar, o sea, no sabes el lenguaje de programación”.

Cualquier persona, si no sé, me habría despedido, pero me tuvieron paciencia. Fue el equipo, en realidad. Fue el equipo que me tuvo paciencia. Logré aprender la tecnología que estaban usando y también pude avanzar en la terapia auditiva. Yo no tenía confianza en mí cuando recién llegué porque no tenía los conocimientos. Tenía algo de audición, pero no lograba comunicarme, o sea, entender bien cuando me hablaban.

Me gustaba mucho, muchísimo; ahora ya tengo mucho más conocimiento, tengo más experiencia y el equipo también ya me conoce, saben cómo hablarme. O sea, no hay que, por ejemplo, taparse la boca con las mascarillas y cosas así, si no, yo no entiendo nada. Hay que verme de frente. Entonces, estoy mucho más adaptada al equipo y el equipo a mí también.

¿Y cuáles fueron las claves para que te pudieras adaptar bien en el trabajo y ganar confianza en ti misma?

Como lo mencioné, yo creo que por una parte es la calidad humana del equipo, es la paciencia y, por otra, también es la perseverancia, porque yo pude haber renunciado. Sentí tanta presión en un minuto, que se me pasó por la cabeza renunciar, porque eran hartas cosas además de la terapia, aprender el lenguaje de programación, comunicarse con el equipo.

Pero tuve perseverancia porque yo dije: “Puedo aprender, a lo mejor hoy día no sé, pero en el futuro yo puedo manejar esto, no me la va a ganar. Yo puedo, yo puedo”. Entonces, fue eso. Por un lado, tener un buen equipo, un buen líder, con paciencia, con calidad humana. Y por el otro lado, es la perseverancia, estudiar, estudiar hasta entenderlo. Y esas son las claves.

Está súper bueno, ahora vamos a ir con dos últimas preguntas. ¿Qué crees tú que debe mejorar respecto a la inclusión laboral?

Recuerdo el primer día de trabajo, cuando llegué a Entel, me dijeron: “Mira, métete aquí en este sitio y ahí está el código”. Entonces, no tuve como a nadie como que me mostrara cómo funciona, por decirlo de alguna forma, no tuve nadie que me guiara. Era prácticamente mi primer trabajo, porque estuve dos meses en la empresa de consultoría.

Creo que las claves son no solo para las personas con discapacidad, sino para todas las personas. Cuando uno llega a un lugar de trabajo, tener algún tipo de inducción, algún tipo de introducción al equipo. Creo que eso yo no lo tuve el primer día, sino que fue un trabajo lento, de a poquito. Me hubiese ayudado mucho tener esa inducción desde un inicio, porque en realidad esto se fue dando de a poco, ir conociendo cómo se maneja todo el trabajo.

Entonces, creo que la clave de la inclusión laboral es tener un buen liderazgo. Yo creo que la discapacidad hay que vivirla. O sea, una persona que no tiene discapacidad a lo mejor no se va a interesar en conocer la cultura sorda o no se va a interesar en conocer cómo vive una persona con discapacidad porque no tiene discapacidad. Yo creo que el punto 1 sería cómo conocer, por ejemplo, las necesidades que tiene una persona con discapacidad. Si llega una persona sorda, cómo hay que hablarle, cómo hay que relacionarse... Porque, por ejemplo, hay gente que habla muy, muy rápido y eso es súper complejo. Súper complejo para mí sobre todo, a mí hay que hablarme lento, si no, no entiendo.

Saber qué necesidades tiene esta persona con discapacidad para que pueda ser incluida. Tampoco hay que victimizarse, porque somos capaces de hacer las mismas tareas, solo necesitamos a veces pequeñas ayudas, pequeñas cosas que cambien para que nosotros podamos desenvolvernos de la forma óptima. Entonces, conocer a esta persona con discapacidad, ¿qué necesita para trabajar, cómo le hablo, qué ayudas técnicas necesita? Y paciencia también, calidad humana del equipo, mucha paciencia. Porque nos equivocamos, somos personas. Tenemos discapacidad, pero podemos hacer las mismas cosas; con ayuda a veces, pero podemos hacer el mismo trabajo.

Está súper bueno, ahora me gustaría que me cuentes más de ti. ¿Qué te gusta hacer?

Cuando comencé a perder la audición descubrí que me gustaba mucho correr, porque yo sabía que me iba a costar encontrar trabajo. Entonces, yo dije en mi mente: “No me quiero quedar todo el día encerrada en la casa”, así que empecé a salir a correr. Recuerdo que me costaba muchísimo, y a los cinco minutos o menos ya estaba agotada, estaba sin aire, así como que ya me moría. Pero sí, con mucha perseverancia, empecé a salir a correr, descubrí que me apasionaba mucho y me llenaba de mucha alegría poder correr. Mi mamá vive en la playa, en Cartagena, y yo salía a correr por la orilla del mar. Correr por la arena es súper complicado. Al principio corría por la calle y después empecé a correr por la arena porque es mucho más pesado. Mi papá vive en La Florida, Santiago, y por aquí también salía a correr. Al principio corría muy poco, pero después horas y horas corriendo.

Me propuse una meta de correr un maratón de 42 kilómetros. Me inscribí al maratón de Viña del Mar, y empecé a entrenar todos los días, muy metódica, pero me lesioné un mes antes de la carrera y no pude correr el maratón. Después me sané y seguí entrenando para correr otro maratón, pero me volvió a pasar lo mismo. Me volví a lesionar como un mes antes de la carrera. Nunca he logrado correr un maratón, pero sí tengo carreras de 21

kilómetros, 15, 10, 5, tengo muchas y tengo varias medallas también, porque eso me llenaba mucho. Como no tenía trabajo, me daba mucha alegría poder superarme.

Por ejemplo, partir, no sé, corriendo como 10 kilómetros en 50 minutos y después bajarlo a 48, eso ya me llenaba de alegría. Y así ir bajando los tiempos cada vez más, también ir resistiendo más distancias. Mi primera carrera fueron 7 kilómetros, después 10, después 15, después 21 y así ir superándome a mí misma es una satisfacción personal muy grande y el deporte también me llena de alegría. Entonces, eso me gustaba hacer, pero ahora lamentablemente estoy súper sedentaria, porque por la pandemia no se podía salir.

Después entré a estudiar en la noche. Estudié Ingeniería en Informática en la noche y no tenía tiempo. Andaba súper cansada, entonces el poco tiempo que tenía era para dormir, descansar. En enero presenté el examen de título, oficialmente soy ingeniera en informática. Quiero volver a salir a correr, pero siempre estoy cansada. Tengo que darme el ánimo, porque eso es lo que me gusta. Me gustaría mucho recuperar esa alegría de correr, esas sensaciones, el deporte.

También me gustan mucho los animales, tengo una gata que se llama Vicky; me gustan mucho, mucho los animales. Mi abuela tiene perritas, también las quiero mucho. Así que yo me considero *cat lover*. Me gusta mucho leer también; cuando estuve cesante, tuve mucho tiempo para leer, solía leer muchas novelas en inglés. Me gusta mucho la literatura inglesa clásica, me gusta mucho Henry James, también me gustan mucho las novelas de Jane Austen, “Orgullo y prejuicio”. Ahora estoy mala para leer, como terminé de estudiar en la universidad y quedé súper estresada, entonces dije que me voy a tomar un semestre sin hacer nada, solo para descansar.

Ahora ya estoy retomando un poco los estudios, me inscribí a unos cursos de Corfo para aprender sobre análisis de datos. Quiero seguir estudiando también, porque así es la tecnología, uno no se puede quedar estancado, hay que siempre estar aprendiendo. Entonces, también eso es como otra afición que hago en

mis tiempos libres, aprender, leer y quiero salir a correr. También soy cristiana, dedico tiempo a ir a la iglesia y es algo súper importante, fundamental en mi vida; Dios es mi familia, practicar la fe también y vivir esta fe en Cristo.

¿Sientes que tienes alguna ventaja con la discapacidad auditiva?

Hay veces en que me siento como que tuviera ventaja, porque puedo desconectar mi implante y no escucho nada. Por ejemplo, en el metro de repente suben músicos ambulantes que es súper fuerte, en realidad a mí me gusta disfrutar un poco de la música, pero es tan fuerte el bullicio que me desconecto. O en la noche, cualquier bulla yo no la siento y entonces puedo dormir sin ningún problema.

También si es que puedo utilizar mi discapacidad en algún tipo de beneficio, lo hago, no encuentro que sea un problema. Por ejemplo, algún tipo de descuento por tener credencial de discapacidad o para postular a algún subsidio habitacional, también, si es que se puede, yo lo hago. Entonces, creo que si es que puedo utilizar la discapacidad como ventaja, yo lo voy a hacer, porque esa es mi realidad. Creo que hay que utilizarlo. Como ese dicho que dice “si la vida te da limones, haz limonada”, entonces, bueno, hay que sacarle provecho, como sea.

Exacto. ¿Y tú te sientes diferente a la Antonella de antes de perder la audición?

Sí, yo creo que soy como otra persona, para mejor. Antes de perder la audición no tenía conciencia de la discapacidad, porque esto es algo que se vive. Aunque a ti te cuenten, por ejemplo, qué es vivir con discapacidad, creo que esas palabras no te dan la comprensión suficiente para entender, para vivir en carne propia la discapacidad. Entonces, yo considero que soy otra persona, una mejor persona, más sensible, una persona con otra forma de ver la vida, tengo una mentalidad distinta, una conciencia distinta.

Es una súper buena respuesta. Para terminar, ¿hay algún tema que a ti te gustaría hablar?, ¿qué crees que vale la pena compartir a la gente que va a leer este libro?

Sí, hay un tema, pero no sé si a todas las personas les va a gustar el tema de la fe.

¿Por qué crees que no les va a gustar?

Porque creo que, sobre todo, la juventud es la que está más reacia a estos temas. Como que se ha perdido un poco el tema de la fe porque se asocia a la religión. Pero en realidad Jesús no nos dejó una religión, nos dejó un legado. Entonces, para mí eso es súper importante, ha sido un pilar súper importante en mi vida la fe en Cristo, la fe de que yo soy hija de Dios, soy hija del Señor, y yo también tengo que darte este testimonio de lo que Dios ha hecho en mi vida.

Porque yo siento que Dios permitió esta discapacidad en mí para bendecirme, para abrir puertas que solo Él podía abrir... Porque imagínate, yo quedé sorda y quedé sin esperanza médica. No había nada que hacer, yo tampoco tenía el dinero para costear el implante. Y yo tengo la certeza de que fue Dios quien permitió que la sordera se incluyera en la Ley Ricarte Soto, que yo tuviera acceso a esta operación y que Él me bendijera también con estudios, con trabajo. Yo estoy segura de que Él permitió todo eso.

A lo mejor, si yo no hubiese perdido la audición, yo estaría trabajando como profesora, estaría pasando muchas más rabias con los niños, como está ahora la juventud, y ganando menos dinero. Estaría viviendo otra realidad, pero yo me siento muy bendecida por Dios. Y si bien perdí la audición, Él no me ha abandonado. Él ha abierto puertas de bendición, de estudio, de trabajo. Y eso es súper importante. No sé si todas las personas van a estar de acuerdo conmigo, si les va a gustar escuchar estas cosas. Porque creo que la mayoría no cree en nada o cree en Dios a su manera. O cree en cosas... Creo que creen en cosas humanas, creen en Buda, tienen otro tipo de creencias. Pero hay un solo Dios que es real. Hay un solo Dios, no hay otro. Y ese

es el Dios al que yo creo, el Dios de mis padres, el Dios a quien yo sirvo. Eso es súper importante.

Es un tema bien interesante; los lectores pueden estar de acuerdo contigo, es súper importante tener fe en algo. Sinceramente, yo no soy tan creyente, pero sé que uno nunca tiene que perder la fe en sí mismo. Entonces, es súper importante lo que tú dices y creo que vale la pena que esté en el libro, de todas maneras.

Gracias, me gustaría que se incluya ese aspecto tan fundamental de mi vida.

De todas maneras, eso va a estar incluido porque durante todo este tiempo que conversamos, se notaba que la religión fue fundamental para ti también, para poder seguir adelante.

Pero más que la religión, es Dios, el Señor, Jesús.



Catalina Ramírez

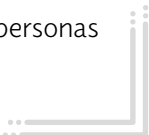
**Estudiante de Arquitectura y
creadora de videos en redes sociales**



A Catalina la conocí cuando empecé a involucrarme en el mundo de la comunidad sorda; ella era solo una niña que tenía 15 años. Sinceramente, cuando la conocí, empecé a entender de alguna forma que se sentía sola por el hecho de ser la única persona con discapacidad entre sus compañeros.

Formamos una amistad, con momentos complicados entre medio, pero siempre tuve un cariño especial a Cata y admiración por su forma de luchar, su perseverancia y su valentía de tomar decisiones difíciles. Cuando me enteré de que se fue a estudiar a Valencia, fue un momento en que me sentí súper orgulloso; además que es una tremenda comunicadora a través de las redes sociales, tiene 120 mil seguidores en TikTok.

Al comenzar este proyecto, fue una de las primeras personas que pensé que sí o sí tenía que compartir su historia.



»»»»««««

Hola, Cata, cuéntame de ti, ¿podrías presentarte?

¡Hola! Mi nombre es Catalina Ramírez, tengo 28 años, soy estudiante de Arquitectura, tengo un implante coclear, audífonos y también me comunico en lengua de señas.

También soy creadora de videos en redes sociales como TikTok e Instagram. Subo historias de mi vida, por ejemplo, de mi

viaje de intercambio a Valencia, España. Me encanta compartir información útil para la comunidad sorda y, sobre todo, para las personas oyentes; enseñarles cómo funciona la comunidad sorda, cuáles son nuestras barreras y la lengua de señas.

Antes de entrar en tu infancia quisiera que me cuentes, ¿qué pasa con la música electrónica?

¡Cierto! Pero quizás es algo más personal... no importa; la música electrónica, sobre todo *techno*, es mi terapia para relajarme, bailar, olvidar las malas vibras y disfrutar de la vida. La música electrónica me hace sentir como viajar, pensar mucho más allá de lo que se vive en el mundo real, salir de mi zona de confort. Todo eso hace que mi vida fluya mejor y siga con el arte, con todas las cosas que son muy difíciles de enfrentar.

¿Desde cuándo empezó a gustarte la música electrónica?

Mira, para corregir un poco, la música electrónica es muy diversa, tiene varios tipos como *house*, *chill*, *dubstep*, *pop* y todas esas, pero no es mi estilo. Entonces, hay uno que sí me gusta realmente, que es *techno* y toda su variedad que lo compone, me encanta. Lo conocí por primera vez cuando tenía 23 años, y desde ese momento nunca dejé de escucharlo. Me di cuenta de que es mi mundo, mi espacio, un lugar que es como una terapia para mí, para alejarme del mundo, porque en ese tiempo pasaba por un mal momento, y el mundo *techno* es un lugar para disfrutar de la felicidad.

Me molesta la gente que piensa que ese mundo solo está lleno de drogas o gente con malas influencias, porque la verdad es que no siempre es así. Hay personas a las que les gusta ir a terapias de psicología, ir a yoga, a la playa; mi terapia es bailar en el mundo *techno*, también hay una comunidad que forma una segunda familia.

¡Genial, Cata! Ahora, cuéntame sobre tu infancia.

Primero, una cosa súper importante es que mi hermano mayor, Cristóbal, nació también con discapacidad auditiva, eso le per-

mitió a mi papá estar más preparado cuando se enteró también de mi sordera. Mi papá se enteró de la sordera de Cristóbal a los 8 meses; 2 años después nació yo, y en ese momento mi papá con más experiencia decidió que me evaluaran lo antes posible, teniendo, finalmente, como resultado que tengo una discapacidad auditiva bilateral profunda. A las dos semanas de nacimiento ya ocupaba audífonos, era una bebé. Después nació mi hermana Camila, ella sí nació sin pérdida de audición. Somos tres hermanos.

Cuando mi papá se enteró de mi diagnóstico, sabía que mi vida iba a ser más difícil al enfrentar un mundo muy cruel, que no te permite vivir fácil ni tranquilamente, tienes que tener las herramientas para sobrevivir. Sabiendo eso, mi papá buscó los mejores profesionales, fonoaudiólogos, los mejores audífonos, conversó con todos los médicos otorrinos para encontrar la mejor forma de que yo pudiera escuchar igual que los oyentes. Me metió a un colegio de oyentes, es decir, yo era la única persona sorda entre mis compañeros. Nunca en mi infancia conocí a una persona sorda como yo.

Era súper competitiva, participé en varios deportes, desde chica iba a *ballet*, patinaje artístico, gimnasia, tenis, vóleybol, fútbol; siempre metida porque mi papá me decía que el deporte te ayuda a comunicarte y, al mismo tiempo, escuchar a mis compañeros. Además del deporte, en mi colegio tenía una profesora particular que es fonoaudióloga; en vez de tener clases de inglés, pasaba estudiando con mi profesora. Además, apenas salía de mi colegio, desde prekindergarten, me llevaban a un centro auditivo para seguir con las terapias de escuchar y hablar. Estuve 3 años en el centro auditivo; después mi papá decidió contratar fonoaudiólogos que iban a mi casa para seguir con las terapias.

Básicamente mi vida era estudios en el colegio, deporte y terapias con los fonoaudiólogos, una vida súper demandante y desgastante porque sentía que no vivía una vida normal, como salir con mis amigos; nunca tenía tiempo para eso. Yo entiendo a mi papá, él quería que tuviera todas las herramientas para sobrevivir una vez que terminara el colegio, ese era su objetivo.

Fue un poco difícil para mí porque no tenía mucho tiempo libre en mi época de infancia.

A los 14 años, cuando estaba pasando a primero medio, en mi colegio cambiaron de director. El nuevo director no estaba de acuerdo con que los alumnos con discapacidad tuvieran un apoyo especial para su educación, consideraba que todos debían tener la misma exigencia. En mi caso, no estaba de acuerdo con que faltara a las clases de inglés porque ocupaba ese espacio con mi profesora particular, y decidieron expulsarme. Fue un momento súper triste para mí, me sentí discriminada por mi sordera y también fueron expulsadas todas las personas con discapacidad que estaban en el colegio. Fue un momento súper difícil.

En mi segundo colegio no lo pasé bien porque me tocó un curso bastante frío; nunca habían tenido un compañero con discapacidad, entonces me miraban y me trababan como si fuera de otro mundo, realmente fue una época difícil. Aunque yo era bonita, mis compañeros se burlaban de mí por hablar distinto a los demás y no poder entenderles bien; los profesores eran súper exigentes conmigo. Fueron 2 años súper duros y más encima mis padres decidieron divorciarse.

Por un lado, fue positivo; tuve la oportunidad de conocer a personas sordas en un evento y al conocerlos me sentí súper bien, me sentí identificada, como que me entendían y lo pasaba súper bien con ellos. Pero mi papá me exigía que debía comprometerme con el colegio, con el deporte, y me rompió el corazón cuando me dijo que no debería juntarme con personas sordas o que tienen problemas auditivos, porque podría retrasarme con mi forma de hablar y mi avance con las terapias. Mi papá realmente quería que me comprometiera para que escuchara y hablara como si fuera oyente.

En ese momento me dio tanta rabia, me estaba esforzando, cumpliendo todo lo que me pedía, pero no podía vivir mi vida tal como me gustaría, con las cosas que quiero; mi papá no me entendía en ese momento. A pesar de que me pedía no juntarme con los chicos sordos, me juntaba igual con ellos. Era un grupo

de personas sordas, donde ninguno se comunicaba en lengua de señas, solamente de forma oral; la mayoría tenía implante coclear y audífonos.

Al final, terminé repitiendo el curso ese año; realmente me sentía súper sola en el colegio. Ninguno de mis compañeros me ayudaba con las tareas, no me incluían en sus equipos de trabajo, así que le pedí a mi papá que no quería seguir en el colegio porque realmente lo estaba pasando mal. Mi papá me dijo: “Hija, va a ser súper difícil encontrar un colegio que acepte a personas con discapacidad y, sobre todo, que haya repetido de curso”; le dije que prefería intentar buscar otro colegio que seguir con el mismo. Fueron tres meses de intensa búsqueda, perdimos las vacaciones de verano, no logramos encontrar un colegio en que realmente me aceptaran.

Yo vivía en Lo Barnechea, intentamos buscar colegios lo más cerca posible, pero no nos iba bien. Fuimos ampliando la búsqueda y, finalmente, pudimos encontrar un colegio que se llama Altamira, en Peñalolén, el único colegio donde me aceptaron, aunque esto significaba una hora y media de viaje desde mi casa. El colegio Altamira fue la mejor decisión que pude haber tomado, lejos el mejor colegio, porque me tocó estar en un ambiente diverso, súper artístico. No era estricto como los colegios anteriores, mis compañeros eran de distintas comunas, tenía compañeros de Maipú, Puente Alto, La Florida.

Vivir esta experiencia me hizo darme cuenta de que pasé por dos colegios superficiales, donde mis excompañeros, además de ser egocéntricos, solo se preocupaban de su nivel económico, de tener la mejor popularidad, preocuparse de vestirse bien, discriminar a las personas de bajos recursos, dejando de lado el compañerismo. El colegio Altamira me abrió la mente, realmente me tocó tener compañeros que se preocupaban por mí, eran súper generosos, tenía un curso más humano, súper diverso, tenía compañeros *hippies*, *rockeros*, no les importaba la situación. Realmente me trataron como una persona sin importar mi sordera, me aceptaron y fueron súper empáticos conmigo; en ese colegio nadie se burlaba de mí.

Antes me daba mucha vergüenza demostrar que soy una persona sorda, no dejaba que vieran mis audífonos. Cuando me preguntaban por qué hablaba diferente, les respondía que era de otro país, nada más. Pero con el último colegio empecé a sentirme más orgullosa como persona sorda y aceptarme tal como soy. A los 19 años empecé a conocer a más personas sordas, decidí jugar vóleybol en una asociación de sordos que se llama Cresor, de la comuna de La Reina; fue súper impactante para mí porque me tocó compartir con un equipo de personas sordas que solamente se comunicaban en lengua de señas, nadie hablaba de forma oral como el primer grupo que conocí. Ahí fue que empecé a conocer a la comunidad sorda, en que todos se comunican en lengua de señas. Nunca me imaginé que existiera un mundo así; como estuve toda mi infancia súper alejada por estar comprometida con la rehabilitación, el deporte y los estudios.

Al principio fue súper difícil poder integrarme a la comunidad sorda, no me aceptaban tan fácilmente por no saber lengua de señas, además de comunicarme de forma oral. Se burlaban de mi forma de comunicar en lengua de señas, como que me hizo recordar cuando estaba en el segundo colegio, pero igual quería adaptarme a ellos. Aunque no me aceptaban, decidí seguir luchando para ganarme un lugar entre ellos y decidí aprender lengua de señas porque me di cuenta de que era mi lengua materna, que era mucho más fácil comunicarme así que escuchar y hablar. Aunque eso significó discusiones con mi papá; realmente no aceptaba que yo era una persona sorda y tampoco quería que aprendiera lengua de señas, pero decidí hacerlo igual.

Aunque estoy súper agradecida de poder escuchar y hablar, puedo decir que fue súper difícil llegar a ser la persona que soy, un camino de mucho esfuerzo y sacrificio. No es fácil adaptarte a un mundo que no está preparado para las personas sordas. Puede haber casos de personas sordas que son felices en el mundo de oyentes, como mi hermano Cristóbal; todos somos personas diferentes. A mí me habría encantado conocer a la comunidad sorda desde chica, pero como dije, todos somos diferentes.

Cuando me llegó el momento de elegir qué carrera estudiar en la universidad, sabía que mi lado es más artístico. Mis opciones eran Diseño Gráfico o Diseño en Vestuario; al final, mi papá logró convencerme para estudiar Arquitectura, porque era más fácil poder encontrar trabajo como persona sorda. Yo no lo veía así, pero sabía que mi papá se preocupaba por mí y quería que tuviera una buena vida. A pesar de todas las discusiones con mi papá, siempre estuvo presente conmigo, sé que me quiere mucho y quiere que tenga la mejor vida; por eso decidí confiar en él. Llegamos a un acuerdo de estudiar un año de Arquitectura pero, si no me gustaba, me cambiaba de carrera. Finalmente tomé la decisión de estudiar Arquitectura en la Pontificia Universidad Católica de Chile, la carrera era súper difícil, pero al final me terminó gustando y sentía que tenía talento.

Me acuerdo de mi primera clase, te diré que no fue fácil. En vez de tener 20 compañeros, tenía 120 compañeros en una sala enorme, no lograba entender al profesor, había mucho eco y siempre había un compañero hablando al fondo de la sala; súper difícil. Aunque mis compañeros decían que podía leer el informe o que el profesor podía enviarme la presentación por correo, al final no era lo mismo. Me preguntaba cómo era posible que una de las mejores universidades de Chile no tuviera apoyo para personas con discapacidad. ¿Cómo no puede haber inclusión? ¿Por qué debía esforzarme más que mis compañeros para entender las clases? Tenía que luchar por mis derechos, de poder tener las mismas herramientas para poder entender las clases como mis compañeros.

Después aparece Piane, que es un programa de inclusión para personas con discapacidad en la Universidad Católica. Piane entrega herramientas de accesibilidad para poder integrarse más fácilmente en las clases, pero había un problema: al principio Piane solo apoyaba a las personas de movilidad reducida, personas de baja visión y personas con algún grado de discapacidad mental. El problema es que no tenía apoyo para personas sordas como en mi caso; solo un intérprete de lengua de señas, y en ese tiempo yo no me manejaba bien, entonces no era opción para mí. Tuvi-

mos que buscar otras alternativas de apoyo; encontramos una empresa que hace transcripción en vivo, es decir, una persona transcribe todo lo que va hablando la profesora y yo leía en vivo en la computadora, todo en tiempo real.

El sistema de transcripción no funcionaba bien, además no era mi fuerte la comprensión lectora y la señal de internet no funcionaba bien, la transcripción llegaba con retraso. Puede haber personas que tienen la habilidad de leer fácilmente el español, pero en mi caso no, no entendía mucho con las transcripciones en vivo, no era suficiente. Pedía apoyo a mis compañeros, me compartían sus apuntes de las clases, pero fue súper difícil para mí poder entender las clases; lo mismo con los ensayos escritos, como dije, la comprensión lectora no era mi fuerte. La verdad no sé cómo logré aprobar todos los ramos, con mucho esfuerzo fue. Después de un tiempo tuve un novio sordo que solamente se comunicaba en lengua de señas, así que con él terminé aprendiendo lengua de señas, y en dos meses ya me manejaba perfecto. En ese momento, decidí tener un intérprete de lengua de señas en las clases.

A los 21 años me operé del implante coclear para disfrutar de la música, además de poder escuchar mejor en las clases de la universidad. No sabes cuánto mejoró mi rendimiento en las clases, empecé a entender más rápido; con el intérprete entendía todo más rápido. Terminé aprobando todos mis ramos con una mejor nota, no con nota mínima como me pasaba con el sistema de transcripción. Solo los ramos en que tenía que entregar informes escritos no eran mi fuerte; a mí me cuesta mucho escribir, usar las palabras correctas. Al final los profesores entendieron mi situación, sabían de mi dificultad y decidieron apoyarme. Es súper importante contar con la exigencia del curso, pero más importante es que entiendas la clase; entonces para mis profesores fueron interesantes las propuestas que yo ofrecía para las clases de arquitectura, porque usaba muchos temas relacionados con accesibilidad y discapacidad.

La accesibilidad y discapacidad en arquitectura es un mundo con varias opciones, muchos temas; los profesores pasaban

hablando sobre la importancia de tener un espacio público pensado para las personas, tanto adultos mayores como jóvenes, madres, pero nunca hablaban de la discapacidad. Ahí, aproveché mi oportunidad de incluir la problemática de cómo un espacio público puede beneficiar también a una persona con discapacidad, y entregué un examen sobre eso. Los profesores quedaron impresionados con mi trabajo; claro, ellos nunca viven con la discapacidad, y yo me preguntaba: “¿Será algo nuevo para ellos? ¿Nunca han visto las dificultades que tienen las personas con discapacidad al transitar?”. Empecé a trabajar proyectos de viviendas adaptadas para personas con discapacidad. Claro, ahora puedes encontrar información de arquitectura accesible, como el baño para las personas con movilidad reducida, los pasillos con líneas que permiten introducir los bastones de las personas con baja visión y el sistema braille.

Pero en mi caso, lo que más les llamaba la atención es que yo específicamente trabajaba proyectos de vivienda pensados para personas sordas. Por lo general, los arquitectos creen que las personas sordas no necesitamos adecuaciones para una casa o espacio público. En ese momento me di cuenta por dónde iba mi camino en la arquitectura; los profesores me recomendaron que tomara un intercambio en Valencia, España; me dijeron que podría aprender muchas más cosas que en Chile. “Cata, ese es tu camino, debes aprender más cosas que en Chile no lograrás aprender, es importante conocer otras culturas y cómo crear un mundo más accesible para personas como tú”, me decían los profesores.

Pensé que iba a ser difícil entrar en una universidad de España, pero no fue así gracias a las cartas de recomendación que me entregaron mis profesores. Nunca imaginé tener esa oportunidad de tener una beca especialmente para personas con discapacidad para estudiar en la Universidad Politécnica de Valencia, fue una sorpresa muy grande para mí. Al vivir en Valencia me di cuenta de que mis profesores tenían razón, el mundo de la arquitectura es completamente diferente, necesitaba ver el mundo. Terminé estudiando un semestre en Valencia, después decidí recorrer por mi cuenta varias partes de España, Francia y Alemania.

Fui conociendo todo lo relacionado con la arquitectura; súper lindo, un fuerte patrimonio, aunque obviamente no tenía nada que ver con mi objetivo de desarrollar proyectos para personas sordas, pero sí tiene que ver el pensar por qué la arquitectura tiene ese propósito. No solamente se construye por ser bonito y llamar la atención, toda construcción tiene un objetivo y una razón. Visitaba arquitectura en Berlín, en París, en Hamburgo, y siempre investigaba por qué las cosas están construidas de esta manera: ¿Por qué tienen esas formas? ¿Por qué se utilizaron estos materiales? Todo tenía un propósito. También visité el palacio de Versalles... lo bueno de este lugar es que te ofrecen una *tablet* con un intérprete de lengua de señas; fue súper bueno porque podía conocer toda su historia en cada espacio del palacio, era súper inclusivo para mí.

Cata, me surgió una duda. Sé que la lengua de señas va variando por país, asumo que la lengua de señas en español o francés debe ser súper diferente a la lengua de señas de Chile. ¿Cómo lograste entender?

Entendía de alguna manera, hay lenguas de señas parecidas. Cuando yo comencé a estudiar en Valencia, pregunté a la universidad si podrían facilitarme un intérprete de lengua de señas chilena, lo malo es que solo ofrecían un intérprete de lengua de señas en español, que igual es distinto. Al principio, conseguí a una amiga chilena que se manejaba con la lengua de señas chilena; la contacté para que fuera mi intérprete, pero lo único malo es que tuve que pagar sus servicios por mi cuenta, no por la universidad.

Después de un tiempo, me subió el precio y no podía costearlo la verdad. Al final renunció porque encontró otro trabajo. No me afectó mucho, porque ya sabía cómo funcionaban las clases, conocía los ramos y solamente iba para anotar mi asistencia. También les decía a los profesores que haría el esfuerzo de entender en sus clases, les pedía que anotaran lo más que pudieran en la pizarra para poder entender, pero fue súper difícil la verdad, porque hay muchas palabras que yo no conozco y no entiendo.

Había ramos que para mí eran súper fáciles porque tengo habilidad, como el ramo de física; solo me costaban los ramos donde se requería leer mucho, esa es mi debilidad.

Lo más importante es que terminé aprobando todos los ramos. La verdad es que no fue complicado para mí; la Universidad Politécnica fue mucho menos exigente que la Universidad Católica, es decir, en Valencia los profesores no te exigen, tú mismo decides cuánto quieres aprender realmente en las clases. Al haberme acostumbrado al nivel de exigencia de la Universidad Católica, entregaba todos mis proyectos súper ordenados, bien detallados y con mucha información.

Igual fue súper difícil vivir en España; a pesar de tener el mismo idioma español, los modismos eran súper diferentes a los chilenos, además mis compañeros eran menores y mayores que yo, como que no tenían ningún interés en trabajar conmigo. Entonces, no conocía a nadie. Llegaba a clases, ponía atención en las clases y al terminar me iba a mi casa. Podría haber sido más fácil poder conversar con los compañeros, estudiar juntos para una prueba, trabajar en maquetas; pero yo no lograba tener una amistad con ellos, me costaba mucho entenderlos, entonces para mí era más fácil encerrarme y estudiar sola en la residencia. Me acostumbré a separar mis amistades de la universidad, mis amistades son personas que me aceptan y me entienden como persona sorda. Siento que la mayoría de la gente de la universidad cuando me conoce se cree superior al estar conmigo; me costaba mucho confiar en las personas, porque sé que pueden existir personas ignorantes que no saben cómo comunicarse con una persona sorda.

Estuve por un buen tiempo sola en Valencia, hasta que en un momento me dije: “¿Sabes qué? Voy a ir a una disco para conocer gente, porque no puedo estar sola todo el semestre”. Entonces, decidí irme sola a un bar con temática *techno*. De verdad, te juro, no sé cómo logré conocer gente, empecé a compartir mesa con otros grupos y conocí a más personas. Igual me preguntaban por qué hablaba diferente, les explicaba que soy una persona sorda, que vengo de Chile, que amo bailar con música *techno*, y termi-

né teniendo amigos. Ahí me di cuenta de que necesitaba salir de mi zona de confort. Me costó conocer y poder confiar en nuevas amistades; aunque Valencia es súper seguro, la gente es súper amable, honesta, de noche puedes caminar con toda la seguridad, no vas a ver gente vaga y que te puedan asaltar. Entonces terminé conociendo personas a través de las fiestas y empecé a vivir en dos mundos: la universidad y el mundo *techno*.

Igual sentía que me faltaba algo, porque no conocía a ninguna persona sorda, extrañaba mucho la lengua de señas, estuve ocho meses sin poder usar mis manos para comunicarme. Yo no tengo ningún problema en conversar en un grupo con dos personas, pero cuando es una conversación con más personas me pierdo fácilmente, no logro entenderlos, me pierdo, me frustro y me encierro; ojalá pudiera entender todo y pudiera compartir con ellos cuando me invitaban a la playa. Mis amigos siempre se preocupaban por mí, me decían: “¿Por qué estás tan callada?”. Me dicen también que cuando yo puedo hablar, hablo de cosas súper interesantes, que soy súper inteligente. Eso me ayuda a reflexionar: ¿Cuántas de las personas sordas encerramos nuestra personalidad por miedo a la vergüenza y frustración al no entender todo en una conversación grupal?

Viví días tristes y felices en Valencia, aprendí muchísimo y conocí lindas personas. Me gustó mucho la experiencia de poder estudiar en la Universidad de Valencia, la exigencia es súper diferente, como te dije antes. En vez de que el profesor te exige el trabajo, tú mismo como estudiante decides el nivel de exigencia; no te dan fechas de entregas y tú mismo decides cómo quieres entregarlo. Los profesores en Valencia tienden a ser más creativos, tienen una visión mucho más diversa, te dan como la confianza de hasta dónde quieres llegar también, la exigencia escolar es más humana. No como en Chile, donde tuve que trasnochar varias veces para poder terminar una maqueta a tiempo.

Ahora estoy de vuelta en Chile para poder terminar mi proyecto de título. Tengo muchas ganas de poder terminar la universidad porque me encantaría volver a retomar mi emprendimiento de ser *influencer*; en realidad, ser una comunicadora de cómo vi-

vimos las personas sordas, cómo nos comunicamos, poder educar al mundo de las personas oyentes. Me encantaría poder estar haciendo charlas por varios países. Por ejemplo, cuando viajé por Europa, empecé a difundirlo por TikTok, comunicándome en lengua de señas, compartiendo mi experiencia, novedades para que la gente viera de lo que somos capaces las personas sordas.

Pensando en que, como mi papá nunca escuchó la experiencia de otras personas sordas cuando me tuvo a mí y a Cristóbal, quiero que los próximos padres conozcan mi historia, vean mi experiencia de cómo crecí como persona sorda. Para mí es súper importante que una familia entregue todo el apoyo a la persona sorda, que le entregue todas las herramientas para comunicarse, de forma oral o lengua de señas, y que la persona elija con lo que más que se sienta cómoda.

Tienes toda la razón... ¿En qué momento decidiste crearte una cuenta de TikTok?

Cuando empezó la pandemia. Como a mí me encanta la música y bailar, empecé a generar contenido en mi cuenta de TikTok, supuestamente el contenido que estaba pensado era para la comunidad sorda, que se animaran a disfrutar de la música.

También empecé a hacer contenidos sobre situaciones y chistes que solamente la misma comunidad sorda entendería. Por ejemplo, una fiesta de sordos a alto volumen y llegan los carabineros a reclamar por el volumen. Son situaciones que pasaron de verdad. Pero empecé a recibir comentarios de otras personas que no entendían mis chistes por ignorancia. También empezaron a preguntarme cosas como: ¿Cómo se dice coronavirus en lengua de señas? ¿Cómo se dice área de salud? ¿Cómo se dice esto? Y decidí hacer un video respondiendo todas las preguntas. En ese momento empecé a ser viral, a recibir más seguidores, más comentarios de familiares que tienen un primo o hijo sordos, que querían aprender lengua de señas.

Seguí subiendo videos, respondiendo sus preguntas, enseñando cosas básicas de lengua de señas y, después, mis seguido-

res empezaron a preguntarme dónde podían aprender lengua de señas y a decir que los institutos o fundaciones que ellos conocían eran súper caros. Estamos hablando de un curso de lengua de señas donde el valor de la matrícula por mes para el más básico –porque hay de distintos niveles– es súper caro para la mayoría. Entonces decidí lanzar un curso de lengua de señas en que cobraba menos por cuatro clases; empecé a tener como 30 alumnos, de distintas edades, la menor de 12 años hasta un adulto de 50. Me iba súper bien, los alumnos aprendían y disfrutaban conmigo, que era lo más importante.

¿Qué pasó después? Al volver a las clases presenciales de mi universidad, cuando se terminaron las cuarentenas, tenía que trabajar en maquetas, armar láminas de proyectos, leer muchos documentos, y después hacía las clases, y eso que soy pésima para organizarme. Entonces empecé a reprobar varios ramos, además empecé a vivir un episodio familiar que me dejó mal psicológicamente. Desde ese momento colapsé, decidí parar todo, congelar mis estudios, dejar las redes sociales y tomarme un tiempo sabático.

Volví a la universidad después de un año y medio para terminar mis estudios, dejé de lado mi trabajo como profesora de lengua de señas, dejé de hacer contenido en las redes sociales para poder enfocarme en terminar mi carrera de Arquitectura, y pude ir a España después. Ahora estoy en mi último semestre, espero poder terminar pronto, conseguir el título, trabajar como arquitecta con especialidad en proyectos relacionados en accesibilidad para personas sordas.

También quiero dar charlas por todo el mundo sobre la arquitectura, sus normativas, cómo adaptar las adecuaciones para personas sordas. Además, me gustaría volver a transmitir contenido en TikTok porque fue un momento súper feliz para mí.

Lo encuentro súper genial, insisto en que deberías encontrar la forma de organizarte. Igual puedes empezar a generar contenido de a poco en TikTok, tienes más de 120 mil segui-

dores ¡y eso no lo puedes perder! También entiendo que es difícil organizarse.

No te voy a mentir, yo soy una persona súper desordenada, prefiero hacer las cosas paso por paso.

Sí, eso es un problema.

Sí, ya intenté dos veces; terminé reprobando varios ramos. Entonces ahora, como solo me queda un semestre, necesito enfocarme en eso y, una vez que me titule, podré volver a hacer contenido en las redes sociales.

¿Este año terminas?

Sí, solamente me falta el proyecto de título.

Guau. ¿Harás una fiesta supongo?

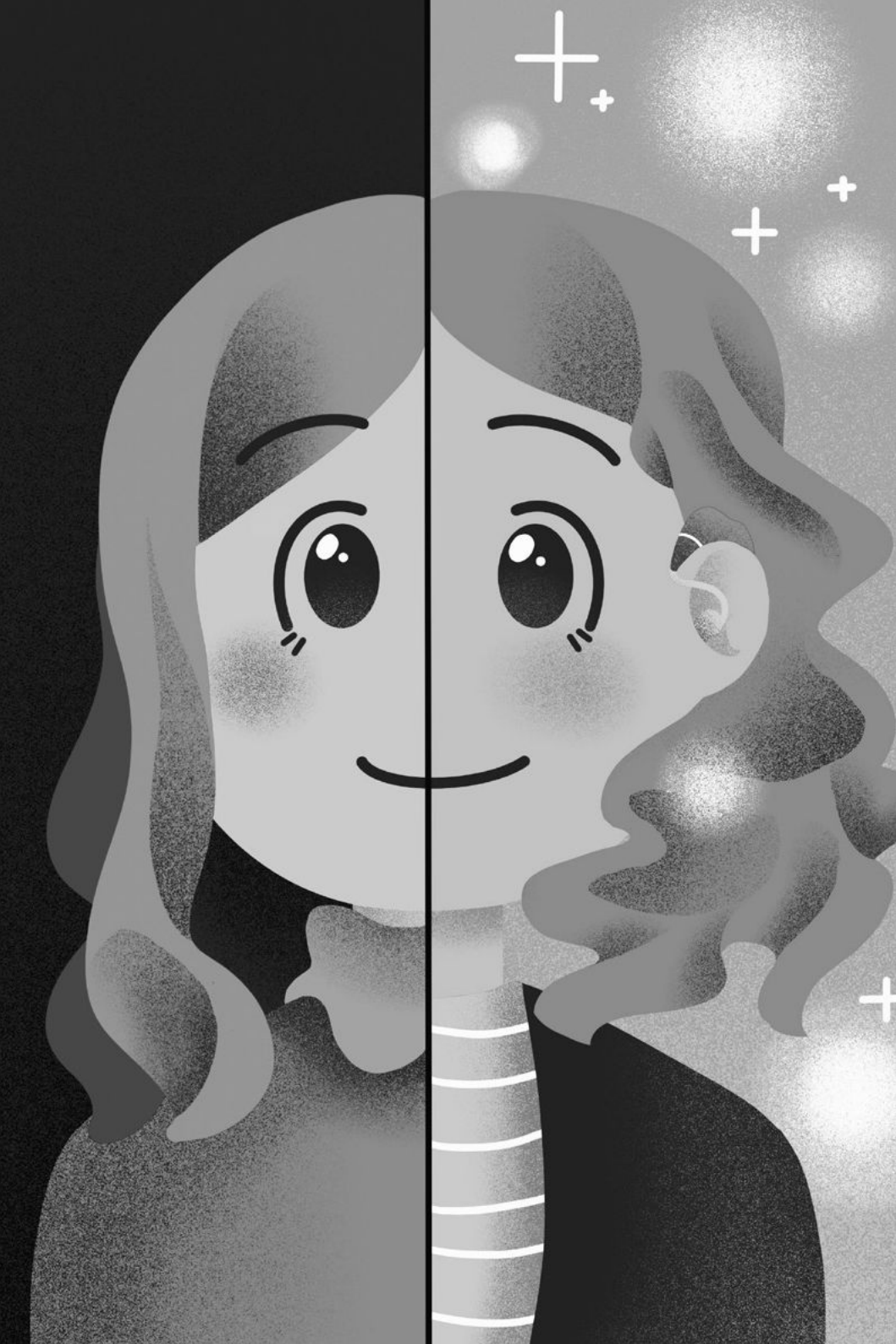
¿Una fiesta? No sé...

¿Cómo que no sabes? No puedes ser tan aburrida, por favor.

No sé, yo voy a muchas fiestas, así que ¿para qué organizarme una fiesta de titulación? Ya he hecho muchas fiestas, así que ¿para qué me voy a hacer otra fiesta? Prefiero una junta tranquila.

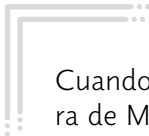
Bueno, si en algún momento decides hacer la fiesta, espero que me invites.

Puede ser, jajajaja...



Loreto Hurtado

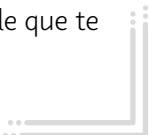
Ingeniera comercial



Cuando comencé a emprender con Coclus en una incubadora de Microsoft que se llamaba Imagine Lab, participé en un evento de Corfo sobre emprendimiento en discapacidad; ahí conocí a Loreto. Me sorprendió por su carácter fuerte, era súper segura de sí misma y de que puede lograr muchas cosas sin el implante coclear.

En ese tiempo cuando Loreto me dijo de frente que el implante coclear no era la herramienta más importante, me sirvió mucho como para aterrizar mi realidad con mi sordera. No todo gira en torno a la tecnología, al implante coclear y los audífonos, no es bueno depender 100% de ellos; lo más importante de todo, es asumir tu sordera, trabajar en la seguridad en ti mismo.

Tengo una tremenda admiración hacia Loreto, es una gran amiga que siempre me da los mejores consejos. Por eso decidí invitarla a contar su historia en este libro y estoy seguro de que te va a gustar mucho.



»»»»««««

Hola, Loreto, para comenzar me gustaría que pudieras presentarte...

Hola, mi nombre es Loreto Hurtado, tengo 44 años, soy ingeniera comercial. Mis papás nacieron en Iquique, yo nací en Valparaíso,

pero he vivido casi toda mi vida en Santiago; me considero liguina de corazón y Santiaguina por adopción.

Me gustan las actividades al aire libre, soy un poco extrema; también me gusta todo lo que implique salir a comer a un restaurante, juntarse con un grupo de amigos en un bar y también amo viajar, es algo que a mí me llena completamente.

Vengo de una familia de sordos; en mi caso, tengo una hipoacusia genética, hereditaria y progresiva. Significa que es producto de un gen hereditario, que viene por el lado de mi abuela.

Cuéntame, ¿cómo es eso?

Mi abuelita, mi mamá y yo perdimos la audición de la misma manera, mi pérdida de audición es progresiva. ¿Por qué? Porque cuando era chica escuchaba muy bien, no diría que normal, pero casi normal y mi audición fue bajando durante el tiempo.

Una pregunta que siempre me hacen... me dicen: “Oye, pero tú hablas muy bien”, y les respondo que sí, porque yo escuché durante mucho tiempo, entonces, alcancé a pronunciar o hablar bien y eso hace la diferencia. Por ejemplo, una persona que nace sorda y nunca ha escuchado, para esa persona es mucho más difícil poder pronunciar o hablar bien. Entonces, tuve el gran beneficio de haber nacido escuchando y que fui perdiendo la audición con el tiempo.

¿Cómo fue tu época de colegio y universidad?

A los 18 años, cuando entré a la universidad, fue el momento de usar audífonos porque los necesitaba. La lectura labial ya no era suficiente para poder entender las clases; en el colegio dependía mucho de la lectura labial. Mi mamá nunca quiso que ocupara audífonos porque ella tuvo una muy mala experiencia con audífonos cuando era joven. En ese tiempo los audífonos que se ocupaban eran como un parlante al que solamente podías aumentarle el volumen. No existía la tecnología que permitía ajustar de acuerdo a tu pérdida de audición, con los audífonos en esa época no podías escuchar las voces. Cuando mi mamá se puso esos

audífonos, le dolían mucho los oídos escuchando ruidos graves o ruidos agudos y aun así no podía escuchar bien. Entonces ella siempre dijo “no” a los audífonos, no quería que yo los ocupara por temor a que lo fuera a pasar mal igual que ella, prefirió que aprendiera a leer los labios.

Fui a un colegio normal, o sea, de oyentes como decimos. Sufrí mucho *bullying* por parte de algunos de mis compañeros, sin embargo, mis profesores nunca hicieron distinción, nunca me exigieron de forma diferente, tenía que demostrar las mismas condiciones que el resto de mis compañeros; yo creo que eso fue algo súper bueno de mi colegio. Como en ese tiempo no se hablaba tanto o no había conocimiento de la discapacidad, los profesores me trataron igual que al resto de mis compañeros, esto para mí fue un gran beneficio porque después eso impactó en la carrera que estudié y cómo me he desarrollado.

Sin embargo –esto puede parecer divertido–, cuando fui profesora lo entendí mejor, los profesores en los colegios tienden a hablar muy fuerte, y eso para mí fue un gran beneficio, yo escuchaba bien a todos los profesores, no tenía problema con eso. Cuando entré a la universidad fue todo diferente porque los profesores no gritan en clases sino que hablan, y si no logras entenderlos, mala suerte no más. Pero en el colegio los profesores están hechos como para poner todo su ser para que tú aprendas, ellos necesitan llamarte la atención; imagínate que en un curso puedes tener niños con déficit atencional, que son inquietos, que son gritones o que son más tranquilos.

Me acuerdo cuando me puse audífonos al ingresar a la universidad, una de mis mejores amigas y también compañera del colegio me dijo: “Loreto, estoy impresionada de cómo te has integrado”. Como yo no escuchaba bien en el colegio, tendía a aislarme del resto, no participaba mucho en grupos grandes de amigos; no porque no me gustara, sino que porque no los entendía. Cuando me puse audífonos la primera vez, eso se revirtió un poco, podía integrarme, conversar, tirar chistes y esto sacó a relucir una personalidad mía diferente; en realidad, mi verdadera personalidad, el ser sociable. Eso fue como el gran

impacto que tuve al ponerme audífonos por primera vez. Me dije: “Guau, ¿por qué no me los puse antes?”. Ahí como que uno tiende a pensar todo eso.

Ahora, ponerse audífonos tuvo dos temas: por un lado, fue súper bueno porque podía escuchar a mis compañeros, podía escuchar las clases en la universidad. Cuando terminé el colegio, entré a estudiar Ingeniería Comercial en la Universidad de Chile, no postulé a ningún beneficio porque no sabía que había admisión especial para personas con discapacidad, entonces entré igual que el resto, tuve un muy buen puntaje en la Prueba de Aptitud Académica en ese tiempo. Los primeros 3 años en la universidad fueron súper difíciles para mí, porque aunque usaba audífonos, estos eran muy básicos, no me ayudaban realmente y todavía no aceptaba que era una persona sorda. Me ponía los audífonos en las clases y al salir me los sacaba, porque de verdad no quería que me vieran con ellos.

Fue súper difícil aceptarme y reconocer que soy sorda; decidí cambiarme de universidad porque lo estaba pasando muy mal. Me cambié a la Universidad Alberto Hurtado, que en esa época estaba recién comenzando, éramos siete alumnos en la clase, ahora es súper conocida y grande. En ese momento empecé a decirme: “Soy sorda y necesito usar audífonos”. Compré mi primer par de audífonos buenos, con mejor tecnología para escuchar. Desde ese momento todo cambió, porque además, como estábamos en una sala muy chiquitita, no me tenía que sentar al final del auditorio, me podía sentar en primera fila y escuchar mucho mejor a mis profesores.

El cambio fue abismal: de ser una persona que me sacaba con suerte la nota mínima para aprobar en clases porque no entendía nada, a sacarme notas máximas, hacer ayudantías, trabajar como asistente de profesor y un montón de cosas. ¿Por qué? Porque entendía lo que estaba pasando alrededor mío, esa es una gran diferencia y ventaja que me dieron los audífonos.

Pero lo malo es que mi pérdida auditiva empezó a progresar más rápido, empecé a perder más rápido la audición, como que el reloj iba avanzando cada vez más rápido. Toda la pérdida que tuve

desde que nací hasta los 18 años fue la misma pérdida que tuve los 5 años siguientes, entonces, sabía que en algún minuto iba a quedar absolutamente sorda y a los 30 años finalmente perdí toda la audición. Dejé de hablar por teléfono, tuve que depender de la lectura labial para poder conversar, seguía usando audífonos pero solamente servían para detectar sonidos, saber que alguien me está hablando, pero no entendía nada, no lograba comprender lo que me hablaban.

¿Cuáles fueron las claves que te permitieron seguir adelante, sabiendo que en algún momento ibas a quedar completamente sorda?

Creo que haber tenido una mamá y una abuela sordas hace que la perspectiva cambie, nunca me sentí en angustia de que me iba a quedar completamente sorda o que mi vida se iba a acabar por ello. Mi mamá, que es sorda también, ahora tiene 71 años y desde los 28 años que no escucha, solamente lee los labios y se maneja perfecto.

Sabiendo que en algún momento me iba a quedar completamente sorda, la vida no se iba a acabar, igual me iba a casar, viajar, trabajar, a hacer todo. Tal vez me iba a costar más porque sabía que iba a tener que derribar barreras; decir al resto que tengo las mismas capacidades, solamente que no escucho. En una frase muy corta: Soy sorda, pero no soy tonta. Entonces, yo creo que eso era lo más difícil y desgastante, tratar de demostrar al resto que ser sordo no implica una discapacidad mental, por así decir, que uno también tiene todos sus otros sentidos y su inteligencia normal.

La verdad es que nunca me he planteado que mi vida iba a cambiar por ser sorda, tenía que asumir no más, creo que lo más difícil era asumir mi sordera. Además estamos hablando de una época en que el implante coclear era muy caro, había muy pocos estudios al respecto, se hablaba como de algo que iba a suceder en 10 años más y no era una posibilidad para mí. Entonces me dije: “Okey, a los 30 años me voy a quedar sorda, tengo que aprender a leer los labios y voy a seguir adelante porque así es mi vida”.

Me di cuenta de que algo muy bueno que hizo mi familia es que nunca hizo distinciones conmigo y, de alguna manera u otra, me prepararon para ser la persona que soy. También va un poco en la personalidad de cada uno. Yo soy bien guerrera, si algo se me pone en la cabeza voy y lo consigo. Cuando tenía 15 años, supe que había programas de intercambio a Estados Unidos y dije: “Yo quiero hacer uno”; fui, postulé, quedé y me fui. Mi mamá estaba con el alma en la mano, irme de intercambio a Estados Unidos a los 16 años sin escuchar, pero me daba lo mismo, total me las arreglaba igual.

Eso es parte de la personalidad de cada uno, hay personas que dicen: “No, me da miedo”. Yo creo que tengo una gran guardiana acá arriba mío, porque de verdad he estado en miles de situaciones súper locas, nunca he sentido miedo y siempre he querido dar el salto. Siento que es mucho más fácil saltar y seguir adelante que quedarse atrás asustado.

Mis papás siempre, desde chica, contaron con mi opinión; cualquier cosa que ellos querían hacer, me preguntaban: “Loreto, vamos a pintar la casa, ¿qué opinas? ¿Qué color te gusta?”. Y ese color compraban, o cuando íbamos a viajar... Hasta el día de hoy mi papá me pide consejos sobre sus viajes y yo le ayudo a organizar. Es súper importante y valioso, porque te da el sentido de que tú eres inteligente de alguna forma u otra, y lo otro súper bueno es que mis papás nunca hicieron distinciones conmigo, jamás, pero jamás escuché a mi familia decir: “No, es que ella es sorda”.

Pero siempre que converso con amigos, uno de ellos avisa: “Oye, Loreto lee los labios porque es sorda”. Eso me impacta, nunca lo vi en mi familia, siempre sentí que ellos me respaldaban y sabían que yo iba a tomar las decisiones correctas. Nunca sentí que ellos tenían que jugársela por mí, porque sabían que yo lo iba a poder hacer por mí misma. Creo que esas son las mejores herramientas que un padre puede dar a su hijo, no ponerlos en situaciones en que el hijo pueda decir: “Soy sorda, no puedo hacer esto”, sino que empujarlo a que se enfrente a esas situaciones, porque la vida es así. Cuando tú ya no tengas papás al lado tuyo, ¿cómo te enfrentas a las situaciones? Está bien que los papás se

preocupen por nosotros, pero es importante que nos den herramientas que nos permitan solucionar e independizarnos sin importar la sordera.

Me acuerdo cuando chica, no existían los celulares, no había WhatsApp. ¿Cómo me comunicaba cuando salía de una fiesta con mis amigos y me quería devolver a mi casa? Uno busca formas de solucionar, adaptarse a las situaciones y esas cosas son súper importantes, porque después te permiten decir: “Sí, yo puedo hacerlo”. Más allá de tu discapacidad; que tu discapacidad no te defina, esa es la diferencia.

Pero eso no quiere decir que tuve una etapa escolar muy feliz, lo pasé muy mal en el colegio, sufrí mucho *bullying*, no me costó tener amistades, pero sí pasé por etapas de soledad bastante largas. Ahora el mundo ha cambiado, hay más conciencia con el *bullying*, pero hoy con las redes sociales este tiene un impacto mucho más grande que en mi época escolar. En mi época escolar, el *bullying* ocurría a puerta cerrada en un colegio y quedaba ahí, después llegabas a la casa donde tus padres, te contenían, te hacían sentir querido, recuperar las energías para aguantar otro día de *bullying*. Ahora no, llegas a tu casa y el *bullying* sigue a través de las redes sociales como TikTok, es como que nunca para, los niños la tienen mucho más difícil y los profesores están más alertas.

Por otro lado, los niños tienen una mirada diferente hacia la discapacidad, me da la sensación de que ahora tienen una visión más amplia. Por ejemplo, cuando estaba en el colegio, las personas obesas tenían tendencia a sufrir *bullying* por su físico, ahora es menos, ahora hay más conciencia con el género y diversidad entre los niños.

¿Cuáles fueron los pasos para poder encontrar trabajo y cómo te adaptaste?

Antes de terminar la universidad, de cierta manera viví en una burbuja de no saber cómo es realmente la vida laboral. En ese tiempo lamentablemente las universidades te convencían de que ibas a encontrar trabajo fácilmente y con un buen sueldo, sobre todo de la carrera Ingeniería Comercial, que fue lo que estudié.

Sin embargo, la realidad es diferente. Cuando salí de la universidad, me encantaba el *marketing*. Pero en la primera entrevista a la que fui, me ofrecieron en esa época el sueldo mínimo, que en esa época eran \$350 mil como asistente de *marketing*; me acuerdo que era en una viña de vinos. O sea, yo feliz, muy encantada de trabajar ahí, pero saqué cálculos y pensé que con \$350 mil me iba a gastar todo en bencina para ir y regresar al trabajo, porque eso no te lo pagan aparte. Entonces dije: “¿Sabes qué? Lamentablemente no”, pero es porque me salía muy caro. Muy caro ir y regresar a ese trabajo, no podía llegar en micro, tenía que ser en auto. Me iba a gastar todo en bencina. La verdad es que no iba por ningún lado.

Y poco a poco empecé a darme cuenta de que no era tan fácil y no era como me lo habían pintado. En esa época las universidades no te preparaban para enfrentarte a entrevistas ni cómo hacer tu currículum. Tengo entendido que ahora sí hay universidades que cuentan con un departamento al que tú puedes ir y te apoyan, te ayudan a hacer tu currículum, a buscar trabajo y todo eso. En nuestra época eso no existía, entonces era como que cada uno se tenía que valer por sí mismo. Me costó mucho encontrar trabajo, y no por mi sordera, porque yo en las entrevistas no decía que era sorda. En esa época todavía tenía un audífono súper potente, hablaba por teléfono, no se me notaba. Sí había algunas situaciones en que podía ser más evidente mi sordera, por ejemplo, reuniones grandes, que tenía que conversar con una persona a larga distancia, pero en las entrevistas uno a uno, la verdad es que no se me notaba nada.

Mi primer trabajo lo conseguí cuando terminé la universidad, gracias a un novio; conseguí trabajo como ejecutiva de ventas de diplomados en la Universidad de Chile. Y estuve ahí, no me acuerdo cuánto tiempo, pero debe haber sido seguro menos de un año y trabajaba por comisiones. Mientras estaba trabajando ahí, fue bastante divertido porque, como te conté, nadie sabía que era sorda. Y me acuerdo que para contestar el teléfono me tenía que sacar el audífono. Si me lo sacaba podía hablar bien por teléfono en esa época. Y me acuerdo una vez que el audífono se

me quedó prendido en la mano. Y tú sabes que cuando el audífono se queda prendido suena un pito y ese pito yo no lo escuchaba. Entonces, estaba hablando por teléfono y entra mi jefe a mi oficina y empieza a golpear el computador, y digo: “¿Qué está pasando? ¿Qué pasa acá?”. Me dice que tiene un pito el computador, que suena algo y no lo puede apagar. Yo no entendía. Estaba hablando con la persona por teléfono y mi jefe golpeando mi computadora, y yo no entendía qué pasaba. De repente, me hizo el clic lo del audífono. Así que escondida lo apagué y ahí él dijo: “Se fue el ruido”, y se fue. Yo quedé pálida... Pálida porque dije: “Acá me van a descubrir”. Y efectivamente, una de mis compañeras de trabajo después se acercó, que ahora es muy buena amiga mía, y me preguntó: “Loreto, ¿tú usas audífonos?”. Le tuve que contar la verdad, le dije que sí, soy sorda. Y ella me dijo: “Me di cuenta porque mi abuelito el audífono que usa suena igual que el tuyo”, y me dijo: “No te preocupes, porque yo te voy a ayudar”.

Fue de muchísima ayuda, muchísima. Después de eso, mi equipo se enteró. O sea, le empecé a contar a algunas personas que trabajaban en el equipo, pero mi jefe nunca se enteró. Y por esa época me dieron la opción de moverme a otra área de la universidad. Empecé a trabajar en esa otra área, pero ahí había que salir a buscar clientes, no es que te llegaban los clientes. Y era súper, súper difícil buscar clientes para poder vender el curso cerrado a empresas. La verdad es que no vendí ningún diplomado de cursos cerrados, nada. Me fue pésimo, además que no soy buena vendedora.

Después, mi novio me consiguió un trabajo en una empresa grande de *retail*. Entré como analista de servicio al cliente. Estuve nueve meses ahí. Fue una experiencia agridulce, porque cuando entré a esa área de servicio al cliente recién se estaba creando. Y el gerente del área no entendía muy bien qué es lo que él tenía que hacer ahí. Hablando en chileno, a él le habían hecho una “chuecura”, que sería como un hecho malintencionado. Le habían dicho que por su experiencia lo iban a pasar a una gerencia e inventaron esta gerencia de servicio al cliente. Y cuando él entró a este puesto, se dio cuenta de esto, porque de verdad no iba a ser

un gerente de área, sino que iba a depender del área de *marketing*. En definitiva, iba a ser un subgerente, a pesar de que tenía más experiencia que el gerente de *marketing*. Entonces, esto fue súper injusto para él; y él fue muy transparente conmigo. Él alcanzó a estar como tres meses ahí y después se fue a otro lado. Él me dijo: “Loreto, si tú sobrevives a esta empresa, vas a poder sobrevivir a cualquier otra”.

Y esto, Matías, porque el trabajo en el área de *retail* es súper maldito. Es muy exigente, es muy poco empático con la esencia humana. Hay mucho maltrato. Entonces, tú vives en un estado constante de miedo en que te pueden echar por cualquier detalle. Y, por darte un ejemplo, teníamos un casino dentro de las oficinas. Eran oficinas sin ventanas; tú no veías luz en todo el día, trabajabas con luz artificial. Te ibas a almorzar a este casino, terminabas de almorzar y volvías a trabajar, a pesar de que tú tenías 45 minutos de almuerzo en esa época, que se cumplía en reloj. Entonces, yo le propuse a mi grupo de amigas, de compañeras de trabajo: “¿Por qué no almorzamos rápido y vamos a caminar? Demos una vuelta y recibamos un poquito de sol”. Lo hicimos dos veces. Y a la segunda vez, muchas de mis compañeras me dijeron: “¿Sabes qué? No quiero volver porque me da mucho miedo salir de la oficina, porque alguien nos puede ver y nos puede acusar, y nos pueden echar”. A pesar de que era algo permitido, no era bien visto.

Otra de las otras cosas, por ejemplo, era que tú te tenías que quedar en tu puesto de trabajo hasta que tu jefe se fuera. Por ejemplo, yo podía tener mi trabajo todo listo a las cinco de la tarde y tenía que “calentar” el asiento hasta que mi jefe se fuera, no hasta que terminara mi jornada laboral. Mi jornada laboral terminaba a las 18:45 y si mi jefe quería irse a las siete y media o a las ocho, yo tenía que estar ahí hasta las siete y media, ocho de la noche, a pesar de que no tenía absolutamente nada que hacer. Bueno, al final me las busqué, hice cosas extraordinarias en esa empresa.

Sin embargo, me echaron y me echaron por un detalle así de chiquitito, solamente porque estaba siendo una piedra en el zapato del gerente de *marketing*. No fue ni siquiera por algo real, era

porque estaba haciendo mucho ruido dentro de la empresa y estaba haciendo muchas cosas buenas que no salían de las ideas del gerente de *marketing*. Entonces, esa fue una experiencia agri dulce, porque por primera vez trabajaba en una empresa real, pero por otro lado, me daba cuenta de que existía todo un mundo en el que era muy fácil ser maldito, ser mala persona; y era algo que a mí no me gustaba. O sea, no me sentí para nada cómoda en ese ambiente.

Después de eso, todavía no decía que era sorda, me fui a trabajar como jefa de *marketing* a una empresa tipo EF (Education First), que hace estos intercambios de inglés en el extranjero. Y estuve ahí también súper poco tiempo, porque pagaban muy mal. Estuve cuatro meses ahí. El jefe era un poquito inseguro, daba susto porque estaba todo el tiempo diciendo: “No, que no hay plata, nos va a ir mal, vamos a quebrar”. Y todos vivíamos con ese miedo constante de que en cualquier momento la empresa iba a quebrar. Y al final con estas cosas uno toma lo bueno, como decir: ¿Cómo no quiero ser como jefe?

Entonces, por ejemplo, una de las cosas que estaba hablando hace poco con uno de los chicos que trabaja en mi equipo, porque me preguntaba, y yo le decía: “Mira, voy a ser muy transparente contigo, no te cuento muchas cosas porque no te quiero asustar. Si es que la empresa, por ejemplo, no está dando los números, no te quiero asustar porque vamos a quebrar, o no vamos a quebrar; es un ciclo normal de la empresa. Pero entiendo que tú en este momento no tengas el conocimiento como para diferenciar si es que a la empresa le va bien o está mal. A lo mejor no es bueno que no sea tan transparente contigo, pero tienes que confiar en mi criterio, porque no lo hago por algo malo, sino que lo hago porque no quiero ser como mis jefes, porque uno aprende de los malos jefes”.

Estando en esta empresa tipo EF, me dio hidrops dos veces, que es como cuando a una persona le da vértigo y siente que se le mueve todo a su alrededor, pero esto es un cuasi vértigo. Tú no sientes que se te mueve todo, pero sí hay un desequilibrio de líquidos en la cóclea. Esto lo que hace es que tú escuches como

si te hablaran bajo el agua y no puedes entender lo que te están diciendo. Con audífono y sin audífono. No entiendes absolutamente nada de lo que te dicen y escuchas muy fuerte, tanto que te duelen los oídos. Yo creo que el hidrops, en mi caso, está relacionado con períodos de mucho estrés. Yo creo que estaba en una situación en que ya no podía seguir ocultando que era sorda. Eso me producía mucho estrés y eso me produjo estos hidrops.

¿Y por qué ocultabas tu sordera en las entrevistas o en el trabajo?

Porque no te contrataban. Estamos hablando de hace 20 años atrás. Si tú decías que eras sordo, quedabas fuera.

¿Pero tú tomaste esa decisión porque te pasó esto o porque era un prejuicio tuyo?

Porque era un prejuicio que yo veía. A lo mejor no me había pasado a mí, no es que me había pasado; hasta esa época yo nunca había dicho que era sorda. Sentía que si yo decía que era sorda, simplemente no me iban a considerar para ningún trabajo. Esa era mi percepción en ese momento, en esa época. Entonces yo tenía que ocultar mi sordera al máximo. Nadie tenía que saber que era sorda. Y, de hecho, por eso tuve tantos cambios de trabajo en tan poco tiempo, porque cada vez que me descubrían o que me podían descubrir que era sorda, yo renunciaba a mi trabajo. Eso era lo que hacía, también porque no tenía asumido que era sorda.

Yo sabía que me iba a quedar sorda, pero no quería asumir eso, no quería asumir que soy una persona sorda. No es que tengo sordera, no tengo una discapacidad, yo soy sorda. Son dos cosas diferentes. A mí me tomó muchos años, muchos años, asumirme como persona sorda, no como una persona con una discapacidad, que son dos cosas diferentes. Cuando tú te asumes sorda, tú eres capaz de decirle al resto: “Soy sorda”, y eso no te duele, no te molesta, porque es parte de tu identidad. Es diferente cuando tú dices: “Tengo una discapacidad auditiva”, ahí no te estás asumiendo como sorda, estás diciendo: “Tengo una disca-

pacidad, hay algo malo en mí y tengo que ocultarlo”. Entonces, en esa época yo no asumía que era sorda, yo decía: “Tengo una discapacidad, yo tengo que ocultarlo, porque si me ven con una discapacidad, no me van a contratar”.

Eso era lo que pasaba en esa época. Entonces, estoy acá en esta empresa tipo EF. Me da hidrops, no escucho nada, me duelen los sonidos, me mareo todo, los sonidos... me duele el oído. Le tuve que decir a mi jefe. Hablé con él y le dije que me dio hidrops. Y el hidrops, otra cosa que tiene, Matías, es que si no se trata a tiempo, te baja la audición para siempre. Y como yo era sorda, los otorrinos decían: “Te dio hidrops, no importa”, y no te hacen ningún tratamiento. El tratamiento que se hace contra el hidrops es el mismo tratamiento que se hace cuando la persona tiene hipoacusia súbita o sordera súbita, que pierde la audición de un momento a otro, que es tomar corticoides. Y en mi caso, ninguno de los otorrinos jamás me dijo: “¿Sabes qué, Loreto, toma corticoides, porque vamos a parar esta pérdida auditiva”.

Entonces, después del hidrops mi audición bajaba, pero salvajemente. Recuperaba un poquito, pero nunca recuperaba el 100% de lo que tenía antes. Y esto me dio al menos dos veces y perdí mucha audición, mucho. Entonces le tuve que decir a mi jefe: “¿Sabes qué? Me estoy quedando sorda”. No le dije que era sorda. Le dije: “Me estoy quedando sorda, ya no puedo hablar por teléfono”. Y no pasó mucho tiempo y decidí renunciar, porque de verdad, en el trabajo tenía que hablar mucho por teléfono, muchas reuniones, mucho salir, porque era puro *marketing*. Y ahí llegué como jefa de tienda a un local que vendía joyas, a una joyería. También estuve muy poquito tiempo porque me sentía en el aire, sentía que no estaba aportando. Y fue por esa época que aprendí a volar en parapente. Y ahí digo que empecé mi segunda vida. Siempre digo que tengo tres vidas después de haber terminado la universidad.

Mi primera vida fue como ingeniera comercial, ocultando que era sorda, trabajaba por aquí y por allá. Como que nunca logré afirmarme bien en un trabajo. Esa era mi primera vida. Después pasé a mi segunda vida: aprendí a volar parapente. Quería

un trabajo con más libertad tal vez, o un mejor trabajo. Postulé a un MBA en Suiza y me fui a Suiza. Me aceptaron al MBA con beca. Me fui a Suiza a aprender alemán. Claro, yo pensé: “Cuando estuve en el colegio me fui de intercambio a Estados Unidos y aprendí inglés. Esto va a ser lo mismo”. Y fue un grave error, no fue lo mismo. Fue extremadamente difícil porque ya no tenía 15 años, tenía casi 30. Fue difícil porque ya no escuchaba. Fue difícil porque los sonidos en alemán se hacen con la garganta, no con la boca, entonces tú no puedes leer sus labios. Después de estudiar un año alemán en Suiza, hablé con mi novio de esa época, que era suizo y le dije: “No voy a hacer el MBA, no quiero, me da angustia, no quiero hacerlo porque no lo voy a poder completar, me falta mucho”. También eso es muy bueno, saber cuáles son tus límites y enfrentarte a ellos. Entonces, le dije: “No puedo, me regreso a Chile, voy a seguir buscando trabajo allá en Chile, como ingeniero comercial”.

Me vine acá a Chile de vuelta, empecé a buscar trabajo y ahí tenía que decir que era sorda, debo haber postulado fácilmente a más de 500 ofertas laborales, deben haber sido más de 100 entrevistas. Decía que era sorda y nunca más me llamaban. Sin embargo, de una empresa en que seguí todo el proceso súper bien, me llama el jefe de reclutamiento y me dice: “Ya, Loreto, te confirmamos, estás adentro, vas a tener una entrevista con la gerente de Recursos Humanos, porque vas a empezar a trabajar en el área de Recursos Humanos”. Yo feliz, fui a la entrevista con la gerente de Recursos Humanos y ella entra a la oficina con una chiquilla que está embarazada. Yo miro y pienso “qué raro”. Y me dice: “Bueno, tú estás acá porque vas a reemplazar en el pre y postnatal a Magdalena”, por ponerte un nombre, no me acuerdo el nombre de ella. Y yo quedé así: “¿Pero cómo si a mí me están entrevistando para un trabajo?”. Era para el cargo de analista de Recursos Humanos, no me acuerdo. Y me dice: “No, esa oferta no existe. Estamos entrevistando para un reemplazo de seis meses”. Y para mí fue súper impactante y dije: “Okey, pero después de ese reemplazo, ¿puede haber alguna posibilidad de seguir trabajando en esta empresa?”. Y me dijeron que no, ninguna posibi-

lidad. Que a los seis meses me iba; nada, ninguna posibilidad de trabajar en otra área.

Fue tan dura esa entrevista, me dolió mucho. También me dolió porque sabía que lo estaban haciendo porque yo era sorda, no porque el proceso haya sido así para todos. Lo entendí como que fue una discriminación para conmigo. Entonces dije: “¿Sabes qué? Lo siento, pero no quiero. Chao”. Y me fui. Y decidí nunca más postular a un trabajo. Acá se acaba el tema, no quiero más. Porque cada vez que me iba de una entrevista, se me partía el corazón. Yo llegaba a mi casa, me acuerdo, con la garganta apretada y mi mamá, mi papá, me preguntaban: “¿Cómo te fue?”, y yo: “No, me fue mal”. Los dulcecitos árabes que compraba en el camino era lo único que me aliviaba. Había una tienda de dulces árabes cerca de la casa de mis papás. Entonces, yo pasaba a esa tienda de dulces, me compraba un pastelito, llegaba a la casa y me tomaba un café con un pastelito árabe. Yo siempre me acuerdo de los pastelitos árabes, te juro, endulzaron mi vida en esa época, porque lo pasé muy mal.

Me acuerdo de estar conversando con mi novio suizo. Él todavía estaba en Suiza, estaba haciendo todos los trámites para venirse a vivir acá a Chile. Le decía: “No sé nada, no sé hacer nada. Yo soy un ingeniero comercial al que entrenaron para trabajar en una empresa. ¿Qué hago? ¿Qué hago con mi vida y qué hago ahora?”. Y él me dijo: “Oye, pero tú sabes leer los labios. ¿Y por qué no hacer clases de lectura labial?”. Se me “prendió la ampolleta”, me fui de vuelta a Suiza. Tomé un curso de logopedia en España para entender los diferentes trastornos de lenguaje. Porque bueno, nosotros somos sordos, ¿cierto? Nuestro trastorno de lenguaje es no escuchar y por eso no podemos hablar. Sí, uno nace sordo, pero también hay otros trastornos de lenguaje, por ejemplo, que no puedas pronunciar ciertas palabras, ciertas sílabas, ciertas consonantes o, por ejemplo, que tú pienses una palabra y digas otra. Son todos trastornos de lenguaje.

Yo aprendí mucho de eso y además me contacté con una profesora de lectura labial suiza que me llevó a conocer las escuelas de sordos de Suiza, la agrupación de sordos de Suiza, y aprendí

todo cómo funcionaba allá y lo encontré realmente maravilloso. Las escuelas de sordos en Suiza son realmente espectaculares, porque a los niños no solamente les enseñaban a hablar, sino que también aprenden lengua de señas. Entonces, ellos eran realmente 100% bilingües. Eran capaces de comunicarse contigo y te hablaban perfecto. Realmente hablaban perfecto y además hablaban con lengua de señas. O sea, era el nexo perfecto de estas dos culturas, entre el sordo oralista y el que se comunica en lengua de señas. Y ellos eran capaces de adaptarse a todo.

Una cosa que me impactó es que Suiza, como es un país muy chiquitito, no hay muchos sordos, entonces, ellos tienen una escuela por región. Por ejemplo, la escuela de la Región Metropolitana está en Santiago, la escuela de la Quinta Región está en Viña. ¿Qué pasa si un niño, por ejemplo, de la Quinta Región, vive en Quilpué? Vive lejos de Viña. Es súper difícil que se traslade todos los días a Viña para ir a esta escuela. Entonces, ¿qué es lo que hacen? Estas escuelas tienen dormitorios y los niños viven en la escuela, y los fines de semana se van a donde sus papás. Pero de lunes a viernes viven en estas escuelas. Y tienen de todo. La verdad es que yo estuve en clases con ellos; realmente espectacular. Muchos niños con implante coclear, muchos, porque en Suiza eso está cubierto. Entonces, si tú naces sordo, se te cubre el implante coclear. Y eso es para todos, aunque seas adulto, no importa la edad que tú tienes, el implante coclear está cubierto por el seguro de salud. Y bueno, tienen la oportunidad de ponerse un implante y la oportunidad de aprender lengua de señas. Todas las clases está la profesora haciendo clases con muy buena lectura labial y además está el profesor de lengua de señas al lado. Entonces, ellos están viendo a la profesora y viendo al profesor de lengua de señas, y además están escuchando con el implante. O sea, ellos tienen todas las posibilidades.

Después, conocí adultos, por ejemplo, que hablaban solo con lengua de señas. Me decían: “Esta es mi cultura, esta es mi lengua, yo no te voy a hablar”. Yo decía: “Perfecto. Si tú no me quieres hablar y te quieres comunicar con la lengua de señas, perfecto”. Ellos después toman la decisión de cómo quieren conti-

nuar sin que sea impuesto por nadie... Y así debería ser. Es bueno tener las opciones para tomar el camino de comunicación que a ti más te guste. Tú quieres hablar, ¿por qué te voy a imponer una lengua de señas? Otra persona quiere hablar con lenguas de señas, ¿por qué imponerle la lectura labial?, ¿por qué imponerle que hable? Yo creo que uno tiene que dar opciones. Y los niños, adolescentes o adultos tomar lo que les guste más y no presionar. Porque si tú presionas, se convierte en un trauma y no es lo que queremos, no queremos traumatizar a nadie.

Eso lo aprendí en Suiza. Y además, mi mamá en esa época se había ido con mi papá a vivir a Londres porque mi papá estaba tomando un curso de inglés, quería aprender, mejorar la dicción, hablar inglés. Y mi mamá conoció a una persona que era sorda y que era parte de una agrupación. Esta persona le contó que en Londres hay un sistema de clases de lectura labial, una red de clases de lectura labial en todo el país, no solamente en Londres, toda Inglaterra, United Kingdom, todo Reino Unido. Y esto sucedió porque después de la Primera Guerra Mundial, producto de las bombas, muchos soldados quedaron sordos. Y el Reino Unido no tenía plata para comprar audífonos a todos los sordos. Entonces, lo que hicieron fue enseñarles la lectura labial y se crearon cursos de lectura labial dentro de los centros comunitarios. Cada centro comunitario tenía una persona que enseñaba lectura labial a todos quienes tenían pérdida auditiva y que fueran adultos o que hubiesen desarrollado el lenguaje.

Entonces, tenemos cursos de lectura labial para personas que se han quedado sordas. Y yo dije: “Me encanta”. Pero estas personas tienen que tomar un curso, una carrera de 2 años para certificarse como profesores de lectura labial. Así que yo les dije: “Lo siento mucho, yo no tengo 2 años”. Entonces, lo que hicieron conmigo fue que me facilitaron sus textos y todo el material didáctico que ellos tenían para enseñar a estas personas. Yo tomé todo este material didáctico y lo adapté, creé mi propio método de lectura labial. Y ese método consta de 12 clases en tres meses. Estas 12 clases permiten que tú aprendas a leer los labios, te puedes comunicar con todas las personas. Desarrollé toda la me-

todología, hice todo el temario y puse un aviso muy chiquitito en “El Mercurio”, en los clasificados: Clases de lectura labial, con un teléfono. Y ese teléfono lo contestaba mi cuñada.

Y llegó mi primer alumno, Alejandro, que es muy buen amigo mío. Y, cuando él llega a la clase, empezamos a conversar. Le conté cómo yo hacía las clases. En realidad, esa no era una clase, era como una hora informativa para que la persona decidiera si quería o no quería hacer el curso. Entonces, cuando yo le comenté eso, me dijo: “Ya, comencemos con la primera clase ahora”. Así que empezamos con la primera clase. Y él terminó el curso, terminó las 12 clases, se graduó; él habla muy bien, lee muy bien los labios. Una de las cosas que él me dijo fue: “Mira, yo te pedí hacer el curso de inmediato, porque yo ya venía hace mucho tiempo teniendo clases de lectura labial con una fonoaudióloga. A esta fonoaudióloga yo la odiaba”, me decía. Te estoy hablando de una persona que en esa época tenía 70, 75 años. Y me decía: “Yo la odiaba porque esta profesora me pasaba retando y lo único que me enseñaba es que me hacía poner la mano en el pecho. Yo decía: ‘No entiendo por qué tengo que hacer esas cosas, porque esas cosas no me enseñan a leer los labios’”. Y yo le dije: “Claro, porque lo que la fonoaudióloga te está enseñando es a hablar, pero tú ya sabes hablar, no necesitas aprender a hablar, lo que necesitas es aprender a leer los labios, la otra parte”. Y lo otro que decía esta persona es que la profesora lo retaba mucho.

En mis clases yo nunca retaba. Yo siempre lo hacía positivo. Si no te resulta, vamos a volver a intentarlo. Y si algo te resulta, decía: “¡Bien!, ¡bravo!, así se hace, súper bien”. Y yo me acuerdo que muchos de mis alumnos eran de la tercera edad, te estoy hablando de gente de 70, 80 años, y se reían mucho porque yo los trataba como niños, pero como niños en el colegio, de decirles: “¡Bien!, ¡vamos bien!, te voy a poner una estrellita”. Yo entregaba unas hojas con lo que trabajábamos en clases y después esta hoja quedaba para ellos. Yo les ponía una estrellita arriba, les decía: “Te llevas una estrellita porque lo hiciste muy bien”. Y ellos salían muy contentos y se reían mucho. Muchos me decían: “Me siento como un niño en el colegio”, y les decía que de eso se trata, se

trata de disfrutar la hora de aprender. Y me fue muy bien, llegué a tener diez alumnos por mes.

Me entrevistaron en “Las Últimas Noticias”, me entrevistaron en “El Mercurio”, sacaron también muchas notas mías. Me llamaron varias veces de canales de televisión, porque en esa época todavía se les podía leer los labios a los futbolistas. Entonces, me llamaban para decirme: “Oye, tenemos unos futbolistas acá o un video, ¿tú puedes leer los labios?”. Y yo decía: “Claro, mándame el video, a ver si le puedo leer los labios”. A veces podía, a veces no podía, pero cuando podía me entrevistaban y salía en la tele. Y aparecía: “Loreto Hurtado, lectura labial” y mi teléfono. Entonces, la gente me podía llamar por teléfono para pedir horas. Así que fue una muy buena época. Lo pasé muy bien, pero también tenía otras inquietudes, me gustaba mucho volar en parapente, entonces, me tocó viajar mucho. Viajaba a varios países, a Europa, para competir y tenía que dejar todo acá para ir a competir. Me acuerdo que un amigo que era parapentista vendía rastreadores satelitales. Y ahí empecé a trabajar con él vendiendo rastreadores satelitales, como para complementar lo que hacía como profesora de lectura labial.

Por esa época también creé la fundación Escuchando con los Ojos. Y la idea de la fundación nace porque lo que quería era poner una escuelita para sordos como la que había visto en Suiza. Y lo que sucede, lo que sucedía y todavía sucede acá en Chile, es que muchos papás que tienen niños con discapacidad auditiva tienen dos opciones: O los meten a una escuela para sordos o los meten en una escuela de oyentes, y además en las tardes los llevan a un centro para terapias de rehabilitación auditiva. Un centro es muy caro, carísimo, porque tú tienes que contratar psicólogos, terapeutas ocupacionales, tienes que contratar psicopedagogos, fonoaudiólogo, hay todo un equipo contigo. Y a todo el equipo tú le pagas de manera particular en el fondo. Entonces, las escuelas de Suiza, ¿qué hacen? Toman todo esto y lo llevan a la sala de clase. Pero acá, tú vas a una escuela que no es de sordos, porque en las escuelas de sordos te enseñan lengua de señas, te enseñan unas cositas muy básicas, pero no está al mismo nivel de

una escuela oyente. Yo creo que he conocido una sola escuela de sordos que está al mismo nivel. Pero en general las otras enseñan poco, el bilingüismo no es tal. Y yo lo que quería era una escuela en que tú tuvieses toda una red de apoyo con fonoaudiólogos, terapeutas ocupacionales, con psicopedagogos, con todos, para tratar a cada niño de manera individual y además inserto en una escuela en que pudieras ir al mismo nivel de una escuela oyente. Cosa que cuando tú salieras de ese colegio, que era solamente escuela básica, y te fueras a una escuela media, podías entrar a cualquier colegio y en cualquier colegio te adaptarás al 100% con tu discapacidad auditiva o con tu pérdida auditiva o con tu sordera, como fuera que fuera.

¿Por qué? Porque yo siempre he sentido que un niño con discapacidad auditiva o un niño sordo no tiene una discapacidad intelectual. Hay algunos que sí, pero la gran mayoría no. Entonces, no se justifica tener una escuela especial para ellos, cuando no hay una discapacidad intelectual asociada. Creo que un niño debería integrarse a un ambiente en el que después se va a seguir desarrollando. Y no podemos pretender, por ejemplo, como en Estados Unidos, tener una Gallaudet University y una ciudad donde todos son sordos. Acá en Chile no podemos hacer eso porque somos muchos menos. Por eso tenemos que hacer que nuestros niños sean capaces de adaptarse al medio en el que habitan, y para adaptarte a cualquier lugar, tienes que aprender la lengua que se habla en ese lugar.

En Chile había un colegio... No me acuerdo el nombre, creo que en La Reina. Era una escuela de monjas para niños sordos. Y lo malo de este colegio es que a los niños sordos les amarraban las manos para que no pudieran usar la lengua de señas. Esta escuela de monjas cerró, y todos los niños que pasaron por allí tienen súper buena lectura labial y hablan súper bien, pero quedaron con ese dolor de que nunca pudieron desarrollar su cultura, la lengua sorda, que es la lengua de señas. Y eso implicó que en ese extremo de que tienen que aprender a hablar y no pueden usar lengua de señas, se fueron al otro extremo. Nuestra cultura es de sordos. Nosotros solo usamos la lengua de señas y odiamos hablar,

y odiamos a la gente que nos hace hablar. Y tienen razón, o sea, si pasaron por eso, tienen toda la razón para irse al otro extremo. Pero ahora, ¿qué es lo que pasa? Ya ha pasado mucho tiempo de eso. Entonces, es hora de buscar un centro. Y ese centro es que ambas culturas convivan; porque tú vives en Chile, que es una cultura, pero también eres sordo, que es otra cultura. Es como por ejemplo, lo que le pasa a la gente indígena. O sea, tú eres aimara, pero naciste en Chile; tienes que hacer un mix entre las dos culturas. Y eso pasa en todo ámbito. También una persona extranjera que viene a vivir acá a Chile, por ejemplo, eres haitiano, pero también eres chileno, tienes que hacer un mix de las dos cosas, no te puedes quedar fuera. En nuestro caso, el mix es que somos sordos en nuestra cultura, pero también somos chilenos. Entonces, también necesitamos hablar. O más allá de eso, somos sordos, la cultura sorda; y también vivimos en un país con una lengua, ¿no es cierto?

Siguiendo con la fundación, después de eso empecé a buscar financiamiento. Me moví por todas partes, Gobierno, municipalidad, fui a hablar aquí, fui a hablar allá, te conocí a ti... Me acuerdo de que hicimos unas charlas en la OIT, me moví con varias empresas. Empecé a moverme por todas partes, pero también me acuerdo de que pedí ayuda a los chicos de Pro-Bono, que son abogados, que te ayudan con el tema. Tuve ayuda de ellos. Mira, moví cielo, mar y tierra con esta fundación. Pero necesitaba un apoyo grande, y ese apoyo grande nunca lo tuve. Siempre me sentí muy sola. Me acuerdo cuando me prestaron una oficina en el metro Alcántara que era de uno de los directores de la fundación; una de las cosas que quería hacer con la oficina era hacer charlas para padres de niños con discapacidad auditiva. Nosotros no teníamos recursos, entonces, la idea de hacer estas charlas era cobrar muy poquito para poder arrendar una proyectora, arrendar sillas, hacer un *coffee break*. O sea, costaba como \$10 mil por persona para las tres charlas. Teníamos listos los temas a tratar y a las personas que iban a exponer no se les iba a pagar. Empezamos a postear en Facebook las charlas para padres con niños con discapacidad y me pasó que hubo un nivel de agresividad, de odio;

decían por qué tienen que cobrar por todo, es que nunca piensan en nosotros, ustedes se hacen ricos y a nosotros nos desgranar. Y yo impactada, yo decía, estoy pidiendo menos de 10 dólares por tres charlas, y para cubrir los gastos de esto.

Había una niña que me mandó unos mensajes terribles, y le tuve que explicar. Le dije: “Mira, nosotros no vamos a ganar nada. Estamos cobrando esto porque necesitamos arrendar proyectora, arrendar sillas, tenemos que hacer el *coffee break*, tenemos que imprimir material. Entonces, todo eso nos cuesta. Todas las personas que van a hablar en esta charla lo van a hacer gratis, no se le va a pagar a nadie”. Después de dar una explicación larguísima, esta niña dijo: “Ya, okey, me interesa la charla”. Le doy los datos y me dice: “Es que no leí bien, porque yo pensé que era para niños con discapacidad física, porque mi hijo está en silla de ruedas”. Te juro que estaba impactada. Y al final la charla no la hicimos porque no logramos el mínimo de personas que necesitábamos para pagar todas las cosas que teníamos que pagar. Y ahí quedé súper desgastada porque veía mucha agresividad, y la verdad es que no tengo por qué exponerme a esa agresividad. Yo estoy haciendo algo por entregar algo, pero si tú no lo quieres recibir, ¿para qué lo voy a hacer? Y me alejé de eso y puse en pausa la fundación.

Por otro lado, empecé a emprender. Hice mi primer emprendimiento, que fue una escuela de parapente. Era una empresa de turismo aventura. Hacíamos cursos de parapente, hacíamos, por ejemplo, *tours* de todo lo que es turismo aventura en Santiago: saltos en *bungee*, *ski*, paracaidismo, *rafting*. Nos fue pésimo con este emprendimiento en Santiago, teníamos un local en el barrio Bellavista. Trataron de entrar a robar a ese local millones de veces. La verdad es que muchas veces tuve que sacar plata de la línea de crédito para pagar los sueldos a los chiquillos que trabajaban con nosotros. Con suerte, cubríamos. Nos ganamos algunos financiamientos del Gobierno, de Sercotec, y eso nos permitió respirar un poco, poder comprar mejores materiales, por ejemplo, para hacer *tours*, pero nunca logramos recuperarnos del todo.

Después de 3 años, decidí cerrar la empresa y seguí vendiendo por mi cuenta rastreadores satelitales. Había logrado tener la

representación de esos equipos acá en Chile y tenía muy buena relación con las empresas mineras. Las empresas mineras utilizan estos rastreadores para cuando hacen exploraciones mineras y están cerca de la frontera con Bolivia. Y como tú sabes, el robo de vehículos cerca de la frontera con Bolivia es abismante. Entonces, ¿qué pasaba? Los chiquillos iban a hacer exploraciones, llegaban al lugar, se bajaban de la camioneta, tomaban muestras en sus mediciones, y después, cuando regresaban a la camioneta, la camioneta no estaba. Y se quedaban en la mitad del desierto sin poder comunicarse, sin nada y totalmente aislados. Y tenían que esperar que pasara algún auto por ahí para que los llevaran de vuelta. Con estos rastreadores satelitales ellos podían mandar una señal de ayuda. Por ese lado, empecé a vender muchos equipos y me iba bastante bien. Ese fue mi segundo emprendimiento. De hecho, todavía lo tengo, pero ya está en las últimas. Yo creo que lo voy a cerrar este año porque los vendo yo sola.

La fundación ya iba para abajo, ya estaba muy desgastada, llevaba 5 años con el tema sin lograr repuntar. Así que dejé la fundación a un lado, necesitaba la plata, ya que la venta de los rastreadores no era suficiente, las clases de lectura labial tampoco eran suficientes. Entonces, decidí poner en arriendo mi departamento por Airbnb y me empezó a ir muy bien. Se empezó a correr la voz entre mis amigos, y empecé a recibir solicitudes de amigos que me decían: “Tengo un departamento, me voy fuera de Chile por un año, ¿lo puedes tú arrendar por el Airbnb?”. Y empecé a ser coanfitrión, que es la persona que gestiona el arriendo de los departamentos de Airbnb de otras personas. Llegué a tener diez departamentos, me fue muy bien con eso, me iba fantástico. Yo hacía de todo, hasta limpiaba los baños, todo, cambiaba, planchaba sábanas, recibía a la gente, recibía las llaves, coordinaba los arreglos. Por ejemplo, era muy típico, domingo, cuatro de la tarde, me llamaba un huésped y me decía que la llave del baño estaba rota y yo tenía que partir para allá, cortar la llave del baño, llamar a un gasfiter para que la reparara. O sea, de verdad, no es fácil gestionar un arriendo por Airbnb. Gestionar un arriendo, que te vaya muy bien y tener muy buenas evaluaciones requiere mucho trabajo.

Estaba en esto, me estaba yendo muy bien, pero me sentía muy sola. Y yo lo que quería era volver a trabajar en una empresa con más gente. Por esa época, mi marido tenía un amigo que estaba armando un equipo de ventas en su empresa, una *family office* de corretaje de propiedades. Compras, ventas y arriendo de muebles y me dijo: “¿Te interesa ser corredora de propiedades?”. Yo dije: “Claro, acabo de terminar un curso de corretaje de propiedades, tengo mi licencia, puedo trabajar para ti”. Y empecé a trabajar con él, fue súper rico volver a una oficina, ir todas las mañanas, tomarse un cafecito, conversar con un equipo, tener reuniones, me encantó todo eso. Vendí, ofrecí casas, departamentos, arrendé. No me iba mal, pero sentía que podía hacer mucho más que eso. O sea, soy ingeniero comercial; puedo vender, sí, pero la verdad es que puedo hacer mucho más que eso. Y sentía que el ambiente laboral también era diferente.

LinkedIn tenía mucho movimiento, mucho más que hace 10 años atrás. Y en eso veo a una persona de un banco que está buscando gente con discapacidad. Yo le escribí, me citó a una entrevista, busqué en el listado de ofertas disponibles y uno de ellos me pareció perfecto para mí. Creo que era como encargada de inclusión y diversidad o algo así. Llego a la entrevista y la niña me dice que el cargo es para ser anfitrión de un banco, la persona que recibe a las personas en el banco, que indica qué es lo que tienen que hacer. Y yo, pensé “me está jodiendo”. Le digo: “Yo soy ingeniero comercial. Tengo más de 10 años de experiencia”. Y me dijo que era el único cargo disponible. Yo le respondí: “Lo siento mucho, pero yo no voy a ser anfitrión en un banco”. Pregunté cuánto es el sueldo, y me dijo que el sueldo mínimo; con horario de lunes a viernes, de nueve de la mañana a seis de la tarde. Le dije: “No, estás loca”. Y ahí me di cuenta de que todavía está el concepto súper arraigado de que las personas con discapacidad no son personas profesionales. Y hay que sacar el tema. Una de las charlas que hice por la OIT, 5 años antes, era justamente para explicarles a los profesionales de Recursos Humanos de grandes empresas que una persona con discapacidad auditiva no tiene una discapacidad intelectual, que puede estu-

diar una carrera universitaria, puede desarrollarse en cualquier trabajo y que deberían pensar más allá.

Entonces, 5 años después que me estén entrevistando para un banco para ofrecirme, no sé, un cargo que es de relleno para cumplir con su 1% de la Ley de Inclusión Laboral, es horrible. Entonces le dije: “Vi esta oferta de trabajo y yo creo que estoy súper bien para esta oferta, cumpla con todos los requisitos. ¿Me podrías entrevistar para esta oferta de trabajo?”. Y me dijo que no porque no cumplía con el perfil. Así que dije: “Perfecto. Entonces, me voy. Muchas gracias por tu tiempo. Chao”; todo horrible. Lo que me dio a entender eso es que todavía las empresas, estoy hablando del 2019, no están preparadas y no saben qué es ser una persona con discapacidad.

Después de eso, vi una oferta de trabajo: Buscaban a una persona para reemplazo en Fintual, lo había escrito Pedro Pineda, y me encantó la oferta del aviso. Me encantó el estilo, la forma en que estaba redactado. La postulación era “cuéntanos un poco de ti”, nada más. Y yo conté que soy sorda, administro departamentos por Airbnb, limpio WC, las hago todas. Y me llamaron para una entrevista y pasé una, dos, tres entrevistas, y después me llaman y me dicen que no quedé para el cargo, pero me quieren dar otra posibilidad. Medio día, por la mitad del sueldo que ofrecían. Entré a trabajar medio día, por un sueldito chiquitito; tampoco era el mínimo, era mucho más que el mínimo, pero era un sueldo pequeño. Lo pasé salvaje. En esa época eran menos de 15 personas, éramos 12 yo creo. Fintual está creciendo de manera abismante. Y lo que me gustó de esa empresa fue que conocí Slack. Slack, para quienes no sepan, es una forma de comunicarse como WhatsApp, pero a nivel de equipo. En vez de hablar por teléfono o de escribirte por WhatsApp para coordinar, tú te coordinas por Slack. Y la regla era que tú no podías conversar con el resto. Todo lo tenías que conversar por Slack, para que así todos, incluso las personas que no estaban en la oficina, se pudieran enterar de lo que tú estabas hablando, en lo que tú estás. Eso fue lo primero. Segundo, que entraba a una empresa en que sabían que yo era sorda. Y al comienzo me acuerdo que había compañeros que es-

taban un poco asustados porque no sabían cómo comunicarse conmigo, pero siento que con el tiempo ellos se fueron relajando y pudieron decir: “Ya, la Lore es otra más”. Y estuve creo que 2 años en Fintual. Crecí mucho, me hice cargo de muchas cosas y aprendí mucho también.

Pero sentí que llegué a un tope y que no podía seguir creciendo. También estaba súper desgastada trabajando en una *startup*. Es muy posible que en alguna época te toque trabajar 10, 12 horas al día. Y no es que ellos te empujen a eso, pero era una empresa en crecimiento y tú a veces no dabas abasto y tienes que trabajar mucho tiempo. Llegó un momento en que estaba muy cansada, no estaba contenta con lo que estaba haciendo, sentía que podía hacer otras cosas y ya había llegado a un techo, no tenía muchas posibilidades de crecimiento y dije “me voy”, y por esa época tenía la idea de empezar a hacer clases de lectura labial, pero por YouTube; un canal de YouTube con clases de lectura labial. Y decidí que me iba a enfocar en eso, dije “voy a descansar un poco y sin cerrarme, a lo que el mercado me pueda entregar”. Y en un mes, recibí cuatro ofertas de trabajo, dos de ellas por mi perfil de LinkedIn. Una de ellas por un contacto de otra persona y la otra por una amiga mía que había trabajado conmigo en Fintual.

Me junté con ella un día a almorzar, estaba su pareja y me escuchó hablar de las cosas que yo hacía en Fintual, de cuál era mi “dolor”. Dolor se le dice en el mundo del *startup* como a las cosas que puedes mejorar. Y me planteó un par de preguntas interesantes y me dijo: “Te voy a llamar en una semana más”. Y yo pensaba “¿para qué?”... Él me preguntaba, por ejemplo, tengo tal problema en mi empresa, ¿cómo lo resolverías tú? Eran casos hipotéticos, supuestamente. Una semana después me enteré de que en el fondo me estaba entrevistando, porque estaba buscando a alguien para reemplazarlo, y me ofrecieron ese trabajo y a mí me encantó. Me gustó que él me conociera en un ámbito que no era una entrevista de trabajo, que me conociera como persona. Él tenía buenas referencias mías por mi amiga, con la que habíamos sido compañeras de trabajo. Entonces, él sabía que yo podía

hacer un buen trabajo, pero yo como persona había hecho la diferencia. Y como persona él quiso contratarme.

Entonces, me quedé en Continuum, le dije que no a las tres ofertas, dos eran muy buenas *startups*. Empecé a trabajar en Continuum como Country Manager y lo rico de la empresa es que desde la entrada hicieron todo para adaptarse a mí. Y esa es la primera vez que he visto, que he sentido que una empresa está dispuesta a adaptarse a una persona y no al revés. Yo siempre había sido la que me tenía que adaptar a las circunstancias del resto. Y por primera vez en mi vida, una empresa me decía: “Loreto, nosotros nos queremos adaptar a ti”. Para mí eso fue fantástico, porque sentí que tenía el respaldo y el apoyo de la empresa para ser yo misma. Y eso no se da siempre, se da muy poquitas veces. Es algo realmente maravilloso, me voló el cerebro, porque ya no tenía que ocultar quién era yo.

Yo podía ser libre de decir: “No los entiendo. Repíteme. Por favor, atención a mi cara, háblame de frente, modúlame”. Yo podía decir cuáles son mis necesidades. Fue tanto así que presenté una propuesta para dejar de usar Zoom. Imagínate, Zoom, que es una excelente aplicación, estaban todos acostumbrados a Zoom, para empezar a usar Google Meet. ¿Por qué? Porque Google Meet tenía subtítulos que no los tiene Zoom. Bueno, ahora veo que tiene subtítulos Zoom, así que yo creo que podríamos volver atrás. Y la empresa desde el CEO, desde el gerente general para abajo, dijo: “Okey, nos cambiamos a Meet”. Tener ese respaldo es impagable. O sea, en la empresa en que yo estoy hoy, tengo la gran oportunidad de ser quien soy y de poder aportar desde mi visión. Y no solamente eso, sino que me dan espacio para desarrollar propuestas y hacer cosas a mi gusto. Algunas funcionan muy bien y otras funcionan muy mal, pero hay espacio para intentar, para equivocarse y para crecer. Cuando tú tienes un jefe que te dice: “Loreto, confío en ti, sé que lo vas a hacer fantástico, dale no más y si te equivocas no importa”, es impagable.

Ahora, ¿qué es lo que estoy tratando de hacer? Es tratar de no ser la jefa que no quiero ser y tratar de hacerlo mejor como jefe. No te digo que no cometo errores. Sí, muchos errores; he apren-

dido mucho con la práctica. ¿Pero cuál es el objetivo? Es tratar de ser lo mejor posible, ser consciente de las limitaciones. Tengo un equipo de trabajo súper bueno. Yo los empujo a ser mejores en su trabajo, mejores en su vida personal, mejores personas. Poder dar lo mejor de sí. Ese es mi objetivo como jefa. Digo: “¿Cómo te ayudo a ti a ser mejor en tu trabajo, a que desarrolles tu carrera, a que sigas creciendo? Ese es mi objetivo. Una de las chicas que trabaja en mi equipo una vez me preguntó: “Loreto, ¿tú quieres que yo sea como tú?”. Y yo me reí y le dije: “Sí, yo quiero que seas como yo. Pero no que seas como yo como persona, sino que logres ser una futura Country Manager”. O sea, no tengo ese egoísmo de decir “este cargo es mío y no quiero que nadie me eche de este cargo”, no. En este cargo yo les enseño a ustedes cómo llegar a donde estoy yo. Y ese es mi objetivo.

Me gustaría que me cuentes cómo decidiste ponerte el implante y por qué.

Hace muchos años que el médico otorrino que iba a ver me decía que yo era candidata al implante. De hecho, varias veces me llevó donde las secretarias para tomar la hora para hacerme el implante. Y yo siempre decía que no. Bueno, en un comienzo dije “no” porque el implante no estaba cubierto por la Ley Ricarte Soto. Nosotros sabemos que es extremadamente caro, entonces no era algo que pudiese solventar en ese momento. Pero también era porque tenía la visión en ese momento de que el tema del implante, el desarrollo tecnológico del implante, no estaba tan avanzado. ¿En qué lo veía? Por ejemplo, mi mamá está en una agrupación de hipoacúsicos, pero son personas mayores, de la tercera edad, que se quedan sordas y varios de ellos se han hecho implantes. Y una de las cosas que conversaba con mi mamá después de que iba a estas reuniones es que, por ejemplo, una señora mayor que ahora ya está por cumplir 100 años, que se implantó –creo que tenía como 80 años cuando se puso su primer implante coclear–, cuando íbamos a almorzar, ella empezaba a decir: “Ay, me molesta el ruido de los cubiertos, por favor, ¿puedes bajarle el

volumen? No limpie esto, no toques esto de acá, bájale a la música”, y la pobre señora estaba vuelta loca con todos los ruidos.

Entonces yo decía cómo me voy a poner un implante para que me molesten todos estos ruidos. No sé muy bien cómo funciona, pero veo que esta señora tampoco tiene un botoncito así como el del audífono, que tú le puedes bajar el ruido cuando te empieza a molestar. En esa época, lo que yo veía era que el implante te lo adaptan de cierta forma y tú te tenías que acostumbrar a esa adaptación. También pasaba, por ejemplo, que otras personas que se habían operado, si tú les hablabas de espalda no se daban vuelta o no te escuchaban igual. Entonces, yo decía: “¿Para qué me voy a implantar si el audífono todavía me funciona? Y ese era mi planteamiento. Ahora, hay que entender, hay una diferencia entre lo que es tu pérdida auditiva, que es lo que se ve en la audiometría, y tu sensación auditiva, que es cómo tú sientes que escuchas. Y en mi caso, si tú ves solo mi audiometría, tú dices: “La Loreto es 100% sorda”. Si tú ves una audiometría mía, yo no escucho absolutamente nada. Sin embargo, me encanta escuchar música. Y hasta el día de hoy, escucho mucha música y muy fuerte, pero soy capaz y entiendo. ¿Y qué tipo de música me gusta? Ponte tú, ahora estoy en la época de un *revival* de los Red Hot Chili Peppers. A Gabriel, mi marido, lo tengo aburrido porque todo el día escucho la banda.

Pero me gusta la música que me motive, que es alegre. Me gusta mucho la música de los años 90, que son mis años. Entonces, por ejemplo, No Doubt me encanta. Esa es como mi música de verano que llamo yo. También tengo mi estilo más tranquilo, Mazy Star, que es como una música más melódica o Cocteau Twins, por ejemplo. También puedo ir un poquito más hacia la electrónica, pero de los 90, por ejemplo, Orbital. Me gusta de todo tipo, me encanta Metallica, por ejemplo, me gusta mucho. Tuve una época en la que me encantaba ir a ver rock sinfónico, ir al *house of rock* y todo eso. Entonces, me gusta mucho todo tipo de música. La música de ahora no, no la escucho y la encuentro medio rara, no sé la letra... A mí lo que me pasa es que cuando yo escucho una canción de mi época, de la época en que aún escu-

chaba más o menos bien, me acuerdo, tengo esa memoria auditiva, cerebral, de que escucho algunos ritmos y me acuerdo de la letra y complemento la canción en mi cerebro. Entonces, muchas veces me doy cuenta de qué canción es solamente por cierto ritmo y mi cerebro va haciendo la segunda parte y voy cantando todo. Y todos impresionados, preguntan: “¿Cómo escuchas la canción?”. Y bueno, sí, escucho la canción hasta ciertos tonos, pero mi cerebro procesa y en mi cerebro yo escucho absolutamente todo. Entonces, esa es la manera en que yo interpreto mi sensación auditiva.

Además que me pasa algo muy extraño o no sé si llamarlo extraño, pero me acuerdo hace unos 15 años atrás, cuando estudié pedagogía. Hice un programa, se llama Programa de Formación Pedagógica para profesionales. Es un programa especial para profesionales que además quieren ser profesores. Y ahí me tocó formar grupo con una chica que era cantante y que quería ser profesora de música. Un día estábamos conversando y le comenté que me llamaba mucho la atención que mi papá tiene un oído finísimo pero le cuesta mucho hablar en inglés, pronuncia horrible, a pesar de que tiene muy buen oído. Yo, que no escucho nada, soy capaz de imitar acentos, incluso ahora que no escucho. Y me pasó una cosa muy divertida, que cuando yo tenía 16 años y me fui de intercambio a Estados Unidos, llegué a California y la gente allá tiene un sonido muy... hecho con la nariz, más “noisy”. Y me salía muy fácil interpretar esos sonidos. Sin embargo, cuando iba a Nueva York, el sonido es totalmente diferente, mucho más “down”. Y cuando yo hablo en inglés, también se modifica mi tono de voz. Entonces, yo le preguntaba a esta chica: “¿Por qué me sale tan fácil imitar sonidos? ¿Por qué me sale tan fácil, por ejemplo, saber cuándo alguien es de España o de Colombia o Perú?”. Es por los movimientos de los labios. Según la forma en que tú mueves los labios, yo puedo identificar de dónde eres. Y esta chica cantante, me dijo: “¿Sabes lo que pasa, Loreto? Tú tienes lo que se llama un oído musical. Y el oído musical no es que tú escuches mejor o peor, sino que tu oído está hecho para identificar lo rico del sonido”. Ahí se me abrió otro mundo gigantesco.

Y yo creo que eso facilita que yo pueda hacer esta unión, por ejemplo, cuando escucho música y en mi cerebro la escucho como la escuchaba hace 10 años atrás. Eso me permite también muchas otras cosas, mucha sutileza. Entonces, el audífono que yo uso en este momento, no es el audífono más potente. Porque cuando yo he probado audífonos muy potentes, me duele el oído. Me duelen mucho ciertos tonos, los escucho muy fuerte. Porque mi sensación auditiva es diferente. Yo tuve que buscar un audífono básico que yo pudiese programarlo según mi sensación auditiva. No es el audífono más potente, pero es el audífono que a mí, con mi sensación auditiva, me acomoda más.

Volviendo al tema del implante, yo lo veía más como una incomodidad, lo veía como que me iban a poner un audífono muy potente, el que yo no iba a ser capaz de regular según mi sensación auditiva. Sin embargo, hace como uno o dos años atrás, en plena pandemia, me metí a un grupo de hipoacúsicos por WhatsApp y varios de ellos se empezaron a implantar, y todos los que se implantaron contaban absolutas maravillas. Los que me convencieron fueron dos: la Aylin y José.

¿Pero todos se empezaron a implantar por la Ley Ricarte Soto?

Todos se empezaron a implantar por la Ley Ricarte Soto, exactamente. Y todos quedaron fascinados. Ahí pensé, se abre la posibilidad de que ya me pueden pagar el implante, que es súper caro el procesador. Y yo pago de mi bolsillo, con mi isapre, con mi sistema de salud, los honorarios médicos, el coste del hospital o la clínica, todo eso. Entonces, se dio la posibilidad porque ya tenía el dinero como para poder hacerlo. Y también se me abrió la posibilidad porque estaba viendo que estas personas que se estaban implantando con la ley estaban súper contentos con sus implantes. Y me di cuenta, investigando un poquito más, de que el tema ha avanzado bastante.

La operación sigue siendo la misma para todos, lo que ha avanzado es que el procesador ya no es tan grande como antes, es más pequeño, es más finito, tiene más sutileza, más calidad

en esta sensación auditiva que yo le digo. Además, José, uno de los que se implantó, recuperó la audición en un 100% y un día escribió y dijo: “Estoy acá en mi trabajo y le entiendo perfecto a mi compañero de trabajo que me está hablando a 5 metros de distancia”. Y es una cosa que puede parecer una tontera para cualquier persona que escucha, pero yo quedé con la boca abierta. O sea, digo: “¿Cuándo en tu vida vas a poder escuchar a alguien a 5 metros de distancia?”. Yo jamás he escuchado a alguien a 5 metros de distancia, jamás. Probablemente cuando era muy chiquitita, pero no lo recuerdo. Y me quedé pensando...

Cuando tengo que enfrentarme a situaciones muy fuertes en las que no sé si es una buena o mala decisión, nunca tomo decisiones drásticas de inmediato. Yo divido la situación en varios momentos. Y pensé dividir la idea del implante en varios momentos: Voy a empezar por averiguar, y una vez que averigüe con un médico, voy a ir a visitar a otro otorrino para ver qué es lo que me dicen. Y una vez que fui a visitar a otro otorrino, con uno de ellos tuve una súper buena sinergia, me gustó mucho y dije: “Okey, me voy a implantar con él”. Después de eso, he ido paso a paso. Y en estos momentos lo que me falta es ir al hospital para firmar el pagaré y dejar tomada la hora. Después de eso, vienen los exámenes. Pero este paso a paso lo que me permite a mí es ir decantando la idea de que me voy a hacer un implante coclear sin sentirme abrumada. Porque el implante es una operación de mucho riesgo, dura mucho tiempo, es una operación que puede resultar o no. Entonces, uno tiene que estar abierto a las posibilidades.

Ahora, ¿qué esperanzas tengo del implante? ¿Qué es lo que espero del implante? Lamentablemente, en el ámbito de los negocios, escuchar es necesario. Y yo siento que en mi área, en mi carrera, he llegado a un tope, que está dado por no poder escuchar. ¿Y a qué me refiero con eso? El tema de que tengamos teletrabajo fue una ventana enorme para mí para poder demostrar a otros que soy buena en lo que hago. Y que soy buena también en relacionamiento, no solamente en el trabajo ejecutivo, sino que también en generar procesos, en unificar áreas, en trabajar con otros. Porque tengo la gran fortuna de contar con subtitu-

los en mi computador que me pueden facilitar el trabajo. Donde me siento una discapacitada es cuando tengo que ir a la oficina y no puedo integrar las conversaciones casuales, por ejemplo, que se tienen a la hora de almuerzo. Están todos sentados en el *cowork*, están todos hablando de su día a día y yo estoy absolutamente callada. Cuando yo no soy una persona callada, cuando me encanta sociabilizar; y es porque no logro engancharme con la conversación. Y, aun así, como yo te había contado, que la oficina se adapta a mí, los chiquillos se han adaptado a mí y tratan de integrarme en sus conversaciones, pero para mí significa un gran esfuerzo entender. Estar ahí integrándose a una conversación para una persona sorda es un esfuerzo súper grande y que requiere mucha energía mental. Uno queda de verdad agotado, muchas veces con dolor de cabeza. Muchas veces uno tiene que irse a una oficina cerrada o al baño, tengo que cerrar los ojos y descansar la mente, porque de verdad el esfuerzo que uno hace es muy grande para lograr estar al ritmo y al nivel de los otros, a pesar de que los otros también contribuyen bien. Y si tengo la oportunidad con mi implante coclear de bajar ese nivel de esfuerzo, de lograr entender mejor, de que sea una ayuda, fantástico, lo puedo tomar. Voy a lograr tener conversaciones en ambientes de poco ruido que puedan ser enriquecedoras para que el resto de la empresa conozca cómo soy yo y poder demostrar mis capacidades más allá de la ejecución.

Por un lado, por el tema laboral, puedo seguir creciendo. ¿Qué me gustaría también a partir de esto? Me encantaría poder retomar el tema del MBA. Cuando yo vivía en Suiza, y eso me duele harto, tuve que dejar y decirle no a un MBA con beca y todo, porque sabía que no iba a poder entender bien y no iba a poder dar el 100% de mí. Me encantaría volver a tomar un posgrado, además me encanta relacionarme con la gente. Una de las cosas que más me encanta es viajar, me encanta saber quién se va a sentar al lado mío en un avión para poder conversar con esa persona, y es algo que me ha divertido. He conocido a mucha gente viajando, conversando con gente en el tren, en avión, en bus, y después quedamos en contacto y nos seguimos escribiendo.

Y hace muchos años que no me pasaba eso. En un vuelo de vuelta de las vacaciones que tomé ahora en mayo, venía de vuelta con Gabriel, mi marido, y nos asignaron asientos separados y no pudimos irnos juntos en el avión. Al lado mío se sentó una niña más o menos de mi misma edad. Mira, por esas cosas de la vida nos pusimos a conversar, enganchamos y nos fuimos ocho horas del vuelo conversando de toda nuestra vida. Ella también se había ido de intercambio por la misma agencia que me fui yo. Ella vivía al lado de donde yo vivo, trabaja cerca de mi oficina, nos dimos los teléfonos y seguimos en contacto. Ese tipo de cosas... Y ella también estudió la misma carrera que yo, trabaja en algo parecido a lo que trabajo yo. O sea, tenemos muchas cosas en común. Y pienso cuánta gente que tú no conoces tiene tantas cosas en común contigo. Entonces, me encanta sociabilizar.

Una de las cosas que me encantaría hacer –mi marido se mata de la risa– es que por fin voy a poder involucrarme en conversaciones ajenas. Eso de poder sentarme en una mesa y escuchar lo que está conversando la mesa al lado y poder decir: “Oye, ¿sabes qué? ¿Te puedo decir algo?”, y meterme en esa conversación. Por fin lo voy a poder hacer. O poder tirar unos chistes, me encantaría poder también aportar por ahí. Sé que lo puedo hacer, salirme del encasillamiento de que soy una persona seria, porque no es que sea seria porque soy así, soy seria porque para ser chistoso tienes que estar ahí súper pendiente de lo que el resto está diciendo, si no, no puedes meterte con el chiste en el momento. Yo sé que escuchando voy a poder hacerlo. Entonces, yo creo que va a ser muy enriquecedor en muchos aspectos de mi vida, en el aspecto laboral, en el aspecto de crecimiento personal, en relacionarme con la gente. No lo veo en el ámbito familiar, porque dentro del aspecto familiar yo me siento súper integrada, ellos me conocen cómo soy, con mi patudez, con mis chistes, con todo, ellos me conocen. Mi marido me apoya, está conmigo, me conoce. Todo eso yo lo tengo súper cubierto. A mi marido le da lo mismo si soy sorda o no. Pero lo rico es que yo voy a poder seguir creciendo como persona y voy a poder desarrollar todo mi potencial. Eso es lo que me tiene más entusiasmada. También sé que es

harto trabajo, hay que hacer harta terapia, depende 100% de mí. Pero yo sé que mal no me va a ir.

Ahora, me preguntaron en cuál de los dos oídos me quiero implantar, porque en la audiometría mis dos oídos aparecen exactamente igual; los dos oídos no escuchan nada. Yo dije que en el derecho, porque en mi oído derecho mi sensación auditiva es más mala que en el izquierdo. Por ejemplo, cuando se me acaba la pila de uno de los audífonos, si se me acaba en el derecho, yo no me doy cuenta. Si se acaba la pila en el izquierdo, me desconecto absolutamente del mundo, porque aunque los dos oídos tengan la misma pérdida auditiva, con el derecho no me es suficiente; todo recae en el izquierdo. Entonces, me voy a operar en el derecho, que es mi oído más malo, entre comillas. Así que por ahí tengo esa esperanza. Eso es un poquito lo que puedo contar de por qué me quiero poner este implante, cuál es mi esperanza. Y bueno, si la cosa no resulta, voy a estar perdiendo un oído, que en realidad no me aporta mucho en estos momentos, así que no va a ser tan trágico perder la audición de un oído, si es que no llega a resultar el implante.

Qué bueno que tú tienes la expectativa bien realista, porque hay muchas personas creen que van a escuchar desde el día número uno. A mí me pasó. De hecho, para mí el día uno fue horrible porque yo tenía la expectativa súper alta de que iba a poder escuchar mucho mejor de lo que yo escucho con el audífono. Yo nací con la discapacidad auditiva, así que yo no conozco cómo funciona o cómo es realmente el sonido, entre comillas. Yo creo que fue un problema de los médicos, que nunca me dieron una orientación de que esto es paso por paso. Tú has visto estos típicos videos donde la gente dice que funciona cuando se activa el implante, que se emocionan al escuchar sus primeros sonidos. Para mí eso me trae mucho rencor, porque a mí no me pasó eso, fue como decir: “Para qué me operé”, porque no me dijeron que iba a ser tan difícil. En ese momento la tecnóloga y mis padres me apoyaron, me dijeron que era un primer paso; de hecho, la tecnóloga me

dijo: “Tienes que pasarme tu otro audífono”. Como yo me operé por un lado, tenía ese audífono, y me dijo que tenía que adaptarme solamente al implante por unos meses, porque si no, el cerebro va a estar todo el rato acostumbrado a usar el audífono y no el implante. Le entregué mi audífono a la tecnología, me costó demasiado porque significaba no entender nada por unos meses. Pero, ¿sabes lo más loco? Hasta el día de hoy me doy cuenta de lo increíble que escucho, efectivamente, ahora escucho muchísimo mejor que el día en que me puse el implante. Puedo hablar por teléfono, puedo participar en conversaciones grupales, aunque a veces me da lata porque me canso igual de escuchar.

Quiero contar una anécdota que me pasó, porque ahí me di cuenta de los resultados del implante coclear. Mi familia tenía una casa en Algarrobo, Chile, durante gran parte de mi infancia. De hecho, la mayoría de mis amigos de ahora son de Algarrobo, porque en esa casa los vecinos también tenían hijos de mi edad. Entonces, fue como una generación que crecimos juntos. Y en ese tiempo solamente ocupaba audífonos, escuchaba mucho menos y dependía mucho de la lectura labial. Me daba lo mismo no entender en ese tiempo, disfrutaba mucho con mis amigos jugar a la pelota, jugar Nintendo; de hecho, somos una generación full Nintendo, nuestra primera consola fue Super Nintendo y hasta el día de hoy seguimos jugando, ahora con la última consola Nintendo Switch. Fue una linda infancia.

Cuando comencé la universidad como que cada uno empezó a tomar su propio rumbo, empecé a ir menos a Algarrobo y finalmente mis padres vendieron la casa. Pero siempre estuvimos en contacto por las redes sociales. Dejamos de vernos por un tiempo, pero unas de las cosas que más me gusta de ellos es que cuando ocurre un momento difícil, siempre aparecen; como pasó hace 4 años, en que uno de mis amigos pasó por un momento súper delicado. Después de años, creo que 8 años, nos juntamos todos para acompañarlo y de la

nada decidimos irnos a Algarrobo para recordar los buenos momentos. Pero me pasaba que de alguna manera sentía que me hablaban como si fuera un estúpido, sin ofenderlos a ellos, pero no entendía por qué me hablaban tan fuerte o me modulaban tan lento: “Matías, ¿tíeeeeenes haaaaaambre? ¿Te puuuuuedo ayudaaaar en algoooo?”. De esa manera me hablaban, tan fuerte, tan lento y muy modulado.

Y una de mis amigas bien querida, que fue mi profesora de inglés, Valeria Taibe, se dio cuenta de que estaba como en una situación incómoda con mis amigos, y me preguntó si estaba todo bien y cómo me había ido en el proceso con mi implante coclear. Cuando Vale me preguntó si estaba todo bien, porque me notaba súper incomodo, ahí como que me desahugué: “Por favor, no me hablen como un estúpido, ¡yo los entiendo perfectamente!”. En este momento para mis amigos fue como un *shock*, y otra amiga que es hermana de Vale, me pregunta bien fuerte: “Matías, ¿por qué te enojas?”. Ahí entendí todo, la mayoría de ellos me vieron por última vez cuando estaba ocupando audífonos, y ahí era necesario que me hablaran fuerte, súper modulado para poder entenderles y también me hacían muchas señas como, por ejemplo, si necesitaba ir al baño (de hecho, un amigo me hizo la seña si necesitaba confort para ir al baño; te lo dejo a tu imaginación cómo hizo la seña). Obviamente nos reímos un montón por la situación, era súper difícil que dejaran de hablarme así por la costumbre; fue un momento tan divertido, lindo y también en el que realmente me di cuenta de que avancé mucho con el implante coclear, fue súper emocionante y divertido compartir con mis amigos en Algarrobo.

Impresionante, la gente no se da cuenta de lo que avanzamos. Hay pequeñas situaciones en que uno se va dando cuenta de sus avances.

Exacto, hay cosas en que nosotros nos vamos a dar cuenta de cuánto hemos avanzado con el implante coclear, pero es un

camino largo igual. Hay momentos en que podemos frustrarnos por no poder hablar o escuchar bien. Yo tengo súper claro que tengo un acento “diferente”; el camino es largo, duro, hay que comprometerse con las terapias del habla y escucha. Es un trabajo, o más bien como un deporte también, mientras más practicas o te dedicas, mejor rendimiento tendrás.

Es un trabajo, exactamente. A mí una de las cosas que me preocupa, por ejemplo, ayer se operó un tío mío que tiene 77, ya va para los 80 años. Qué viejo, pero yo lo veo tan joven. Y está feliz y contento, sabe que se tiene que hacer harta terapia. Pero a mí lo que me preocupa es que no sé cómo lo va a tomar cuando le enciendan el implante, porque una de las cosas que yo sé, por lo que he escuchado en el grupo, es que cuando te encienden el aparato, uno escucha muy distorsionado, muy agudo. Algunas veces se escucha como chinito, como coreano. Y uno no está acostumbrado. Entonces, yo creo que debe ser súper frustrante y angustiante tener la idea de que a lo mejor así vas a escuchar toda tu vida.

Pero una de las cosas que uno tiene que pensar, y es lo que me preocupa de mi tío, es que él usó muy poco los audífonos y nunca se adaptó al audífono porque escuchaba muy raro con ellos. Y una de las cosas que yo aprendí cuando empecé a usar audífonos es que uno también se tiene que acostumbrar a cómo suenan, porque cuando es la primera vez que te lo ponen, uno escucha súper metálico, muy robotizado. Y siempre lo que te dicen los audioprotesistas es: “Espera un poco, dale un par de días a que el oído se acostumbre y después se te va a olvidar”. Y efectivamente es así. Cuando uno se pone audífono por primera vez, está por lo menos un par de semanas escuchando súper robotizado, súper metálico. Y después de un tiempo, como que el cerebro hace el cambio y ya empiezas a sentir que el sonido que tú escuchas es más suavcito, más normal.

Yo creo que algo parecido, no a la misma escala, sino una escala mucho más alta, va a aparecer con el implante. Seguramente, cuando se lo pongan, va a escuchar absolutamente raro, va a

sentir que tiene los cables a la vuelta en el cerebro. Pero después de un tiempo, el cerebro solo va haciendo el trabajo y vas a empezar a escuchar mejor y vas a tener una sensación diferente, te vas a empezar a adaptar a estas nuevas formas. Pero para eso, como dices tú, tiempo al tiempo; es un trabajo de toda la vida.

O sea, uno también tiene que poner de su parte. Entonces, por ese lado, sí estoy dispuesta. Estoy dispuesta porque ya llegué al minuto en que ya no escucho, y entre tener el oído y no tenerlo, bueno, es una posibilidad. Llega un momento en que tengo que tomar decisiones para saber si sigo escalando laboralmente o no. Y una de las cosas que me tiene súper motivada -porque una también tiene que darse motivaciones, no puede ser todo así, tan aterrizado-, es que me encantaría poder ir al teatro. Hay mucha gente que da por sentado ir al teatro y digo: “Guau, nunca he podido escuchar bien una obra de teatro”. Cuando chica iba a obras de teatro y escuchaba más o menos, un poquito por acá, un poquito por allá. Qué ganas de poder ir al teatro y poder entender todo lo que están diciendo. Qué maravilla más grande, es una de las primeras cosas que voy a hacer. Lo otro es ir al *stand up comedy*... Poder ir a escuchar comediantes hablar en un *stand up*, qué cosa más maravillosa; poder volver a ir a conciertos en vivo; poder volver a escuchar música como la escuchaba antes, entender las letras; poder hablar por teléfono.

Es una cosa que yo puedo hacer ahora, hace un tiempo fui a ver un *stand up* de Alberto Montt y Liniers, también fui a escuchar en vivo a Hernán Casciari, sus cuentos.

Imagínate, o sea, yo la última vez que hablé por teléfono debe haber sido cuando tenía como 27 años, más o menos, y después de eso nunca más pude. Entonces, imagínate, ya llevo más de 15 años sin poder hablar por teléfono. Qué ganas de poder hacer eso, ¿no? Y yo creo que de a poquito puedes ir descubriendo muchas más cosas.

Y hay cosas, por ejemplo, que me han impactado... Mira, te cuento una anécdota. Yo no sabía que los *reels* de Instagram tie-

nen música. Cuando tú subes un *reel*, muchas veces viene con música o también TikTok. Me pasó en una empresa en la que estaba trabajando antes, que ellos subían muchas cosas en Instagram. Y yo no entendía muchas de las cosas que ellos subían, y yo no entendía por qué, hasta que me di cuenta de que seguramente hablan, hay una voz en *off*, seguramente hay música y eso es lo que le da sentido al video que yo estoy viendo. Y se me abrió un mundo, pensar qué tantas otras cosas no estoy escuchando. Me estoy perdiendo eso porque yo solamente lo veo y no lo escucho. Entonces, es muy impresionante.

Otra cosa que me pasó, por ejemplo, también virtual, fue que me pidieron grabar unos videos mostrando cómo yo hacía ciertos movimientos en Google para mi trabajo. Y yo, como no escucho, grabé el video sin sonido. Entonces, yo iba mostrando y diciendo: “Acá, tienes que hacer esto”, lo iba describiendo, “y acá tienes que hacer otro paso”, y movía el *mouse* pero yo estaba grabando en mi pantalla sin sonido. Me llegó un reto, porque la persona que recibió el video pensaba que yo lo había grabado sin sonido con intención. Me retaron y me dijeron: “Oye, Loreto, ¿cómo grabas el video sin sonido?”. Y yo no encontraba nada de malo. Y después me di cuenta de que los videos tienen sonido, que yo tengo que grabar un video con mi voz y explicar todo con voz para que la otra persona entienda.

Son cosas que yo no sabía y me llegó con reto y todo, y ahí aprendí. Ahora yo sé que todos los videos que grabo son con sonido, porque sé que puedo estar hablando y que la otra persona va a escuchar, pero en ese momento no lo sabía. Entonces, son cosas que uno va aprendiendo porque no sabe; y la gente que escucha debería saber que tú no sabes. Es un tema de los dos lados. Y esas son cosas que uno aprende y luego dice: “Ahora entiendo”. Entonces, cuando vuelva a escuchar, voy a poder abrirme a todo este espacio que ahora no sé. Y me voy a poder dar cuenta de muchas otras cosas y entender muchas cosas que ahora a lo mejor no me hacen sentido. Entonces, estoy muy expectante de saber qué me depara el destino con esta nueva capacidad que voy a tener.

Yo, la verdad, creo que a ti te va a ir muy bien, porque yo sé que tú eres realista y sabes que puedes y que va a ser un camino largo. Ahora, te voy a hacer una pregunta reflexiva. Para ti, ¿qué significa la sordera?

Qué buena pregunta. ¿Qué significa la sordera? A ver...

¿Tiene algún beneficio para ti? ¿Tú crees que la sordera te permitió ser la persona que eres ahora? Si fueras oyente, ¿podrías haber sido otra persona?

Exactamente, tienes razón, es algo que yo pensaba, lo reflexionaba, lo conversaba mucho con Gabriel, mi marido. Yo estuve muy enojada con la sordera, muy enrabada. Muchos años dije por qué yo. Muchos años pensé que todo me iba a costar por ser sorda. Yo pensé que me iba a costar mucho encontrar un novio porque yo era sorda; pensé que me iba a costar mucho encontrar trabajo porque yo era sorda. Tenía esta rabia de decir: “¿Por qué soy sorda? ¿Por qué soy sorda si yo soy tan social?”. Me encanta relacionarme con la gente. Si fuera introvertida, y si no me gustara hablar con nadie, daría lo mismo. Pero a mí me encanta, me encanta salir y me encanta conocer gente. ¿Entonces, por qué yo? Pero, en algún momento de tu vida, tienes que hacer las paces con la sordera. Y llegó un momento en mi vida en que dije: “Voy a hacer las paces con la sordera”. Y ahí tú te asumes como persona sorda. Ahí dices: “Okey, yo soy sorda”. Y da lo mismo si encuentro o no encuentro trabajos, da lo mismo si tengo o no tengo novios -paréntesis, nunca me ha costado en mi vida tener un novio; desde el momento en que dije: “Soy yo, soy Loreto Hurtado, de frente por la vida”, nunca tuve problemas por ese lado-. Y me di cuenta de que ser sordo no es una discapacidad. Ser sordo no te impide desarrollarte en tu plano afectivo, emocional, laboral, etcétera. Eso te lo pones tú, no te lo pone la sordera.

Cuando hice las paces y todo eso, me di cuenta de que a mí la sordera me dio la capacidad de empatizar con las personas. Si yo no hubiese sido sorda, yo perfectamente podría haber sido una chica súper exitosa. A lo mejor no, o probablemente sí... Muy

exitosa, a lo mejor. Podría haber conseguido todo lo que hubiese querido; podría haber escalado más rápido laboralmente; podría haber pasado encima de otro porque me hubiese ido muy bien en la universidad, una universidad muy competitiva a la que fui y de la que me salí. Podría haber logrado todo, podría haber sido muy exitosa en mi vida, pero probablemente hubiese tenido una vida espiritual no tan rica y una vida emocional no tan rica. Ser sorda me permitió ser empática, buscar siempre a las personas por lo que son, acercarme a todas las personas. Tengo un sentido de justicia muy grande. Si veo que algo es injusto, y yo estoy ahí, me paro adelante y lucho por esa injusticia que me da mucha rabia. Siempre me he sentido protectora de gente que lo está pasando mal. Por ejemplo, en el colegio siempre me hacía amiga de la persona que yo veía sola, que no tenía amigas. Yo siempre me acercaba y trataba de hacerme amiga de esas personas. Y siempre fue así, en la universidad también, lo mismo. Como sé que tengo una personalidad muy fuerte, entonces sé que me puedo poner adelante y que puedo decir las cosas como son.

Pero la sordera me dio la posibilidad también de ser humilde. Yo creo que eso es algo súper lindo. No sé cómo explicarlo. A ver, ser humilde... No en todo sentido de la vida, pero por ejemplo, te voy a contar una anécdota. Las anécdotas se me dan bien. Cuando yo entré a volar en parapente, yo sé que muchos chicos que vuelan en parapente me vieron, y para qué estamos con cosas, yo soy una persona súper atractiva, súper bonita y era súper flaca en esa época. Entonces, claro, muchos tipos quedaron muy locos conmigo; todos coqueteándome. Yo no engancho con el coqueteo, pero yo sí soy una persona muy simpática y soy muy abierta, en el sentido de que invito a que la gente converse conmigo y me conozca. Pero eso también genera roces, porque entre mujeres se da ese roce, como la chica que viene acá a coquetear y bla, bla, bla. Que no es la verdad, pero eso se da entre mujeres, se da mucho la envidia y todo eso.

Me acuerdo que sí generé roces entre ciertas mujeres que no se querían acercar o no querían conversar. Y una cosa que tenemos nosotros los sordos, es que leemos muy bien la comunicación

no verbal. Entonces, yo me daba cuenta de eso. Pero mi sentido de humildad, de aterrizar la realidad, me hacía decir que eso no importa, porque yo sé que en algún momento me van a conocer y van a saber que yo no soy así como ellas creen que soy. Y se dio. Me acuerdo que habrá pasado como un año y una de estas chicas con la que ya éramos muy amigas, se me acerca y me dice: “Mira, te debo confesar que cuando yo te conocí pensé que eras súper pesada y que venías a coquetear y a mostrarte. Y yo ahora que te conozco me di cuenta de que no eres así, que eres una persona súper simpática, súper abierta y que todo es totalmente diferente”. Yo siempre doy la posibilidad a las personas de que me conozcan, más allá de cómo me muestran físicamente. Nosotros somos inteligentes, somos comunicativos, tenemos nuestra forma de ser, y hay que aceptar a todos como son. Agradezco que tuve el beneficio de nacer en una familia con muchos sordos, porque me hizo sentirme segura en mi familia y desarrollarme como yo soy en ella. Agradezco haber nacido bonita, porque eso abre puertas lamentablemente, pero así es la vida. ¿Pero qué puedo yo sacar en limpio de eso? Me enganché de eso para poder acercarme a la gente y decir: “Yo soy así, soy una persona buena”.

Yo conversé hace muy poco con mis papás y les dije que yo, cuando tenía 12 años, decidí que yo iba a ser una persona buena. Y una persona buena significa tratar en lo posible de hacer el bien. No de no equivocarme; no soy una persona perfecta. Yo me equivoco, cometo errores, yo me enojo, yo también puedo pelear contigo y también puedo hacer cosas malas. Pero conscientemente decido tratar de ser una persona buena, una persona que no miente y que va con la verdad enfrente. Y esa decisión yo la tomé a los 12 años y desde los 12 años hasta ahora voy por la vida de esa manera. Y yo creo que si no hubiese sido sorda, probablemente esa decisión no la hubiese tomado a los 12 años, la hubiese tomado de adulta o tal vez nunca. Yo creo que todo suma... ¿Qué me dio la sordera? Me dio ese aterrizaje forzoso de decidir cómo quiero llevar mi vida. Yo podría haber tenido muchas opciones y a lo mejor si no hubiese sido sorda, no hubiese tenido ese cable a tierra, yo creo. Entonces, yo de verdad lo agradezco. Todavía me

revelo y todavía me da rabia, ¿ya? Pero yo estoy reconciliada con la sordera, es lo que me tocó.

Y si lo vemos en un plano espiritual, hay muchas personas que dicen que uno decide dónde nacer. Probablemente yo decidí nacer sorda por algo. Y aunque no lo tenga tan claro, digo bueno, por algo son las cosas. Entonces uno tiene que agradecer lo que tiene y sacarle el lustre y provecho a lo que uno es. Esa es mi visión de vida. Me puedo echar a morir o puedo sacarme el lustre y tratar de hacer lo mejor con lo que tengo.

Increíble respuesta, me gustó muchísimo. De hecho, me encanta. ¿Y hay alguna palabra que te gustaría decir como consejo o mensaje para las personas que van a leer el libro?

Esto es algo que le decía mucho a la gente, a mis alumnos, cuando daba las clases de lectura labial. Enójate con la sordera, que te dé rabia ser sordo. Te tienes que permitir ese paréntesis de rabia, de frustración, tienes que vivirla; pero que no coma tu vida, porque no es quien tú eres. Y date un espacio, date una ventana, te va a dar rabia una y mil veces. Pero después dices: “Okey, esta es mi vida y cómo la puedo vivir yo”. Y aquí tienes dos opciones: la vives desde tu rabia o la vives desde tu felicidad. Cuando la vives desde tu rabia, vas a ir por la vida diciendo: “Pucha, me atienden mal, me miran feo, no me hablan a la cara”... O la puedes vivir desde tu alegría y cuando vayas a una tienda y te tienes que acercar a alguien, le puedes decir: “Hola, ¿sabes?, no escucho, leo los labios. Por favor, ¿te puedes bajar la mascarilla?”. Y la gente va a ser súper amable contigo, te va a tratar súper bien y va a hacer todo lo posible para que te sientas cómoda. Y de verdad que yo lo he visto.

Yo no calzo con la experiencia de gente que me dice: “A mí me tratan mal, a mí me miran feo, a mí no me escuchan”. Yo creo que en mi vida debo haber vivido esas situaciones contadas con los dedos de una mano. ¿Por qué? Porque yo siempre lo he mirado desde la alegría. Es decir: “¿Sabes qué? Soy sorda, ¿me puedes ayudar?”. Y ese es mi consejo para una persona sorda. Vivan su sordera, enójense con ella, tienen todo el derecho de tener rabia,

todo, hasta que lo acepten; y cuando lo acepten digan: “Okey, voy a vivir mi vida desde la alegría, desde quien yo soy”. No dejen de ser, no dejes de ser quien tú eres porque eres sordo. Ser sordo no te define. Intégrate, está en ti integrarte, está en ti dar el paso de estar integrada a la sociedad. No es la sociedad quien te echa; eres tú quien decide estar adentro o no... Y ese es mi consejo.



Felipe Izquierdo

Escritor

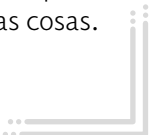


A Felipe Izquierdo “Junior” lo conozco hace años, y lo llamo junior porque se llama igual que su papá, que es un artista reconocido en Chile.

Con el tiempo empezamos a conversar sobre cosas de la vida y, en algún momento de la pandemia, Felipe me contó que estaba escribiendo un libro sobre su vida en Estados Unidos.

Su primer libro, “Lincoln, Nebraska”, trata justamente sobre su estancia en Lincoln, ubicado en el estado de Nebraska en Estados Unidos. ¿Por qué allí? A su papá, Felipe, un amigo que vive allá le ofreció que invitara a su hijo. Él vio la invitación como una oportunidad para Felipe Jr., que estaba pasando por un momento de crisis... momentos que varias personas con discapacidad vivimos debido a los obstáculos de la sociedad que enfrentamos a diario.

Su padre, Felipe Izquierdo, escribió una frase en el mismo libro que me gustó: “Es muy difícil entender la sordera. La hipocausia te aísla de las personas; la ceguera o no visión de las cosas. Una cosa es no escuchar y otra es que no te escuchen”.



»»»»««««

Un gusto, Felipe, me gustaría que te presentaras.

Hola, me llamo Felipe Izquierdo, tengo 26 años, soy escritor y autor de dos libros: “Lincoln, Nebraska” y “Mi bendita pandemia”.

¿Y qué te gusta hacer?

¿En lo cotidiano? Me gusta pensar, estar sentado en una banca, pensar y ver lo que puede pasar alrededor.

Te hago una pregunta más reflexiva, ¿cómo te defines?

Me defino como una persona que puede cumplir sus metas. Una vez que llegué a conocerme como persona y el hecho de haberme aceptado como una persona sorda, me llevó a un nivel distinto de conciencia que me hizo entender la realidad; que simplemente la realidad no existe, solo que todos estamos en un mismo circo.

También me defino más que nada como una persona que puede hacer sus cosas y puede cumplir sus sueños, como todos los otros. Pero también me defino como una persona que aprende de sus errores, que siempre trata de ser mejor que el día de ayer, esforzándose, no mucho ni poco, pero algo.

Y, por sobre todo, me defino como alguien pensante. Me encanta pensar y sacar conclusiones del porqué esto o porqué lo otro.

Cuéntame, ¿cómo surgió tu sordera?

Nací con una enfermedad que se llama histiocitosis de células de Langerhans (HCL). ¿Qué significa? Que tuve exceso de glóbulos blancos. A los 3 años, la enfermedad me destruyó partes de los huesecillos del oído y ahí quedé sordo a los 3 años. Y así empezó todo el tema con la sordera.

¿Y quién te acompañó en este proceso?

Mi papá y mi mamá... también yo mismo, porque uno se tiene que animar para seguir adelante, tratar de mejorar por sí mismo; no solamente con el apoyo de sus padres, sino que tratar uno de conseguir sus propios métodos, de encontrarse, de saber quién es, de cómo hablar mejor, de cómo tratar de ser mejor que los demás o de llegar a ese punto.

Lo bueno, desde mi punto de vista, es que yo siempre tuve un punto de vista muy extremo, con expectativas súper altas de mí mismo y siempre trataba de ser mejor. Te pongo un ejemplo, cuando era niño hablaba mal. Entonces, la gente me repetía que yo hablaba mal, me decía: “Tú hablas mal”. Y, cada vez que me lo decían, yo me forzaba a hablar bien. Y pasando el tiempo, llegó un momento en que hablaba mejor que ellos. Entonces, ya cumplí la expectativa de que soy mejor que ellos.

Desde chico trataba de superar mis expectativas; jugaba fútbol, era muy bueno en atletismo, *mountain bike*, tenis... entre otros. Trataba de llegar a ser profesional pero no me resultó ninguno, pero quedé con la experiencia de la competencia del deporte.

También la rehabilitación auditiva en la infancia sirve, porque te ayuda a cumplir tus metas, incluso con el lenguaje inclusivo o no, la terapia con una fonoaudióloga es súper buena. Durante mi etapa escolar, estuve en varios colegios por problemas académicos. Además de ir al colegio estuve en rehabilitación por mi enfermedad durante 7 años. Mi etapa escolar fue súper complicada, sufrí discriminación de parte de mis compañeros y profesores hasta que logré graduarme de cuarto medio.

Después de graduarme, mi papá tuvo un papel fundamental para llegar a ser la persona que soy el día de hoy. Me encontró en un momento en que no sabía qué hacer con mi vida por haber dedicado gran parte de mi vida a estar en rehabilitación, y decidió mandarme a Nebraska, Estados Unidos, a vivir con un amigo de él y aprender inglés.

Estuve seis meses en Nebraska, fue un viaje más bien espiritual porque la soledad me hizo encontrarme conmigo, con mi entorno. En ese tiempo de seis meses pude entenderme, me reuní con personas increíbles que me hicieron entender que sí soy una persona especial y que puedo lograr algo más. Me acepté incluso con mi sordera.

Antes no aceptaba mi sordera, en realidad va más allá de eso; la gente con la que me rodeaba no aceptaba mi sordera, nadie quería estar conmigo, como que me sentía muy solo y con mu-

cha rabia. Pero con el viaje a Estados Unidos, volví a Chile como una nueva persona, como una persona con proyectos, con sueños, con ánimo de sacar adelante la inclusión y poder mostrarle al mundo la otra cara de la moneda, de la inclusión.

Pero llegó la bendita pandemia, nos encerramos en un campo con mi papá y mi hermano menor. Como estábamos tan aburridos, con mi papá decidimos hacer *lives* de Instagram para conversar de todo lo cotidiano y lo que se nos ocurría.

También decidí escribir mi primer libro, “Lincoln, Nebraska”, sobre mi corta estancia en Estados Unidos. Sinceramente, al principio me daba mucha flojera escribir, pero lo hacía con mucho amor y ganas. Estuve semanas escribiendo día a día, hasta que llegó el momento en que me dije: “Lo hice”, así, pude escribir un libro y lanzarlo a la venta. Me fue súper bien, hasta el momento llevo 2.300 copias vendidas.

Escribí mi segundo libro también, que se llama “Mi bendita pandemia”, sobre mi experiencia de estar encerrado con mi papá en un campo y cómo llegué a conocer a mi novia Marcela, que la conocí en uno de los *lives*. Marcela me escribió por interno y comenzamos a hablar durante mucho tiempo hasta que decidimos conocernos en persona.

Nos juntamos en un hotel DoubleTree, estábamos súper nerviosos y con hambre. Me acuerdo de que de nervioso pedí McDonalds por *delivery* y accidentalmente pedí como 50 combos de hamburguesas; tuvimos que regalar el resto de las hamburguesas a la gente del hotel y gente de la calle también. Fue un momento tan divertido y especial que lo pasamos súper bien. Marcela me hizo sentir como una persona especial, me hizo sentir que realmente puedo tener una relación porque a pesar de todo, sí se puede; porque no es fácil tampoco convivir entre una persona normal y una persona con discapacidad, porque en cierta forma no se van a entender mucho en la realidad que ellos viven. Pero ahora vivimos juntos y tenemos un gato.

Entonces, mi segundo libro trata de cómo fue que se formó una relación más fuerte con mi papá y mi hermano, cómo la pandemia hizo nacer mi amor con Marcela, hacerme querido y

sentirme especial, sentir que yo puedo ayudar a otras personas sin importar la situación en la que estés, solo importa lo que tú llevas dentro.

Ahora me gustaría llegar a muchas partes, llegar más lejos de lo que soy ahora, quiero lograr convertirme en un escritor reconocido, tener una casa, auto, formar una familia y ser feliz como todo el mundo.

Buenísimo, seguro que serás un escritor súper reconocido y exitoso. ¿Te imaginas que en algún momento quisieran adaptar tus libros en formato serie o película?

Por supuesto, si se presenta la oportunidad habrá que negociar, pero feliz.

¿Qué más te gustaría contar, algo que te gustaría compartir en el libro sobre tu historia, que sea como un mensaje para los que van a leer?

Un mensaje sería que, bueno, a pesar de todas las cosas, de las situaciones que uno tenga, sea lo que sea la situación, no importa lo que venga después, siempre estén pendientes del esfuerzo en el momento exacto y lo que tú te das en el día a día, y así te vas a dar cuenta de que después te va a llegar el fruto. Tu mente puede estar pensando que en el futuro viene algo malo, pero tú te estás esforzando por un futuro mejor. Y ese sería mi mensaje.

¿Qué significa la sordera para ti?

La sordera para mí significa poder conectarme a otro sentido, me permite conectarme en otro mundo. Porque tú sabes que, como persona sorda, y tú también, tenemos un don de poder percibir un mundo mejor.

¿En qué sentido?

De que nosotros percibimos que hay otro mundo mejor y que prácticamente sentimos que no pertenecemos a este mundo,

pero sí podemos convertir este mundo en algo mucho mejor de lo que es. Como que la sordera no es un límite, sino que te abre oportunidades que van más allá del límite.

¿Cómo lo ves tú con el tema de la inclusión en el mundo en general? En Chile, por ejemplo. ¿Estamos preparados o nos falta mucho? ¿O cómo deberíamos mejorar?

Yo creo que le falta demasiado. No creo que estén entendiendo bien el concepto de inclusión. Ellos están haciendo prácticamente lo que ellos entienden para ellos de lo que es la inclusión. Claro, ellos no cumplen con los requisitos necesarios de lo que tiene que ser la inclusión; la inclusión no discriminatoria, no solamente lo verbal, sino que también físico.

En el colegio lo que me pasó era más verbal, entonces debería haber esos límites en la inclusión, preocuparse de no incluir actos o discriminar a una persona en un acto verbal. Falta mucho y voy a decirlo igual, en muchos términos, es todo trabajo. Acá en Chile no está muy avanzado el tema de la inclusión, yo siento que no; pero sí da su beneficio, pero es poco.

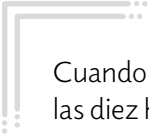
Creo que de acá al futuro no sé qué va a pasar respecto a este tema, porque ya lo inclusivo no viene de una persona que es discapacitada, viene de uno mismo. Entonces, la inclusión se entiende como cualquier cosa y están haciendo cualquier cosa, y creo que no están haciendo lo que se debe, están haciendo cualquier cosa.

Más que nada quisiera implementar un mensaje: no todo lo que uno ve es lo que parece. Y no darse muchas expectativas sobre un mundo mejor, porque no es el mejor mundo, pero uno lo puede hacer mejor a través de su mismo esfuerzo.



Kimberlyn Contreras

Ingeniera en minas



Cuando me aprobaron el presupuesto para escribir este libro, de las diez historias planificadas, me faltaban dos personas. Quería crear una experiencia para el lector, que plasmara la gran diversidad del universo de la discapacidad auditiva.

Un día, tomando un café con Carolina García (Especialista Technical Training en BHP, alguien a quien admiro mucho por su activismo en la lucha de igualdades para personas con discapacidad y que tiene tetraplejía producto de un accidente), le hablé sobre este proyecto, y me dijo: “Matías, debes conocer a Kimberlyn, también trabaja en BHP. Su historia es increíble”.

Al día siguiente escribí a Kim y accedió a conversar. Cuando la conocí por primera vez, entendí por qué Carolina me recomendó hablar con ella y decidí invitarla a ser parte de estas 10 increíbles historias.



»»»»««««

Hola, Kimberlyn, para comenzar, podrías presentarte...

Hola. Mi nombre es Kimberlyn Paola Contreras Barraza, tengo 26 años, nací el 24 de noviembre del año 1996 en Chañaral, norte de Chile, pero fui criada en la ciudad de Diego de Almagro, anteriormente conocida como Pueblo Hundido y ubicada en la Tercera

Región de Atacama. Tengo dos hermanos, uno que tiene 17 años y que se llama Juan Luis y otro que tiene 21 que se llama Patricio. Mi hermano menor está estudiando explotación minera en un liceo de Diego de Almagro; y mi hermano mayor está trabajando como operador de rodillo. Vivimos con mi madre, Evelyn Barraza Rivera, de 43 años. Mi madre me tuvo de jovencita cuando ella tenía entre 15 a 16 años.

Además de nacer con discapacidad auditiva, me diagnosticaron el síndrome de Goldenhar, que es un espectro de anomalías congénitas oculares, auriculares, mandibulares y vertebrales. En mi caso, tengo anomalías auriculares, mandibulares y vertebrales.

Lo que más me gusta hacer es caminar por el cerro, ver la neblina, ver cómo se mueve, ver cuando sale el sol. Eso es lo que más me encanta y lo que más me llena, las cosas simples.

¿Cómo tu mamá se dio cuenta de tu discapacidad y qué fue lo que hizo luego de saberlo?

Mi mamá se dio cuenta desde un inicio por la malformación de ambos oídos y de la cara. Ella tenía entre 15 a 16 años, una jovencita. Al principio no me quería ver, no quería que nadie me viera, pero llegó un momento en que le querían quitar a su hija, en este caso a mí, porque como había nacido con una discapacidad... y mi mamá no era una persona idónea para criarme. El Estado quería hacer lo que creía correcto, pero mi madre no lo permitió, decidió irse de Chañaral a la ciudad de Diego de Almagro, para poder criarme. Mi mamá partió trabajando como cajera en negocios nocturnos, conocidos como rayuelas, que son lugares donde los mineros van a compartir y beber.

Ella me decía que siempre peleó con la escuela, siempre discutía con todos los profesores, porque cuando me quiso matricular en una escuela normal, algunos profesores no querían y el director tampoco. Pero mi madre tiene un carácter fuerte, es guerrera y perseverante. Esta fue la única manera de que me permitieran a mí poder estudiar en una escuela. Y gracias a mis dos profesores de la básica, Patricia Díaz y Ramón Núñez, logré culminar de mejor manera el proceso académico.

Mi mamá logró que me incluyeran en la escuela, pero fue a costo de que yo tenía que estudiar día y noche, prácticamente toda la noche; memorizar todo; aprender a leer los labios; sentarme adelante, en la primera silla, delante del profesor; leerles los labios cuando los profesores dictaban las materias. También tenía que escribir sin mirar el cuaderno y, a la vez, si no entendía al profesor o profesora, lo que modulaba o lo que hablaba, tenía que mirar a mi compañera. Era como una carrera contra el tiempo, tenía que adaptarme al sistema y complacer a la sociedad para que ellos pudieran aceptarme.

Por ejemplo, mi mamá me hacía participar en la actividad de baile de cueca; siempre estaba en forma diagonal para explicarme qué tenía que hacer. Cuando bailaba el zapatero, ella zapateaba, yo zapateaba. También cuando jugaba a la pelota como arquera, mi mamá se ponía en diagonal, me explicaba todo lo que las personas hablaban para estar al tanto. No sé cómo lo hizo mi mamá... Me acuerdo que en quinto básico mi profesor me mandó a una sala para personas con discapacidad, donde había solamente niños con síndrome de Down. Yo sabía que eran distintos a mí por la apariencia, entonces, cuando llegué a la casa le conté a mi mamá.

Para comunicarme con ella yo ponía mi boca con la boca de ella, mis manos en su garganta, sus manos en la mía y así nos comunicamos. Al tocar la garganta sientes las cuerdas vocales.

¿Cómo a tu mamá se le ocurrió esta forma de comunicarse contigo?

Cuando yo tenía 5 años, mi mamá me hablaba en lengua de señas. Un día los mormones golpean la puerta de mi casa, uno de ellos era doctor y le recomendó a mi mamá que no me enseñara lengua de señas porque iba a depender de eso y no iba a gesticular con la cara. Entonces, le enseñó a mi mamá a comunicarse conmigo a través de juntar las bocas y nuestras manos en las gargantas. En la ciudad de Diego de Almagro no existían fonoaudiólogos, no había otra opción.

¿Te comunicabas con tus compañeros de colegio de la misma manera también?

No, me tuve que adaptar al sistema. Tenía que leer sus labios, sus expresiones corporales, faciales, observar cuando se enojaban, cuando estaban contentos y cuando se reían.

¿En esa época no escuchabas nada?

Nada, porque nací sin orejas y a los 17 años fue cuando pude escuchar gracias a un dispositivo.

Me estabas contando cuando te metieron a una sala con niños con síndrome de Down. ¿Qué pasó cuando le contaste a tu mamá?

Estuve un tiempo en la sala con los niños con síndrome de Down, después le conté a mi mamá. Ella en su momento sentía rabia e impotencia, ya que ella quería que me exigieran de la misma forma que a los demás compañeros de la escuela.

Un día fue a la Escuela Aliro Lamas Castillo, me sacó de esa sala y me llevó a la otra sala con mis antiguos compañeros, siempre discutiendo con los profesores. Me dolió tanto porque en esa época rara vez la veía feliz. Algunos profesores me querían cambiar de sala por la dificultad al realizar las clases. Pero me acuerdo que el ambiente de ambas salas era distinto; en la sala donde algunas veces algunos de los profesores me derivaban, la “sala especial” –en ese momento así se llamaba–, solamente nos pasaban juguetes con colores, nada más. En cambio, en la otra sala había más interacción, el profesor hablaba, yo miraba al profesor, miraba a mi amiga, escribía, dibujaba, disertaba y, lo que no entendía de las clases, mi mamá me lo enseñaba en casa.

La verdad es que mis recuerdos en el colegio no son muy buenos, siempre me acuerdo de que los niños se fijaban en mi oreja porque tiene una pelotita, entonces me decían que tenía la oreja de garrapata y me la tiraban. Yo le preguntaba a mi mamá: “¿Por qué me hacen eso? ¿Por qué no tengo amigos?”. Nunca

tuve amigos, me daba cuenta de que todos tenían amigos, menos yo; nunca pude tener amigos en la básica.

Tuve operaciones desde los siete meses hasta los 14 años, varias cirugías reconstructivas, de la cara, de los oídos, de la boca y de todo. Todos esos años mi mamá me llevaba al Hospital Sótero Del Río, que queda en Santiago, Región Metropolitana. No sé dónde conseguía dinero mi mamá para los viajes. Me acuerdo de que dormíamos en un Hogar de Cristo y en las últimas operaciones me recibió en su casa la prima de mi padre, ella se llamaba Wuilma Contreras, en la comuna de Lo Prado. A veces cuando iba al hospital, yo quería, por ejemplo, una bebida y mi mamá me compraba jugo y le echaba la bebida. Porque éramos de escasos recursos. ¿Por qué digo éramos? Porque cuando empecé a trabajar en BHP nuestra vida cambió.

¿La compañía BHP?

Sí, me cambió la vida porque ahora mi mamá tiene una casa bonita, estamos construyendo más piezas. Antes yo dormía con mis dos hermanos en una pieza y actualmente cada uno de nosotros tiene su dormitorio.

¿Tú me dijiste que tienes otra discapacidad en el labio?

Del labio leporino, pero no se me nota porque han sido muchas cirugías, me han sacado cartílago de debajo de los senos, de 10 centímetros por el lado derecho; y por el lado izquierdo, en la parte donde está la pelvis también lo tengo cortado. También me han sacado cartílagos de ahí para formarme la oreja, pero no pudieron formar correctamente ambas orejas. Antiguamente no sabían hacer orejas, entonces se me notan como huesitos en la formación.

Cuéntame más sobre tu etapa escolar...

Como decía, bailaba cueca y me gustaba jugar a la pelota, a pesar de mis recuerdos de mi mamá peleando con algunos profesores. Una de las cosas que pasó es que a mi hermano, Patricio Araya, le

encanta realizar deporte y uno de ellos era el fútbol. Patricio siempre me cuidó, ya que de manera constante debía protegerme del *bullying* que realizaban los niños. Mi hermano me cuenta que siempre nos molestaron, entonces peleaba con los niños para defenderme.

Un día mi mamá nos mandó caminando al colegio desde la casa, un recorrido de media hora; al cruzar una calle, mi hermano me empujó fuerte y al mirar atrás vi que un auto lo impactó. Mi hermano salió volando, quedé en *shock*. Después mi hermano se levantó como si nada pidiéndome que nos fuéramos a la escuela igual. La señora que chocó a mi hermano, se bajó del auto, lo vio y se fue. A raíz del accidente, él quedó con secuelas y dolores, no pudo ir a Huachipato, club de fútbol de primera categoría.

Me imagino el buen hermano que tienes.

Sí, Patricio que actualmente tiene 21 años siempre me protegió, pero ahora, pensándolo bien, no es agradable que haya experimentado eventos negativos a tan corta edad.

Es cierto, Kim, me has sorprendido por todo lo que me estás contando; el barrio en que creciste, en que viviste, un barrio agresivo, eso no lo veo en ti. Me pregunto: ¿cómo lo lograste? Porque normalmente cuando uno vive en una zona con agresión, uno crece con agresividad, y eso no lo veo en ti. ¿Cómo lo hiciste?

¿Sabes por qué? Porque el año pasado con mi hermano tuvimos terapia con un psiquiatra... cuando me di cuenta de que mi hermano era muy agresivo, pensé que tenía que hacer algo, recurrir a algún tipo de ayuda profesional. Desde ahora con la terapia está muy tranquilo y yo también.

Es súper importante pedir ayuda profesional. Admiro a tu hermano que tenía un propósito, cuidarte, y eso era importante para él.

Sí, sí a mí me pasaba algo, mis padres retaban a mi hermano, su misión era cuidarme en todas partes.

Me acuerdo que cuando estaba en octavo básico, el primer día de clases que fue un miércoles, me llaman en la mañana y me dicen que mi papá, Marcos Contreras, falleció por una intoxicación etílica de una mezcla de tequila con manzanilla; desde ese momento me volví rebelde, no quería estudiar, no podía asumir su partida porque la última vez que lo vi estaba feliz. Durante toda mi etapa escolar, desde los 13 años, en la media, culpé a mi mamá por no haberme dejado ver a mi papá; la culpé hasta los 17 años cuando salí del colegio.

¿Tus papás fueron separados?

Sí, pero prácticamente pasaban juntos cuidándome, tenían una muy buena comunicación. Mi papá siempre me cuidó durante los primeros 12 años que él estuvo vivo.

Otra cosa recuerdo... cuando mi mamá no quería que me vieran la oreja; entonces me peinaba con el pelo hacia adelante, como si fuera la llorona, cubriendo las orejas. Siempre estaba con el pelo suelto, me retaba si me tomaba el pelo. Era para prevenir que mis compañeros de curso se burlaran de mis orejas.

Tu mamá no quería que sufrieras *bullying*... es interesante porque la mayoría de los niños no quieren tomarse el pelo ni tenerlo corto para que no se les vean los audífonos...

En el liceo empecé a sufrir *bullying* más seguido, porque me di cuenta de que me molestaban por mi forma de hablar. En cuarto medio me golpearon dos niñas; por ese episodio la Junaeb se enteró de mí y se comunicaron con mi mamá. A ella la contactó el doctor Dentone, quien le propuso ser parte de una operación quirúrgica para ver si era candidata para el dispositivo de implante de conducción ósea, que nunca se había instalado en una persona menor de edad, esto por la Organización de Naciones Unidas en España.

Mi mamá contenta aceptó la propuesta, viajamos a Santiago, nos recibió el doctor Dávila de España, experto en operaciones de implantes, junto con el doctor Dentone. Varias personas, entre ellas estudiantes de la Universidad de Chile como practi-

cantes, veían cómo se realizaba la cirugía de implante de conducción ósea. Gracias a eso, al día de hoy, pudieron operar a 52 niños en Chile. Fui la primera mujer pionera a nivel mundial, menor de edad, a los 17 años, en tener ese implante. Lo único que recuerdo de la operación es que no me gustaba estar en el quirófano, me molestaba el olor de lo que inyectan los médicos. Durante las operaciones me dieron dos preinfartos y por ese motivo no quiero operarme, pero sé que en un futuro debo realizarme más cirugías.

Sufrí tanto de *bullying*, demasiada agresión de las niñas de la escuela, se reían de mí, no se juntaban conmigo... Había una sola niña que fue mi amiga, se llamaba Camila Baker. El año pasado hice una charla en una universidad y estaba ella. Le agradecí que fuera mi amiga porque en esos tiempos ella no tenía por qué ser amiga de una persona con discapacidad. Le pregunté por qué fue mi amiga y ella se puso a llorar y me respondió que lo único que sentía era pena porque ella escuchaba todas las cosas que me decían, que se reían de mí a carcajadas, se tapaban la nariz y me hablaban como gallina.

Hay un grupo de Facebook, de mi curso profesional de Técnico de Metalurgia. En el grupo hay una imagen donde aparecen en la pizarra cada uno de mis excompañeros de curso con sus respectivos nombres y el mío aparece con un cuadrado negro, no tengo foto con ninguno de mis compañeros. Hasta el día de hoy la foto sigue en la plataforma de Facebook.

Antes yo no entendía el rechazo y le preguntaba a mi mamá: “¿Por qué soy tan habilosa? Mamá, ya no quiero ser más hábil, no quiero estudiar más”. Tenía un buen promedio de notas; lo único que podía hacer después del colegio era estudiar, mi mamá me pasaba un cuaderno y estudiaba. También me colocaba un corsé día y noche –ya que tengo escoliosis– para aprender a caminar correctamente. Mi madre me colocaba una escoba en la espalda o libros en la cabeza, para caminar equilibrada, todos los días como si estuviera de entrenamiento para ser princesa.

Mi historia de infancia fue de estudios, *bullying* y apoyo de mis padres y familiares. Para mi madre fue un gran desafío poder sacarme adelante, a veces la observaba preocupada o angustiada

de que yo tenía que rendir y luchar para ser aceptada por la sociedad. Si mi mamá no hubiera sido exigente conmigo quizás, y creo que sería lo más probable, no estaría acá. Mi mamá tuvo que trabajar tanto para poder pagar la estadía y la comida durante mis operaciones en Santiago; me operaron e hice la rehabilitación en la Clínica Bicentenario, que está al lado del instituto Teletón de la Región Metropolitana.

¿Qué fue lo primero que escuchaste cuando activaron tu implante?

Lo primero que yo escuché, pero en ese momento no lo podía identificar, y después –una vez que desarrollé el audio, la escucha-, supe qué era, fue por ejemplo, el sonido del pájaro, el sonido de la gota de agua y después fui escuchando de a poco y pude distinguir el sonido de cada objeto o distintas cosas.

Bueno, y siguiendo con la historia, cuando decidí irme a estudiar a la Universidad Católica del Norte, en la Región de Antofagasta (Chile), yo estaba bien estudiando, hasta que ocurrió el aluvión en Diego de Almagro, en 2015. Se llevó todo lo que había de la casa; en ese tiempo lo único que hice fue comprar víveres con la beca de alimentación que me entregaba la Junaeb y le pedí a un amigo que me llevara desde Antofagasta, en la Región de Antofagasta, a la comuna de Diego de Almagro. Cuando llegamos, vi la casa llena de lodo, la cama pegada al techo, la casa completamente llena de lodo porque estaba ubicada al costado del río. De un día para otro se perdió todo.

En ese tiempo recibimos mucho apoyo del Gobierno, de los militares, personas de otras ciudades, como, por ejemplo, Lota, Región del Biobío y la organización Desafío Levantemos Chile, que es una organización no gubernamental; su desafío es levantar a Chile en todas las emergencias: catástrofes naturales, urgencias sociales y medioambientales.

En 2016 decidí retomar los estudios; mi mamá quería que estudiara una carrera técnica y yo quería estudiar Ingeniería en Minas. En marzo del 2016 me dirigí con mi abuela, Margarita Rivera,

y mi madre, Evelyn, al INACAP de Copiapó para matricularme y, al momento de matricularme, la secretaria nos indica que no hay cupo para la carrera de Técnico en Minas, solo quedaba cupo para la carrera de Ingeniería en Minas. Proceso que culminó de manera positiva ya que logré acceder a la carrera que quería con la beca de gratuidad, beneficio que se entrega a los estudiantes que se encuentran dentro del 60% de menores ingresos de la población. Mi mamá y mi abuela me apoyaban con \$140 mil por mes, solo tenía una condición; no debía reprobar ningún ramo de la malla curricular. Con el dinero era feliz porque me alcanzaba para arrendar una habitación y comer, no me quejaba con eso.

Empecé a estudiar, me iba súper bien con los estudios hasta que se repitió la misma historia de mi colegio; sufrí agresiones verbales y malos tratos de mis compañeros, veía cómo se burlaban de mí cuando entraba a la universidad, ya que en el acceso principal hay unos sensores de seguridad, entonces cuando yo entraba sonaban por mis audífonos, y mis compañeros gritaban que ahí venía el extraterrestre.

Me pasa lo mismo a veces, es incómodo cuando vas a una tienda y que suene la alarma por interferencia con mis audífonos con los sensores de seguridad. Siempre piensan que estoy robando y tengo que explicarles a los guardias.

Me pasaba lo mismo, tenía que explicar al guardia, me daba mucha vergüenza, porque era “el pan de cada día”. Todos los días me molestaban, me decían la extraterrestre, la “ñaja ñaja”, por mi forma de hablar; me gritaban que hablara bien y, cuando tenía que hablar frente a mis compañeros, todos se reían.

En la universidad tenía tres docentes que me exigían más que a mis otros compañeros: el profesor Eduardo Solar, David Soto y Eugenio Aguirre, ya que sabían que podía dar más por mis habilidades académicas. Una vez me acusaron de que copiaba en los exámenes. ¿Sabes qué pasó? Una profesora de Cálculo me hizo rendir un examen en una sala aislada de mis compañeros, para comprobar que no copiaba. Me demostré a mí misma y a los do-

centes que no copiaba en las pruebas; el examen fue sumamente difícil pero aun así logré demostrar y detener los malos comentarios de mis compañeros. Mientras más se burlaban de mí, más fuerza me daban para seguir estudiando. Mientras ellos salían de fiesta y formaban amistades, ¿qué hacía yo? Estudiar, estudiar y estudiar, porque no tenía nada más que hacer, entonces estudiaba todos los días.

En segundo año conocí a una compañera que vino de Calama, nos hicimos amigas. Ella se llama Escarlet Vega. A ella también empezaron a acosarla; aguantamos tanto acoso y agresiones que en tercer año empecé a tener pensamientos suicidas, no quería vivir más. En ese tiempo solamente estudiaba y trabajaba como contadora en una empresa haciendo 400 liquidaciones de sueldos, con un sueldo de \$150 mil, que en ese tiempo era mucho dinero para mí y estaba feliz, aunque trabajaba las 24 horas de domingo a domingo, nunca tenía descanso y tampoco me pagaban las previsiones.

Durante el tercer año llegó un momento en que no aguantaba más, quería dejar mis estudios. Hasta que el profesor Eduardo Solar conversó conmigo y me dijo que se sentía orgulloso de todo lo que había logrado y me alentó para que siguiera con los estudios, me dijo que me tranquilizara, que era súper inteligente. En ese momento me di cuenta de que a mí me exigían mucho más de lo normal; el profesor Eduardo creía mucho en mí y me recomendó que me matriculara de noche para poder alejarme de mis compañeros.

Entonces, decidí estudiar en vespertino, fue una decisión difícil porque significaba salir de noche a estudiar en un horario de 19 a 23:45 hrs., caminar sola en una zona peligrosa. Mi compañera, aun sabiendo que no le convenía matricularse de noche, decidió hacerlo para poder seguir estudiando conmigo y apoyarme en todo este proceso caótico de la discriminación universitaria. Estudiar de noche fue la mejor decisión, porque mis compañeros de clases tenían entre 30 a 40 años, tenían familia, algunos eran padres y me trataron como parte de la familia. Allí conocí a dos amigos que también me apoyaron y me mostraron lo bonito que es tener amistades, ellos son Fabián Torres y Francisco Necuhl-

hueque. Por primera vez pude entender lo que era el compañerismo, sentir el apoyo de otras personas y descubrir lo que era la amistad sin tener envidia.

Después un profesor, Adolfo Flores, me dio la oportunidad de hacer la práctica en Pucobre, una empresa de minería; estaba súper contenta porque el profesor me animaba y me decía que era súper inteligente, responsable y exigente. Mientras hacía la práctica profesional, paralelamente trabajaba haciendo los finiquitos y liquidaciones, y de noche estudiaba. La verdad no sé cómo lo graba seguir el ritmo, dormía entre tres o cuatro horas, no podía dormir más porque tenía que cumplir mis compromisos, estaba enfocada en mi objetivo: ser la primera profesional de la familia.

¿Y qué pasó? Empecé a trabajar haciendo la práctica de Ingeniería en Minas en el año 2018. En la minería se debe amarrar el cabello y yo con mi famoso pelo largo hasta la cintura, finalmente me lo amarré, me sentía incómoda al tener el pelo tomado porque con el audífono se generaba interferencia (como prender y apagarse) y sonaba el pito debido a mi pelo. Además, cuando tenía que ir a recorrer la faena en camioneta, el movimiento era súper brusco, se me iba cayendo a cada rato mi audífono y estaba súper preocupada de que mi compañero, jefe de turno, no se diera cuenta de mi audífono y de mis orejas.

Hasta que un día mi jefe de turno se da cuenta de mi oreja y frena con fuerza. “¿Cómo, no tienes oreja?”, me pregunta. “No puedes trabajar en minería”, me dice después. Quedé en *shock* cuando escuché que no puedo trabajar en minería. “¿Cómo pasaste las pruebas médicas y la audiometría?”, me pregunta mi jefe. En los exámenes nunca dije que no tenía oreja ni de mi audífono. Mi jefe me sacó de la faena y me llevó a una oficina, yo seguía en *shock*, no lograba asimilar. “¿Qué está pasando?”, me preguntaba, y me decía: “Detente Kim, eres responsable e inteligente”. Mi jefe me dijo que, para no echar a perder mi carrera, no iba a decir nada, pero tenía que salirme de la empresa; yo no lo podía creer. “¿Cómo es posible que no pueda? Soy minera de profesión”, le dije. “Una persona que no tiene oreja o tiene alguna condición física no puede trabajar en minería”, me responde.

Llamé a mi mamá para preguntarle si era verdad lo que me decía; mi mamá empieza a averiguar y efectivamente una persona con discapacidad auditiva o cualquier condición física no puede trabajar en minería. En ese momento se me fue todo para abajo. “¿Por qué nunca me dijiste que yo no puedo trabajar en minería?”, culpaba a mi mamá y ella me consolaba, pero también sentía rabia por cómo era tratada. No quería estudiar más, no quería hacer la práctica; después de haber egresado, solo me faltaba la práctica profesional. Gracias al jefe de turno, que no quiso relevar a la empresa sobre mi discapacidad, pude titularme de Ingeniería en Minas, pero después de eso no lograba conseguir trabajo. En las entrevistas me iba súper bien al comienzo, pero quedaba rechazada con los exámenes médicos. Por 2 años no lograba conseguir trabajo y por mientras trabajaba como auxiliar de aseo en una empresa de minería que queda en Calama; limpiaba, trapeaba, lavaba la loza y hacía de todo.

Mientras trabajaba trapeando, en el horario de colación me acercaba a mis colegas, les decía que yo era minera y que, si existía algún programa *training*, me dieran una oportunidad laboral. Un día, en el casino, cuando a una de las personas se le cae desde la mesa un plato de sopa, la persona se acerca a mí y me pide limpiar el piso y retirar el plato de comida; yo como auxiliar de aseo debía agachar la cabeza y hacer todo lo que ellos pedían, porque si les faltaba el respeto, me echaban de la empresa. Fue una experiencia horrible y humillante, pero me sirvió mucho para reflexionar y decir: “Yo no quiero ser una minera como ellos, no quiero humillar a colegas, independiente de su rol”, y estas experiencias me sirvieron mucho para ser una persona muy empática.

Durante esos 2 años de seguir postulando a ofertas, decidí postular a BHP y, al mismo tiempo, estaba postulando en Antofagasta Minerales. En el proceso de entrevista con Antofagasta Minerals, me asignaron a Alejandra Vera, socióloga, para apoyarme en el proceso de entrevista. Alejandra me enseñó a comunicarme, cómo presentarme ante una entrevista y cómo mejorar mi currículum. No podría creer que una empresa grande se preocupara de asignarme a una persona como Alejandra para que

me preparara. Recuerdo que Alejandra me decía que era su sueño que quedara en Antofagasta Minerals, ella quería que trabajara ahí, me apoyó en todo lo que pudo; a la vez, estaba postulando a BHP y Alejandra lo sabía, pero aun así me apoyó en todo momento. Siento una gratitud por la forma en que me potenciaba y me hacía sentir que yo era capaz de muchas cosas. Después de seis meses, me llamaron de BHP para la entrevista, fue un proceso súper largo en el que fui pasando varias etapas de entrevista; fue un proceso de meses y todo ese tiempo Alejandra me siguió aconsejando, hasta que llegó el momento de hacerme los exámenes médicos.

La doctora, al ver que no tengo orejas, me dijo que yo no puedo trabajar en minería porque hay artículos que impiden a las personas con discapacidad; me dijo que no iba a arriesgarse a firmar un documento que me permita trabajar en minería, así que me rechazó todos los documentos y no pude avanzar con la entrevista. En ese momento me derrumbé, sentí que me cortaron mis alas, mis sueños, y no paraba de llorar. Era una sensación de impotencia, y no me explicaba por qué me seguían pasando estas cosas por mi discapacidad, por qué tantos obstáculos, si solo quería una oportunidad.

Un mes después, en la segunda semana de febrero del 2021, recibí un llamado de BHP, donde me notifican que soy parte del programa de graduados 2021 y que debía presentarme el 15 de marzo en Spence, Sierra Gorda, en la Región de Antofagasta. Estaba súper contenta de poder trabajar, pero cuando llegué mi primer día a faena, me presentan ante el equipo diciendo: “Ella es Kimberlyn, tiene una discapacidad, hay que hablarle fuerte y mirarla a la cara, porque lee los labios”. Ese momento fue chocante para mí porque nunca me habían presentado como una persona con discapacidad y además sentí miedo de que se volviera a repetir lo que me pasó en mi práctica profesional y el colegio.

A la tercera semana de haber ingresado a faena quería renunciar porque había pasado tantas cosas; primero, que me preguntaban por qué hablaba de esa forma, por qué observo muchos los labios y, lo más importante para mí, es que no me dejaban in-

gresar a la mina. Un día en faena yo preguntaba: “¿Dónde están los camiones? ¿Dónde está la mina?”. Y del equipo me dijeron que tenía restringido el acceso del rajo. “¿Por qué no puedo ir a la mina? ¿Qué hago aquí entonces?”, pregunté, y solamente me responden que tenía prohibido ingresar, sin otra justificación.

En ese momento, Katherine Feliú, superintendente de Control de Procesos, me indicaba que estaba a la espera de la resolución para yo poder ingresar a faena y me comentó que en otras faenas me iba a pasar lo mismo, el mundo de la minería es duro, machista y le va a pasar lo mismo a las próximas generaciones que tienen discapacidad. Katherine estaba convencida de que yo podía desempeñarme de la misma manera que mis demás colegas, ella confiaba en mis capacidades, y me pregunta: “¿Por qué no luchas por las siguientes generaciones?”. En ese momento, no sé cómo lo hice para seguir adelante, a pesar de que estaba tan cansada de luchar... seguí luchando, demostrando e insistiendo todos los días que quería entrar a la mina.

Paralelamente, durante los primeros seis meses trabajaba en la oficina, en el área de Technical Training, que es capacitación a operadores. En esta área es donde se genera el plan estratégico para desarrollar habilidades prácticas, técnicas, de simulación y seguridad de los operadores; y para culminar el proceso de preparación de un operador u operadora, se necesita ver presencialmente en la mina cómo el operador u operadora aplica todo lo aprendido durante su preparación, pero como no podía ingresar a faena, solo me quedaba la opción de imaginarme todo el proceso para desarrollar el plan estratégico. Era un sueño para mí ingresar a la mina.

Claudio Torres, supervisor de los instructores mina, fue mi jefe y un gran líder durante los seis meses; me enseñó a cómo relacionarme con mis colegas, cómo hablar con ellos, de qué forma debía mover las manos, cómo pararme ante una presentación, que notaran mi presencia cuando hablaba, que tuviera carácter firme, pero a su vez fuera humilde y cercana con las demás personas. Finalmente, llegó el día en que me dieron la oportunidad de ingresar a la mina. Mi teléfono no paraba de sonar, yo no

contestaba porque sabía que era para impedir que ingresara a la mina. En ese momento tenía todos mis elementos de protección personal con sus respectivos ajustes razonables, hice el examen interno de la empresa para poder ingresar, tenía todo listo, solo faltaba la aprobación del gerente, Felipe Miguez, y él me indico que si yo me sentía capaz de hacerlo y si había realizado las inducciones de seguridad, ¡podía ingresar! ¡Estaba feliz por su apoyo!

Al ingresar a la mina, conocí otra realidad, otro mundo; ver las perforadoras, tronaduras, los equipos de apoyo y los camiones de alto tonelaje... todo lo que vi para mí fue cumplir un sueño, nunca olvidaré ese día que estaba en un mirador viendo la tronadura. La tronadura es el arranque del mineral desde el macizo rocoso, aprovechando de la mejor manera posible la energía liberada por el explosivo. Estaba muy emocionada, pero a la vez preocupada porque tenía muchas llamadas perdidas y mi equipo súper preocupado por la decisión arriesgada. Volvimos a la oficina y me retaron: “¿Cómo se te ocurre ir a la mina? ¿Cómo se te ocurre acercarte a la tronadura?”. En ese momento me sentía orgullosa de mí misma, todo lo que soñaba se hizo realidad; y para disfrutar de esa felicidad inmensa que sentía en ese momento, decidí tomar mis cosas e irme a trabajar al otro lado de la oficina.

El mismo día en la noche, llego al campamento, llamo a mi madre, Evelyn, y nos mirábamos por videollamada... fueron momentos de muchas emociones mezcladas, entre rabia, miedo y felicidad, orgullo. Pero dentro de esos momentos, mi madre se manifiesta asustada, diciendo que me podría haber pasado algo; después estaba tan orgullosa de mí, de por fin haber tenido la oportunidad, pero después empezó a preocuparse, no quería que volviera a trabajar por temor a que algo me pasara.

Después de eso, supe que la persona que apoyó a Katherine Feliú para conseguir todo el permiso para ingresar a faena, fue Jeisy Cofré, superintendente de Salud. Jeisy luchó sin conocerme para que yo pudiera subir a faena, ya que decía que no por mi discapacidad podían limitarme a ejercer mi profesión. Ella es la persona que me dio la oportunidad, ella sin conocerme confió en mí, ella también indicó que había elementos de protección de

seguridad para que yo pudiera ingresar a la mina. Gracias a Jeisy, actualmente puedo seguir trabajando y descubrir que sí, me contrataron por mi discapacidad, pero depende de mi desempeño laboral permanecer dentro de BHP.

En septiembre del 2021, Álvaro Cartagena me invita a formar parte del Comité de Diversidad e Inclusión. Durante ese mes, realicé mi primera charla con más de 250 personas, donde conté mi historia sobre mi discapacidad. Debo reconocer que al principio tenía temor por hablar de mi discapacidad, pensando que me podían echar de BHP, pero después de la charla me di cuenta de que estaba equivocada, en Spence se respeta a las personas. Después de eso, teníamos otro gran desafío, lograr presupuesto para poder financiar el curso de lengua de señas chilena para 20 trabajadores. Álvaro logró el financiamiento del curso, que fue liderado por una fundación de Calama; la profesora tenía discapacidad auditiva, no escuchaba, pero sí hablaba. El curso fue un éxito, aprendimos a comunicarnos en lengua de señas con lo básico: cómo presentarse, deletrear nuestro nombre, entre otros. En ese momento estaba contenta porque sabía que nuestro equipo estaba preparado para recibir a personas con discapacidad en BHP.

En 2022 me invitaron desde la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Perú para dar una charla vía Zoom; el objetivo era incentivar la postulación a carreras universitarias de personas con discapacidad en una de las mejores universidades de Perú. Al momento de presentar estaba nerviosa, pero a la vez segura de que podía lograr culminar de la mejor manera este proceso. Era mi primera charla universitaria y ese día se conectaron entre 200 y 300 personas, entre ellas había personas con discapacidad que querían estudiar, pero sentían que no iban a poder encontrar trabajo una vez terminada su carrera profesional.

Les conté mi historia, de dónde venía y de qué se trataba mi trabajo. Sé que mi testimonio les cambió la vida a la mayoría de las personas para que se atrevieran a matricularse. Después tuve la segunda charla con la Red de Ingenieras de Minas en Chile y el Servicio Nacional de la Discapacidad; en esa instancia se conversó sobre el desarrollo del Comité de Diversidad e Inclusión

de Pampa Norte, donde se reconoce que ambientes de trabajo inclusivos y diversos generan mejores resultados de seguridad, mejoran el rendimiento financiero, hay mayor productividad, aumento en innovación, una mejor toma de decisiones, se da una robusta fuente de talentos y mejores relaciones con las comunidades donde operamos. Hay un compromiso en *engagement*, para habilitar y apoyar a los líderes de línea en la creación de un ambiente de trabajo de mayor inclusión, donde los empleados pueden alcanzar su máximo potencial.

Después una persona me contactó a través de LinkedIn, y me contó que estaba trabajando en Codelco, la empresa minera, me dijo que vio mi charla y que estaba pasando por algo similar, que fingía diciendo a sus compañeros que escuchaba bien, pero en realidad escucha un 40%, y veía cómo sus compañeros se burlaban de las personas con discapacidad, entonces no se atrevía a notificar a su empresa que tenía una discapacidad por temor a que lo despidieran. Le dije que se atreviera, que no tuviera miedo. Actualmente tomó otro rumbo y ahora es reconocido por su liderazgo en Tech (otra empresa minera), demostrando que la discapacidad no limita. Entonces, juntos podemos luchar para cambiar la visión en el lugar de trabajo, para eliminar los prejuicios que alguna persona tiene al hablar sobre la discapacidad, de esa forma podemos reducir el miedo y abrir puertas para la nueva generación. Creo que cuando trabajamos con respeto, podemos impactar positivamente la productividad, la cultura, el compromiso de los empleados y el desempeño de la compañía también. Cualquier comportamiento irrespetuoso a un colega es inaceptable y va en contra de la carta de valores de BHP.

Un día me llamó el director de Inacap, el Sr. Alex Fredes, y me menciona que gané un reconocimiento a nivel nacional como unas de las mejores alumnas, con excelencia académica y desarrollo profesional, y por primera vez un estudiante de la Región de Atacama (Chile) era reconocido. En ese momento grité de felicidad y por primera vez sentí que reconocían mi esfuerzo y, además, me gané una beca para hacer un diplomado.

Así que seguí realizando charlas, compartiendo mi experiencia laboral, y comenzaron a acercarse varias personas; una de ellas era una mamá de tres hijos, uno con Asperger. Ella se contactó conmigo y me indicó que gracias a mi historia se inspiró a finalizar sus estudios universitarios, y que en las visitas había niñas que me reconocían. A veces, me preguntaban: “¿Tú eres Kimberlyn? Siempre he querido conocerte y quiero ser como tú”. Para mí era súper fuerte recibir esos comentarios y decía: “Guau, ¿por qué quieren ser como yo?”. Después de eso me di cuenta de que todo lo que estaba haciendo iba por un buen camino.

Pero un día viajé a Santiago en tiempos de pandemia, iba camino a la oficina y al verme a mí misma en el vidrio del edificio, quedé congelada y rompí en llanto sin parar, sin saber por qué, fue un momento en que empecé a recordar malos momentos ocurridos anteriormente en mi área de trabajo. Me miraba, me odiaba, no quería nada conmigo misma.

Kim, tuviste un punto de quiebre, todo el sufrimiento que acumulaste se liberó...

Exactamente, lloré mucho. Recuerdo que fueron cuatro días seguidos. Después de tres meses con licencia psiquiátrica, volví a trabajar, pero el ambiente laboral estaba complicado. Ahí aparece Lucy Arias, en ese momento era superintendente de DCS (Sistema de Control Distribuido), y me pregunta por qué lloraba tanto. Pero no podía responder porque solo lloraba, no podía hablar, no me salía la voz; pero ella por semanas me acompañó, almorzaba en la oficina conmigo, a veces tomábamos desayuno, me alegraba los días y descubrí que ella también había sufrido lo mismo que yo. Sentí una conexión con ella y me siento agradecida porque estuvo conmigo en todo el proceso y ahora somos amigas. Amo su liderazgo, lo empática que es y siempre busca el bienestar de su equipo.

Paralelo a ello, recibo apoyo de Ana Bran, que me da una oportunidad de ir a su área, en la ciudad de Santiago. Ana, desde el punto de vista de otra persona, busca instancias donde reflexionamos sobre nuestro propio comportamiento y nos hace sentir cómodos

para denunciar comportamientos que pueden cruzar la línea en el lugar de trabajo. Siempre dice que depende de todos nosotros de-tenernos, pensar, defendernos a nosotros mismos o a los demás, y preguntarnos: “¿Te parece bien?”. Y el uso de este enfoque permite que las personas afectadas respondan: “No, no está bien”.

Pero antes de firmar el anexo de contrato, comencé a cuestionarme: “¿Por qué tengo que irme? No debería rendirme con mi sueño de trabajar en la faena”, así que decidí rechazar la oferta y seguir en el mismo rol. Nadie entendía mi decisión, me decían que estaba loca, insistían en que me mudara a Santiago, que dejara de luchar, y yo decía: “Es mi sueño o el de ellos, tengo que enfrentarlos”. Pero Ana me entendió y decidió apoyarme y no juzgarme. Entonces decido volver a mi área, me integro al equipo, empecé a enfocarme en mis metas; fue un camino difícil de adaptación, pero de manera paralela, comienzo a dar charlas sobre inclusión a los operadores y operadoras, supervisores de algunas áreas, me enfoqué en trabajar con empresas colaboradoras, empecé a trabajar en comunicación de diversidad e inclusión. El objetivo de las charlas era eliminar el temor de conversar sobre la discapacidad, cuáles eran los tratos adecuados y tratar a todos con respeto para crear una cultura inclusiva, diversa, que permite que la gente en la empresa y el negocio tengan éxito. En conjunto podemos erradicar el comportamiento irrespetuoso.

Así que por segundo año consecutivo, la gerencia de producción mina decidió costear el segundo curso de lengua de señas, y en esa instancia participaron 40 personas de personal propio y de empresas colaboradoras. En BHP reconocen que la diversidad nos fortalece y están comprometidos con brindar un ambiente de trabajo en el que todos sean incluidos, que seamos tratados de manera justa y con respeto, por eso ofrecemos igualdad de oportunidades para mujeres y personas con discapacidad.

Es impresionante cómo lograste convencer para participar en actividades de inclusión. ¿Cómo lo haces? ¿No tienes temor a que te despidan?

No, porque BHP está comprometido en brindar un lugar de trabajo seguro, inclusivo y de apoyo para todos, buscan emplear,

desarrollar y promover a las personas basándose solo en sus fortalezas y no toleran ningún tipo de discriminación, intimidación, acoso o victimización. Además, yo les demuestro cada día a ellos que no soy un obstáculo. Un día decidí mostrar por primera vez en LinkedIn una foto con mi cara, con mi audífono y oreja visible. Lo puse de perfil para que vean realmente cómo soy, incluso ahora decidí cortarme el pelo. Y he recibido comentarios de que borrara la foto, que me pueden echar de la empresa, pero decidí no hacerles caso; ahora me amarro el pelo, dejo que vean mi discapacidad en la oficina, en el casino, y ya no me da vergüenza.

Cada vez más operadores, más trabajadores, admiten tener alguna discapacidad. Nosotros en el área de diversidad e inclusión nos preocupamos de derivarlo con un especialista para atender sus necesidades y solicitar su credencial de discapacidad; gracias a eso tenemos un 1,8% de personas con discapacidad en BHP. Cuando llegué había 0,4% de personas con discapacidad. Empecé a trabajar en actividades, publicando en redes sociales sobre empoderamiento de la discapacidad y género, incentivando a que más personas tengan más conciencia en diversidad e inclusión y abriendo camino para la próxima generación de personas con discapacidad.

Es interesante cómo partiste con tu profesión como ingeniera en minas y ahora estás trabajando en el área de diversidad e inclusión.

Estoy trabajando en ambas áreas, ahora soy especialista en análisis y mejoramiento de producción. Hasta el día de hoy me piden charlas de concientización a equipos internos y empresas colaboradoras. Siempre les recuerdo que me contrataron como persona con discapacidad e, independiente de eso, soy una profesional tal cual como ellos.

Tenemos que creernos el cuento, que somos un aporte para la compañía y no un obstáculo. La verdad es que a veces me desmotivo, pero recordar que personas salen beneficiadas por el trabajo de inclusión me da energía para seguir trabajando y estudiando.

Te entiendo, Kim, creo que es normal desmotivarse y súper necesario desconectarnos por un tiempo para recargar las energías. Por ejemplo, cuando ocurrió el estallido social en Chile, al ver cómo se dividían amistades y familias, decidí irme a vivir a Paraguay. Fue una de las mejores decisiones de mi vida porque es impresionante el recibimiento de las personas paraguayas, te reciben con el corazón lleno y me dio todas las energías de poder seguir adelante.

A veces me pasa que cuando voy con alguien a comprar, el vendedor, por mi forma de hablar, nunca me habla directamente sino a mi compañero y eso molesta, es un trabajo que tenemos que hacer para cambiar la mentalidad de las personas que nunca han vivido con la discapacidad. Es un trabajo de empatía y educación que debemos hacer, pero cansa la verdad.

Somos seres humanos, siento que las personas que tenemos discapacidad hacemos el doble de esfuerzo y es complicado adaptarnos a la sociedad.

Es cierto, hay momentos en los que me pongo a pensar, si no fuera por mi discapacidad auditiva, podría hacer las cosas más fáciles y rápido. Por suerte que la tecnología ahora está facilitando el camino para las personas con discapacidad, imagínate que puedo conectar mi implante coclear directamente al celular.

Es verdad...

¿Sabes, Kim? De verdad estoy muy contento de que Carolina me haya recomendado invitarte a participar en este proyecto.

Carolina es un amor de persona, con ella hemos luchado por esta empresa para que sigan aceptando a personas con discapacidad. Uno de mis sueños es tener a un compañero con discapacidad en mi equipo, y lo voy a lograr de aquí a 5 años. Otro de mis sueños es poder hablar en inglés.

¿No aprendiste en el colegio?

Había clases de inglés, pero me decían que una persona con discapacidad auditiva no podía asistir a las clases de inglés, entonces me excluyeron en el colegio, en el liceo y la universidad.

Me pasó lo mismo, pero solamente en el colegio me excluyeron de las clases de inglés.

Es una desventaja no saber inglés, porque por ejemplo en BHP uno de los requisitos para ingresar es saber inglés escrito y oral avanzado. Cuando empecé con las clases, sentía que no avanzaba, no entendía a mis compañeros, me hablaban como si yo me manejara bastante con el inglés y decidí no seguir con las clases.

Entonces, mi jefa, Milka Casanegra, me preguntó por qué no asistía a las clases; al explicar mis razones, me consiguió a una profesora que se llama Jessica, que ha tenido experiencia con personas con discapacidad. Fue un cambio positivo, me ha enseñado a cómo hablar en inglés tocándome la garganta y presionar mi oreja para distinguir los sonidos, ha sido un gran desafío y espero poder hablar fluidamente en inglés con alguien algo como: “*Hello, how are you?*”, jajajaja.

Seguro que lo vas a lograr, tienes 26 años, eres súper joven. Mira, te cuento que aprendí a hablar inglés a los 30 años.

¿En serio?, ¿y cómo lo lograste?

Gracias a un gran amigo, Nuno, que trabajamos juntos en Coclus; participamos en varios programas de innovación. Con un programa ganamos el primer lugar, desarrollamos una plataforma para que candidatos con discapacidad auditiva pudieran hacer *match* con empresas. Una plataforma enfocada solo para personas sordas porque encuentro que cada discapacidad tiene sus propias necesidades.

Sí, cada uno tiene sus propias necesidades y adecuaciones.

Exacto, y parte del premio era viajar a Silicon Valley por un tiempo, a trabajar y conectar con potenciales inversionistas. No era una preocupación para mí no saber inglés porque sabía que Nuno se maneja muy bien en eso, pero me dijo que de todas maneras tenía que presentarme ante los inversionistas. Me incentivó a buscar la mejor forma de solucionarlo. ¿Qué fue lo que hicimos? Mi *pitch*, que es cuando das una presentación corta sobre tu empresa o idea en menos de 5 minutos. Nuno escribió mi *pitch* en inglés, pero lo escribió exactamente como se pronuncia, por ejemplo, en vez de “How are you...” era más bien como “*au air iu*”, algo parecido. Fueron cuatro meses de práctica en memorizar mi *pitch* y pronunciarlo lo más correcto posible. Hasta que me tocó la oportunidad de presentar ante inversionistas. Fue un momento increíble porque claramente me di cuenta de que me entendieron todo y desde ese momento decidí seguir mejorando mi inglés; es impresionante cómo vas desarrollando la mentalidad. Para mí lo más difícil es empezar, seguir hasta que puedas adaptarte y sobre todo tener a un profesor que realmente te guste, que te haga sentir cómodo y sientas que estás avanzando.

Sí, la profesora me hace sentir bien, es súper clara, me explica, incluso estoy pensando tomarme un año sabático a los 30 años para irme a Australia, Estados Unidos o Canadá para desarrollar mi nivel de inglés, es como mi mayor anhelo; aunque me han dicho que es imposible, que nunca voy a aprender inglés. No me importa, quiero entenderlo, quiero hablarlo, y si pronuncio mal, no importa, pero estoy intentando.

Aún mantengo mi ilusión, porque imagínate, haber logrado ingresar a la minería no fue suerte, fue resiliencia por lo que luché, y aprender inglés... estoy segura de que más adelante estaré hablando profesionalmente.

Un buen *tip* que me dieron para seguir aprendiendo inglés es ver series o películas con subtítulos en inglés.

He intentado escuchar en inglés pero me cuesta entender las palabras, siento que escucho todo en una línea. Con mi audífono

puedo escuchar y entender español, pero todavía no logro entender bien en inglés.

Quizás tu cerebro está acostumbrado al español y con tu audífono te irás adaptando al inglés. A mí me está pasando lo mismo, es cosa de práctica. Te operaste hace poco del implante de conducción ósea, ¿cierto?

Mi primer implante me lo puse a los 17 años en el oído izquierdo, fue cuando me pegaron las dos niñas y me contactaron de Junaeb para ofrecerme la oportunidad de operarme; ha sido un gran desafío poder escuchar por primera vez. Después decidí operarme del lado derecho a los 26 años, porque en algún momento tendré la oportunidad de ser jefe de turno, eso significa liderar un equipo, tener que interactuar constantemente, tener las habilidades blandas, comunicarse por radio, estar escuchando por varios lados y por eso me operé.

La segunda operación tuve que financiarla por mi cuenta, mi seguro médico no la cubría, tampoco mi empresa, pero sí hizo que el sindicato de supervisores de Spence me apoyaran con una campaña de colecta, y logramos recaudar como 7 millones de los 40 millones de pesos que me costaba la operación. Con un préstamo logré financiar el resto para poder operarme este año 2023. Milka Casanegra me ha apoyado mucho, me dio la oportunidad de trabajar desde la casa, siempre priorizó mi salud, me preguntaba siempre cómo estaba; ella es mi actual jefa, una persona de la cual estoy agradecida, ella confió en mi trabajo desde que llegó al área.

Con la operación, además del dolor físico, empecé a tener dolores emocionales. Caí en un estado en que no quería nada con la vida, no es depresión. ¿Por qué me pasó eso? Porque empecé a recordar los malos momentos que tuve en los primeros meses de adaptación al trabajo. Lo único que hacía era llorar, le decía a mi mamá que quería despertarme muerta; mi mamá fue un gran apoyo en ese momento, tenía que bañarme, vestirme, darme comida y fui reintegrándome de a poco. Yo creo que fue un momento de fragilidad con muchas emociones encontradas.

Un día fui a la ciudad de Diego de Almagro y me encontré con una niña de 8 años que tiene discapacidad auditiva; fue operada de un implante coclear, pero no funcionó. Me ofrecí a prestarle mi cintillo de conducción ósea. Cuando la niña probó mi audífono, que es con vibraciones, empezó a reaccionar con los ruidos. En dos horas comenzó a repetir todo lo que le hablaba su mamá; aunque la niña no se comunicaba exactamente como su mamá, sí lograban entenderse. Además le llamaban la atención los ruidos, como cuando movía mi frasco de remedio, y se reía del ruido. Ver feliz a la niña y tratando de comunicarse con su mamá fue un momento muy lindo. Ver a toda la familia feliz con la niña... decidí donar un audífono de conducción ósea, les expliqué que con eso pueden ir a un tecnólogo para que lo pueda calibrar, hacer estudios y mejorar su audición.

La familia, no podía creer que les había donado el audífono, mi mamá lloraba conmigo y yo le decía que me sentía muy feliz, pero comenzaron a surgir efectos secundarios por parte de algunos integrantes de la familia, comentarios como: “¿Por qué regalaba dinero? ¿Por qué regalaba audífonos?”. Yo les respondía que es una niña, no tiene la culpa y que merecía tener oportunidades que yo nunca tuve a su edad. Sentía tanta impotencia, ¿cómo pueden ser tan egoístas? ¿Cómo pueden pensar así? Mi familia decía: “Nosotros tuvimos que viajar mucho, tuvimos que hablar, vender de todo y esforzarnos mucho”.

Entiendo y comprendo sus razones, pero gracias a eso estoy donde estoy ahora y tengo la oportunidad de poder dar charlas. Ver a niños poder escuchar y que no pasen por lo que viví me genera un sentimiento de poder seguir viviendo. Me dijeron que podría haberme comprado un auto con el dinero que gasté con el audífono, pero el auto no me habría hecho feliz, me hace feliz ver que los niños puedan escuchar. Ahora estoy viendo poder donar un audífono por año, estoy investigando si hay más personas con discapacidad auditiva en Diego de Almagro, es una iniciativa que quiero hacer de todas maneras.

Lo encuentro súper genial tu gesto, podrías considerar desarrollar un fondo para financiar procesadores para personas de bajos recursos. También es importante tener un equipo que haga un seguimiento con los candidatos. Es súper importante saber a quién vas a donar, que una familia esté comprometida con el proceso, porque, por ejemplo, la Ley Ricarte Soto y el Auge Ges, permiten financiar operaciones de alto costo, entre ellas el implante coclear. Pero el proceso de rehabilitación después de la operación es súper largo, desgastante y exigente, eso hace que los pacientes dejen de seguir con la terapia y vendan sus audífonos.

Esta no es la idea quizás en el caso de la niña, pero quizás faltó un trabajo de seguimiento de los profesionales con la familia. Es muy común que familias o pacientes piensen que la rehabilitación es por un corto plazo, que van a escuchar todo en dos días, pero en realidad es un proceso que dura años.

Es verdad, es un proceso largo. Mi mamá me llamaba todos los días, me hacía mirarme al espejo, me colocaba un lápiz en la boca para poder aprender a hablar. Nunca fui a una sesión con un fonoaudiólogo para aprender a hablar, todo fue trabajo de mi mamá; no sé cómo aprendió a hacer eso. Después de la primera operación, mi fonoaudióloga, Sofía Bravo, del Hospital Calvo Mackenna en Santiago, siempre me atendió, me calibraba el audífono dos veces al año, una gran profesional.

Impresionante cómo tu mamá aprendió y te apoyó en una rehabilitación improvisada.

Después de ingresar a BHP, mi mamá decidió estudiar la carrera Técnico en Educación Parvularia para personas con necesidades especiales y tiene una habilidad para comunicarse con muchas personas con discapacidad.

Cuando mi mamá tenía que rendir el examen, antes de eso, yo le ayudaba a redactar, cómo preparar la presentación, cómo interactuar y responder las preguntas de forma correcta a los profesores. Durante el día del examen final para poder titularse,

yo estaba detrás del computador animando a mi mamá; mientras ella estaba exponiendo la defensa, yo la animaba, con gestos le indicaba “vamos bien”, le daba confianza.

Impresionante cómo se invirtieron los papeles, ahora fue tu turno de apoyar a tu mamá.

Sí, le decía: “Vamos, mami, vamos, tú puedes, te va a ir bien”. Cuando mi mamá terminó su defensa, los profesores dijeron que en 10 minutos iban a dar la nota final. En ese momento se sintió como si se detuviera el tiempo, fue una espera súper eterna. Después, los profesores llaman a mi mamá y le dicen que su presentación fue aprobada con nota seis. En ese momento, llorábamos juntas de emoción, imagínate mi mamá poder sacar una profesión a los 40 años.

Ahora mi hermano chico, que tiene 17 años, quiere estudiar la misma carrera que yo, quiere ser como yo. Lo apoyo, pero me da un poco de miedo que pase por lo mismo que yo pasé. La carrera de minería es súper dura y respeto mucho la salud mental, porque de verdad logré salir adelante gracias a los medicamentos y las personas que creyeron en mí.

Es súper importante la salud mental... nosotros, las personas con discapacidad, nos esforzamos el triple por tratar de integrarnos en la sociedad, poner atención en clases. Para mí, participar en un grupo de más de cinco personas es agotador y es estresante estar pendiente de sus ritmos. Hay momentos en que necesito desconectarme de mis audífonos y sumergirme en el silencio para descansar mi mente.

Imagínate en la minería tener que interactuar con mis colegas entre la contaminación acústica de los equipos móviles, camionetas, todo un ruido de forma constante. Me costó demasiado adaptarme y seguir el ritmo de comunicación con mis colegas; llegaba un momento en que solo quería arrancar y renunciar.

Es impresionante cómo ahora se acercan personas que sienten que pueden tener alguna discapacidad, me piden consejos o

comparten su dolor conmigo. Me dicen que tienen miedo de que sepan de su discapacidad o me cuentan que parte de su familia o hijos tienen discapacidad.

Fue un camino de tantas luchas, tantas lágrimas... no sé cómo logré seguir adelante. Creo que fue súper importante estar rodeada de personas claves como Álvaro Cartagena, que fue una de las personas que me inspiró, me sostuvo, me hizo seguir adelante con los cursos, me decía que era el momento de visibilizar la discapacidad para que más personas puedan hablar y no trabajar más con miedo. Álvaro me impulsó a hablar sobre mi discapacidad y a creer en mis habilidades.

Es clave tener a personas como Álvaro para poder romper barreras.

Exacto. En BHP se preocupan mucho por la cultura del compañerismo y la inclusión. Por ejemplo, Álvaro lidera Jasper, que tiene como objetivo impulsar un entorno de trabajo seguro e inclusivo para todos, proporcionando asesoramiento sobre formas de reducir los prejuicios y garantizar que las personas LGBTQ+ sean respetadas y valoradas independientemente de su identidad sexual o de género. Jasper está abierto a todos los empleados, ya sean personas que se identifiquen como LGBTQ+ o sean aliados.

Por eso es importante hacer charlas de concienciación.

Sí, o pueden ser de cómo tener empatía con los compañeros, porque uno no tiene por qué agradecerle a todo el mundo.

Me enfocaré en lo positivo como Álvaro, que me incentiva y me dice que debo ser el motor para que más personas con discapacidad se animen a trabajar en minería y que ellos piensen: “Si Kim pudo, ¿por qué yo no?”. Estoy liderando la cultura de la inclusión y diversidad, pero es tan difícil convencer a las personas de tomar los talleres. Debo insistir, es la única forma de poder seguir avanzando y creciendo, pero igual uno como ser humano se cansa de tener que demostrar que también estoy trabajando acá por mi profesión y no por mi discapacidad.

Es más fácil rendirse que seguir luchando...

No puedo rendirme.

No debes rendirte.

Sé que hay más personas que trabajan en la minería que tienen discapacidad auditiva. Debo acompañarlos, guiarlos, apoyarlos. No quiero que pasen por lo que tuve que pasar, quiero que tengan la mejor experiencia. Es mi misión pavimentar el camino para las futuras generaciones de personas con discapacidad, que reciban el trato que les corresponde y puedan crecer profesionalmente.

Me encanta lo que quieres lograr y lo estás logrando, también es muy importante tu salud mental. En algún momento necesitas viajar y descansar para recargar las energías.

¿Cómo crees o piensas que las empresas deben hacer más efectivo el trabajo de inclusión laboral?

Primero, dentro del equipo sí o sí tener una persona con discapacidad, aunque sea una, de cualquier tipo de discapacidad. Segundo, mínimo tomar dos cursos al año sobre lenguaje inclusivo y discapacidad. ¿Por qué lenguaje inclusivo? Porque hay que saber cómo comunicarse y tratar con personas con discapacidad. ¿Qué palabras se pueden decir y no se pueden decir?

Esos son los dos focos principales, porque si a uno no lo capacitan, o si no les dan charlas o inducción a las personas que no han tenido experiencia con personas con discapacidad, ¿cómo van a contribuir a tener un ambiente más inclusivo? Por eso es súper importante incentivar a los equipos a que participen en las charlas.

¿Sabes? Quiero que veas esa foto, ahí aparezco con un casco “especial”; si te fijas bien en la foto, verás como unas orejas amarillas. Lo modificaron para que yo pudiera andar con el pelo tomado y con mi implante. Esa foto fue en unos de los días más lindos de mi vida, cuando pude ingresar a la mina. No puedo creer que hace unos años, en mi práctica profesional, tuve que renunciar a trabajar en terreno y pasé a estar trabajando encerrada en

la oficina, y después se lanzó la Ley N°21.015 de Inclusión Laboral, donde ahí se tomó fuerza y empezaron a hablar mucho de eso en Chile. Sinceramente, si no fuera por la ley, seguiría trabajando como auxiliar de aseo.

La Ley de Inclusión Laboral fue un avance para cambiar muchas cosas; aun así, nos falta mucho, hay personas con discapacidad que siguen estancados en su carrera o no trabajan en el área que les corresponde.

Por miedo de parte de las empresas, porque la mayoría no ha tenido cercanía con personas con discapacidad y lo ven como un tabú todavía.

Por eso nosotros tenemos un tremendo trabajo de pavimentar el camino para la futura generación con discapacidad.

Sí, ese es nuestro desafío, es un trabajo extra que hacemos, pero que al final es un trabajo innato que estamos desarrollando, porque vivimos y vamos a seguir viviendo con eso; poder ayudar a los demás, yo creo que es parte de la vida.

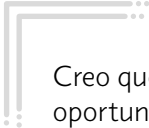
¿Sabes qué? Estoy profundamente agradecido de haberte conocido, he aprendido demasiado de ti y sé que juntos vamos a pavimentar el camino para las próximas generaciones con discapacidad, gracias por todo, Kim.

Tú me haces llorar y me haces llorar...



Andrés Iriondo

**Ingeniero comercial con estudios
de magíster en Dirección Estratégica
de Ventas y un magíster en Innovación**



Creo que este libro no sería posible y tampoco hubiera tenido la oportunidad de poder participar en el programa IVLP si no hubiera conocido a Andrés Iriondo; si en la pandemia no me hubiera recomendado a la embajada de Estados Unidos para trabajar en conjunto en proyectos relacionados con inclusión y diversidad. Además de Vianney, Andrés también es exbecario del programa IVLP. En mis primeros años como emprendedor, tuve la oportunidad de participar en un programa de mentorías con Socialab; Julián, uno de sus cofundadores, al conocer Coclus, me recomendó conocer a Andrés Iriondo, también cofundador.

Para mí, Andrés fue una de las personas que me enseñó muchos valores sobre el emprendimiento, la importancia de tener un enfoque social en todo ámbito; además le tengo una gran admiración por su trayectoria, su forma de trabajar, su impresionante capacidad de controlar sus horarios y el aura de tranquilidad que transmite. Además de ser un gran mentor, se convirtió en unas de mis amistades que más valoro y admiro. Apenas comencé con el libro, no dudé en invitar a Andrés a que me compartiera su historia.



»»»»««««

Hola, Andrés, comencemos esta entrevista con tu presentación...

Hola, mi nombre es Andrés Iriondo, ingeniero comercial con estudios de magíster en Dirección Estratégica de Ventas y un magíster en Innovación.

Lo que me gusta hacer en mi tiempo libre... cuando estaba en el colegio, lo que más me gustaba estudiar era biología; soy hijo de madre que es tecnólogo médico, mis tíos son médicos, entonces hay una tendencia a la biología.

Pero cuando iba a entrar a la universidad, yo no quería ser médico, solamente me gustaba la biología y me gustaba porque me permitía entender cómo funciona la vida, cómo funcionan los ecosistemas, la naturaleza. Pasaba mucho tiempo afuera y eso tiene que ver con las cosas que me gusta hacer, estar afuera y contemplar la naturaleza, observar cómo funciona.

Por ejemplo, ahora estoy al frente de unos árboles, en mi oficina; este lugar lo escogí por eso, porque tengo unos pájaros aquí que están volando y que están haciendo un nido. Voy entendiendo cómo las aves, las plantas y la naturaleza en general se va comportando, y eso me gusta mucho. Desde niño pasaba mucho tiempo afuera, al aire libre, me llamaba la atención la naturaleza y por eso también estudiaba biología en el colegio.

¿Qué te gusta hacer en el tiempo libre?

Como te decía, estar en contacto con la naturaleza, subir cerros, hacer *trekking*. Me gusta mucho subir a la montaña. Me gusta caminar en el cerro porque a esa velocidad puedo observar lo que está pasando, en cambio, cuando uno corre en el cerro, vas muy rápido. A mí me gusta caminar, me gusta el senderismo o *trekking*, es lo mismo; me gusta mucho caminar. Camino casi dos horas diarias. Me traslado caminando para el trabajo, siempre tengo reuniones caminando. Para mí caminar es un *hobby*, me mantiene muy bien.

También me gusta hacer deporte, como el fútbol, me gusta meditar, estar en silencio y escuchar a mi ser interior, lo que

aparece del silencio. Eso también me encanta en el tiempo libre. Ahora en la mañana estaba haciendo mi meditación; en mi oficina tengo mi sillón, me siento en un puf de meditación y me ayuda un poco a limpiar los pensamientos o dejarlos al lado, porque en realidad uno nunca los limpia o nunca dejan de ocurrir, porque el cerebro siempre está funcionando. Me siento observando en tercera persona lo que está pasando con Andrés, en la mente de Andrés, los pensamientos que tiene Andrés. Y trato de contemplar un poco más en profundidad lo que está ocurriendo en ese momento.

Y también en mi tiempo libre me gusta mucho jugar con mis hijos. El juego me conecta con el presente, con la espontaneidad, con la vida. Para mí, mis hijos son una escuela, son de alguna manera, espejos de uno mismo, ellos copian o hacen muchas cosas que uno hace. Y, por lo tanto, también me permiten observarme a mí mismo, entender la realidad y aprender mucho, aprender a ser paciente, a escuchar, a descubrir que cada persona es un ser maravilloso y distinto que tiene una necesidad de expresarse naturalmente y que uno acompaña a esas personas, a esos seres, y aprendo a generar las condiciones para que estos seres se expresen en la vida, en esta vida. Eso hago en mi tiempo libre. Si quieres me vas preguntando, me vas guiando un poco.

No, va genial, me encanta lo que dijiste, me hace pensar mucho... ¿Cuántos años tienes?

Tengo 39 años, estoy casado hace 12 años, tengo cuatro hijos.

Cuéntame cómo surgió tu sordera. ¿Fue por nacimiento?, y ¿cómo pudiste adaptarte al colegio? Igual me estoy dando cuenta de que esta entrevista va a ser bien espiritual y eso me gusta mucho.

Para mí el sentido de la vida tiene mucho que ver con lo espiritual, entonces, naturalmente voy a ir hacia allá. Pero tú también me puedes hacer preguntas más concretas y más específicas si quieres, ahí vamos conversando.

Yo nací sin discapacidad auditiva. Después, a los 2 años, me enfermé de una meningitis. Hay varias meningitis y me dio la meningitis meningocócica, que es una que tiene una bacteria más fuerte. O sea, es la meningitis más grave. Y con en esa meningitis, a los 2 años, estuve a punto de morir; era lo más probable que fuera a pasar. Entonces, mi familia también tuvo una experiencia muy, muy traumática. Yo no recuerdo esa edad en que me dio meningitis. Tenía muchas posibilidades de morir; la otra opción era que quedara en un estado vegetal completamente, postrado o en una cama. Los médicos decían que lo mejor que podría ocurrir es que quedara sordo, con una sordera total. Porque con la meningitis la cabeza se inflama y hace como explotar, por así decirlo, los tímpanos, los órganos auditivos.

Bueno, la suerte o milagro que tuve es que no me morí, no quedé con secuelas más que una pérdida auditiva severa. Tengo un 70% de pérdida en cada uno de los oídos. Entonces, es una hipoacusia severa e importante; y eso fue a los 2 años. Y ya cuando me recuperé de la meningitis y me salvé de esto, mi madre me sentó en un triciclo. En el juguete que yo me subía, me caía. Me caí porque perdí el equilibrio, ahí se empezó a preguntar qué es lo que pasaba. También me ponía la música en un parlante grande, yo ponía mi oído al lado y no escuchaba. Y ya no reaccionaba como reaccionaba antes, como bailando. Me ponía música de niño, Mazapán, esa música típica de niños. Entonces se dio cuenta de que había una pérdida auditiva importante y me llevó a hacer audiometría, me llevó a hacer los exámenes y se dieron cuenta de que, claro, tenía una pérdida muy importante.

No sabíamos nada, no había información; esto fue hace mucho tiempo, yo nací el 84 y esto fue el año 1987. Entonces, no había mucha información. Y por ahí apareció una abuela de un pariente que tenía un audífono de esos grandes y trataron de probármelo. Como que empezaron a probar, todo experimentando, sin entender muy bien cómo ayudar a este niño. Finalmente, llegamos a un lugar donde había especialistas, audioprotesistas; ahí empecé a usar audífonos y a ir teniendo herramientas para poder

ir escuchando mejor. Entonces, a los 4 años ya me consiguieron una fonoaudióloga que iba a mi casa.

Yo tuve la fortuna de poder contar con ese apoyo, con esa ayuda. Mi familia, muy, muy, muy cerca mío, me contuvo mucho... Me contuvo muy bien, mi madre, mi padre. Y también tuve la suerte de poder contar con una fonoaudióloga que iba a mi casa y me enseñaba a hablar, me enseñaba a escuchar mirando los labios. Me enseñaba a modular, me enseñaba a escribir, a leer y una serie de cosas.

Por lo tanto, yo a los 4 años ya tenía más desarrollado el lenguaje, porque también tenían que lograr que yo ingresara a un colegio y no un colegio especial de personas con discapacidad, sino que a un colegio lo más normal posible, porque lo que decían los médicos era: “Su hijo no va a poder hacer deporte, no va a poder entrar a un colegio normal, no va a poder aprender inglés”, todas esas limitaciones que te ponen. Pero mis padres dijeron “no”, no escucharon a los médicos y trataron de estimularme lo más posible. Entonces, finalmente, con este fonoaudiólogo y con esta capacidad de poder incluso ya estar escribiendo algunas palabras y leyendo un poco, pude entrar a un colegio normal. Pero en un inicio no me iban a dejar entrar a los colegios, porque llegaba un niño con un audífono que parecía algo muy extraño, y los temas de inclusión antes no eran tan comunes.

Entonces, yo era como una persona muy especial con una caja; mi audífono era una caja con un cable. Yo tenía que usar unas camisas con un bolsillo, entonces tenía que meter la caja con el cable y en un solo oído, porque no tenía para dos. Si me hablaban, yo necesitaba que me repitieran más fuerte, tenía que poner la caja cerca de la boca de las personas, porque ahí estaba el micrófono y la amplificación. En el colegio eso fue muy chocante, por eso tuve que hacer todo este reforzamiento para poder ingresar a un colegio más normal.

Justo tengo una pregunta súper importante. Después de lo que te pasó con la meningitis, ¿cómo el médico no se dio cuenta de que quedaste con la pérdida de audición? Porque,

por lo que me cuentas, tu mamá se dio cuenta después de tu recuperación, al perder el equilibrio, que es un síntoma muy común para las personas con discapacidad auditiva.

Sí, lo que yo entendí es que el médico no se dio cuenta. Yo tenía 2 años y medio, era muy pequeño, yo no recuerdo. Le deben haber dicho a mi madre que esté observando a su hijo a ver cómo se va comportando en la casa. Entonces, ahí mi madre se empezó a dar cuenta ya en la casa, en mi ambiente normal, de las secuelas que yo tuve.

Entiendo. ¿Y cómo te relacionabas con tus compañeros del colegio? ¿Podías entender al profesor las clases?

Lo que más recuerdo y lo que más me impactó era el aspecto relacional con los demás niños, que eran distintos a mí porque no tenían un cable ni un audífono, no tenían ese aparato, ¿cierto? Y se generaba un rechazo o por lo menos una curiosidad. Entonces, cuando yo ingresé al colegio, me sentía muy, muy especial, muy distinto, a pesar de que mi familia, mi madre, mi padre, me transmitían: “Tú eres un niño normal, no te sientas diferente”. Me entregaron toda la confianza que me permitió pasar por mi etapa escolar, que después te voy a explicar un poco, pero me hacían mucho *bullying* y cosas así, pero logré resolverlo gracias a que tenía una seguridad que me daba mi familia.

Pero cuando entro al colegio, de lo primero que me doy cuenta es que yo era distinto, en ese sentido era especial para ellos, no para mí, y trataba de relacionarme de igual a igual. Pero uno de mis compañeros tenía una discapacidad en las piernas y no podía caminar. A él me acerqué naturalmente, porque a él nadie lo tomaba en cuenta, porque él tenía que trasladarse en un carrito y había que empujarlo en un carrito, uno de esos rojos que tienen una palanca negra, como de juguete, y él se movía en el carrito.

Como nadie jugaba con él y nadie jugaba conmigo, yo me acerqué a él. Él es Arturo, y con Arturo nos hicimos mejores amigos, porque yo lo llevaba y empezábamos a jugar en el carrito. Eso permitió que también otros niños quisieran tirar el carrito y

se empezó a integrar con los demás gracias a eso. Arturo se hizo muy amigo mío porque era su amigo del carrito. Yo llegaba a mi casa y le contaba a mi mamá que el pobre Arturo no tenía amigos, no tenía con quién jugar, pero que yo estaba con él. Bueno, hoy día Arturo es mi mejor amigo, seguimos siendo amigos. Y eso fue lo que nos unió; nos unió la discapacidad de él y la mía. Y hasta el día de hoy somos mejores amigos, a pesar de que en el colegio después se mezclan y se dividen los cursos, y en general se forman otros grupos. Bueno, hoy día es mi mejor amigo y mi amistad más larga de la vida.

Así que, bueno, eso me pasó en el colegio y empecé después, poco a poco, a entender mejor el tema relacional, pero con dificultades. El tema deportivo también; era más difícil hacer deporte con un aparato, pero después me fui cambiando el audífono. Para escuchar y para comunicarme lo que más hice fue tratar de entender la comunicación más allá de las palabras; intentaba leer los labios, porque yo no manejo la lengua de señas, lo que sí manejo es la lectura de labios. Me empecé a dar cuenta de que la comunicación no era solamente verbal, sino que también era no verbal. Está la corporalidad, los gestos de las personas, ¿cierto? Entonces, lo que me permitió comunicarme mejor fue tener una observación más allá de lo auditivo.

Eso se me fue dando yo creo que naturalmente, porque cuando una persona pierde un sentido o parte importante de un sentido, naturalmente desarrolla más o genera más sensibilidad en otro sentido. Entonces, desarrollé la observación, que no solamente es la vista, sino que es la atención, la capacidad de poner atención a lo que está ocurriendo en la persona que me está transmitiendo una comunicación o me está comunicando algo. Observar el entorno y el contexto, eso es una capacidad que pude desarrollar con mayor profundidad. Pude comprender que, en la sala de clases, por ejemplo, pasaban cosas, había niños molestando, niños conversando y un profesor intentando hablar... y yo estaba más atento, movía más la cabeza. Quizás desarrollé una capacidad de observación mayor. Quizás soy mejor o tengo una tendencia mayor a escuchar o a observar que a hablar o comu-

nicar. Soy una persona que en general estoy más al servicio de la escucha o de la observación.

Me siento identificado contigo, me pasa lo mismo.

Como que te observas a ti mismo, observas a los demás, al principio y en general.

Claro, porque yo también fui a un colegio “normal”, donde era el único con discapacidad de mi curso y me acuerdo que el 95% de las clases observaba a mis compañeros, sus reacciones, para seguirles el ritmo; igual es interesante.

Bueno, ¿cómo llegaste a la universidad? ¿Cómo decidiste estudiar Ingeniería Comercial? ¿Cuáles fueron las dificultades que tuviste y cómo lograste resolverlas?

Las dificultades relacionadas a la audición las fui resolviendo yo creo que en la etapa escolar; en la universidad ya lo tenía más resuelto, pero como te decía, pasaba mucho al aire libre, me gustaba la biología; y antes de entrar a la universidad me dio una crisis de que no quería ser médico. Estudiaba biología solamente porque quería entender la naturaleza, pero hay un estigma, ¿cierto?, de que al que le gusta la biología tiene que ser médico. Y como tenía a mi abuelo y tres tíos médicos, tenía también esa especie de presión familiar.

Entonces, me viene una crisis y me puse a estudiar Ingeniería Comercial, pero por descarte, porque no sabía qué hacer, no sabía qué quería. Como Ingeniería Comercial, en general, es una carrera que te permite hacer muchas cosas, me fui a estudiar esa carrera. ¿Cuáles eran las dificultades que uno podría tener? Hay ramos en el colegio, por ejemplo inglés, que tú tienes que tenerlo igual bien desarrollado para poder tener mejores notas, mejor comunicación y todo. Entonces, ¿qué es lo que tuve que hacer? Tuve que tener reforzamiento de inglés; con el inglés de la clase normal del curso no era suficiente. Después también, para poder potenciar mi inglés, me fui a trabajar y estudiar un año afuera en una de estas *working holidays* a Nueva Zelanda y congelé un año de la universidad.

Bueno, esas fueron las cosas que fui resolviendo. Estudiaba inglés con subtítulos, veía películas en inglés con subtítulos en inglés. Antes las películas estaban en *compact disc*, donde podías elegir idioma inglés, subtítulos en inglés; y yo veía las películas, iba anotando en mi cuaderno, aprendiendo. Estudié de forma autodidacta también para poder profundizar un poco más mi inglés mientras vivía en Nueva Zelanda y también vivía con familias que hablan solamente inglés.

Respecto a la pregunta de cómo fui resolviendo el tema del colegio, de la universidad y elegir la carrera, no es que haya tenido una gran dificultad, porque creo que la fui resolviendo más pequeño, cuando tenía entre 4, 8 años, a 10 años. Apoyándome también más en la lectura, en leer bien, en escribir bien en vez de lo auditivo. También creo que lo otro que hice de forma quizá no pensada, sino más bien intuitiva, es desarrollarme lo más integralmente posible. Entonces, hacía mucho deporte, hacía arte, también música, que me encanta, pero como no la puedo desarrollar tanto porque no tengo muy buen oído... igual aprendía las canciones en flauta, porque uno puede leer las notas.

Traté de hacerlo todo, aunque en algunos casos sí me autolimitaba. En el caso de la música, me autolimitaba por mi discapacidad auditiva, pero trataba de hacer todo lo más integralmente posible. Me incluía en deportes que no eran para personas con discapacidad auditiva, los hacía igual; hice natación, jugué fútbol y tenía que jugar sin audífono. Cuando jugaba en el colegio tenía que sacarme los audífonos, ahí tenía que aprender a mirar el partido y jugar más de memoria, o mirando.

Me alegro por ti, que hayas decidido seguir adelante con el inglés. Normalmente a nosotros nos eximen del inglés en los colegios.

Bueno, me podrían haber sacado, pero mi familia me incentivó a no hacerlo. De hecho, tengo compañeros que por ciertos temas de concentración les sacaron el inglés no teniendo problemas auditivos, pero yo me fui igual al inglés, lo hice igual, aunque tuvie-

ra discapacidad auditiva; así que si es que fue una opción, no la tomé o no la tomó mi familia, yo creo. Claro, yo creo que siempre hay que intentar estimular lo más posible a las personas de manera lo más completa posible, porque al final todo esto es un tema de estimulación y te ayuda a desarrollar otras partes del cerebro.

Justamente, súper necesario. Ahora podríamos comenzar a hablar de innovación social, sobre cómo llegaste a Socialab. ¿Por qué decidiste hacer esto? Para que cuentes un poco de tu vida profesional y después podemos hablar sobre cómo la innovación social puede ayudarnos a nosotros como personas con discapacidad.

Bueno, cuando entré a la universidad, desde el principio, como te dije, estudié Ingeniería Comercial por descarte, y me di cuenta de que era una carrera que me podía permitir hacer muchas cosas. Como tenía cierto interés por lo social y por la comprensión de la naturaleza, básicamente siempre tenía una inclinación natural por estar conectado con el todo, con los demás, con el mundo exterior. Tengo una mirada... O sea, mejor dicho, soy muy consciente de que nuestros sentidos, todos nuestros sentidos, son herramientas para que nos conectemos con el mundo exterior. Así como también hay sentidos que son más interiores, que son herramientas para comprender nuestro interior.

Nuestros sentidos están compuestos por los órganos que conocemos, el oído, el ojo para la vista, la nariz para el olfato, etcétera. Pero los órganos no son simplemente esos cinco órganos que tanto conocemos nosotros, sino que también los órganos están conectados entre sí; y no es que sean fragmentos separados, sino que hay una interconexión, hay una relación. Y hay órganos que también yo percibo que no son solamente los órganos físicos, sino que también tenemos órganos no físicos, que tienen otro tipo de sensibilidad. Son órganos que nos ayudan más en nuestro desarrollo espiritual.

Bueno, la cosa es que yo ya en la universidad un poco más maduro, me estaba dando cuenta de esta inclinación que tenía

con el todo, como con la unidad; estamos todos conectados, está todo conectado, todos somos una gran cosa. Lo que pasa es que como somos seres materiales, necesitamos y tenemos una mente, una razón. Necesitamos comprender, necesitamos también hacer esas distinciones más materiales y separar las cosas para entender que esto es una silla, esto es una mesa, esto es un computador, etcétera. Y está bien, eso es lo que nos permite interactuar. Pero mi inclinación, en general, siempre ha sido más hacia una percepción de unidad.

Entonces, cuando estaba en el colegio, incluso, trabajaba mucho en temas sociales, iba mucho a construcciones, campamentos o a conversar con gente en situación de calle, a tomar desayuno en las madrugadas con ellos; me encantaba la obra social. Y en la universidad, cuando ya estaba en el último año, terminando mi carrera de ingeniero comercial, a mi papá le dio un cáncer y murió en tres meses. Mi papá tenía un modelo de vida más de estructura, de: “Vas a ser ingeniero comercial, vas a trabajar en una empresa y vas a hacer tu carrera tradicional”. Cuando él deja este mundo, a mí se me rompen un poco los esquemas tradicionales con los que yo venía, y me cuestiono todo. Digo: “¿Qué quiero en mi vida?”. Era mi último año universitario y me incliné por mi soplo vital, por mi inclinación natural de querer ayudar. De hecho, en la universidad, ya en segundo o tercer año, con mis amigos de la universidad apoyamos una fundación donde trabajamos con niños que no tenían familia y hacíamos cosas sociales desde la universidad. Hasta era casi un emprendimiento. Usaba las herramientas de Ingeniería Comercial, de los negocios, para levantar fondos y organizar estas cosas de la fundación.

Después que falleció mi padre, me vuelvo a replantear todo y digo: “¿Qué es lo que me gusta?, ¿qué es lo que me impulsa?”. Estaba en mi último año de universidad, trabajando *part-time* en una empresa de uno de los decanos de la universidad, que era una empresa de estos temas más comerciales, de venta, donde yo estaba haciendo el magíster de venta. Me pregunto qué es lo que quiero en mi vida y, finalmente, tomé la decisión de irme a traba-

jar en una fundación, desde donde yo pudiese desarrollar ese lado más interior, de conectarse con los demás.

De ahí me fui a Un Techo para Chile, donde empecé a trabajar en innovación social; ese concepto se fue desarrollando ahí. ¿Qué es lo que hacíamos ahí? Estábamos en permanente contacto con los problemas sociales, gente en situación de calle o gente sin casas, o con problemas de educación, de violencia, con problemas de que sus casas no tenían buena electricidad, mal internet, mal transporte, problemas multidimensionales. Entonces, el trabajo en Un Techo para Chile, que está muy ligado a las familias en los asentamientos urbanos, en los campamentos, me permitió seguir acercándome a esa realidad y viendo este proceso como una oportunidad para ir mejorando la calidad de vida de otras personas.

La innovación social, como la entendíamos nosotros en ese entonces, era identificar problemáticas con las personas que las padecen o que las viven, que las experimentan; para luego, a partir de esa experiencia de comprensión de las problemáticas, identificar oportunidades o soluciones. Ahí es cuando empieza a nacer el concepto de innovación social para nosotros: era identificar problemáticas en cocreación con las mismas personas que las tenían, más otras personas que podían tener las ideas de solución; concluir en soluciones innovadoras para esas problemáticas. Por ejemplo, las personas que no tenían una ducha para bañarse, porque no tenían cañerías, se bañaban por partes, se echaban agua. Vivían una problemática diaria de bañarse.

Entonces, primero, para entender la problemática, hacíamos una empatía fuerte con el problema; y en nuestras casas cortábamos el agua, juntábamos agua en baldes y nos bañábamos por partes para entender y experimentar la problemática lo más parecido posible a una familia de campamento. Luego, después de entender mejor aún y empatizar muy bien con el problema, desarrollábamos soluciones para esas familias, como por ejemplo, una ducha que tú bombeabas con la mano. Llenabas agua, bombeabas con la mano, podías calentarla en el fuego y podías hacer una ducha para familias que no tienen acceso regular a agua potable.

Hacíamos soluciones para esas familias, juntábamos a universidades con diseñadores industriales que tenían que tener también la capacidad de poder hacer un mejor diseño de la ducha. Así, nos metimos en problemas de agua, de electricidad, de alcantarillado, los baños de la familia; veíamos todas esas problemáticas que están representadas en los campamentos, pero que tiene el 63% de la población mundial. Hoy día quizás como el 70% de la población mundial, que son los problemas de la pirámide de la población mundial. La mayoría del mundo que tenía esos problemas no tenían soluciones, entonces, empezamos a articular una serie de maneras para traer soluciones a ese mercado potencial, que no tiene soluciones para sus problemas; porque lo que tú ves en la economía o en las empresas tradicionalmente son soluciones para la punta de la pirámide, estamos pensando en el iPhone 16, pero no estamos pensando en las soluciones para el 70% de la población mundial. Entonces, quisimos enfocarnos ahí.

La innovación social también fue tomando más fuerza como concepto y aprendimos después que la colaboración era muy relevante, porque no iba a ser posible abordar tantas problemáticas si hacíamos un proyecto de ducha o un proyecto de internet en zonas más vulnerables y más lejanas de conectividad a internet; o no iba a ser posible generar proyectos de reciclaje en las viviendas que viven en basurales. Así una serie de proyectos que hicimos, y empezamos a hacer un modelo de innovación abierta, donde la creatividad se da a mayor escala, empezamos a hacer la innovación social ya a otro nivel, donde abríamos las problemáticas muy bien definidas y levantadas en terreno para que otros propusieran las soluciones y nosotros nos conseguíamos recursos, capital semilla, para esas soluciones que llegaban a través de convocatorias de innovación abierta. Les dábamos los fondos de capital semilla para que ellos pilotearan las soluciones. Nosotros pasamos de ser implementadores de soluciones, a ser articuladores a través de procesos de convocatoria y de la búsqueda de recursos con empresas para darles capital semilla a los emprendedores de innovación social.

Así fue un poco la innovación social. ¿Y por qué es importante?, porque permite identificar problemáticas de la socie-

dad, de la humanidad; ponerlas en un lugar visible y luego, con una metodología adecuada, articular un proceso de colaboración que permita que esa problemática tenga más probabilidades de solución. Como toda innovación –a diferencia de la creatividad–, su resultado genera valor real para alguien; esto no es solamente un proceso creativo, sino que es algo que genera valor, captura valor, y el mercado también incluso es capaz de pagar por ese valor. Entonces, la innovación social también nos permitiría que esas ideas llegaran a una familia concreta y tuvieran una solución real. Así fuimos midiendo la innovación social en el caso de Socialab, y a los 5 años habíamos logrado alcanzar a casi un millón de personas chilenas que tenían soluciones de agua, de educación, conectividad a internet, mejores conexiones eléctricas, y así una serie de soluciones en distintas áreas o industrias. Por eso es importante la innovación social.

Estoy muy de acuerdo contigo sobre la importancia de la colaboración y sobre todo vivir la empatía. Por ejemplo, la atención de las empresas que venden soluciones auditivas, por lo general, en la mayoría de los países de Latinoamérica, asumo, la atención no es tan humana, como en el caso del implante coclear que requiere de una invasión quirúrgica a tu cuerpo. Nosotros, los pacientes, necesitamos su compañía, porque además de requerir una inversión alta de dinero (aunque ahora existen leyes en que esto lo cubre el Estado o Gobierno), debes tener un gran compromiso con la rehabilitación y terapias auditivas. Eso no se trata solamente de un producto tecnológico como el celular, sino que es un producto que te permite convivir, poder adaptarte a la sociedad.

Hace unas semanas conocí el caso de una chica que deberá operarse de nuevo porque su procesador interno del implante coclear quedó con una falla, eso significa para ella tener que pedir licencia médica, organizar sus tiempos y otras cosas más. Igual es fuerte tener que implantarse de nuevo, esa sensación de entrar por el quirófano... ¿Pero sabes lo que

más me molesta?, que en la empresa la preocupación fue simplemente enviar un correo notificando que harán la solicitud de un nuevo procesador; pero de un acompañamiento humano... cero.

También, cómo te comenté, es importante el compromiso, es un deber importante de las empresas comunicar a sus pacientes que los aparatos requieren de cuidado, que hay que renovarlos cada cierto tiempo para que consideren un plan de ahorro, y un servicio, se podría decir, de post venta que los acompañe. Ahora las cosas están cambiando, las empresas son más cercanas al consumidor.

Sí, estoy muy de acuerdo y comparto tu opinión. Bueno, precisamente por el costo que tienen los audífonos, el alto precio que tienen, me generó también una curiosidad de por qué es así. Empecé a investigar también cuál es el negocio, cuál es el mercado, entender un poco con esta visión de innovación social, a ver si se podría hacer algo. No he participado en soluciones de esto todavía. Pero hay algo que me llama mucho la atención: la hipoacusia a nivel mundial es mucha, se genera por enfermedades de limpieza, se genera por la contaminación acústica, por problemas de malformación de nacimiento, etcétera. Una serie de cosas... y es un gran grupo de personas. Creo que pueden ser aproximadamente en el mundo 100 millones de personas, si no me equivoco; es un grupo bastante grande.

La otra cosa de la que también me he dado cuenta es de la cantidad de empresas que tienen soluciones para esto, y son pocas; generalmente empresas muy tecnológicas y que ofrecen una solución, claro que no conversa mucho con el usuario. O sea, hay un eslabón que es el audioprotesista, que es el que te pone la prótesis, la persona que tiene que calibrarte el audífono y que te tiene que explicar o ayudar a entender, y a concordar la manera en que tú quieres oír; es decir, yo te calibro el audífono en función de cómo a ti te gustaría oír. Ese proceso es muy complejo y tiene que ver con la adopción final de un implante o de un audífono, que es un implante externo. Porque explicarle a un audioprotesista si es-

toy escuchando bien, mal, duro, blando... o que la discriminación acústica no es tan clara en este tipo de voces más graves o más agudas, etcétera, son cosas que son muy difíciles de explicar. Entonces, también en esa parte del proceso yo veía que había un gran desafío y generaba un problema de adopción en las personas para tener audífonos. Por eso, mucha gente adulta, lo más cierto, a la gente mayor, le cuesta mucho adoptar un audífono porque probablemente se lo ponen y no escuchan la voz de sus hijos de la misma forma como la escuchaban antes.

Ahora, las empresas, efectivamente, no han sabido generar soluciones para esto; son soluciones pensadas para la punta de la pirámide, igual que los iPhone. Y la gente más vulnerable, de menor recurso, no ha sido un foco de solución. Investigué un tiempo una empresa que creo que era brasilera y que había desarrollado unos audífonos más baratos, más económicos, intentando entregar una solución más masiva. Creo que con los avances tecnológicos que tenemos hoy día sí se podrían encontrar soluciones mucho más económicas, pero las empresas se aprovechan de eso y venden audífonos carísimos. Tampoco prestan un servicio integral y los audioprotesistas, finalmente, son los que tienen esa responsabilidad de ser más empáticos con el cliente final, porque a veces no es el médico, sino que es el audioprotesista quien finalmente interactúa contigo con la prótesis. El médico no está en ese proceso, es más un cirujano que le interesa operar y cobrarte una factura por la operación. Entonces, ¿por qué yo tuve suerte? Porque a mí me ofrecieron el implante coclear –obviamente que había un otorrinolaringólogo que me quería operar–, pero cuando fui al lugar donde están los audioprotesistas, me dijeron: “Tú no te vas a operar, tú puedes usar un audífono”, y evitaron mi operación. Tuve suerte, fui informado adecuadamente y evité también una operación que me podrían haber hecho y yo hubiese tenido que tener un implante interno en vez de audífonos externos.

Entonces, coincido en que hay problemas a distintos niveles. Las empresas, por un lado, no atienden la problemática de forma integral y aprovechan de vender iPhone, de vender a los mercados más caros y no atender a los otros. También entiendo que hay una

problemática importante en la adopción de estas tecnologías que se meten dentro de nuestro cuerpo, ya sea dentro o fuera, pero se meten dentro de nuestro cuerpo.

Hoy día todo lo que se está hablando con estas empresas tecnológicas y la singularidad de las máquinas dentro de nuestro cuerpo –que se está metiendo el chip dentro del cerebro–, bueno, nosotros, los que usamos audífonos, hace rato que estamos acostumbrados a vivir con tecnología, porque necesitamos la tecnología para poder potenciar un órgano auditivo a un mayor nivel o a veces reemplazarlo por uno nuevo y meterlo a nuestro cerebro para poder tener o recuperar este sentido de la audición. Nosotros estamos más acostumbrados a eso y hemos tenido que ser resilientes a eso.

Pero sin duda que al final la tecnología juega un rol fundamental. El desarrollo tecnológico es fundamental en la visión que nosotros vivimos. Pero, como sabemos, no todo es un tema de tecnología, sino que es un tema de conciencia. Porque tú puedes usar la tecnología de una forma u otra, y eso tiene que ver con el nivel de conciencia que las personas tenemos o que las empresas desarrollan. Por ejemplo, existen distintas formas de empresas; las empresas B, que son más conocidas en Latinoamérica, son empresas que buscan mejores estándares, tanto para la sociedad, para los clientes, como de relacionamiento con sus *stakeholder* claves, etcétera. Y de alguna manera van elevando sus estándares y, ojalá, su nivel de conciencia de que son vehículos para generar algún beneficio social o ambiental. Bueno, con la tecnología pasa lo mismo. Si la tecnología es solamente tecnología y no le metemos lo más importante, que es nuestro sentido de humanidad, de vínculo, de empatía... entonces, la tecnología no va a ser bien recibida, bien adoptada. Finalmente, estamos tratando de resolver una necesidad muy profunda, que es un órgano o un sentido que nos permite oír; necesitamos meterle conciencia a este tema.

También es impresionante cómo la tecnología nos ayuda a nosotros a ser parte de la sociedad de una forma más efectiva, más fácil. Por ejemplo, con los productos de Apple

que nos permiten conectarnos vía Bluetooth con nuestros aparatos auditivos. Me ayuda mucho para participar en las reuniones *online* y escuchar música, pero es importante también la empatía, como tú dices, la conciencia humana; que más allá de la tecnología, seguimos siendo humanos y tenemos sentimientos.

¿Y qué te parece si pasamos al tema de la familia? ¿Cómo fue para ti tener una familia? ¿Al principio no te preocupaba, no sé, que tu hijo tuviera alguna discapacidad? ¿Cómo lograste tener una sintonía con cuatro hijos y una señora?

Cuando nacían mis hijos, tenía una fijación natural de ver si es que ellos escuchaban bien o no escuchaban bien. Cuando nace un niño, le hacen un examen al oído a ver si responde el tímpano o no responde, y en ese examen yo ponía especial atención. Lógico, o sea, si yo tengo ese tema. Pero no tuvieron ningún problema auditivo ninguno de mis cuatro hijos hasta ahora; porque como mi problema fue una enfermedad, una meningitis, yo no tengo ese problema genéticamente. Así que mis cuatro hijos gozan de una buena audición, mejor que la mía.

Mi comunicación con mis hijos, con mi señora, bueno, todos entienden que yo uso audífonos. Yo duermo sin audífonos, no escucho de noche; pero, si soy el único adulto en la casa, he tenido que ir adaptándome y usando un audífono en el oído que no apoyo en la almohada para poder estar atento a mis hijos cuando lloran, cuando necesitan tomarse una leche o cuando hay que cambiarle los pañales en la noche. Pero ahí hemos aprendido. Bueno, mi señora me conoce y sabe que yo duermo sin audífonos. Entonces, tenemos una comunicación física, así, con el codo, avisar “ya, te toca a ti”. Entonces, me despierta a mí y yo voy y atiendo a mis hijos.

Entonces, en general, yo duermo sin audífonos, pero cuando hay veces que se necesita más ayuda en la noche o mi señora no puede estar en la casa, yo tengo que dormir con un audífono. Pero ellos tienen que dormir cerca para poder escucharlos; por ejemplo, dentro de mi cama, porque si se mueven los voy a sentir, cosas de

ese tipo. O sea, te voy a decir algo más práctico todavía, yo no escucho un despertador. ¿Cómo yo me despertaba para ir al colegio? Mis padres me despertaban, prendían una luz. Pero después, en la universidad, tú quieres ser independiente. ¿Cómo te despiertas? Bueno, no existían los relojes con vibrador; no existían como ahora. Entonces tuve que importar un reloj de China para ciegos que vibraba y hablaba. En segundo año de universidad, me acuerdo que me quedé dormido para una prueba un día sábado y mi familia olvidó despertarme. Entonces dije: “Yo no puedo seguir siendo tan dependiente a la hora de despertar”. Así, empecé a tener el reloj vibrador que encontré en China y en ese momento costaba mucho más caro importar un reloj. Entonces uno va desarrollando formas de poder estar alerta a un hijo que en la noche tiene un problema; o imagínate si hay un incendio en el condominio donde vives, te tienen que despertar si estás durmiendo, etcétera.

Bueno, mis hijos saben que yo no escucho, me modulan más, me hablan modulado, entonces van entendiendo o recurre a la comunicación no verbal. Ellos naturalmente han ido complementando su comunicación conmigo, debido a que saben que el papá no escucha muy bien. Cuando yo manejo y los niños van atrás –en el auto son tres corridas de asientos, porque son cuatro hijos–, a los de más atrás no les entiendo nada. Entonces, vamos aprendiendo a comunicarnos con señas, con más modulación.

Eso es en lo que estamos hoy día, digamos. Pero no he tenido tampoco una gran, gran dificultad, porque igual con audífonos yo escucho bien, escucho un 90%. Entonces, igual es suficiente. Así que lo de las noches era lo más relevante. Cuando hay un momento en que los niños necesitan, cuando son más chicos y necesitan ayuda, tengo que estar con audífono o meterlos en la cama, o bueno, mi señora, que es mi compañera, que me ayuda en todo eso, me avisa, me mueve.

¿Cómo tus hijos se fueron dando cuenta de que tú no escuchas?

Bueno, para ellos es natural que el papá tenga audífonos. Pero claro, después empiezan a ser un poco más grandes y te lo pre-

guntan; o si están con una amiga y van a la casa, o estoy con una amiga de mi hija, me pregunta qué tienes en el oído. Entonces, ellos empiezan a explicar y ahí se dan cuenta de que su papá es distinto al papá de la amiga. Por un lado, lo van asimilando naturalmente, es muy natural, no es algo tan extraño. Es como cuando tú ves a alguien con anteojos, tampoco te vas a extrañar porque te acostumbras a verlo con anteojos. Con los audífonos pasa lo mismo y cada vez más; bueno, en general. Hoy día los audífonos tienen como una tendencia a ser pequeños, a que no se vean, porque los adultos mayores se sienten mal o se sienten más viejos si es que se les ve un audífono y tratan de que sean pequeños.

Yo también pasé por esa etapa, en la etapa de la adolescencia, cuando querías conocer... que te vaya mejor con las mujeres. En mi caso, el audífono me generaba un problema de inseguridad, pero muy grande; y si no fuera por mi amigo con discapacidad que te dije, por Arturo... Él me presentó a mi primera amiga, él me llevó a la primera fiesta; si no, yo no iba a la fiesta. Y, de hecho, yo creo que había amigos que no me invitaban quizás por eso o quizás era yo mismo el que me autolimitaba. Pero fue mi amigo Arturo el que me llevó primero y me empezó a generar esa confianza a la edad precisa -quizás un poco más tarde que los demás- de relacionarme con mujeres. Yo venía de un colegio de puros hombres. Entonces, fue un tema. Bueno, pero ahí me fui para atrás, ahora vuelvo... O sea, cómo fue mi tema en la juventud, también te puedo contar después. Pero respecto a esto, ahora, los niños lo van sintiendo natural.

Después, ya cuando son más grandes, se dan cuenta de que tú tienes una cosa, que yo me la saco y la dejo en mi velador, me la pongo todas las mañanas; ellos saben que esa es la cajita del papá, donde están sus audífonos. Cuando eran más pequeños me han agarrado los audífonos, me los tiran, me los sacan, pero es una cosa bastante natural, creo yo, y todo depende de cómo tú te sientas. Si tú sientes que son como unos anteojos que te los pones y te los sacas, un audífono que te lo pones y te lo sacas, eso va a ser natural para todos. Y con respecto a la comunicación, los hijos naturalmente aprenden cómo tú entiendes mejor.

O sea, a mí me llama mucho la atención que cuando mi hija en un momento se estaba alejando de mí y yo le pregunté: “¿Recuerdas llevar tu botella de agua?”, ella en vez de decirme que sí, me señala el pulgar hacia arriba. Ella, inconscientemente, ya sabe que no tiene que responder verbalmente. Aprenden solos que basta con eso, porque saben que el papá no va a escuchar.

Entonces, es natural. Es como te decía antes, uno intuitivamente va desarrollando otras formas cuando tienes una incapacidad que no te permite desarrollar este sentido. Lo otro se desarrolla solo, lo mismo en los niños. Guau, qué impresionante.

De hecho, escucharte eso me hace sentir más tranquilo para el momento cuando yo sea papá. Pero yo creo que lo mío es diferente, porque mi novia también tiene discapacidad auditiva, entonces va a ser un desafío enorme.

Pero que todo salga de forma natural, es muy natural. O sea, Matías, yo cada vez en la vida me he ido dando cuenta de que mi tema auditivo es cada vez menos tema. Todo eran limitaciones autoimpuestas. En la música, cuando yo era chico en el colegio, eran limitaciones autoimpuestas. Estar con mujeres en la juventud, en la adolescencia, eran limitaciones autoimpuestas. El hablar inglés, limitación autoimpuesta. Todo es una limitación autoimpuesta. He llegado a un punto en mi vida, hace un tiempo ya, desde que estaba en la universidad, en que me he empezado a dar cuenta de que mi discapacidad auditiva no era un problema, sino que era una ventaja. Y eso para mí fue un cambio radical.

Me di cuenta de que tenía una capacidad de observación más desarrollada que otras personas. Me di cuenta de que podía leer los labios, podía entender a una persona y comprender lo que estaba sintiendo y pensando solo por su expresión. Me di cuenta de que, en el mundo del emprendimiento social, acompañar a emprendedores y tener una capacidad de escucha mayor me permitió ser mentor de más de 250 emprendimientos. O sea, me di cuenta de que mi discapacidad se transformó en potenciar otras capacidades que me han permitido lograr estar donde estoy.

Yo, por mi discapacidad auditiva, tengo una capacidad de concentración superior. Yo me desconecto los audífonos y puedo estudiar, puedo trabajar. Segundo, puedo hacer meditación, a un nivel mucho más efectivo, porque bloqueo un sentido y me meto hacia adentro. Por lo tanto, mi desarrollo espiritual, de alguna manera, se potencia, porque me voy hacia adentro. Tercero, puedo dormir con un nivel de profundidad mucho mayor.

Entonces, yo he visto todo el beneficio que ha tenido, concreto, en mi vida profesional, personal, familiar, y que me ha generado, al final, que uno de todos mis sentidos, que es el auditivo, haya potenciado todo integralmente, los otros sentidos. Y que no son solamente los cinco sentidos tradicionales que nosotros conocemos, sino que está el sentido de la ubicación espacial; por ejemplo, cuando tengo que jugar fútbol de medio-campo sin audífonos y saber que el defensa, el mediocampista y el delantero están en cierto lugar; o tengo que desarrollar el sentido de la comprensión del ecosistema de la naturaleza, para entender la ubicación, las calles, el norte, el sur. O sea, tengo una serie de cosas... Por ejemplo, la atención y la observación en una persona que me habla, puedo leer entre líneas lo que le está pasando a las personas.

Eso es un sentido, por decirlo de alguna manera, más sensible, que no es necesariamente el órgano de la vista o el órgano del oído, sino que es una manera diferente o, no sé, una manera potenciada de todos mis sentidos al servicio de la observación y de mi conexión con lo que está ocurriendo afuera.

Está muy bueno. ¿Te parece que como último tema hablemos sobre cómo lograste aceptar la discapacidad en tu juventud?

Sí, bueno, yo creo que lo primero que me permitió ir enfrentando los problemas del día a día fue la confianza en mí mismo, que me la entregó mi familia y mis amigos más cercanos; pero principalmente el núcleo más cercano, en mi caso, fue mi familia. Mi madre y mi padre fueron fundamentales en entregarme la seguridad a través del cariño, del amor, de la confianza, del de-

cir: “Andrés, tú no eres distinto, métete a inglés, haz deporte”. O sea, no quedarse con las limitaciones típicas que la sociedad a todos nos impone.

Entonces, lo primero es la confianza en uno mismo, en que somos personas simplemente distintas y todos somos distintos por naturaleza; no existe ningún ser humano igual a otro. Por lo tanto, no te estigmatizes por uno de tus sentidos –que es el auditivo en el contexto de este libro, de estos entrevistados–, o quizás más de uno de tus sentidos también; no escribas tu vida en función de eso. Porque probablemente eso puede ser incluso tu bendición.

Hay un cuento típico, no sé si es como una historia o un proverbio chino, no sé... Pero son dos amigos, y el hijo de uno ellos perdió las piernas. Entonces, en la conversación, uno le decía al otro: “Lamento mucho que tu hijo perdió las piernas”; pero luego en ese país, o en ese pueblo, tuvieron que ir a una guerra. Y solamente pudieron ir a la guerra las personas que podían correr, entonces, partió el hijo que tenía piernas y el que no tenía piernas se tuvo que quedar en la casa. Bueno, en la guerra muere mucha gente y justamente muere el hijo del otro señor. Entonces, el amigo le dice: “Lo siento mucho por ti y por tu hijo que tuvo que morir en la guerra”. El otro le responde: “Qué afortunado eres tú de que tu hijo no tenga piernas”. ¿Ves? Entonces, no escribamos la vida en función de una característica física, porque somos más que lo físico. También somos seres de luz, somos seres no solamente materiales, y por algo tenemos lo que tenemos.

Bueno, es un sentir, digamos, todo pasa por algo. Así que lo primero, es eso, que no nos autoimpongamos limitaciones, sobre todo en la juventud o en la adolescencia, ¿cierto? La palabra adolescencia viene de adolecer, de dolor. Esa etapa de la vida se llama adolescencia porque es muy doloroso ir dándose cuenta de que uno no es lo que era cuando más pequeño y tiene que ir desarrollándose para poder sobrevivir en la vida. Es muy doloroso y vienen una serie de cambios en la personalidad, cambia tu voz, te empieza a salir pelo, te empiezas a desarrollar, ¿cierto? O sea, hay muchos cambios a nivel físico y a nivel

mental. Entonces, es una etapa en la que cuesta mucho aceptarse a sí mismo y es doloroso.

Por lo tanto, en esa etapa, aceptarse uno mismo con una discapacidad auditiva, cuando estás en un lugar donde ninguno la tiene, es doloroso. Pero si uno confía en uno mismo, es más fácil de sobrellevar. También es muy importante la red de apoyo, los amigos. Nosotros por naturaleza somos seres sociales y las amistades nos ayudan a sobrellevar situaciones. Nuestra red de apoyo, nuestros amigos, en este caso mi amigo, que es el que te contaba, y otros amigos y familiares, y primos, que te van ayudando, te van cuidando como una comunidad. Estar cerca de ellos te ayuda a ser la mejor versión de ti mismo. Y creo que es importante.

Hay un dicho que dice que uno es el promedio de las cinco personas con las que más comparte. Ojalá sean personas que te ayuden a sacar lo mejor de ti, porque a veces estamos con personas que no nos dan luz, sino que nos dan oscuridad o nos dan a veces un mal rato, nos pueden generar incluso malestar. Entonces hay que intentar estar rodeado de gente luminosa, positiva, que confía en ti, que saca lo mejor de ti, que sabe que si tienes esa limitación en un ámbito, en uno de los sentidos, bueno, que te fortalezca en otro sentido. Tener amigos que te ayuden a sacar lo mejor de ti en otro aspecto, no en los sentidos solamente, en cualquier área de la vida, digamos.

Eso es muy importante, sobre todo en la adolescencia. Tener con quien compartir y reflexionar estas cosas también es sumamente importante. Poder compartir, hablar con personas que hayan pasado por lo mismo.

A mí me pasa mucho que la gente que tiene un problema auditivo me llama y me dice: “Oye, Andrés, parece que tengo que usar audífono”, me empieza a contar y conversamos, y se dan cuenta de que conversando la cosa no es tan difícil, te vas dando cuenta de una serie de cosas. Me toca hablar con muchos adultos mayores también, porque en general han perdido la audición y en esa edad empiezan a preguntarse “¿cómo lo voy a hacer?”. Y es muy importante en nuestro caso una pérdida auditiva, porque es nuestra herramienta de comunicación con otros, o es de

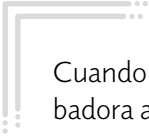
las más relevantes. Entonces, te puedes alejar mucho o dejar de participar en conversaciones, en reuniones, donde todo se da por lo auditivo.

Si tienes amigos que son empáticos con eso, te van a permitir participar y, por lo tanto, tú te vas a poder seguir desarrollando como persona, como amigo, reírte, disfrutar. Pero si son personas que no son empáticas y que se dedican a hablar entre ellos, te dejan excluido. Es importante elegir, estar seguro de escoger, porque todos tenemos que ser respetuosos también con nosotros mismos. Entonces, escogemos a las personas con las que nos sentimos bien, con las que podemos sacar lo mejor de nosotros mismos, poder descubrir, explorar. Y no necesariamente personas que han perdido la audición, sino que también en general personas a las que les han pasado cosas, que han tenido situaciones de vida difíciles; abren más su atención y su corazón.



Isidora Del Sol

Psicóloga clínica infantil



Cuando estaba emprendiendo con Coclus en Imagine Lab, incubadora asociada con Microsoft Chile, Isidora fue una de las primeras en acercarse para trabajar en conjunto desde su *expertise* en lo clínico. Siempre consideré súper importante que existiera en esa área un profesional con discapacidad porque no hay nadie que pueda entender mejor tu dolor o necesidad.

Juntos hemos logrado bastantes cosas, a pesar de que hemos tenido algunas diferencias, a Isi le tengo admiración y respeto por su trayectoria, además siento orgullo de haberla invitado a compartir su historia. Estoy seguro de que con su participación este libro tendrá un enfoque más clínico, con consejos prácticos principalmente para padres de hijos con algún tipo de discapacidad.



»»»»««««

Hola, Isi, ¿podrías presentarte para comenzar?

Hola, me llamo Isidora Del Sol, tengo casi 35 años. Soy psicóloga clínica infantil y ocupo audífonos. Tengo hipoacusia neurosensorial severa post locutiva. Eso quiere decir que me empezó a aumentar la pérdida de audición después de aprender a hablar, aunque yo pienso que nací con hipoacusia; pero cuando nací no había

tantos estudios en esa época cuando éramos chicos, entonces se me empezó a notar después, después de aprender a hablar.

¿Y qué me gusta hacer? Me gusta jugar con mi hija, es lo que más me gusta, ser mamá. También me gusta hacer deporte y socializar.

Cuéntame, ¿cómo surgió tu discapacidad auditiva?

No me acuerdo mucho, puedo contar lo que me acuerdo. Cuando tenía como 7 u 8 años, como que empezaron a sospechar que yo no escuchaba mucho. Mi mamá también tiene una discapacidad, pero a pesar de eso, nunca se dieron cuenta de que yo podía tener algo. No sé si no se dieron cuenta o no lo querían ver no más. No sé si se entiende... como la difícil aceptación para un papá que ve a su hija con una discapacidad.

Me acuerdo que como a los 8 me llevaron al doctor, me pasaron los audífonos y no me dijeron nada. Entonces, yo no entendía por qué me tenía que poner los audífonos. Me acuerdo que era un tema muy tabú en mi casa, al principio sobre todo. Sí, más cuando era chica, no sé cómo lo hacía, pero en el colegio no me los ponía porque me daba vergüenza.

No tengo ni idea cómo logré avanzar con el colegio, pero parece que debo ser muy inteligente, porque no escuchaba. Me sentaba delante de la profesora, o sea, como en el puesto de más adelante siempre. Después pedía los cuadernos prestados, porque siempre me faltaba mucho material, y después me aprendía todo de memoria, entonces, me sacaba las mejores notas.

Eso me acuerdo... de unos audífonos, pero nunca me explicaron mucho para qué servían o qué tenían, o qué eran. Entonces, tengo como un bloqueo ahí, como que no sé muy bien qué pasó, pero debe ser lo que te decía antes, el no querer aceptar, el no querer ver, el no querer conectarse también con que la hija pueda tener una dificultad. Yo pienso que fue eso.

¿Tu mamá tenía una discapacidad? Esto no lo sabía. ¿Qué tipo de discapacidad?

Tiene lo mismo que yo.

O sea, ¿es hereditario?

Sí, hereditario. Es que sabes, que no... Yo creo que es algo que en lo que a mí me queda la duda, porque probablemente es hereditario, pero también nací prematura. Entonces, puede ser por eso; mi hija no tiene ninguna discapacidad.

Ok, así que en el colegio te daba vergüenza usar audífonos.

Sí, porque yo decía: “¿Por qué yo tengo que usar esto y nadie más lo usa? ¿Y por qué tengo que ser la rara que tiene que usar esto?”. Entonces prefería no usarlos, y al final era peor porque me gritaban sorda, me hacían *bullying*. Me hacían *bullying* por ser sorda y gorda. Pero mira, lo que yo encuentro impresionante en mí, que yo me pongo a pensar ahora en cómo yo estaba tan desconectada de las personas sordas. Me acuerdo que había una persona en el colegio, masculino, que yo siempre veía en los almuerzos, y que tenía un implante coclear. Y yo decía: “Ay, qué raro, ¿por qué tiene eso en la oreja? ¿Es sordo?”. Y yo también era sorda, pero a mí me tenían como en una nube. Como esto que te decía antes, creo que mis papás, al no querer aceptar, tampoco me llevaron a aceptar a mí, era como hipócrita.

Igual eso es interesante... que tus papás nunca te dijeron que tienes una discapacidad, trataron de educarte como si fueras una persona normal, sin discapacidad.

Sí, o sea, obviamente me dijeron que tenía que usar los audífonos para escuchar. En algún momento me tienen que haber dicho, pero nunca me ayudaron a integrarlo, me lo dijeron como...

Póntelo no más...

Póntelo para que escuches. Y yo recuerdo que no me lo ponía, entonces no escuchaba. Y me acuerdo que mi papá me retaba porque no escuchaba. En vez de ayudarme a entender por qué era tan importante el audífono, que yo creo que me trató de explicar, pero de una mala manera y me retaba por eso.

Otra pregunta importante, ¿eres hija única o tienes más hermanos?

Tengo dos hermanas, pero no tienen ninguna discapacidad.

O sea, quizás no sea hereditaria tu sordera.

Según lo que yo sé, no se hereda el 100% de las veces. Tú puedes tener hijos con y sin. Así como yo, por ejemplo, que mi hija no tiene nada, pero si tengo otro hijo... quizás pueda tener una discapacidad.

Claro, nunca se sabe. Volviendo a tu etapa del colegio, ¿cómo te pudiste adaptar al colegio? Me dijiste que sufriste *bullying*, pero igual de alguna forma pudiste resolver para seguir adelante y llegar a la universidad. ¿Cómo lo hiciste?

¿Estamos hablando emocionalmente o académicamente?

Puede ser ambas, que sea lo más interesante o lo más importante, lo que valga la pena compartir.

Yo creo que... es súper relevante, porque por el lado académico, como yo te decía, pedía los cuadernos, me aprendía todo de memoria. Yo igual estudiaba y todo, y por ese lado bien. Pero yo creo que lo relevante es lo emocional, que yo siempre sentí como que algo tenía malo. A mí nadie me lo decía, pero algo tenía mal, eso sentía yo. Entonces, yo quería ser perfecta en todo, quería ser la más genial, la más flaca, sobre todo la más flaca también, porque como me hicieron *bullying* porque era gorda, después quería ser la más flaca, la mejor amiga, la más popular.

Entonces, yo siento que trataba de... Era como media camaleón, me trataba de hacer amiga de todas y ser como todas; pero siento que nunca, y hasta muy tarde, como que nunca entendía quién era yo, mi identidad, porque yo trataba de ser perfecta en todo, como para cubrir lo que me faltaba, pero esto era súper inconsciente. Es como pensar si algo me falta, en todo lo demás nada me puede faltar. Entonces, yo me tenía que sacar

las mejores notas, pero igual yo lo pasé súper mal en el colegio, por la hipoacusia, porque me molestaban harto, porque en mi colegio, en mi curso, estaba como el grupito de los súper *cool* y de los... ¿cómo se dice? Los perdedores o los *nerds*. En mi colegio era muy marcado.

Entonces, mira, si ahora yo lo pienso de adulta, yo tenía muy buenas amigas, pero yo era de las *nerds*, no me conformaba con tener mis amigas porque quería pertenecer a las populares. Por eso yo me trataba de adaptar y trataba de ocultar lo que tenía. Pero imagínate que para mí, pensándolo así, para mí usar audífono era terrible. Porque si yo usaba audífono, no podía ser de las populares. Empecé a tomar alcohol en cuarto medio para desconectarme y pasar más desapercibida con mi discapacidad auditiva cuando ya estaba ebria.

Si tú vas a ir a una discoteca, como a cualquiera de nosotros nos pasa, si vamos a ir a una discoteca, no escuchamos nada. Yo prefería estar ebria para que no se dieran cuenta de que era porque era sorda. Prefería desconectarme de esa forma, y no vivir la sensación de que tengo esta falta.

Te entiendo perfecto, a mí me pasó lo mismo. Esa presión de pertenecer a un grupo más *cool*, de tener a las mejores chicas, y ahora que lo pienso, fue una estupidez total.

Sí.

Es un tema muy interesante. ¿Estuviste en un colegio solamente de mujeres?

Mi colegio era de mujeres y hombres, pero estábamos separados, nos juntábamos a la hora del almuerzo. Mira, de verdad, tengo lagunas y no sé cómo lo hice para salir adelante en el colegio.

¿Estuviste en el mismo colegio?

Sí, no sé cómo logré socializar. Como te decía, tenía estrategias para desconectarme del mundo. Igual es súper importante e interesante –sobre todo para los papás– que lean mi historia, acerca

de cómo me sentí muy sola, cómo no tuve un acompañamiento, que encuentro que es súper necesario que me ayudaran a descubrir quién soy, aceptando lo que yo tenía; porque, además, como yo tengo una hipoacusia que no se nota tanto, es súper propensa a esconderse. Entonces, yo creo que, al no ser acompañada, también me metí en muchos riesgos por tratar de pertenecer, porque no me sentía pertenecer a ningún lado.

Como psicóloga trabajé mucho con niños sordos, y siempre les decía a los papás –porque siempre lo que se repetía mucho es que tenían mucho miedo del *bullying*–, entonces siempre les decía que eso no lo podemos evitar, porque el *bullying* está. Te van a hacer *bullying* porque tienes el pelo morado, amarillo, o porque tienes calzado 36, porque tienes el pie grande; te harán *bullying* por cualquier cosa. A los papás hay que enseñarles a quererlos, a aceptarlos tal y como son. Siento que a mí esa parte me faltó y por eso yo era súper insegura, trataba de hacer un montón de cosas para adaptarme. Hacía cosas que incluso no me gustaban, solo para adaptarme; como todo el tiempo tratando de encajar, porque siento que no tuve un acompañamiento al lado que me dijera: “Esta eres tú, tú eres maravillosa tal y como eres”.

Pero yo creo que a lo mejor, desde mi punto de vista, los papás tampoco tenían esa herramienta como para darte el apoyo que tú querías o necesitabas.

Probablemente no la tenían, ahí viene la importancia de lo que vamos a hablar más rato, de cómo un profesional aborda el tema. Porque, ponte tú, siempre me sacaban de las clases de arte, que era lo que más me gustaba, para enviarme al psicólogo y yo no entendía por qué. Ahora intuyo que era por la hipoacusia, porque no me ponía los audífonos, pero ni mis papás lo hablaban, era un tema tabú en la familia.

¿Por qué decidiste estudiar Psicología?

Mira, al principio quería ser parvularia; mi papá no me dejó, entonces me pregunté qué otra carrera está relacionada con tra-

bajar con niños. Por eso decidí estudiar psicología infantil. Pero ahora que lo pienso, me sentía muy cómoda con la psicóloga del colegio, sentía que estaba ahí para ayudarme.

¿Y por qué te sentías cómoda con la psicóloga?

Me sentía cómoda porque me sentía escuchada.

Nunca tuve un psicólogo en el colegio, creo que no era común en ese tiempo. Por suerte fui feliz en mi colegio, tuve muy buenos compañeros, pero siempre sentía la presión social de pertenecer a algo, de pertenecer a un grupo... lo que nunca fui, por suerte, fue *otaku*.

Por suerte.

No, no era *otaku*, era *pokemon*.

Yo sí fui *pokemona*, jajaja.

¡No te creo!

Me acuerdo que también existía un estilo tipo *rock* que era como los *pokemones*.

Donde intercambiaban unas pulseras...

Y los pantalones por debajo con cadenas.

De hecho, son los metaleros, creo.

No, los *pokemon* también se vestían así, ¿o no?

Dios mío. A ver, cuéntame por cuáles tribus o modas pasaste.

Creo que *pokemona*, metalera, *rockera*, *pelolais* (chicas con pelo rubio y liso)... Pero yo creo es como tratar de buscar la identidad cuando uno no se acepta a sí misma. Igual todos los adolescentes tenemos una búsqueda de identidad, eso es parte de la adolescencia. Creo que es más profundo cuando hay partes de ti que

tú no entiendes y que tú no sabes por qué las tienes o por qué funcionan distinto.

Por eso te decía, en el colegio me acuerdo mucho del pensamiento de “por qué yo tengo que ser la rara”, “¿por qué yo?”, “¿por qué tengo que ponerme estas cuestiones feas?”.

¿Te parece que podríamos pasar directamente a la importancia del tema del *bullying*, sobre lo relacionado con tu trabajo?

Es que a mí también me hicieron *bullying* por la discapacidad.

¿En la universidad?

No, en el trabajo, dos veces.

¿Cómo?

Primero, me gustaría hablar de la universidad, que yo creo que fue el primer momento donde yo empecé a aceptar más a la fuerza, digamos, porque en la universidad seguía con esta misma cuestión de no ponerme los audífonos. Yo me acuerdo que en la universidad ya no me servía lo que hacía en el colegio, que era copiar los cuadernos y aprender de memoria, porque tenía que enfrentarlo.

Entonces, ahí me dije en el segundo semestre del primer año: “Me pongo los audífonos o no voy a sacar la carrera”. Y ahí me los empecé a poner, pero me los seguía sacando. Me sacaba los audífonos cuando salía. En las fiestas lo pasaba tan mal, porque no escuchaba a la gente, no entendía nada de lo que estaban hablando; entonces me ponía a beber tragos no más, así lo pasaba menos mal.

Te entiendo, de hecho, veo un patrón en las personas con discapacidad auditiva, que prefieren emborracharse para sacarse de encima la presión social y no quedar en ridículo.

Algo similar. Me ponía a tomar alcohol porque, en el fondo, cuando tú bebes y te emborrachas un poco, como que te dejan de preocupar las cosas. Entonces, lo pasas bien no más y te ríes,

pero no hacía *show*, yo lo pasaba bien no más. Pero era como tomar hasta el punto de desconectarse de esa angustia que me daba por no escuchar.

Ojo que no vamos a recomendar a los lectores emborracharse, no es bueno eso.

¡Por supuesto que no! Mi consejo es que no se emborrachen. Pero es importante que esto pasa por el hecho de no querer aceptarnos y no saber quiénes somos. Porque al final, cuando empecé a aceptar mis audífonos, iba a los lugares y pedía que bajaran el volumen porque no escuchaba.

Ahora, si voy a un cumpleaños, me pongo a hablar solo con una persona, pero si se ponen a hablar todos al mismo tiempo, les pido que no hablen todos al mismo tiempo, porque a mí me cuesta entender. Entonces, para yo poder tener esas herramientas, necesito aceptarme primero y no querer esconderlo. Yo creo que cuando uno trata de esconder o sientes presión social, claro, prefieres embriagarte. Pero esto es una defensa que es mala, porque no te aporta en nada.

¿En qué momento aceptaste tu hipoacusia?

En este caso hay una persona que es clave ahí, Carlos Fernández, un exnovio que tuve, le tengo que hacer un agradecimiento a él, porque gracias a él acepté mi hipoacusia y fue un cambio drástico que fue producto de una discriminación en un trabajo, que te voy a contar luego.

Cuando era joven, todos los hombres querían salir conmigo, casi nunca estaba soltera. Siempre tenía un novio, aunque la relación no duraba mucho; eso me pasaba por lo mismo que te hablé antes, buscaba sentir la sensación de pertenecer a una parte. Pero las relaciones con mis novios no duraban más de tres meses, rompía con ellos porque no me gustaban, solamente aceptaba salir con ellos por el hecho de sentirme aceptada. Estaba saliendo con Carlos, me sentía muy bien con él, me hacía sentir segura de mí misma.

En ese tiempo estaba trabajando para un Cesfam, justo en un periodo de elecciones municipales. Es importante saber que a mí no se me notaba mucho la hipoacusia, tampoco lo mencionaba en el trabajo, trataba de que no se dieran cuenta. ¿Qué pasó? En Cesfam tienen un nivel de exigencia bien alto, y cada vez que yo atendía a un paciente, tenía que rellenar una ficha. Ahí sí me ponía los audífonos para trabajar, pero en el momento de rellenar la ficha no podía leer los labios de los pacientes, entonces me perdía mucho y les pedía varias veces que me repitieran.

Hasta que hubo un paciente que reclamó porque yo era extranjera, por mi forma de hablar; además tenía el pelo teñido, quizás pensó que era americana. Pero pasó que me despidieron, argumentando que según ellos yo no prestaba atención a los pacientes y que por qué tenían contratada a una persona extranjera en un Cesfam. Mi jefa sabía que tengo hipoacusia, pero no me defendió. Al final fue como: “¿Eres sorda? Entonces no me sirves”. Además, ocurrió en el momento del periodo de elecciones, el alcalde quería ser reelecto y no quería estar involucrado con personas que hayan tenido reclamos, así que fui despedida.

En ese momento sentía que se me iba caer el mundo, porque más encima era primera vez que me echaban de un trabajo. Por mucho que hayan querido cubrir con palabras lindas que me habían echado por otra cosa, definitivamente fue por discriminación. Caí como en un momento de depresión, porque además de tener la presión social de ser perfecta y encajar, pensaba “¿cómo pudieron despedirme?”. A pesar de que asistía a terapias, nunca mencionaba mi hipoacusia, no era un tema, lo tenía súper escondido.

Ahora te puedo hablar de esto porque lo tengo súper trabajado con mi psicóloga, Carolina Correa. Mi psicóloga, Carolina, y Carlos Fernández han sido un pilar súper grande para este vuelco en mi vida para empezar a aceptarme, a empezar a ponerme los audífonos más seguido, porque sabía que era la única forma de lograr cosas en un país donde no hay mucha inclusión. Empecé a aceptar, Carlos me animaba, decía que yo era la persona más increíble del mundo, la mejor psicóloga, que me

preocupara más de mí misma, y que dejara de ver mi sordera como una dificultad, sino como un regalo de la vida. Y yo decía: “¿De qué estás hablando? ¿Cómo lo voy a ver como un regalo si acaban de echarme del trabajo?”.

Carlos me recomendó que fuera a hablar con los doctores de las clínicas, apostaba que podía encontrar un trabajo donde pudiera trabajar principalmente con niños sordos. A mí nunca se me había ocurrido porque yo estaba tan desconectada de mi parte emocional, que no veía lo importante. Me decía: “Ya, anda a hablar con el doctor de tal clínica”. Fui a hablar con un doctor, me pidió que trabajara con su equipo porque necesitaban a una persona como yo y terminé trabajando con ellos. Después, el mismo doctor me contactó con la fonoaudióloga **Nora Gardilic**, por favor quiero que destaques su nombre en negrita, porque fue mi mentora, unas de las personas que me hizo crecer profesionalmente y estoy muy agradecida de ella.

Listo, está en negrita su nombre.

Genial. Carlos Fernández me ayudó a ampliar mi visión y empezar a quererme con esto; mi psicóloga, Carolina, me ayudó a entender mi historia y Nora fue mi mentora profesional, la que me ayudó a ser la psicóloga que soy. Diría que encuentro que soy súper buena psicóloga gracias a ella; si no fuera por ella, no habría salido adelante como psicóloga, siempre me incentivó a seguir adelante. Nora me mandó a trabajar a un hospital con un equipo enfocado en rehabilitación de implante coclear y, al mismo tiempo, trabajaba con el equipo de implantes cocleares de la clínica.

En ese momento pasaba que en la clínica era súper importante para los profesionales la parte emocional de las personas sordas, porque ocurre que en ciertas clínicas el objetivo es venderte y no te ven como persona. Lo digo porque creo que es importante ese vínculo humano, porque muchas clínicas no lo tienen y solo les interesa ganar dinero con las operaciones en implantes cocleares, pero no tienen idea de la persona que está detrás. Por eso es súper importante contar con una psicóloga en el equipo. De

hecho, al final terminé saliendo de la clínica porque me di cuenta que me estaban utilizando para conseguir más clientes.

El punto de quiebre fue cuando me llegó un paciente mayor, de 80 años, que era candidato al implante coclear. El paciente no tenía los recursos para financiar una operación costosa como el implante coclear, en ese tiempo no existía la Ley Ricarte Soto, entonces su opción era endeudarse. Entonces, desde mi punto de vista, le dije que de acuerdo a su audiometría era un súper candidato al implante pero, por funcionalidad y por precio, le recomendé que primero fuera a probarse unos audífonos de mejor tecnología y, si no le servían, podía volver e ir por la opción del implante coclear. Porque, además, su edad era un factor; después de la operación debía dedicarse a rehabilitación, eso requería de mucho compromiso y tiempo.

Cuando pasó eso, la clínica me hizo un reto, que cómo se me ocurría recomendar a no implantarse, que el objetivo era llegar a una cantidad de implantes. Me defendía diciendo que mi trabajo no es la operación, sino acompañar al paciente y que para eso me contrataron. Mi punto de vista como profesional es que, por muy candidato al implante coclear que sea alguien, esto no quiere decir que la persona realmente vaya a tener los beneficios, considerando que en ese momento el paciente tenía que pagar aproximadamente 40 millones de pesos que no tenía.

Me acuerdo, cuando nos conocimos, estabas pasando por esta etapa.

Sí, al final terminé saliendo de la clínica, empecé a trabajar con Nora, con niños sordos. Lo primero que me empezó a pasar es que los papás se alegraban conmigo solo por el hecho de que fuera sorda, porque sentían que yo los entendía. Recibía muchas historias de mamás que me decían que han ido a muchos psicólogos y me decían: “Nadie nos ha entendido como tú”. Porque, claro, iban a la psicóloga y el niño se portaba mal o, según los papás, el niño tenía mala conducta solo porque es sordo.

Los papás siempre me decían: “Tú eres la primera persona que nos ha logrado entender de esa manera y ha conectado con

nuestro dolor”. Porque todos estos papás, en general, se han sentido muy incomprendidos. Y yo creo que también es un poco lo que les pasó a mis papás. Como que no llegó nadie a ayudarlos también a ellos, porque como tú me decías antes, claro, a lo mejor no me acompañaron porque no sabían cómo. Yo creo que eso es, pero tampoco nadie pudo ayudarlos a entender cómo. Primero acompañarlos a ellos en su duelo por tener una hija con una dificultad. Es importante para todos los papás que llegue una persona que los invite a aceptar a su hijo tal como es, a aceptar esto, a vivir su duelo, acompañarlos, porque es algo difícil; también a enseñarle a su hijo a aceptarse y acompañarlo en esta aceptación.

Ahora me acordé de una niña que tenía en el centro de rehabilitación auditivo del hospital, que estuvo trabajando harto tiempo con la mamá. Ellos buscaban que los niños hablen, pero hay una parte de la comunidad sorda que no quiere hablar, que no quiere comunicarse por el lenguaje oral. La niña, que tenía 6 años, había demostrado de todas las maneras que ella no necesitaba desarrollar el lenguaje oral, no quería ocupar el implante coclear. Habían tratado con toda la estrategia de fonoaudiólogo y la niña solo necesitaba que la aceptaran así. A su mamá le costaba mucho, porque ella no había elaborado su duelo. Así, fue descubriendo cómo es muy importante desde la psicología el acompañamiento. Las personas que somos sordas, más que tener un problema por ser sordas, emocionalmente hablando, necesitamos el acompañamiento de vivir estos procesos que son difíciles.

De hecho, el otro día entrevisté a un paciente para implante coclear, que era una persona muy optimista, que se sentía muy orgullosa, y yo me decía: “¿Cómo logra ser optimista?”. Él no tenía muy desarrollado el lenguaje; le pregunté si él se relacionaba con la comunidad sorda y me dijo que no, que las personas sordas son puros problemas. Entonces, ahí yo me pongo a pensar, claro, porque quizás muchas de las personas sordas conviven con la no aceptación, el querer pertenecer... como que, en general, nuestra comunidad no es muy escuchada.

Igual tratamos de empatizar con la comunidad sorda. No me manejo 100% en la lengua de señas, pero cada vez que me llega

un paciente sordo, me tomo el tiempo, me pongo en su lugar para tratar de entender. Eso es súper importante, pero siento que la sociedad no lo hace, como que somos muy invisibilizados; como si por ser sordos –más o menos– no mereciéramos un mismo trato, fuéramos tontos o algo así.

Es que esto que tú estás diciendo es súper práctico, también como para reflexionar para los papás, qué hacer con su hijo, y también para las personas sordas que tienen el problema de aceptarse.

Lo importante es dejar de ver esto como un problema, sino más bien como una característica, que es parte de ser quienes somos. De hecho, esta persona que te estaba contando, a mí me llamó mucho la atención y salí con una sensación súper rica, como de qué genial que haya personas así, con muy buena energía, porque él era un tipo lleno de superación, que se reía porque me contaba que él entró a un colegio para niños sordos, después estuvo en un colegio de oyentes, y me contaba cómo ayudaba a sus compañeros en las pruebas dándoles las respuestas con señas.

Yo le preguntaba: “¿Cómo lo hiciste para trabajar?”, porque de repente, lo que yo te decía antes, estás en esta sociedad en que no te abren oportunidades porque tienes alguna enfermedad, y muchas personas caen en la depresión. Él me contaba que las personas sordas, por lo general, tienen puros problemas. Él seguía adelante, trabajaba en lo que podía, doblando camisetas y haciendo todo lo que fuera. Además, tenía una mamá que lo apoyaba demasiado, lo hacía sentir la persona más increíble del mundo, eso fue súper clave también.

Por eso te digo lo importante del rol del acompañamiento de los padres y también de personas claves como en mi caso, que fueron tres personas: Carlos, Carolina y Nora. Ellos aparecieron cuando yo tenía como 23 años; los papás tienen que trabajar desde que los hijos son chicos. Primero, trabajar en su propio dolor, obviamente, porque tener un hijo con una discapacidad implica un dolor. ¿Por qué implica un dolor? Porque hasta tú o yo, que

somos personas sordas, que sabemos que hay probabilidades, igual nos pasa. A mí me daba mucho miedo que mi hija tuviera hipoacusia, porque no quería que ella sufriera lo mismo que yo. Me acuerdo que en la clínica, cuando le estaban haciendo el examen, estaba con una angustia enorme, aunque sé que –pese a la angustia que podamos tener y sabemos que es difícil– los papás y nosotros tenemos todas las herramientas para aceptar esto como una característica más. Yo escucho menos, pero la persona que escucha menos va a ser igual de buena. Entonces, en mi caso, la psicóloga es la que escucha que alguien va a ser igual de buena profesional, igual de buena mujer, igual de buena en todo. No le falta nada, pero es como movilizar, aceptar que esta característica es parte de nosotros.

Hay una analogía en la que se dice que los papás hacen un depósito emocional con los hijos. Imagínate un tarro donde hay fichas de póker; el depósito emocional son cosas positivas. Cuando un niño se siente seguro, confiado, sienten que son capaces. Entonces, cada vez que un papá hace sentir a un niño confiado, amado y maravilloso de lo que es como persona, le echa una ficha de póker al tarro. Por ejemplo, si mi hijo va al colegio y obtiene una buena nota, lo felicito y le echamos una ficha de póker al tarro. Si mi hijo logró subir la escalera por su cuenta, le echamos una ficha al tarro; si mi hijo logró dibujar veinte dibujos, le echamos veinte fichas de póker al tarro, alentándolos a ser la mejor versión. ¿Por qué? Creo que esto es importante entenderlo, porque siento que estamos enfrentando a una sociedad que discrimina mucho a los niños con discapacidad, y necesitamos más fichas de póker, porque después va a haber alguien que te va a discriminar.

La primera vez que me discriminaron se me derrumbó el mundo porque no tenía fichas de póker. La segunda vez que me discriminaron fue distinto, porque ya estaba segura de mí misma y sabía cómo enfrentarlo, esa vez mi tarro estaba lleno de fichas. La segunda vez que me discriminaron fue en el hospital, una asistente social que era súper complicada. Me odiaba porque decía que yo era como la “cuica” del equipo, la chica que vive en el barrio alto; hablaba mal de mí, se preguntaba por qué una persona

como yo, que soy “cuica” o de “barrio alto”, tenía que trabajar en el sector público. Esa vez me discriminaban por ser rubia, ella me decía que seguía trabajando con ellos solo porque soy sorda, de lo contrario, me hubieran echado sin dudar. Obviamente me sentí súper mal, pero claro, ahí sí tenía un equipo conformado por doctores y fonoaudiólogos que me apoyaron, entre ellas Claudia Sepúlveda y Constanza Gajardo. Me hicieron sentir que era valiosa, que hacía un buen trabajo, echaban fichas de póker a mi tarro.

Me gustó mucho el concepto de fichas de póker al tarro.

Claro, empecé a confiar más en mí misma y como psicóloga. Después empecé a trabajar con Theraplay, que es una terapia enfocada en jugar; lo bueno de haber conocido Theraplay como persona sorda y para las personas sordas también, es que es una terapia que no necesita el lenguaje, porque se trabaja desde el hemisferio derecho, que abarca lo emocional, las sensaciones, y se enfoca en entregar experiencias positivas a los niños desde ese lugar, desde las sensaciones, conectando con cómo ellos se van sintiendo.

Entonces, yo he trabajado con niños sordos, con autismo, síndrome de Down y otras dificultades, y les sirve un montón porque es una terapia que se basa en la conexión, en el sentirse vistos, en el sentirse capaces, en el sentirse increíbles, más allá del lenguaje. Si buscamos la analogía de la ficha de póker, es como que entrega fichas de póker sin ocupar el lenguaje. Haces que los niños reciban lo que necesitan, que en el fondo son necesidades que van en la línea de ser visto, de sentirse exitoso, de sentirse que el mundo es un lugar seguro, de sentir que son amados incondicionalmente. Theraplay es una terapia que me ha servido mucho para trabajar con discapacidad, que me cambió la mirada al final, porque también empecé a conectar con las personas de otra forma, más allá del lenguaje.

Yo antes creía que solo podía conectarme por el lenguaje. Por eso es que me asustaba mucho como mamá, pero cuando conocí esta terapia también empecé a confiar en las habilidades –más allá del lenguaje– que todas las personas tenemos. Desde ahí es

de donde yo me empoderé para decir voy a renunciar a mi trabajo del hospital y clínica porque soy una increíble psicóloga, sé que me van a buscar y puedo trabajar, además hago una terapia increíble ya que yo trabajo jugando sin ocupar el lenguaje. O sea, ¿qué más conectada conmigo que eso? Y en el fondo, claro, esa es la parte bonita también de mi trabajo, enseño a los papás. Por ejemplo, muchos papás llegan con las preocupaciones: “¿Qué hago?”, “¿cómo voy a comunicarme con mi hijo?”, “pero es que mi hijo no habla porque es sordo”, o al revés, “yo que soy sorda, ¿cómo lo voy a hacer con mi hija si no la escucho?”. Y es mostrar que la conexión va más allá del lenguaje. Ahí fue cuando decidí abrir mi propio consultorio de Theraplay y efectivamente ayudo a muchas personas.

Oye, de verdad que está súper buena tu historia, tiene muchos consejos bien prácticos y reflexiones para papás. Estamos llegando al final de nuestra conversación y me gustaría que digas unas palabras de reflexión para los padres.

Para los papás y para las personas sordas también. Es poder mirar más allá de la discapacidad, pero para que no se malinterprete, no es anularla, sino darnos cuenta de que la discapacidad es parte de nosotros, pero, más allá de eso, hay muchas cosas que hay que mirar, que hay que validar, que hay que potenciar. Y, a la vez, potenciar la aceptación de esta parte de nosotros, que a lo mejor no va a ser tan agradable... porque, si somos sinceros, yo no creo que a una persona con hipoacusia, si le dieran a elegir –o quizás sí–, pero yo creo que en general las personas que tenemos esta dificultad, nos gustaría poder escuchar. No todas las personas, pero probablemente muchas.

Es una buena reflexión, en algún momento podría hacer una encuesta, porque quizás hay personas en la comunidad sorda que dicen que no quieren escuchar, pero no sé si sería lo mismo si a una persona oyente le dijeran si prefiere no escuchar. ¿Elegirían escuchar?

En mi caso, si me dieran la oportunidad de poder recuperar la audición, no la aceptaría.

¿No lo aceptarías?

No, pero también obviamente sé que si yo pudiera escuchar “normalmente”, las cosas serían mucho más fáciles para mí.

Creo que es importante lo que dijiste, porque como tú entendiste el mensaje, yo creo que los papás tienen que transmitir eso a sus hijos, invitar a sus hijos a aceptarse y a quererse tanto, tal cual son, que no quieran ser de otra forma. Porque yo hablo de mirar más allá de la discapacidad porque siento que cuando los niños se sientan reconocidos plenamente por lo que son, que eso contiene la discapacidad, que es parte de ellos, ellos también van a aceptar más su discapacidad.

Pero uno, como bien dijiste tú, va a aceptar las limitaciones solamente si se enfrenta con su discapacidad. No si la trata de esconder, como lo hacía yo, que prefería emborracharme que aceptar mi limitación. Y eso es algo que se trabaja desde chicos, el cómo los papás pueden transmitirles a sus hijos el aceptarse como las personas que son, con todas las cosas que tienen, incluyendo su hipoacusia. Y mirar más allá de la hipoacusia, y ¿por qué resalto esto? Porque me tocó trabajar con papás que son oyentes, que tienen hijos con hipoacusia, y veían a su hijo y les costaba ver más allá del problema, porque si tú les preguntas: “¿Cómo es tu hijo?”, por ejemplo, “¿qué le gusta?”, al tiro se iban a “mi hijo es sordo”, “a mi hijo le cuesta escuchar”. Es como que les costaba mucho reconocer, ver más allá de la dificultad, y eso tiene que ver con el duelo de los papás también.

Pero la única manera de que los niños puedan aceptarse y aceptar su hipoacusia, y que nosotros, ahora, al ser adultos nos aceptemos con nuestras limitaciones, es que primero ellos lo acepten y que, segundo, ellos los acompañen en la gestión del camino a la aceptación. Como si alguien me dijera, no sé... Cuando yo era chica, me imagino si mi mamá se hubiera sentado y además de decirme “póntelos porque eres sorda”, me hubiera acom-

pañado en sentirme comprendida en lo difícil que era para mí tener esto en un colegio de puras personas oyentes y en empatizar con lo que a mí me pasaba, en que me daba pena.

Siguiendo la idea, y además, no sé qué opinas tú... ahora lo estoy pensando, por ejemplo, yo me he dado cuenta de uno de los patrones que pasa con los papás, que comparan mucho a su hijo con otros. Por ejemplo, yo recibo muchos comentarios de papás que dicen como: “Ojalá que mi hijo fuera como tú”, “ojalá que mi hijo pudiera hablar como tú”, “ojalá que pudiera escuchar mejor como tú”. Y yo trato de decirles que todos somos diferentes.

Es que eso es lo que yo te decía, poder ver a su hijo más allá de las capacidades y saber que él es su hijo. Y claro, la discapacidad es parte de él, sí, es parte de él, pero tiene muchas otras cosas. Y yo digo: “A lo mejor tu hijo no va a hablar, pero sí va a ser increíble para programar”. O en el caso de este tipo que yo te conté hace un rato, que a lo mejor él no tiene el lenguaje desarrollado como yo, pero es diez veces más optimista que yo. Yo creo que, al lado de él, yo me he impactado toda la vida y él no se ha impactado o afectado por nada, yo no sé cómo lo hace, esa fortaleza que tiene, cómo debe pensar este tipo. Por eso yo te decía, es como una invitación a ver a esa persona, pero a esa persona; no a esa persona con hipoacusia. Y ver la hipoacusia como una característica con la que quizás ellos van a necesitar apoyo. Y es importante estar ahí tomándose de la mano, no escondiéndose. Tomándolos de la mano para invitarlos a mostrarse a este mundo y a mostrar que son increíbles con todas sus características.

Como tú lo dices, el poner la ficha de póker en el tarro.

Claro. Ponerle muchas fichas de póker.

Claro y también fortalecer sus otras habilidades.

Sí, todos necesitamos fichas, ¿no? También los adultos las necesitamos.

Sí, acompañar y colaborar con tu familia y pareja.

Eso, porque allá hay papás que tampoco entienden mucho... porque mira, tú y yo somos sordos, nos encanta conocer gente, pero también hay personas sordas que no les gusta socializar. Eso sí, nos cansamos más de participar en las conversaciones grupales; pero ser una persona que no es sociable no tiene nada que ver con ser o no la persona más cool, sino que todos somos personas distintas.

Por ejemplo, mi marido, Alberto, prefiere salir una vez a la semana; yo me muero porque me encanta salir, pero los dos somos personas distintas. La hipoacusia no tiene nada que ver. Si yo no tuviera hipoacusia sería la misma persona que soy ahora mismo, que me encanta salir, estar con mi hija y mi marido.

Lo importante para los papás es la aceptación. La hipoacusia no define quiénes somos, es parte de nosotros.

Totalmente de acuerdo. ¿Quieres terminar con una reflexión?

Por cómo viví mi vida, como una persona con hipoacusia, y en mi experiencia laboral acompañando a papás de niños sordos, diría que es súper normal que se sientan mal o tengan pena porque su hijo fue diagnosticado con una discapacidad, es normal que sufran, pero es súper importante que busquen ayuda, que acompañen a su hijo en todo el proceso, que den mucho amor y no los dejen solos.

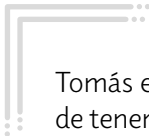
Para las personas con hipoacusia es lo mismo. Conéctense con lo que son, que es la hipoacusia, vivan su duelo si es que a algunos les molesta o todavía no lo tienen superado y abracen su hipoacusia.

Por último, agradezco tener a un compañero de vida como Alberto Cárdenas, que me quiere incondicionalmente tal como soy, que en el día a día me hace confiar más y más en mí misma.



Tomás Valles

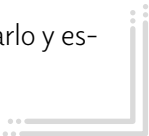
Director / CSO en People & Partners



Tomás es un gran activista por la inclusión y diversidad, además de tener una tremenda trayectoria en la carrera de Publicidad.

A Tomás lo venía siguiendo por sus actividades en LinkedIn, me encantaba leer sus artículos sobre inclusión y diversidad, que son pilares súper importantes para las empresas y establecimientos de educación.

Al invitarlo a participar en el libro, accedió sin pensarlo y estoy seguro de que te va a gustar su historia.



»»»»««««

Hola, Tomás, quisiera que te presentaras para comenzar.

Hola, soy Tomás Valles, de Chile. He vivido casi toda mi vida en Santiago. Como muchas personas después de la pandemia, hoy estoy en “tránsito” y buscando mi lugar entre la capital y un pequeño pero grandioso pueblo de pescadores hacia el norte de Chile, llamado Los Vilos. Años atrás me gustaba decir que era “ciudadano” del mundo. Tengo 37 años, soy virgo y soy el menor de tres hermanos. Padrino de Antonia y compañero de aventuras de Martín, mis dos sobrinos por los cuales cualquier historia vale la pena.

Creo que parte de cómo enfrentar la sordera ha sido viajar y no ponerme fronteras, creer que no hay un mundo, que no hay

límites. Yo creo que un gran regalo que me hizo mi madre fue empezar a viajar juntos, recorrí bastante con ella, después solo, pero creo que eso me abrió mucho las puertas y abrió mucho los oídos, como otra forma de escuchar.

Mi padre es médico, mi madre es psicóloga y empresaria, hoy lideramos juntos People & Partners, consultora de liderazgo y empleabilidad. Mis padres se separaron cuando yo tenía 5 años.

Mi madre es la gran mujer que me ha acompañado en el camino de la sordera. Ella ha sido la gran compañera épica en mi dificultad auditiva, fue ella la que detectó en algún minuto que yo no estaba escuchando bien. Comenzó a percibir que cuando me hablaba de espaldas, yo parecía no escuchar.

¿Cómo fue eso? Cuéntame más...

Mi primera audiometría salió muy bien, pero mi mamá, siguiendo su intuición, me llevó a una segunda audiometría y se empezó a detectar que tenía parte de los nervios auditivos dañados. Mi doctor de toda la vida, que fue casi mi padre, es el doctor Jorge Caro.

Me acuerdo que tenía mucho miedo porque no había como una explicación de lo que estaba sucediendo por mi sordera. Debe haber sido en 1992, cuando la ciencia todavía no estaba muy avanzada; pero crecí con mucho amor, con muchas oportunidades, con mucha protección de parte de mi familia, de parte de mi madre, afortunadamente con recursos para acceder a la tecnología o a los médicos.

Yo creo que parte de la fuerza y seguridad que yo hoy día tengo tiene que ver con esta infancia con mi madre. Siempre sentí que iba a tener un apoyo, un soporte, y que a pesar de que a veces tenía miedo de quedarme sordo, como que tenía la seguridad de que siempre las cosas iban a salir bien.

Me acuerdo que fui muy aplicado con las audiometrías, tengo una hipoacusia bilateral severa, por los dos oídos, o sea, sin el audífono e implante coclear no escucho nada. Entonces, el volumen de mis dispositivos es muy fuerte; pero creo que esto siempre se vivió desde mi capacidad de la abundancia, desde el apoyo,

desde la contención, desde que se podía hacer lo que se podía lograr, más allá de lo que faltaba.

Creo que ahí mi mamá fue muy sabia, en el sentido de que ahí también mi mamá –por la separación de mis padres– se independizó, tuvo que comenzar a trabajar. Si bien a veces no estaba en la casa, uno sabía que estaba trabajando para poder mantenernos a nosotros bien, darnos todo lo que necesitábamos. Pero siempre tuve esta sensación de apoyo, de soporte, y como que nunca sentí que faltaba algo.

¿Cómo fue tu infancia?

Tuve una infancia feliz. Creo que no sufrí mucho en la infancia, sufrí más de adulto que en la infancia con el tema de la discapacidad auditiva. Mi mamá tomó una muy buena decisión de incorporarme a un colegio, primero al San Juan de la Cruz, después al San Esteban, pero incorporarme a un colegio donde se abrían las puertas y no se cerraban, en el sentido de que el San Esteban es un colegio donde se aceptaba cierto rango de discapacidad, aceptable por profesores, por compañeros.

Entonces, desarrollaba mi formación en un entorno normal, aun cuando yo era también candidato para ir a una escuela de sordos. En ese sentido, agradezco mucho esa decisión, porque siento que muchas veces, al siempre protegernos tanto, en estas escuelas de sordos en el fondo muchas veces buscan poder desarrollar habilidades o formarnos en un mundo donde no tengamos que esforzarnos tanto por la discapacidad. Finalmente, el mundo normal es súper duro. Agradezco mucho haber estado en un colegio normal.

Siempre me acuerdo de que se reían mucho de mí en inglés; había dos niveles de inglés en el San Esteban, siempre estaba en nivel bajo. Creo que en algún minuto pasé al nivel alto, pero había que disertar en inglés, aunque no escuchaba bien el inglés en el fondo, es algo muy difícil para las personas con discapacidad auditiva. Tenía que hablar en inglés y todos se reían de mí. Era exigente el colegio, no te regalaban las notas ni nada de eso, sino

que empiezas a desarrollar habilidades para convivir en un mundo súper duro, un mundo donde no todos te cuidan, donde no hay oportunidades, donde no todos son tan generosos como en las escuelas para personas con discapacidad, sin desmerecer el trabajo que hacen de cuidados a las personas que a veces tienen muchas más dificultades que una sordera.

La verdad, en mi infancia nunca me sentí como una persona con discapacidad, sí me sentía extraño y distinto. En ese minuto los audífonos, en 1992, parecían como unos celulares antiguos, grandes, por lo tanto, había que cuidarlos mucho, porque se te caía una gota de agua y fallaba todo el sistema. Tampoco en Chile había mucho acceso a la tecnología. Me acuerdo haber estado en una oficina de una marca de audífonos de Dinamarca, cuando llegó a Chile, en una oficina que queda en el centro, pequeña, donde había laboratorios y tú veías cómo te controlaban todas las audiciones en los computadores.

También tuve una infancia con el desarrollo tecnológico, en el sentido de que pasé por la transición de los audífonos análogos a los digitales, hice disertaciones con cartulinas y terminé haciendo disertaciones con computador. Los computadores llegaron a las casas entre medio de todo esto. Por lo tanto, creo que fue una historia de infancia muy afortunada, siempre con mucho amor, no recuerdo momentos de bullying. Siempre había más risas, creo que el amor de mi familia y el cuidado de mi familia finalmente se transformaron en un combustible de energía y de capacidad para no ser una persona con discapacidad.

Entonces, fue una infancia con mucha abundancia, aun teniendo momentos difíciles como vivir con padres separados o los cambios de colegio, o en el fondo, no tener muchos amigos. Creo que también el tema social fue un tema siempre, ahora lo veo como con otra perspectiva, pero costaba tener amigos, porque en el fondo era raro, siempre hablé fuerte, como con una boca angosta. Creo que hoy en día esos espacios son más distintos, más abiertos, pero en ese minuto era raro, sentía una discriminación como implícita, por decirlo así, no explícita; pero a la vez eso hizo que en séptimo básico decidiera dar vuelta las cosas y se

transformara todo en lo que quería hacer, como la película “Barbie”, en el fondo, de pelear por su sueño o por sus objetivos.

Me acuerdo que incluso mi mamá en algún minuto me pedía por favor que faltara al colegio; al revés de todos los papás. Mi mamá me pedía que faltara al colegio para no ser tan exigente conmigo, para que estuviera un día jugando en la casa. Terminé siendo presidente del club de ajedrez, de la pastoral, del laboratorio, del taller de no sé qué, del centro de alumnos. Me puse ciertos niveles de exigencia muy altos, que yo creo que tenían que ver con esta historia de mostrarle al mundo que sí podía y creo que son herramientas que me hicieron muy bien después.

Era una cuestión como que quería estar arriba, pero yo creo que tenía mucho que ver con darle vueltas a la discapacidad y mostrar capacidad. Siento que gracias a mis padres, siento como una forma de agradecimiento también a la fortuna; no hablo de fortuna de dinero, sino como a las posibilidades y a las puertas que se me abrían, a las experiencias que tenía, eso me produce como un agradecimiento. Así que mi infancia fue una infancia como de viejo con cuerpo de chico, porque en el fondo jugué mucho, tenía mucha imaginación, hacía unas cosas increíbles en la casa, de decoraciones y todo eso. Pero después me puse muy trabajólico, así como muy niño de estudio, de notas perfectas. Me acuerdo que ganaba muchos premios, entonces, como con mis hermanos somos muy seguidos de edades, las reuniones de apoderados eran el mismo jueves, y mi mamá sufría porque tenía que ir de una a la otra, corriendo entre medio de los pasillos. Pero ya estaban todos acostumbrados a que me ganara el premio, entonces, sí me acuerdo de ponerme ese objetivo inconscientemente y de trabajar por ello.

Yo creo que fue lindo a la vez, pero fue inconsciente. En el fondo, también fue en algún minuto quizás poco divertido comparado con otros niños, quizás fue como cuando uno entra en las comparaciones. Me faltó quizás divertirme un poco más, soltarme un poco más, pero tenía que ver quizás con lo duro que sentía que era todo. Siempre me acuerdo de que me daba un poco de miedo invitar a mi amigo a la casa por no escucharlo, no ser ca-

paz de mantener esas conversaciones y que, en el fondo, no fuera entretenido venir a mi casa. Entonces, como que eso siempre me ha perturbado.

Nunca me sentí menos, sí me sentí distinto y sí sentí mucho esfuerzo. Creo que hice mucho esfuerzo sin darme cuenta, pero hoy día lo agradezco porque puedo ya pararme como soy por ese esfuerzo. Es un poco lo que me dicen los doctores en algún minuto por los implantes, de cómo me desarrollo, cómo hablo, cómo escucho, que mi cerebro en el fondo está a toda máquina tratando de escuchar, de aprender. En el fondo, escuchar es un aprendizaje. Por lo tanto, como que tengo una mirada súper positiva desde la infancia y yo creo que tan positiva que en algún minuto quise ser Presidente de la República. Qué bueno que no haya seguido ese sueño, me da una lata terrible en este minuto.

Mi familia quería que estudiara Derecho, porque me iba muy bien en todo; de hecho, mi abuelo era el abogado de Los Vilos, me regalaron sus códigos y ahí están decorados en mi biblioteca. Al salir del colegio, quise estudiar lo menos predecible para una persona sorda, que era, en el fondo, estudiar comunicaciones y publicidad; en el sentido de que es lo que menos se espera, que uno entre en un mundo de comunicaciones cuando te cuesta escuchar, o en el mundo de la creatividad, de *marketing*, de salir a vender, de salir a hablar. No es la carrera esperable, pero era lo que me apasionaba.

Así que aparte de todo ese rigor que tenía con la vida, sentí que la publicidad me podía dar un poco más de energía, de diversión, por decirlo así, o un poco de desorden a este Tomás tan ordenado, yo creo; un Tomi de esfuerzo guerrero. En algún minuto dije “esto no me la va a ganar nunca”, eso es por la inspiración de la historia de mi mamá, de levantarse sola, de trabajar, de lograr todo lo que hizo. Yo veía todo esto y era un legado para mí en el sentido de cómo pararse frente al mundo, creo que esa infancia fue un regalo desde el punto de vista de que me dio herramientas para enfrentar el mundo hoy.

Fui muy amado, pero de poca infancia. Me refiero a salir a jugar a la pelota; pero sí con mucha imaginación. Siempre me

acuerdo de un castillo de lego, que jugaba con mi mamá, que me trajo de alguno de sus viajes. Cuando armábamos el castillo, para mí no era solamente un castillo, era una historia; entonces, no sé si el resto del mundo tiene la misma imaginación que puedo tener yo, pero a mí me encanta cómo armo mi historia en la cabeza y yo creo que, en parte, cómo nos armamos estas imágenes tiene que ver con que nos falta algo y, cuando nos falta algo, tienes la capacidad de crear más cosas o de conectarte con las cosas de forma distinta, así que fue un poco distinta mi infancia.

Con mis hermanos nos queremos, nos respetamos mucho, pero somos súper diferentes a pesar de ser seguidos en edad. Entonces, crecimos también con esta madre que nos cuidaba mucho, pero cada uno con una personalidad distinta. Somos tan distintos, pero a la vez unidos desde el punto de vista del respeto, de la admiración por el otro, de apoyarnos mutuamente; siempre estuvieron ahí, mi familia siempre ha estado ahí. Creo que finalmente uno más grande aprende que tu hogar, en el fondo, es el lugar donde te vas a sentir seguro. Estoy muy agradecido por eso, porque sé que no todo el mundo puede tenerlo. Siempre vivo dando mucho quizás a otros, como una forma de agradecer esta fortuna, no solamente de estar en familia, sino de los accesos, la tecnología, los audífonos. Creo que alcancé a tener cinco audífonos, los mejores; tener acceso a los mejores médicos; quizás son cosas a las que no todo el mundo puede acceder.

Una cosa es tu discapacidad y otra cosa es cómo te apoyas con ella, y no solamente tiene que ver con la familia; tiene que ver con los recursos, tiene que ver con el gobierno de tu país, el nivel de desarrollo, tener políticas públicas para apoyarte o cómo el colegio te apoya. Creo que tuve mucho apoyo, quizás excesivamente mucho apoyo, y yo creo que por eso también hoy día me siento tan bien trabajando apoyando a las personas. Llegué a la universidad muy temprano, entré a la Universidad de Artes, Ciencias y Comunicaciones (UNIACC), que en ese tiempo estaba muy bien posicionada para poder estudiar publicidad, como el mejor lugar para estudiar creatividad y comunicación en ese mi-

nuto. Estudié Publicidad, después hice un diplomado en Marketing y Comunicación Estratégica.

Yo, como un viejo con cuerpo de niño, tampoco me puse a disfrutar tanto la universidad; al año me puse a trabajar en la universidad como productor de la Escuela de Publicidad, después pasé a atención corporativa, estudiaba entre medio. Trabajé en varios proyectos entretenidos con la universidad en términos de desarrollo de eventos, de vinculación con el medio. Salí también muy bien de la universidad, al mes que salí estaba haciendo la práctica y me puse a trabajar.

Desde toda mi infancia, tal como te dije, yo creo que el apoyo familiar ha sido lo fundamental. Incluso con mis padres separados y mi papá viviendo en Santiago; lo veíamos algunos fines de semana, mi papá se volvió a casar. Mis abuelos son españoles, mi abuelo Valles de lado paterno. Siempre me acuerdo de mi abuela Petra y mi abuelo con la comida española, ir al estadio español, ver a la Unión Española en el fútbol. De parte de mi madre, muchos viajes a Los Vilos desde la Serena. Mi abuelo es alemán, alemán de corazón, y mi abuela Aita, que yo creo que fue como la abuela con la que más sintonía tuve; escribíamos juntos, jugábamos cartas.

La primera vez que viajé solo en avión –porque mi abuela vivía en La Serena– me acuerdo que fue en la aerolínea que se llamaba Ladeco, Línea Aérea del Cobre. Con mi abuela nos mandábamos cartas desde La Serena a Santiago. Me acuerdo mucho de unas azafatas que me cuidaban, que tenían que estar todo el viaje conmigo, ese vuelo fue mi primer vuelo de muchos y que se transformaron en muchos viajes después. La compañía de mi abuela fue muy importante para mí, me contaba muchas historias muy románticas, muy idealistas, como yo, así que me he sentido muy identificado con ella. Ella ha venido mucho acá a Los Vilos, donde estoy ahora, en una casa en el pueblo antiguo de Los Vilos, y lo pasamos muy bien.

Así que la infancia de Tomas fue muy cuidadosa, como un príncipe. Si me preguntas por los colores, siempre hubo calidez en mi casa, siempre hubo cariño. Con mi hermano a veces peleábamos y todo eso, pero no me acuerdo nunca de haberme

sentido solo en algún minuto. Como te dije, era como un sentimiento más, como que me sentía extraño, pero más que extraño... porque, por ejemplo, nunca entendí el fútbol. En el colegio San Esteban todos jugaban fútbol a veces, y había triunfos ahí, había como cuatro o cinco canchas. Nunca entendí el fútbol, yo no podía transpirar mucho por el audífono. Entonces, yo era el que tenía la bandera, el que tocaba el pito; pero nunca me sentí muy integrado como a lo social, aunque tampoco nunca me sentí solo. Me sentí muy protegido por mi familia, así que ahí tienen una buena infancia mía.

Es una linda historia; para mí, una epopeya épica, rodeado de mucho amor y apoyo de la familia...

Sí. Cada vez que recibía un premio, no era la sensación de tener el premio, sino que sentía que le estaba ganando a mi discapacidad. Siempre quería ganar todos los premios, pero había un premio que nunca logré ganarlo, no me acuerdo cómo se llamaba...

¿El premio a “Mejor Espíritu” puede ser?

Ese lo gané, pero ese lo elegía el directorio del colegio. El que nunca gané era el premio a mejor compañero, porque lo eligen tus compañeros, entonces nunca lograba ser el mejor compañero porque socialmente era distinto, era raro, era más torpe. Creo que finalmente en tercero medio logré ese premio y lloré a escondidas.

Tú te puedes poner a llorar cuando ganas un premio, o sea, en el fondo tienes que estar feliz, pero estos premios tienen mucho que ver con otro tipo de trofeos o desafíos que te pones personalmente, que tenían que ver con cómo logré esto, que tienen que ver con que el mundo se está haciendo un poco más difícil. El mundo no está diseñado para las personas con discapacidad, ni los colegios, ni la estructura, ni la mente. Es como el juego de Mario Bros, que tú vas ganando y puedes alcanzar más poderes, pero tienes que luchar y, por eso hago una crítica a las escuelas que te sobreprotegen, porque al momento de salir al mundo, des-

pués, cuando eres más grande, necesitas esos poderes especiales porque el mundo sigue siendo súper rudo.

Entonces, cuando te hablaba de la imaginación, te hablaba de ese paralelo que yo siempre construía, en el sentido de que yo entendía lo que yo estaba ganando y no me interesaba el premio. Cuando me gané “Mejor Espíritu” de la generación completa de mi colegio, fue un premio que no tenía que ver con el colegio ni con el espíritu, ni con nada, sino que tenía que ver con un esfuerzo y un trabajo por ser parte, por ser parte de algo que se te hacía más difícil y porque, al final, cuando te falta algo, ganas otra cosa. Entonces, no somos discapacitados, sino que tenemos capacidades especiales, aunque el mundo necesita por técnica decir discapacidad. Pero, finalmente, en un mundo tan masivo como el que estamos, el odio a tener capacidades especiales es un valor.

Si yo le pudiera decir algo a cada niño que entra al colegio, que tiene esas dificultades, le diría que no te falta nada, tienes el valor de, tienes el don, alguien te regaló ser distinto y es lo mismo que le digo a toda la gente, tú no tienes la capacidad de desconectarte, caminar por la calle y no escuchar nada. Yo sí la tengo, yo sí puedo caminar por la calle, por la vereda o estar en recreo mirando a todos cómo gritan, imaginar que están gritando, pero no escuchar nada, yo sí puedo apagar mi audífono.

Creo que fue una bonita infancia, me costó mucho el tema social, me costó mucho el tema de las figuras masculinas; entre medio de todo, estaba obviamente mi etapa de que me costaba ser amigo, me costaba hacer las relaciones. Me di cuenta también de que me gustaban los hombres y fue otra lucha más en la que también mi familia me acompañó mucho en algún minuto; pero es como que Tomi desde chico, a través de su infancia, se acostumbró a dar las peleas y salir adelante.

Entonces, ser gay en 1995 en un colegio católico, en ese tiempo era totalmente distinto a ahora, porque hoy día es parte de la diversidad. Pero finalmente, cuando tienes cosas distintas o tienes esta especie de discapacidad o eres parte de minorías diversas, eres más afortunado que desafortunado, porque eres parte de lo más único del mundo y que tiene que ver con las di-

ferencias. Más que si alguien tiene algo bueno o tiene algo malo, es alguien que te recuerda que hay cosas distintas, así que eso lo aprendí más grande, pero me costó mucho, requirió mucho esfuerzo. Pero esa musculatura emocional que desarrollé cuando era chico es un poco lo que me mueve hoy día y lo que me permite hoy día pararme como estoy parado.

Agradezco de verdad mi infancia porque yo nunca pensé que el mundo iba a ser como es ahora, como que uno no se lo imagina, en el fondo. En el sentido de la tecnología, en el sentido de todo. Entonces, hoy día agradezco mi infancia porque si hubiera tenido otro tipo de infancia, no hubiera sido capaz quizás de... -no sé si la palabra es sobrevivir- pero de enfrentar ciertas cosas que hoy día son importantes.

¿Cuáles fueron las claves que te hicieron exigir de más? ¿Qué fue lo que te motivó? ¿Qué fue lo que te hizo decidir ganar todos los premios?

Yo creo que fue un mecanismo de defensa automático para no sufrir, no sentirme solo, no sentirme aparte, no sentirme como menos. Menos no estoy diciendo de valor, sino como no sentirme disminuido frente a una sociedad que está entrenada para que gane el más fuerte, y aquí no se trata de ganar el más fuerte, diría. Entonces, el esfuerzo, finalmente, tiene que ver con ese entrenamiento, tenía que ver con una defensa personal, desde esa sensibilidad, en el sentido de sufrir por algo que yo sé que los otros tampoco es que quieran hacerlo de adrede, pero la gente no está entrenada para ver lo distinto, de una forma tan así como inclusiva. Por eso es importante estar en un colegio donde hay de todo, que yo creo que fue como inconsciente, porque veía que las cosas se iban a poner o se podían poner muy difíciles, o lo presentía.

Así, aprendí a leer los labios, en el fondo fue un mecanismo sobreviviente de la experiencia. Yo no aprendí a leer los labios antes ni tampoco aprendí las señas, porque veía que nadie ocupaba señas. Es como que quizás tenía una cierta sensibilidad o inteligencia sensible, porque cuando tenía que ir a la playa y me tenía

que sacar el audífono para que no le entrara arena, yo no veía a nadie hablando señas, lo único que veía era gente hablando y yo quería escuchar o quería saber lo que hablaban, desde la curiosidad mía, en el fondo. Entonces, empiezas a mirar, a mirar, a mirar, a mirar y empiezas a leer los labios. A mí nadie me enseñó a leer los labios, no tuve ni profesor ni un entrenamiento.

Me retaron en la clínica porque tampoco tuve rehabilitación con el implante coclear, pero empiezas a desarrollar mecanismos de defensa porque el mundo es rudo. Entonces, esa es la forma. Empiezas a agradecer a los otros ser como han sido para poder ser más fuerte; más fuerte no del ganador, sino ser más fuerte contigo mismo, creo que ese fue el mecanismo. También que yo veía que no me aceptaban naturalmente, entonces, había que hacer un trabajo de evolución personal, que era puro esfuerzo; por eso mi mamá me paraba, me decía: “Enférmate, yo te mando el comunicado, quédate en la casa”. Mi mamá hacía todo lo contrario que los otros papás hacían con el colegio. Yo a las seis de la mañana estaba listo para ir al colegio y me quejaba si me llevaban a otro lado.

Ahora, tampoco es que salió tan fácil, porque en algún minuto, siempre me acuerdo, yo me empecé a hacer amigo de los adultos y no de los niños. Como me iba muy bien con las notas, los profesores me pidieron que le enseñara a mi curso cómo estudiar. Porque yo estaba estudiando muy bien, me iba muy bien con las notas, pero a todos mis compañeros les estaba yendo muy mal. Entonces, yo era tan estudioso que incluso podía aprenderme la disertación de los otros para poder hacer las mejores preguntas. Les enseñé a mis compañeros a estudiar, pero en vez de agradecerles a mis compañeros, terminaron odiándome, porque quizás pensaban “este imbécil nos está haciendo estudiar, quiere que estudie más”. Todos los profesores me amaban en ese sentido, porque como que les armé un curso para decirles a mis compañeros que estudiaran más y cómo estudiar.

Pero finalmente la estrategia estaba errada, porque uno no controla eso. En el fondo, yo lo que necesitaba era relajarme un poco, bajarme la corbata, ir con polerón. Mi primera medida

como presidente del centro de alumnos fue que se podía ir con polerón al colegio, y fue el minuto en que los colegios flexibilizaron y podías ir con polerón y con zapatillas negras. Finalmente, ser el niño perfecto restaba y no sumaba, entonces, tuve una lucha ahí con eso muy fuerte, de querer ser integrado, pero esta perfección tampoco me dejaba.

¿Tuviste algún tipo de apoyo durante tu etapa escolar?

¿Apoyo psicológico y todo eso?

Sí, en general.

Yo siempre tuve apoyo, siempre tuve la mejor línea médica, constantemente. Cuando me instalaron los primeros audífonos, tenía la mejor tecnología puesta en mi cabeza, tenía un celular. No me acuerdo de haber tenido psicólogos ni nada de ese tipo; pero me acuerdo de mi madre como leona, en algún minuto, en gimnasia, cuando yo no podía dar una voltereta y hubo una situación de discriminación muy fuerte, donde casi todos fueron invitados a reírse de mí. Mi mamá salió de su empresa a los diez minutos, fue a hablar con el profesor y con el director a exigir un cambio.

Tengo una gran madre, mi hermano es más hippie, era lo opuesto a mí. Mi hermano faltaba a clases, se iba a la nieve; y mi hermana, entre medio, tuvo una depresión muy fuerte en el colegio, que también le implicó... -que también tiene mucho que ver con ciertos temas sociales-, pero le implicó perder un curso, tuvo que casi perder un año. Entonces, el apoyo fue mi mamá, más todos los recursos. El apoyo fueron las mujeres, la verdad; fue mi mamá, Mónica, Claudia, que eran amigas de mi mamá. Mónica fue la asistente de mi mamá. Mi mamá en ese minuto era gerente de personas corporativas del Banco Concepción, tenía un cargo muy importante para ser mujer. Creo que hay un soporte femenino en mi vida que ha sido muy clave; tengo como cinco mamás hasta el día de hoy que me cuidan, que me ayudan... como yo no podía hablar por teléfono, me ayudaban en todo.

Ahora me gustaría contarte una historia mía que tiene mucho que ver también con que ser sordo te prepara como para todo

y para no tener miedo o, en el fondo, para salir adelante. Cuando estaba en el colegio, había estas típicas fiestas de cierre de año con tu curso, como algún espectáculo musical. Hubo un año en que el tema era el futuro, entonces, mi mamá me hizo un traje de robot; estuvo como tres días haciendo el mejor traje de robot y era increíble, con unas cajas de cartón, forradas con papel aluminio y había un casco arriba. Pero yo no podía mover las manos, no alcanzaba a tocar mi audífono, y había que hacer un desfile alrededor de la cancha de fútbol como representando que estaba llegando el futuro.

Estaba feliz con el robot, me creía el mejor robot del mundo, porque el traje realmente quedó increíble. Pero entre el nervio y toda la emoción, se me soltó el audífono de mi oreja y se me cayó; por suerte, cayó en la misma caja de la cabeza, que solamente tenía para ver dos lentes, pero no escuchaba nada. Entonces, yo seguí dando vueltas hasta el final, hasta que en algún minuto vi que todos pararon, porque no escuchaba la música. En algún minuto obviamente había que parar, entonces, yo solamente miraba, pero era muy loco porque en el fondo este *show* era como del futuro. Y, claro, yo era un súper robot, el mejor robot, increíble, pero no escuchaba, entonces era como muy paradójico.

Cuando se me cayó el audífono, me asusté porque no podía ver si se había caído al piso o estaba en la caja, entonces, movía la cara para ver si sentía en la caja el audífono. Para mí, esta historia significa que los límites te los pones tú, tienes que seguir adelante. Mi mamá nunca supo lo del audífono, porque yo seguía dando vueltas, seguía adelante; tampoco nadie sabía que yo no estaba escuchando. Y es una experiencia que se repitió muchas veces después, cuando fui adulto; cuando se me acababa la batería y no tenía las pilas o el cargador a mano, pero tenía que seguir adelante.

No tienes que detenerte y evitar autodiscapacitarte, porque al final la sociedad lo que hace es tratarte con compasión, pero lo que se necesita es darte oportunidad, no una sensación como de lástima. La experiencia del robot se repitió después cuando estaba trabajando para McCann Latam. Se me acabó

la batería en plena conferencia que tuve que dar en Sao Paulo, Brasil, pero tenía que seguir adelante.

Qué buena historia la del robot, me ha pasado también cuando se te acaban las pilas o las baterías, tienes que arreglártelas no más en el momento. ¿Te parece que conversemos sobre tu implante coclear?

Podemos hablar del implante coclear, pero me gustaría hablar de otros temas más importantes.

No hay problema, Tomás.

Tiene que ver con mi trabajo y experiencias parecidas a las del robot.

Está bien, el objetivo de nuestra conversación es hablar generalmente sobre la discapacidad auditiva, para mí el implante coclear es solo una herramienta adicional.

Sí, igual voy a hablar un poco sobre el implante coclear, porque ha sido una súper buena experiencia; para mí tiene más que ver con cómo escuchar que con el implante en sí mismo. Cuando yo te hablo del audífono, yo escuchaba bien con el audífono. De hecho, siempre ocupé un audífono en vez de dos, y si no hubiera existido el implante coclear, yo hubiera seguido escuchando con audífono y hubiera estado bien.

¿Por qué ocupabas solamente un audífono?

Es por mí, yo ya estaba agradecido con lo que tenía y ya estaba escuchando bien. Cuidar dos audífonos era una gran responsabilidad: ir a control constantemente; hacer las audiometrías; pedirle al tecnólogo “oye, no escucho bien” y te responde “no, el computador muestra que el audífono está perfecto”; tener que ir a servicio técnico todos los meses o cada seis meses... Es una parte que es invisible en el sentido de que no tiene que ver con cómo vivir, en el fondo, con la dificultad de vivir, sino que también

llevar una discapacidad en términos económicos, en términos de tiempo de tener que ir a la clínica, comprar pilas y repuestos del audífono; no es tan simple eso para mí.

Entonces, como que me decía a mí mismo, si funciono bien con uno, para qué usar dos. Me sirve para relajarme, estar menos pendiente, porque igual vives con una sensación de que debes tener más cuidado, tienes que estar más protegido, se puede mojar, no te puede llegar un pelotazo. Hay que vivir con una sensación de cuidado permanente, y no es un estrés ni nada de eso, pero es una situación en que yo de repente cuando salgo a una fiesta o cuando salgo a algún lugar muy masivo, tengo que tener mucho cuidado con los abrazos y con la gente, porque se te pueden llegar a caer fácilmente. En algún momento fui a una fiesta electrónica con la cuestión amarrada, porque acá en Chile abrazan generalmente, entonces es muy peligroso que se caiga, por eso prefería ocupar un audífono.

Bueno, además, quería contarte que cuando salí de la universidad, hice mi práctica profesional en McCann, agencia publicitaria, después me contrataron y estuve 5 años con ellos, trabajando con el equipo de estrategia, de construcción de marca; crecí muy rápido profesionalmente dentro de McCann. Como te conté la historia del robot, en varias oportunidades se me acababa la pila haciendo presentaciones frente a clientes; me las ingeniaba de múltiples formas, también para resolver a veces el tema de hablar por teléfono, pero siempre la agencia se preocupó por mí. No tenía mucho que ver con la discriminación, pero tenía que ver con una inclusión cultural en los equipos en que trabajaba, la forma en que yo me relacionaba con las personas.

Me acuerdo el primer día de mi práctica profesional, estaba súper emocionado, no había dormido la noche anterior estudiando toda la historia de la empresa. Cuando llegué a la oficina, que son de espacios abiertos, fui uno de los primeros en llegar y empezaron a sonar todos los teléfonos, todos. Siempre me costó hablar por teléfono; empecé a colapsar porque tenía que contestar el teléfono y no sabía si iba a entender, qué podía decir. Salí corriendo de la agencia a la oficina de mi mamá a llorar,

me sentía totalmente amenazado por la situación, cada sonido del teléfono era un balazo para mí.

Ahora, antes de empezar a trabajar, nadie de la agencia me había pedido que tenía que contestar los teléfonos, nadie me lo impuso, pero en algún minuto dije: “Oye, para mí los teléfonos son complicados”, y nos organizamos, yo no contestaba los teléfonos. Ahí viene la importancia de la inclusión que debemos tener como país y en el mundo, la sociedad no está hecha para personas con discapacidad, en el sentido de tener la vida más fácil, tener ciertos cuidados con detalles muy mínimos, como los teléfonos. Entonces, se tiende a entender la inclusión como una campaña especial. Yo no iba a la entrevista diciendo que soy una persona con discapacidad, lo decía después o cuando me lo preguntaban cuando se daban cuenta de mi audífono.

Es súper común que las personas ocultemos nuestra discapacidad cuando vamos a una entrevista de trabajo por miedo de no quedar seleccionados o que nos traten de una forma diferente.

Voy a ser súper honesto, generalmente trataba de que nadie se diera cuenta, pero después me di cuenta de que eso era un error, porque eso hacía que el resto no pudiera tener ciertos cuidados o ciertos detalles, como el tema del teléfono.

Cuando me pasó que los teléfonos sonaban, yo sentía que tenía que responder, no es que en McCann me pidieron que debía manejar las llamadas. Cuando volví a la oficina, le conté a Maribel Vidal, que fue mi primera jefa, que tenía problemas para atender teléfonos, e inmediatamente sacaron el teléfono de mi puesto y otra persona atendía las llamadas por mí. McCann se preocupó por mí, eso fue no sé si una excepción, sé que no todas las empresas son así, no todo el mundo tiene esa posibilidad.

Empecé a conocer el tema de la inclusión, entendí que la inclusión no puede ser un tema para el reporte de sostenibilidad o para la memoria anual de la empresa, o como una campaña especial. La inclusión tiene que ser todos los días, como una cultura transversal de todas las personas. ¿A qué es lo que

voy? Cuando uno llega a una empresa y te dicen “sí, tenemos políticas de inclusión”, es como si se hubiera permitido que otra empresa no las tuviera, como si fuera una campaña especial. Entonces, la gran pregunta es ¿por qué hay empresas sin cultura de inclusión? ¿Por qué los colegios nos enseñan la inclusión como un valor? Esa es la mirada que yo tengo de la inclusión y tiene mucho que ver con McCann.

En algún momento, Fernando Facciolo, que fue presidente de McCann de Latinoamérica –ahora es presidente de McCann Europa–, a quien le tengo mucho cariño, me dio la oportunidad de trabajar en un puesto que era el trabajo de mis sueños, trabajar en conjunto con una de las aerolíneas más importantes. Cuando estaba en el proceso de la entrevista, Fernando se preocupó por mí, tenía la preocupación de que me pudiera costar escuchar inglés y portugués; no le preocupaba que me discriminaran, sino que para mí fuera un esfuerzo enorme, que me exigiera más de lo normal. Ahí le dije a Fernando: “Cuando sea difícil, te voy a pedir ayuda”.

Asumí un cargo como director regional de estrategia para toda Latinoamérica, pero en este caso era muy importante Brasil. El portugués era complicado escucharlo, por escrito se entendía más, pero no hubo ningún momento en yo sentí o me dije que no puedo, siempre me decía: “Acuérdate del robot y sigue adelante”. Siempre ocupaba herramientas como Google Translate o le pedía a mis compañeros que tradujeran en las reuniones en portugués, que me anotaran los apuntes.

McCann es una agencia internacional, que tiene oficiales en todas partes del mundo. En algún momento del año, se reúnen todas las directivas de distintos países para participar en un *summit* anual en cualquier parte del mundo; en esa misma actividad premian a cinco jóvenes promesas de cualquier área por continente. Bueno, empezó un concurso para las oficinas que debían elegir a una promesa por continente y, finalmente, yo fui elegido por Latinoamérica para representarlos en este *summit* en San Francisco.

Todo el mundo me felicitó por este premio, y para mí tiene mucho que ver con lo de los premios que te contaba cuando era pequeño. Pero todos se preocuparon mucho de que yo pudiera ir a San Francisco entendiendo bien inglés y que no se transformara en una pesadilla para mí... y nada, San Francisco fue un viaje increíble, son muchos lugares muy locos, muy creativos, muy diversos, muy entretenidos.

Siempre me acuerdo cuando fui presentado como “Promesa de Latinoamérica”, tuve que hacer un esfuerzo tremendo por escuchar el inglés, y también obviamente había que hablar sobre el futuro, cómo veía el futuro del mundo. Me paré en el escenario frente a todos los gerentes; recuerdo cuando se reían de mí en las clases de inglés en el colegio, pero finalmente me aplaudieron. No recuerdo lo que dije, pero lo hice, gracias a unas preparaciones previas al viaje. Estuve con una persona experta en inglés, que me apoyó y me motivó a hablar en inglés.

Hoy tengo un implante coclear, debería estar usando el audífono al otro lado, pero ya sabes... además tiene que ver con la cantidad de ruido que hay en las ciudades. Uno de mis doctores siempre me dijo: “Tomás, no es necesario escuchar a todo el mundo, hay cosas que no necesitas escuchar”. Vivimos en un mundo con mucha contaminación auditiva y, finalmente, no se necesita escuchar todo.

Además tengo un compromiso muy fuerte con la inclusión. Cuando te hablo de inclusión es porque siento que estamos retrocediendo, porque estamos poniendo la inclusión como una política, aunque las políticas siempre son buenas para construir cultura; pero no hay un interés genuino por las personas con discapacidad o por la diversidad. Por ejemplo, no sirve de nada que tú sepas el lenguaje de señas, si el resto del mundo no lo sabe. Las personas que no viven la discapacidad deben entender nuestras necesidades. En la pandemia pasó con las mascarillas, muchas empresas con mascarillas y nosotros, las personas sordas, no podíamos entenderlos porque nos apoyamos en la lectura labial.

Un banco ganó un premio de inclusión y fue reconocido por el mercado; todos los procesos del banco digital supuestamente

terminan en un *call center* que una persona con discapacidad auditiva no puede lograr escuchar. Eso es impresentable hoy como sociedad, en el sentido de que estemos construyendo una inclusividad como de fachada, como para el reporte, para el premio, pero realmente no estamos entendiendo todo el flujo, todo el camino que tiene que vivir una persona.

El trabajo que hace la Teletón en Chile es increíble, no hay país con un sistema como Teletón, más allá del *show* de don Francisco. No hay ningún país con una red de rehabilitación como la que tiene la Teletón. Pero, ¿de qué sirve? Si la persona con discapacidad tiene dificultades para encontrar un trabajo, también puede adaptarse en su puesto y las empresas los categorizan como el 1% de las personas con discapacidad, que deben quedar contratadas por una Ley de Inclusión Laboral que tenemos en Chile. Yo sé que las políticas son para empujar el tema de inclusión, pero nos falta, nos falta y va lenta la cosa.

Mi único mensaje es que debemos educarnos mejor, con un interés genuino por lo distinto, por la diversidad. Si los colores del arcoíris conviven perfectamente y son totalmente distintos –nadie puede cuestionar la belleza de un arcoíris–, ¿por qué con las personas no? Están dentro de su diversidad. Tendemos a juntarnos con los pares y todo lo distinto, en el fondo, se rechaza y no genera curiosidad. Entonces, tenemos ahí una tarea súper pendiente.

Es súper importante contar con diversidad en un equipo en la empresa, contar con miradas diferentes. Hoy día ninguna empresa tiene la certeza de un mapa así como súper claro de lo que viene en el futuro, en el sentido que de un día para otro el futuro puede cambiar radicalmente. Entonces, cuando tú tienes una persona con discapacidad en tu equipo o en tu empresa, tienes una carta de innovación segura, porque tienes una mirada del mundo que no tiene nadie. A mí esta semana me dijeron: “Me encantaría saber cómo es no escuchar”.

Nosotros estamos trabajando en People & Partners, ayudamos a desarrollar capacidades para el futuro, a desarrollar tu empleabilidad o desarrollar tu talento, es que hoy día el talento es multigeneracional y multidiverso, diverso me refiero a edades,

sexualidades, colores, discapacidades. Es una carta segura al futuro, es algo que se va a transformar en un tesoro o en algo muy valioso y que deberíamos verlo desde esta perspectiva y no desde la perspectiva de “oye, tenemos una persona, vamos a incluir personas con discapacidad en nuestra empresa para ayudar al mundo”. Necesitamos que, en el fondo, se nos dé oportunidades iguales a las de los otros, no por lástima, sino por curiosidad de entender a las personas distintas. No necesitamos ayuda o caridad, necesitamos que el mundo tenga curiosidad de conocer miradas distintas o formas de escuchar el mundo distintas. Al final, tú no eres sordo, sino que escuchas el mundo de una forma distinta.

Entonces, yo en ese sentido estoy profundamente comprometido, porque tenemos ahí todo un tema con los *seniors*, con la gente de 50 años hacia arriba o de los 70 años que se sienten que están obsoletos, o que se sienten que no tienen valor en la empresa; y tienen mucho valor en la empresa, pero no se trata del valor del *senior*, se trata de que hoy día en una empresa tú puedes compartir por primera vez con un *millennial*, con un *centennial*, con un *senior*, con un no *senior*. De eso se trata, de la integración multigeneracional más que hablar de una sola edad, por decirlo así. Lo mismo pasa con la discapacidad. No se trata del discapacitado o del capacitado, sino de lo que pueden hacer todos juntos, todas las capacidades.

Esto es People & Partners, trabajar en colaboración; esa es una mirada que tiene mucho que ver con lo que yo hago hoy día, con la consultoría que nosotros hacemos a la empresa ejecutiva para buscar trabajo, buscar propósitos, buscar formas de ver la vida de forma distinta, en el sentido de que el trabajo hoy día es algo que pasamos toda la vida haciéndolo. No todas las personas pueden efectivamente tener el trabajo que les gusta, pero sí todas las personas pueden ayudar al otro o pueden trabajar con el otro, o pueden ser *partners* del otro para lograr cosas increíbles.

Entonces, este es el mismo ejemplo que te pongo con la inteligencia artificial, la inteligencia artificial no sirve de nada sin la humanidad. No es una competencia de quién es mejor o quién es peor. El desafío es cómo trabajamos juntos, lo que podemos

lograr juntos. La discusión siempre se centra en que nos vino a reemplazar, nos vino a amenazar, quién va a ganar, ¿va a ganar la inteligencia artificial o van a ganar los humanos? No se trata de eso, se trata de cómo ganamos todos. Tiene que ver con el esfuerzo, con el que se puede, y siempre se va a poder si tú también eres capaz de pedir ayuda y de recibir la ayuda. Dejemos de ver las discapacidades como si fuera algo malo, sino que veamos las capacidades desde el mundo de la diversidad.

Entonces, eso era un poco lo que te quería contar de mi trabajo, los consejos que me piden a veces, y que nosotros trabajamos en empleabilidad para todas las edades. Por ejemplo, me dicen: “Oye, Tomás, no voy a poder encontrar trabajo a los 55 años. ¿Cómo lo hago?”. Yo lo primero que les digo es: “A ver, si tú te vendes la idea a ti mismo de que no vas a encontrar trabajo a los 55 años, no vas a encontrar trabajo”. Entonces, partamos de ahí. Si tú miras hoy día la tasa de desempleabilidad de los recién egresados, que son miles que van saliendo, es mucho más alta que la de los *seniors*. A los jóvenes hoy día les cuesta mucho más encontrar trabajo que lo que les cuesta a los adultos mayores. Los jóvenes de hoy no tienen buenos sueldos, no tienen contactos, entonces no me vengan con que es difícil.

Todos le echamos la culpa a la tecnología, porque no hacemos un esfuerzo como personas de conectarnos de verdad, de transmitir sentimientos, de no ser personajes. Nos conectamos de repente a las reuniones así como si fuéramos personajes corporativos o presentadores de noticias. Pero, en el fondo, hay una deshumanización en el sentido de que no hay sentimientos. Pero yo o tú, que estamos lejos, nos hemos podido conectar y hemos llorado en pantalla, o yo he llorado en pantalla, y puede ser tan intenso o tan emocionante como una reunión presencial. Eso no quiere decir que un abrazo no sea rico sentirlo. Pero estamos en un boicot contra la dificultad como sociedad, en el sentido de que queremos todo fácil, todo rápido, todo ahora. Limitando los esfuerzos.

Por eso, en el fondo, nos escondemos detrás de decir que estamos desconectados cuando no estamos en presencial. De-

cimos que las pantallas nos desconectan y es al revés, las pantallas nos conectan. Depende de las personas que se quieran conectar y transmitir.

Es una buena reflexión, Tomás, tenemos un largo camino de conectarnos y trabajar por una inclusión más humana. Me gustaría que me contaras sobre la fundación Africa Dream.

Es un proyecto en que mi mamá decidió en algún minuto que tenía que ayudar a África y creó Africa Dream. Hoy día es presidenta de la fundación, yo la ayudé y fui director de comunicaciones; ahora ya no estoy tan vinculado.

La fundación nos llevó también a conocer el mundo desde una perspectiva distinta, de ayudar, alegrarle la vida a una persona de otra manera. Africa Dream no entrega dinero, no entrega cosas físicas tangibles, simplemente es una portadora de talento en el sentido de que nosotros ayudamos a través de personas que van a África a aportar su valor profesional. ¿Qué quiero decir? En África, te pongo el ejemplo de las escuelas, de repente Microsoft llega y les tira 20 computadores. El tema no es solamente el recurso del computador, el tema es que culturalmente ellos no tienen integrado un computador en su cabeza, no han prendido nunca un computador. Entonces, nadie les enseña una cultura de computación porque no les interesa, les interesa estar en la tierra, encontrarse con un elefante; es otra cultura, por más que tú les dices “prendan el computador”, para ellos es como si viniera un extraterrestre.

Entonces, no sirve solamente ir a dejar el computador, sino que sirve mucho más el recurso profesional. En África faltan muchos doctores, faltan muchas cosas profesionales que tienen que ver con el talento, con la persona. Pero, ¿qué pasa? Nosotros empezamos a enviar doctores a un hospital que no tenía doctores, solamente tenía enfermeros. Imagínate que el doctor en África tiene que decidir entre tres personas que llegan a urgencias. ¿Tenemos disponible máquinas de oxígeno? ¿A quién debemos priorizar la máquina de oxígeno? No puede salvar a las tres personas por la baja capacidad del hospital.

Ahí descubrimos también con Africa Dream que tampoco era que íbamos a ayudar, sino que íbamos a aprender a vivir en una cultura totalmente distinta. Empecé a ir con mi madre a África a reconocer los terrenos, fue una experiencia muy increíble. Cuando yo iba al colegio con una cámara que tiene *flash*, me rodeaban entre 200 niños para entender cómo funcionaba la máquina; me veían como si fuera un mago. Fue una experiencia súper linda, multicultural, crecer en un país donde la tecnología no es tan fuerte, una zona libre y pura de curiosidad.

Hasta el día de hoy seguimos enviando profesionales como agrónomos, médicos, y mi mamá sigue como presidenta de la fundación, pero ya más retirada. Esto significó muchos viajes con mi mamá, los viajes me permitieron entender que en el mundo no había límites más que el límite que se ponía uno. Entonces, este “sin fronteras”, que me regaló en algún minuto mi madre, significó la perspectiva que te estoy contando de cómo veo el mundo hoy día.

Viajar te abre la mente también.

Te abre la mente, te abres en otro sentido. Te abres a entender culturas que son totalmente distintas a las tuyas, a valorar quizás lo que a ti te gusta de tu cultura, aprender sobre otras culturas y, en ese sentido, es muy poderoso.

Me encanta tu relación especial con tu mamá y que tienes la oportunidad de viajar por el mundo. Ahora sí me gustaría que me cuentes por qué decidiste ponerte el implante coclear.

El implante pasó en un momento en que el doctor Jorge Caro, mi doctor de toda la vida, se había retirado y yo le dije: “Bueno, ¿con quién sigo?”. El doctor Caro fue profesor de la doctora Gloria Ribalta, y en ese minuto, me dije a mí mismo: “Sería bueno empezar a revisar el tema de los implantes”, porque ya estaba como institucionalizado.

En la primera consulta con la doctora Ribalta, me propuso un plan de tener dos implantes cocleares, en ambas orejas, pro-

blemente me operaré pronto de la otra oreja. El primer implante coclear fue cubierto por la Ley Ricarte Soto y el segundo va por mi cuenta. La doctora me dijo: “Tomás, no tienes nada que perder”. Entonces, ¿por qué me decidí por el implante coclear? Por tomar desafíos, porque me dijeron que no tenía nada que perder y, en el fondo, también me dijeron que era un candidato perfecto para la Ley Ricarte Soto; para poder escuchar mejor, aprender más, crecer más, buscar más oportunidades de agradecer también a la vida.

Hoy día me interesa mucho el tema de los implantes, por todo lo que se viene como biología sintética, que habla de la unión entre la inteligencia tecnológica y la inteligencia biológica. Entonces, tú tienes el titanio con las dendritas que se juntan con tus nervios; en el fondo, tienes la integración de la naturaleza con la tecnología y puede llegar a un límite insospechado, desde el punto de vista del desarrollo o de cómo tú te puedes vincular o de lo que puedes lograr. Con el implante coclear he tenido muy buenos resultados, y cuando tú tienes buenos resultados te dan ganas de explorar más. Eso me pasó con el implante, lo recomendaría mil veces, porque el implante me ha permitido tener cierta madurez y crecimiento en cosas que no conocía, y tener descubrimientos.

Yo creo que a todos nos gusta descubrir, de repente, cosas nuevas. El descubrimiento del sonido del microondas es una estupidez, pero bueno, es un descubrimiento. La música electrónica, para mí, es un descubrimiento. Entonces, la vida empieza a tener más sentido y más valor cuando empiezas también a desafiarte, y a no quedarte en la zona de confort. Para mí, en el fondo, no ponerme el implante era como aquí vas a estar en el sillón de la comodidad.

Interesante lo que me dices. Oye, hablando de viajes, ¿te gustaría conocer Paraguay?

Sí, lo tengo en mi lista pendiente de viajes pero se me bloquearon las ganas de viajar desde la pandemia y en este minuto recién estoy recuperando esas ganas. Creo que el guerrero de Tomás

estuvo un poco herido, como el soldado de guerra que tuvo que descansar un poco. Y yo probablemente me voy a México en algún minuto o Venezuela.

Las playas de Venezuela son increíbles.

Costa Rica, Centroamérica, Paraguay estaban marcados. Australia también está marcado.

Pero si tú pudieras viajar mañana, ¿a dónde irías primero?

A México.

¿Por qué México?

Porque México para mí es un lugar favorito, iría a la Riviera Maya, a la playa, escuchando música y disfrutando del clima.

Me parece... Me gustaría terminar nuestra conversación con una pregunta: Si tuvieras la oportunidad de aconsejar al Tomás de tu infancia, ¿qué le dirías?

Eres increíble, confía en ti y anda con calma. No tienes que demostrarle nada a nadie. La vida no es un trabajo. Como diría el maestro argentino: “¡Soltá... Relajá... Disfrutá!”, dale con todo. No pienses tanto en los demás. Cree y cuida tu fuerza interior.

Yo no cambiaría nada, yo volvería a elegir ser sordo otra vez, totalmente. No elegiría otra vida, elegiría totalmente la vida como la he vivido, porque ha sido una vida de gloria, o sea, de mucho esfuerzo, pero gloriosa. Ha sido una vida épica, hasta el día de hoy; o sea, yo mañana si me muero, me muero tranquilo, no tengo sentimientos de deuda. Entonces, le diría a Tomás: “Piensa más en vos, piensa más en ti, antes de cuidar a todo el mundo, y diviértete más”.



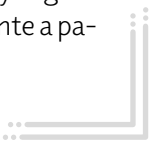
Juan Agustín Barros

Ingeniero comercial y MBA



Con Juan tengo una larga amistad, le tengo una profunda admiración por su trayectoria laboral y su capacidad de abordar soluciones, disfruto también conversar con él temas referentes a política, innovación, negocios y oportunidades.

Me costó mucho convencerlo de que compartiera su historia en el libro. Aunque prefiere tener una vida discreta, estoy seguro de que muchos puntos de su historia pueden servir bastante a padres y jóvenes que quieran lanzarse al mundo laboral.



»»»«««

Hola, Juan, me gustaría que comenzáramos con tu presentación.

Difícil presentarse cuando uno opta por la vida discreta pero, bueno, démosle. Chileno, padre, hermano, hijo de una linda familia. Mis padres son David y Marta, quienes han sido la primera pata de la mesa firme que hemos todos juntos armado; la otra sin duda es mi esposa María Paz Carafí y, para que la mesa sea de cuatro patas, José y Pablo. En lo profesional, soy ingeniero comercial y MBA, lidero un equipo comercial en una institución financiera donde trabajo desde hace más de 15 años. Me encanta lo que hago y siempre estoy atento a las oportunidades que la vida me depara.

¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

Por lo general me gusta hacer deporte, me gusta mucho trotar, también el golf, pero sobre todo me gusta estar con mi familia, acompañar a mis hijos a sus prácticas de fútbol y campeonatos.

¿Cuántos años tienen tus hijos?

José 6 años y Pablo camino a los 4.

Cómo pasa el tiempo... ¿Hace cuántos años te casaste?

Con la Paci llevamos 8 años casados, aunque nos conocemos desde el año 2013, así que es como si llevara una vida entera, porque estamos viviendo junto a nuestros hijos, sin duda, una de las etapas más potentes que es ver crecer a nuestros hijos día a día con una rapidez increíble.

Estos 8 años para mí se pasaron volando. Me acuerdo cuando fui a tu fiesta de matrimonio, es como si hubiera pasado un año para mí... uf, cómo pasa el tiempo.

¡Impresionante, 8 años han pasado!

Es cierto. Comencemos con la primera pregunta del tema que nos convoca. ¿Cómo te enteraste de tu sordera? ¿Fue por nacimiento? ¿Cómo se dieron cuenta tus papás?

Podría decir que nací como una persona normal, sin condiciones físicas. Mis papás nunca se dieron cuenta de mi sordera hasta los ocho meses. Yo estaba jugando con unos autitos, mi papá comenzó a usar su máquina de afeitar que hacía mucho ruido, y le llamaba mucho la atención que yo no lo escuchara. Mi papá me acercó la máquina y se preocupó mucho de que no lo escuché mientras estaba jugando con los autitos.

Entonces mis papás decidieron llevarme a exámenes médicos, y ahí les entregaron el diagnóstico de que yo tengo una hipoacusia bilateral profunda. ¿La razón o la causa de mi sordera? Nunca supimos, aunque creo que lo más probable es que debió

haber sido un virus. En ese tiempo la tecnología no estaba tan avanzada como ahora. Mi primer audífono era una caja con un cable que se conectaba a mi oído, era súper notorio el dispositivo.

Mis papás me inscribieron en el colegio Mater Admirabilis; yo tenía 4 años, era un colegio “especial”, porque había alumnos con distintos tipos de discapacidades. Ahí aprendí a leer los labios y cursé prekínder, kínder, primero básico. Luego postulé a segundo básico al colegio San Esteban en donde terminé cuarto medio.

Juan, ¿tus papás te llevaron a Argentina para hacer los exámenes?

Sí, primero me llevaron a Argentina y después me llevaron a Estados Unidos, donde estuve un año realizando exámenes y viendo alternativas de rehabilitación para mí, porque en Chile no había muchas opciones.

Claro, porque en ese tiempo no existían los “centros auditivos” como Comunica.

Es cierto.

Entonces, en el colegio “especial”, ¿tus compañeros eran personas sordas?

No, tenían distintos tipos de discapacidades.

¿Cómo terminaste en otro colegio donde eras el único con discapacidad de tu curso?

La directora del colegio anterior le recomendó a mi mamá que me llevara a un colegio “normal” porque yo era muy capaz, de acuerdo a su criterio. Para mi mamá fue una decisión difícil porque tenía miedo de la discriminación y de que lo pasara súper mal.

Fue súper difícil encontrar un colegio en que pudieran aceptarme; finalmente, terminé en el San Esteban Diácono. Al principio fue muy difícil para mí adaptarme con mis compañeros, no fue fácil entrar en confianza con ellos, estaba sú-

per nervioso. Empecé a conocer de a poco a mis compañeros hasta que terminamos compartiendo mucho, incluso al final de ese año me entregaron un diploma como mejor compañero del curso. No fue fácil adaptarme, pero tenía el apoyo de una profesora particular.

Te entiendo. ¿Te parece que me cuentes cómo decidiste estudiar Ingeniería Comercial? Esto es muy importante porque para muchas personas con discapacidad sigue siendo una barrera poder ingresar a una de las mejores universidades de Chile.

Sí, pero nos estamos adelantando... Antes de ingresar a la universidad, en el colegio, como te conté, dependía de la lectura labial y ocupaba un audífono, esa cajita. En el colegio no fue fácil porque dependía más de la lectura labial; me costaba mucho seguir el ritmo a los profesores, sobre todo, los que tenían bigote o barba que tapaban sus labios. No existía o no conocíamos el implante coclear.

Al terminar el colegio, quería estudiar Ingeniería Comercial porque me gustan mucho los números. Cuando era chico, siempre leía la sección Economía del diario “El Mercurio”; siempre preguntaba a mi papá y a mi abuelo lo que no entendía: “¿Qué es inflación? ¿Qué es oferta-demanda?”, para seguir aprendiendo... y me encantaba.

Pude ingresar a la Pontificia Universidad Católica de Chile para estudiar la carrera de Ingeniería Comercial a través de una admisión especial. Durante el primer semestre no fue fácil estar en una sala con 60 alumnos, era un esfuerzo enorme poder seguir el ritmo de la clase; el ritmo era totalmente diferente al del colegio. Con la lectura labial y el audífono no era suficiente, el primer año universitario fue súper duro y difícil.

Habíamos escuchado del implante coclear y visitamos al otorrino Marcos Goycoolea, especialista en implante coclear; me examinó y me dio una orden para hacerme exámenes. Mi mamá decidió acompañarme a todos los exámenes. En ese tiempo no

existían coberturas de salud como la isapre, y la operación y el implante coclear son súper costosos.

La operación fue exitosa, me operé a los 19 años. Después de un mes de recuperación, para el día de la activación de mi implante coclear, me acuerdo que cuando me lo activaron estaba con mi hermano. Yo le preguntaba qué era ese ruido, porque todo se escuchaba diferente; no estaba acostumbrado, digamos, al ruido ambiental.

Se podría decir que me operé tarde, a los 19 años, pero aun así me sirvió mucho más que el audífono, con el que apenas escuchaba y entendía; en cambio, con el implante coclear lograba discriminar sonidos. Comencé rehabilitación junto con Claudia Delucchi en verano, tuve que prepararme todo un verano de poder escuchar lo más posible con el implante coclear para poder ingresar más preparado al segundo año de universidad. La Universidad Católica tiene un nivel muy exigente. En ese tiempo no existían políticas de inclusión o un programa de apoyo para personas con discapacidad.

Ahora existe Piane en la Universidad Católica.

Justo ahora; en mis tiempos lamentablemente no rendía con las exigencias de la universidad. Terminé reprobando varios ramos en el segundo año y la universidad decidió que era mejor que intentara en otra universidad.

Ingresé a la Universidad Finis Terrae, donde pude terminar mi carrera de Ingeniería Comercial. No fue fácil, pero logré terminarla gracias a la misma universidad, que sí tenía un plan de apoyo para personas con discapacidad y eso me gustó mucho.

A mí me pasó lo mismo cuando postulé por admisión especial para poder ingresar en la Universidad Católica; al final no fue posible porque competía con candidatos que eran extranjeros de intercambio y estudiantes que se cambiaban de carrera. Era una competencia quizás injusta.

Ahora sí que la admisión especial cambió el proceso de postulación, es por grupo y tipo de estudiante.

Juan, creo que ahora puedes contarme cómo fue tu experiencia de poder hacer una maestría en Dirección de Empresas (MBA).

Antes de tomar la decisión de estudiar un MBA, tenía que ver cómo podía aprovechar lo máximo de las clases, porque en un MBA se trata de clases dinámicas, los compañeros van leyendo un caso de un negocio y ahí empiezan a discutir sobre el mismo caso.

Incluso con los implantes cocleares –se me olvidó mencionar que ahora soy usuario bilateral del implante coclear– no era suficiente para poder participar en los debates. En ese tiempo un amigo comenzó con un emprendimiento de un sistema de transcripción en vivo, es decir, puedes entregar un micrófono al profesor o incluso instalar un micrófono más amplio para toda la sala, y todo lo que recibe el micrófono se envía a una persona que lo escucha y va transcribiendo a través de un computador en vivo durante la clase.

Solicité a ESE Business School (de la Universidad de los Andes) la implementación del sistema de transcripción y aceptaron. Recuerdo que para el primer día estaba súper nervioso, no sabía si realmente iba a funcionar la transcripción; por suerte, comenzó a funcionar bien, aunque no lo suficiente por la baja intensidad del internet que era necesario para que la transcripción funcionara correctamente.

De hecho, agradezco mucho a Álvaro Pezoa, director del MBA, que se preocupó de tener todo el apoyo, herramientas, y con mucho esfuerzo después de 2 años logré terminar con éxito el MBA; fue un camino largo y exigente. La tecnología de transcripción y la disposición de Álvaro fueron claves para poder finalizar el MBA. Ahora, con la tecnología de hoy, puedes utilizar Google Meet, Zoom, Microsoft Teams, todos tienen transcripción y funcionan bien.

Cuando ingresé a trabajar en BCI, tuve la fortuna de trabajar directamente con Andrea De Pol, que era la jefa de Gestión Financiera; ella fue como una mentora para mí. Un punto súper importante para los que van a entrar por primera vez en el mun-

do laboral es que busquen un mentor como Andrea, que les haga resaltar sus habilidades. Para mí fue súper desafiante trabajar en una banca; Andrea fue súper exigente conmigo, se preocupó de que participara en las reuniones de trabajo, que fuera lo más proactivo e independiente posible.

En BCI tienen una cultura súper fuerte, centrada en las personas, colaboradores; siempre está el respeto, la integración y diversidad. Llevamos trabajando en inclusión laboral desde hace 8 años, nos preocupamos de entregar oportunidades a las personas con discapacidad, les entregamos herramientas adecuadas dependiendo del tipo y grado de discapacidad para que puedan desempeñarse de igual a igual.

Me refiero a herramientas como pantallas adaptadas para las personas de baja visión, programas de transcripción para personas con discapacidad. En BCI tenemos una muy buena cultura de inclusión y estamos orgullosos de ser parte de eso. Hoy día soy jefe comercial de banca privada, siendo el primer líder con discapacidad gracias a esta cultura.

¿Cómo pudiste ingresar a trabajar en una de las bancas más importantes, considerando que en ese tiempo no existían medidas de inclusión laboral y había una mayor discriminación para personas con discapacidad?

Fue gracias a mi familia, a través de sus contactos. Como mencionas, en ese tiempo era difícil encontrar oportunidades para personas con discapacidad; hoy tienes más posibilidades, hay ofertas de empleo dirigidas para personas con discapacidad.

Pero me gustaría seguir contando sobre mi experiencia con la tecnología. La pandemia fue un momento para reflexionar sobre la importancia de la comunicación en equipo: ¿cómo tener una comunicación efectiva?, ¿cómo poner atención a lo que dicen cada uno de mis colaboradores? Un desafío desde que empecé a asumir un rol de jefatura y tener un equipo de trabajo a mi cargo.

Durante la pandemia, antes de asumir el cargo de jefatura, comenzamos a tener las reuniones virtuales. En ese tiempo

el programa no tenía transcripción, entonces, le pedí ayuda a mi jefe anterior y le dije que me costaba mucho seguir las reuniones *online*. Pudimos movernos a Google Meet, que sí tenía transcripción en vivo, aunque funcionaba solamente en inglés. Servía, hasta que después de siete meses Google integró la transcripción en español; fue de gran ayuda para poder participar de forma más efectiva en las reuniones virtuales. Incluso me permitió tener más cercanía con mis compañeros, una comunicación súper fluida. Como jefe de banca privada fue la mejor oportunidad de trabajar con mi equipo; ahora tenemos un modelo híbrido, algunos días trabajo en casa y otros días voy a la oficina. De hecho, hace unos días hicieron una encuesta interna sobre desempeño y clima laboral; obtuve un 92%, entonces estoy súper contento de mi desempeño y de tener un buen equipo.

Durante el MBA aprendí también a tener un rol de líder en tecnología, para eso era súper importante estar al día acompañando a mi equipo, analizar su desempeño, ver cuáles son los cuellos de botella que tienen. Por ejemplo, un día tenían un problema con un proceso que les llevaba mucho tiempo. A mí me gusta mucho buscar soluciones y, a través de una planilla Excel, pude armar un sistema que automatiza el proceso, ahorrando considerablemente el tiempo, facilitando el trabajo a mis colaboradores; gracias a eso recibí un reconocimiento por aporte a la mejora del proceso. Esto es súper importante, estar constantemente pensando: ¿cómo puedo mejorar aquello? Además de tener empatía con tu equipo, no puedes enojarte y descargarle con ellos, se requiere de mucha paciencia y ser lo más cercano posible a tus colaboradores.

Me parece excelente tu visión y experiencia de liderazgo. Para terminar nuestra conversación, ¿te gustaría dar unos últimos *tips* para los que van a leer?

Claro, primero para los padres, porque tienen el rol más importante del proceso. Deben estar presentes el mayor tiempo posi-

ble, tener mucha paciencia con nosotros; el apoyo es fundamental. Doy gracias a mis padres, mis abuelos y mi hermano, que me entregaron mucho amor, me apoyaron y, lo más importante, me dieron herramientas y confianza para tener la autonomía de poder resolver las cosas y superar obstáculos por mi cuenta, durante el colegio, la universidad y en mi trabajo. Yo entiendo que criar a una persona con discapacidad auditiva es súper difícil, pero no se rindan, sean lo más constantes posible y créanme que verán los resultados a largo plazo.

Mis consejos para una persona sorda o con discapacidad auditiva... Me gustaría partir con unas frases famosas de Sun Tzu, un filósofo chino de hace más de 2 mil años: “Conócete a ti mismo y ganarás la mitad de la batalla; conoce a tu enemigo y ganarás la mitad de la batalla; pero conócete a ti mismo y conoce a tu enemigo y triunfarás en una gran batalla”. Significa que debes descubrir tus fortalezas, conocer muy bien tus dolores, por ejemplo, conocer a tu universidad, hablar con tus compañeros que pueden entregar datos importantes, y con eso triunfarás sin problema en una gran batalla.

Esto es súper importante, porque imagínense, hace unas semanas me tocó rendir un examen súper difícil para conseguir el certificado que me permitiría trabajar en operaciones en el mercado de valores; son dos exámenes durante el mismo día. Antes de eso estudiaba todas las noches, era demasiada materia, más de mil páginas, muchos conceptos técnicos, muchos números y fórmulas. Cuando me tocó rendir los exámenes, que fueron dos horas y media, no pude aprobar el primer examen.

Fue difícil, pero me dieron la segunda oportunidad; empecé a investigar dónde podía encontrar más información porque en el primer examen había información que no conocía. Entonces empecé a investigar, empecé a revisar en internet y pude encontrar el material indicado; con eso estudié, investigué y me preparé para volver a hacer el examen. Recuerdo que después estaba súper nervioso esperando los resultados, actualizaba la página a cada segundo, hasta que me llegó el resultado. Al apretar el botón para ver la nota, por fin pude aprobar ese segundo examen.

Por eso es súper importante que conozcas tus debilidades y fortalezas, siempre es importante buscar todas las soluciones y evitar quedarte en la zona de confort, además siempre es importante que pidas apoyo para poder desempeñarte de mejor manera, apoyarte con la tecnología también. Por último, con mucha paciencia, organización y perseverancia lograrás los objetivos.

Me gustan tus consejos...

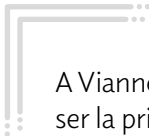
Gracias, Matías. Para terminar, quiero agradecer a las personas más importantes que me han apoyado durante mi vida:

Mis papás y mi hermano Benja, Marvy Barría, mis compañeros y compañeras del colegio, mis compañeros y compañeras de las universidades, María de Los Ángeles Hurtado, Claudia Delucchi, Jacqueline Briones, Andrea De Pol, Hernán Díaz, Jorge Capra, María Paz Carafí -mi señora- y mis hijos José y Pablo. Si estas personas no me hubieran apoyado, no estaría acá.



Vianney Sierralta

Abogada y magíster en Gestión Educacional



A Vianney la conocí cuando empezó a aparecer en las noticias por ser la primera abogada sorda en Chile, además de lanzar su candidatura para el primer proceso constitucional de nuestro país, llevado a cabo entre 2021 y 2022; volvió a postularse ese mismo año para las elecciones de diputados y diputadas.

Pero la conocí de verdad cuando nos encontramos en una actividad organizada por la embajada de Estados Unidos, después de mi viaje por el programa IVLP (International Visitor Leadership Program). Para mi sorpresa, supe que Vianney también participó dos veces en ese programa hace unos años.

Volvimos a reencontrarnos en la entrega de los certificados por la participación en los programas IVLP, además de recibir la noticia de ser reconocido como IVLP Award, en que te entregan financiamiento y apoyo para tu proyecto que, en este caso, es justamente este libro que estás leyendo. Fue la ocasión de invitarla a formar parte de estas historias.



»»»»««««

Hola, Vianney, quisiera que comenzaras presentándote.

Hola, mi nombre es Vianney Sierralta Aracena, tengo 47 años, aunque en este minuto me siento como de 100 años...

¿Qué te gusta hacer?

A mí me gusta... ¿Sabes qué? Yo creo que si no me hubiese tocado esta versión de vida como persona sorda, si hubiese tenido otra profesión, sería algo que me gusta mucho... Yo leo mucho, muchos libros, me encanta la literatura de ficción, también me encanta la filosofía, los libros sobre filósofos modernos. También escribo cuentos, historias, pero eso los escribo para mí, no tienen el nivel como para compartirlos. Publicaría un libro de diez historias; tengo montones de borradores y cuentos, eso es como mi verdadera pasión. Es la primera vez que lo cuento, porque realmente creo que en esencia eso soy yo. Todo lo demás es algo a lo que nos ha obligado la vida en ese fluir y discurrir, pero esto es algo natural de mí como persona, algo que realmente me gusta.

¿A qué te dedicas? Respecto a tu profesión también.

Bueno, mi primera profesión es profesora de educación general básica y, simultáneamente, por exigencia del Ministerio de Educación, tuve que inscribirme en otra universidad. Entonces estaba estudiando en dos universidades; en una estaba terminando la carrera de profesora de educación básica, y en otra estaba sacando la carrera de educación especial, terminé las dos al mismo tiempo complementando ramos. Fue una verdadera locura, así que tengo estos dos títulos profesionales, trabajé por 16 años como profesora. Tengo un grado de magíster en Gestión Educativa también.

Siempre estuve abocada a la educación de niños y niñas sordos, niños y niñas con discapacidad. Obviamente, la mayor parte de mi trabajo estuvo ligado a este componente, ¿cierto? De trabajar en la lengua y la cultura con niños sordos y, posteriormente, quise estudiar para ser abogada. En el año 2020 la Corte Suprema me otorgó el honor de... no sé muy bien cómo funciona esto, pero la Corte Suprema me dio este reconocimiento de ser la primera mujer sorda en jurar ante la Corte Suprema, entendiendo la primera mujer sorda como una persona que es parte de la comunidad sorda, de la comunidad lingüística y cultural, porque yo creo

que deben haber muchos abogados y abogadas con discapacidad auditiva. Pero como persona sorda, como mujer sorda... en la ley chilena se designa como persona sorda a aquella que ha pasado por esta sordedad, que es parte de la comunidad y con el derecho a la lengua de señas chilena como parte de nuestra identidad lingüística y cultural.

Es un tema súper interesante. Ahora, me gustaría que me cuentes sobre tu infancia. ¿Naciste como persona sorda o fue con el tiempo? ¿Cómo llegaste a ser la persona que eres ahora? Porque además fuiste candidata a concejal y constituyente. Eso no es fácil, yo no me atrevería a tener una carrera política, por eso admiro tu valentía. Pero primero vamos por tu infancia.

Bueno, tú debes saber que yo soy más viejita, vengo de una generación muy distinta de la tuya. Las personas sordas que nacieron entre los años 60 y 70 no tenían la oportunidad de aprender lengua de señas o de ser parte de la comunidad sorda, eso era un tabú, era un estigma, porque en ese tiempo por lo general los médicos recomendaban a los padres que la única forma en que una persona con discapacidad auditiva pudiera crecer y desarrollarse, era aprendiendo el idioma oral.

En mi caso, fui muy afortunada, me siento muy agradecida de mi vida porque mi madre era una lectora empedernida, leía muchísimo; tengo memoria de mi madre, siendo yo muy pequeña, sosteniendo un libro en la mano, siempre estaba leyendo un libro. Yo nací como una persona oyente, con una audición que se va escurriendo a lo largo de mi vida. El diagnóstico lo tengo desde los 2 años; a mi madre y padre les dijeron que mi pérdida era progresiva, que eventualmente yo me quedaría sin oír nada. Entonces, obviamente, como todos los padres, mi mamá, mi papá, empiezan este trajín de llevarme a un médico, a otro médico y a otro. Durante mi infancia esto era fonoaudiólogos, después eran los audífonos, era estar viajando a Santiago, era una rutina súper demandante para mí y mis padres en lo psicológico. Pero, como te digo, desarrollé

muy buen español porque mi madre era una mujer lectora y maestra, entonces me enseñó a leer siendo muy pequeña, a los 4 años ya leía todo. Yo no iba todavía a la escuela, pero mi madre me enseñó a leer todo, yo devoraba los libros y eso fue muy importante para mí, porque yo a veces pienso que, de no haber tenido a mi madre, ingresar a la escuela hubiese sido mucho más difícil.

Mi padre trabajaba en Codelco, una de las empresas mineras más grandes de Chile. Él trabajaba en la mina de Chuquicamata, y en esa época también los trabajadores tenían muchos beneficios. Entonces, de alguna manera, uno accedía a tener un fonoaudiólogo todo el tiempo, a tener audífono, viajar a Santiago cada seis meses, cada año para los tratamientos.

De hecho, recuerdo que en uno de esos viajes a Santiago había una asistente social que tenía un libro de lengua de señas, yo tenía como 12 años. Me acuerdo que vi el libro de lengua de señas y dije: “Guau, qué maravilloso, quiero aprender eso”, empecé a leerlo y ensayar las señas hasta que ella me quitó el libro de las manos y le dijo a mi papá que yo no debía aprender lengua de señas porque me iba a olvidar de hablar.

Eso fue para mí súper violento, porque para mí fue un descubrimiento, se me iluminaron los ojos al ver esos dibujitos con señas. Ese fue el libro de lengua de señas en el que colaboró Jacqueline Atala, quien es profesora e intérprete de lengua de señas chilena, con familiares que son personas sordas. Ella trabajó en el Colegio Anglicano para Sordos en Temuco en esos años en Chile. Después de muchos años pude conocer a Jacqueline Atala, le agradecí porque la primera vez que yo tuve contacto con la lengua de señas fue por el libro en el que colaboró para su publicación.

Bueno, a medida que va pasando el tiempo, llega un momento en que el mundo no se oye y se comienza a “ver”; vedado el teléfono (esos fijos conectados a la pared y con discos de marcado); vedada la música (al menos en la forma en que la había conocido); no podía entender lo que la gente hablaba, era como si se le hubiese bajado el volumen al mundo; no podía seguir una conversación en la mesa; empieza este proceso de dejar atrás la sordera y empezar a aceptar la sordedad. La sordera se enfoca en el oído; toda mi vida crecí pensando en la sordera, pero después a

los 17 años fue cuando conocí a mi primer amigo sordo que se comunicaba en lengua de señas. Ahí fue cuando comenzó el proceso de cambio hacia la sordedad, que es una nueva forma de pensar y vivir, donde aceptas quién eres, a la comunidad a la que perteneces y te enorgullecies de esa pertenencia ante el mundo.

Cuando empezaste a perder la audición, sentías el enorme esfuerzo de poder escuchar e integrarte en las conversaciones. ¿Ese fue el momento cuando decidiste ser parte de la comunidad sorda y su cultura?

Empecé a entender mi situación, creo que eso me ayudó mucho psicológicamente porque también estaba en una depresión muy grande; ya no podía comunicarme con mis amigos, con el mundo de antes. Entonces, conocí a la primera persona sorda que se comunicaba en lengua de señas, un viejito que fue mi amigo y se llamaba Juan Rojas. Él me enseñó la lengua de señas, también me invitó a conocer la comunidad sorda y ese fue el primer paso para poder decir: “Yo puedo ser una persona sorda”.

Ahí fue cuando empecé a conocer a más personas sordas a través de la comunidad, empecé a sentirme bien. Mientras estuve compartiendo con la comunidad sorda, entre los 17 y 23 años, tenía que ir varias veces al hospital porque mi enfermedad autoinmune tenía que ser tratada. Esa enfermedad hace destruir las células ciliadas del tímpano.

Ok, cuéntame, ¿de qué parte de Chile eres?

Soy del norte de Chile, de la Región de Antofagasta, en la comuna de Calama. Acuérdate de que en ese tiempo no existían los celulares ni internet, entonces no conocía a ninguna persona sorda de Santiago. Ahora, con las redes sociales como Facebook, Instagram, puedes conocer a personas sordas de todo el mundo.

Es cierto...

Solamente conocía a las personas sordas de mi ciudad; tampoco era tan fácil conocerlos, estábamos todos aislados de la comunicación.

Entonces, ¿cómo llegaste a conocer a Juan Rojas?

Porque participaba en la iglesia de mi mamá, ahí conocí a Juan. Entonces, después del año 1999, cuando tenía 23 años, éramos un grupo de 11 personas sordas en Calama y fundamos la Agrupación de Sordos del Loa (Asoloa). En esta organización empezamos a trabajar con los cursos de lengua de señas, a hacer proyectos para la comunidad sorda, seguir avanzando; y en ese tiempo también empecé a estudiar para ser profesora.

¡Genial!, ahora cuéntame cómo llegaste a tener la oportunidad de poder estudiar Derecho.

Claro... En el año 2009 más o menos, en mi rol de profesora, llevamos a las niñas y niños sordos a las olimpiadas de sordos. Siempre, todos los años, en Chile, las escuelas de sordos y algunas escuelas con plan de integración que tenían alumnos sordos, iban a las olimpiadas de sordos que se organizaban en Santiago. El problema es que no me acuerdo cuál de todas las olimpiadas, pero creo que en 2009 fue cuando conocí a Michael Stein, de Estados Unidos, abogado sordo de la Universidad de Harvard.

Michael andaba de visita en Chile, justo él había ido a las olimpiadas, entonces yo estaba con los niños en la competencia y él se acercó a saludar. Empezamos a conversar acerca de que Michael estaba haciendo un recorrido por Chile conociendo los establecimientos educacionales, dando charlas; ahí fue que lo invité a conocer el colegio en Calama. Entonces vino a Calama, me entrevistó a mí, ya que estaba recopilando una serie de videos. Me preguntó: “¿Y a ti qué te gustaría hacer?”. Le respondí que a mí me hubiera gustado ser abogada, pero en ese momento no podía porque es muy caro estudiar Derecho.

Después pasó el tiempo, y en el año 2012 me invitaron al estado de Oregón, USA, para participar en el programa MIUSA (Mobility International USA), una organización que trabaja fortaleciendo el liderazgo de personas con discapacidad. En ese momento, Michael me ofreció la oportunidad de financiar mi carrera universitaria como abogada con la beca D-LAW de la organiza-

ción Deaf Legal Advocacy Worldwide. Fue todo súper rápido para mí; estaba en Estados Unidos y, al año siguiente, en 2013, empecé a estudiar Derecho en la Universidad de Aconcagua en Calama.

La beca, además de financiar la universidad, me permitió pagar los servicios de interpretación de lengua de señas y un sistema de transcripción para los subtítulos, todo lo necesario para que pudiera estudiar. Me demoré 5 años en los estudios, más 2 años en la práctica profesional, la memoria y también hacer el examen de grado. En 2019 logré terminar y en enero de 2020 juré ante la Corte Suprema. En Chile puedes estudiar Derecho en cualquier universidad, la universidad te otorga el título de Licenciado en Ciencias Jurídicas, pero el título de abogado es otorgado por la Corte Suprema.

Qué increíble, felicidades por ser la primera persona sorda abogada en Chile. Ahora podrías continuar contando la historia de tu carrera política.

Es que en realidad yo no lo llamaría carrera política.

¿Cómo la llamarías?

Todos sabemos lo que pasó en Chile en octubre del año 2019... ¿Te das cuenta de que los nueve son importantes en mi historia? En 1999 fue cuando asumí mi identidad sorda, 2009 fue cuando conocí a Michael Stein y el trabajo de su organización D-LAW, luego el 2019 que pronto te contaré. Entonces voy a estar atenta al 2029. ¿Qué podría pasar?

El año 2019 fue cuando comenzó el estallido social, ahí empezó en Chile, en todo el país, un movimiento social que ha marcado un hito importante en la historia de nuestro país. La gente se estaba juntando a conversar sobre los derechos, organizando cabildos ciudadanos, la gente de las regiones empezó a conversar, todo un cambio político. Justo cuando yo había jurado ante la Corte Suprema en 2020, se hizo mucha publicidad en los medios de comunicación de este hecho; mucha gente conoció mi historia de esta forma, porque en los diarios y la tele tuvo mucha visibiliza-

ción. Y yo creo que eso también hizo que mucha gente aquí en la región –que ya me conocía y otras que no me conocían tanto– me empezaron a reconocer; a pensar que podía ser parte del proceso.

Después, aquí en la región hicieron una encuesta, empezaron a preguntar a quiénes, a qué personas querían proponer como candidatos a la constituyente. De una lista de 160 personas, ahí está mi nombre junto al de Cristina Dorador, estábamos entre las primeras 10 o algo así, ahí nos dijeron algo como: “Ustedes tienen que ser candidatas para escribir la nueva Constitución”. Fue así como llegamos juntas a la papeleta y ella ganó las elecciones en nuestra región.

A mí, más que la carrera política, lo que me atraía mucho era esta idea de poder participar en escribir la Constitución, pues como abogada eso era como un sueño muy, muy alucinante; el poder participar en el proceso de escribir la Constitución. Y, de hecho, hicimos mucho, muchísimo trabajo con la comunidad sorda para poder instalar ciertos derechos en el proceso constituyente. Lamentablemente, este proceso fracasó, lo que fue bastante desalentador.

Posterior a eso, me apareció la oportunidad de ser candidata a diputada. Yo más que nada lo vi como una oportunidad de poder tener una incidencia política, para poder decir: “¿Sabe qué? Las personas con discapacidad auditiva, las personas sordas, tienen derechos lingüísticos culturales”. De hecho, el actual Presidente de la República, Gabriel Boric, estuvo en la Escuela de Sordos Jorge Otte, firmó por los derechos lingüísticos y culturales, se comprometió con las personas sordas y, en el fondo, yo lo sentí como una oportunidad de tener ese acercamiento también. Si bien yo no soy militante, no estoy en un partido político, yo sentía que era un ideal el poder hacer presentes los derechos humanos de las personas con discapacidad.

Por eso yo no lo llamaría carrera política, sino que se dio una oportunidad. Cuando en el año 2019 dijeron que las personas con discapacidad iban a formar parte de las listas, no fui solamente yo, fueron muchas personas con discapacidad las que tuvieron la valentía de poner su nombre en la papeleta, de dar la cara y de ha-

cerse visibles. Yo creo que ese proceso fue muy bonito porque la mayoría sabíamos que era muy difícil poder ganar; claro que nunca pensábamos que no iba a ser ninguno, pensábamos que a lo mejor iba a ganar uno, pero lamentablemente no fue así. Ninguna persona con discapacidad que trabajara dentro del activismo por la discapacidad ganó, pero fue un proceso muy bonito porque se empoderó mucho; en todas las listas había gente con discapacidad. Lamentablemente la presencia en la papeleta de personas con discapacidad, la exigencia de asegurar su presencia en las listas, desapareció posteriormente en los procesos electorales.

De hecho, me atrevería decir que gracias a ti se cambió la visión de que las personas con discapacidad podemos también ser parte de la carrera política, podemos llegar a un cargo público como senador, diputado o, por qué no, ¿a la presidencia? Me encantaría que puedas decir unas palabras sobre esto a los lectores.

Mira, a mí lo que me gustaría comunicar es decirle a la gente que las personas ven solamente los logros, pero creo que es importante demostrar todas las veces que fracasaste. Yo fracasé un montón de veces: primero, intenté estudiar Psicología, pero al primer año lo dejé; después, intenté estudiar Ingeniería en Computación y definitivamente lo dejé porque no era lo mío. Es importante que fracasas, te tiene que ir mal y volver a intentarlo las veces que puedas; tienes que fracasar. Antes de trabajar como profesora, diez personas me dijeron que no iba a poder trabajar en una escuela. De hecho, como abogada, me pasó con una maestrada, que me dijo que yo como abogada sorda no le sirvo.

Entonces, la discriminación, las barreras, las malas actitudes de las personas siguen presentes. Lo importante creo que es decirles a las personas que hay que equivocarse dos, cinco o diez veces, fracasar, e intentarlo una y otra y otra vez. Porque cuando se cuentan historias y tú solo narras los logros, las personas sienten que sus vidas son fracasos porque no tienen esos logros, y no es así. Lo otro que yo creo, y es importante mencionarlo, es

que siempre dicen, por ejemplo: “Vianney es una heroína, una luchadora, un referente”. Eso es un mito, yo sin la ayuda de otras personas no hubiera podido lograr llegar donde estoy ahora. Sin mi mamá, no hubiese aprendido a leer; si yo no hubiera tenido la oportunidad de la beca que me entregó la organización D-LAW, no sería abogada.

Estamos hablando de decenas de personas que se mueven y trabajan para algo que termina siendo un logro colectivo. Ahora soy abogada, pero es gracias al trabajo de mucha gente sorda de la beca D-LAW, de la organización Deaf Legal Advocacy Worldwide, que hizo su aporte, que buscó donaciones para favorecer a las personas sordas que querían ser abogadas. Entonces, yo creo que es importante decir que ningún logro es individual, no es que tú eres la súper genial o la más habilidosa, no, es gracias a la gente que está trabajando contigo.

Cuando estuve en la Fundación Nellie Zabel, que es la fundación que estaba trabajando en las causas de violencia de género en contra de las mujeres sordas y con discapacidad auditiva, era un barquito chiquitito en medio de una tempestad con muy pocos recursos que estaba tratando de responder a la falta de acceso a la justicia, de resolver la violencia estructural, la desigualdad, la discriminación que tienen las mujeres sordas. Es un barquito chiquitito resolviendo un problema de nivel nacional y a veces las mismas mujeres sordas no comprendían que este barquito chiquitito no da abasto con todas las carencias que tiene el sistema; que no puede contra esa estructura que aún sigue sin funcionar para las mujeres en general, con muchas mayores dificultades para las mujeres con discapacidad y de la interseccionalidad. Se crean grandes expectativas por parte de las mujeres con discapacidad, pero lo que puedes hacer es muy poco, limitado y con leyes que no están funcionando. Esto desanima un poco, porque es una iniciativa de organizaciones particulares intentando hacer algo con programas o proyectos con los que se postula al Estado, pero que no es suficiente.

Ahora estoy trabajando en el servicio público, soy la directora regional del Servicio Nacional de la Discapacidad de la Región de

Antofagasta. Ahora tengo a mi cargo el velar por los derechos de 43.900 personas con discapacidad mayores de 18 años que nos lo exigen y la verdad es que me estoy dando cuenta de que lo que nosotros vivíamos, esa sensación de barquito chiquitito sigue existiendo en todas partes, todos los días, las barreras existen. Estamos sobrepasados, se trata de todas las personas, de todas las discapacidades; todas esperan con urgencia resolución a esas barreras estructurales, con una cultura social que aún se encuentra al debe con cambiar sus propias dinámicas para garantizar los derechos de todas las personas.

Entonces, a mí eso me gustaría decir... que las personas tienen que ser parte de la solución, no del problema; que, si queremos terminar con la discriminación, con las barreras, tienen que unirse a los que trabajan. Es como si estuviéramos en el coliseo romano, sentados en la gradería tirando basura, abucheando a los gladiadores y gladiadoras que están ahí en la arena dando la pelea. Yo creo que los aliados son esas personas que están en la arena, no los que están tirando basura, sino los que están codo a codo haciendo algo; esas son las personas que yo respeto y admiro. También es importante, porque ahora vivimos en una sociedad que todo lo critica, pero que no se hace parte de la solución.

Vianney, estoy muy de acuerdo contigo, es más fácil criticar que sumarse a la causa para buscar la solución. Además es súper importante que no todo es de color verde, sino que todos hemos tenido fracasos; gracias a los fracasos se nos permitió llegar a otras oportunidades. ¿Hay otra cosa más que te gustaría decir?

También quisiera decirte que la familia, por lo menos en mi caso, para mí ha sido fundamental. Tengo el mejor esposo del mundo mundial, el esposo más apañador, es mi fan número uno. A pesar de que conoce todos mis fracasos, mis falencias, mis defectos, él sigue siendo ese soporte que es muy importante.

También mis dos hijos, porque han crecido conociendo una mamá que se esfuerza. Mi hija mayor, de 20 años, se llama Ca-

talina, está estudiando Cine y Televisión en Santiago; mi hijo menor, Fernando, tiene 16 años, está en tercero medio. Ellos dos también aprendieron a convivir conmigo, porque sabían que su mamá era una mamá activista, de luchar, de compartir.

Es importante tener un apoyo emocional y aprender a fracasar...

Yo creo que el fracaso te enseña. Por ejemplo, para mí fue muy fuerte perder las elecciones, sobre todo las elecciones del proceso constituyente, porque uno siempre tiene como la esperanza y la verdad es que estar en la arena política es devastador, la competencia es muy sucia, es muy dura también y se sufre mucho, también se pierden muchos de tus propios recursos. Después no le importa a nadie. Te das cuenta de que mientras sea una candidata que está hablando de inclusión, bien; pero cuando termina todo, todo el mundo se olvida de la inclusión.

Esto es súper fuerte, porque se instrumentalizó mucho a las personas con discapacidad; de hecho, yo creo que a muchos candidatos con discapacidad les pasó lo mismo, porque después que se ganaron estas elecciones se olvidaron completamente de ellos y yo también sentí eso, como que nos dejaron de lado y yo creo que eso es muy fuerte. Es devastador darte cuenta de que por eso se dice que las personas con discapacidad que se presentan a elecciones tienen que también tener mucha autoconfianza y mucha fortaleza, entender que es una arena en donde no van a tener empatía, en donde es muy distinta la forma en que te tratan, pero es parte del juego político. Por eso yo no hablo de carrera política, hablo de una experiencia que quise vivir y ahora agradezco la experiencia, pero creo que no volvería a nadar en esas aguas.

Te digo que para mí el hecho de ser candidata ya es un logro, significa que serás la cara visible, como lo dijiste antes, serás el blanco de recibir basura en el coliseo. No es fácil atreverse a ser candidato, sobre todo que intentaste dos veces.

Lo más bonito yo creo fue que me dio la confianza para postularme al puesto como directora regional de Senadis en Antofagasta.

Fue un concurso público en el cual participaron 95 personas y pasas por muchas etapas, en un periodo de dos o tres meses.

Entonces ya somos dos personas con discapacidad en cargos de directores regionales y eso me gusta mucho porque significa que el Servicio Nacional de la Discapacidad está siendo consecuente en el sentido de decir “bueno, tenemos que tener también entre los directores a personas con discapacidad”. Pero no podría decir que es un trabajo fácil; es muy difícil, pocos recursos y equipos pequeños.

Es muy bueno para ir demostrando que cada vez las barreras se van disminuyendo, para que más personas con discapacidad puedan tener roles más relevantes.

Exacto.

¿Quién sabe que en el Senado o en la Cámara de Diputados puedan participar personas con discapacidad como diputados y senadores?

Yo creo que nos hace falta eso, tengo esperanza de que alguna persona, que alguien más se vaya a postular, que alguien más vaya a llegar.

Tú... Veamos qué pasa a partir de 2029...

En este minuto estoy concentrada aquí en Senadis; no sé cuánto tiempo voy a durar aquí, porque son empleos muy temporales, que duran muy poco tiempo, pero sí voy a esforzarme lo máximo posible, porque también estoy aprendiendo mucho. Concentrándome en el aquí y ahora.

Palabras finales

Primero, quiero agradecer a la Oficina de Asuntos Culturales y Educativos del Departamento de Estado de Estados Unidos y a Meridian International Center por la oportunidad de ser reconocido como IVLP Impact Awards 2023 y tener la oportunidad de trabajar en este lindo proyecto.

También quiero agradecer a BHP Pampa Norte y a Álvaro Cartagena, por creer en Kim y en el proyecto.

Trabajar en este libro, junto a las geniales Gabi y Paula de Versalita Ediciones, y con la talentosa artista Phel, ha superado mis expectativas.

Y qué mejor que decir que estoy absolutamente orgulloso de haber contado con diez personas geniales, que confiaron en el proyecto y que se tomaron el tiempo de colaborar conmigo en lo que pudieran.

Este libro significa mucho para mí, porque también yo aprendí mucho de estas diez personas que me hicieron reflexionar sobre mi vida, mi trayectoria.

Nosotros, las personas sordas y con discapacidad auditiva, somos más observadores; tal como en el caso de Andrés Iriondo, a falta de escucha, tiendo a mirar el entorno, observar las expresiones corporales de las personas para poder entender mejor y adaptarme a la situación.

En el caso de Kim, creo que es muy importante luchar por tus sueños, incluso para mí hoy no existen razones ni excusas para

que derribemos obstáculos y podamos tener una sociedad con más oportunidades para las personas con discapacidad.

También, como lo demostró Antonella, nosotros, las personas con discapacidad, estamos en una época en que contamos con herramientas que nos permiten integrarnos gracias a la tecnología; podemos contar con subtítulos o intérpretes de lengua de señas en los cursos.

Con Cata, Vianney e Isidora aprendí la importancia del rol de los padres y que nosotros tenemos el derecho a elegir nuestra manera de comunicarnos, en lengua de señas o de forma oral.

Con Juan Agustín y Tomás aprendí que somos capaces de resolver momentos críticos y liderar equipos.

De Felipe y Loreto rescato que lo más importante de todo es que debes aceptar tu sordera, la sordera es parte de tu vida, es algo con lo que debes aprender a vivir y convivir con el silencio.

Para nosotros, el silencio tiene un sentido. Para mí el silencio significa paz, reencontrarte contigo mismo; cuando desactivo mi implante coclear, entro en una zona de paz.

Te invito a que puedas vivir el silencio de una manera distinta, en una sala completamente silenciosa y con tu mente en blanco.

MATA DONOSO

10 RELATOS SOBRE EXPERIENCIAS DE INCLUSIÓN

Antonella Caroca

Catalina Ramírez

Loreto Hurtado

Felipe Izquierdo

Kimberlyn Contreras

Andrés Iriondo

Isidora Del Sol

Tomás Valles

Juan Agustín Barros

Vianney Sierralta



ILUSTRADORA **FERNANDA “PHEL” MELLADO**

Ilustradora, diseñadora y artista.

Chilena radicada en Santiago, Chile,
sorda de nacimiento y usuaria
del implante coclear.

Apasionada del arte japonés, trabaja
directamente con clientes internacionales en
desarrollo de diseño de personajes para
videojuegos y cómics.

Puedes ver más sobre de su trabajo en:

www.fernandamellado.com

Instagram: **@pHEL_95**

Matías Donoso

SILENCIO^{con} SENTIDO

10 RELATOS SOBRE **EXPERIENCIAS DE INCLUSIÓN**

Ilustraciones de Fernanda “Phel” Mellado

En el libro ***Silencio con Sentido***, 10 relatos sobre experiencias de inclusión, disfrutarás de entrevistas en las que podrás conocer las diferentes experiencias de vida de diez personas sordas que comparten sus testimonios de infancia, educación, inclusión laboral, abordando todos los obstáculos personales y barreras que la misma sociedad impone. En estas historias vislumbrarás cómo pudieron superar las dificultades para llegar a ser personas plenas en el ámbito laboral y personal.

Un libro que sin duda será un gran aporte para padres, jóvenes y profesionales del área de salud.



International Visitor
Leadership Program
U.S. Department of State

La financiación es proporcionada por la Oficina de Asuntos Culturales y Educativos del Departamento de Estado de Estados Unidos, junto con Meridian International Center como socio ejecutor.



Embajada
de los Estados Unidos
de América
Santiago, Chile

PAMPA NORTE | BHP

ISBN: 978-956-6342-00-7



9 789566 342007


VERSALITA
EDICIONES

Disponible también
en versión digital